

Pat Casabà

Cuando
el destino
nos encuentra



Cuando el destino nos encuentre

Pat Casalà



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Cuando el destino nos encuentre

©Pat Casalà

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studios](#)

Imagen de la cubierta: ©Robert ©overburn ©zest_marina ©pluto73

©liliyabatyrova

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

*Esta novela se la dedico a mi familia.
Por muchos más viajes juntos,
por los fantásticos veranos a vuestro lado,
por compartirlo todo conmigo.*

Primera parte
Destinos rotos

*Mi corazón es como una gran bolsa vacía,
una bolsa sólida, en la que se podría meter todo un bazar
y, sin embargo, no hay nada dentro.*

Frase del libro *Quisiera que alguien me esperara en algún lugar* de
Anna Gavalda

*Y entonces, así, sin más, mi corazón se rompió.
Se me desencajó el gesto, me abandonó la compostura
y lo abracé con todas mis fuerzas,
sin que me importara ya que sintiera el temblor de mi cuerpo
sollozante porque la pena me había anegado.*

Frase del libro *Yo antes de ti* de
Jojo Moyes

Capítulo 1

Eugenia

Bilbao, 1 de octubre de 1881

La alcoba me parece demasiado llena de personas. Necesito estar sola, encontrar la paz requerida para enfrentarme a la situación, despojarme del dolor, de la ansiedad, de la angustia y caminar hacia mi destino con la capacidad de aislarme de la realidad, de aparcarme mis sentimientos en algún lugar apartado para no llagar todavía más mi alma.

Madre se acerca para colocarme el velo. Blanco, puro, largo, sedoso...

No puedo aguantar su mirada a través del espejo, las lágrimas que caen impunes por sus mejillas mostrando la tristeza insondable de sus preciosas pupilas azuladas, iguales a las mías.

—Prefiero vivir en la miseria —insiste como lleva semanas haciéndolo—. Todavía estás a tiempo de detener esta locura.

—Voy a hacerlo, madre. —Le dedico una mirada decidida—. Diego cumplirá sus amenazas si me echo atrás.

—Pero... —Se le quiebra la voz.

Mi hermana corre a abrazarla cuando las lágrimas se convierten en un torrente incesante. La estrecha susurrándole palabras tiernas al oído.

—Dejadme sola unos minutos —solicito mirando a mi hermana—. Llévate a madre.

—Eres una mujer valiente, Eugenia. —ella me dirige una triste sonrisa—. Me tendrás para siempre a tu lado.

—Lo sé. —Asiento tragándome mis lágrimas—. Sácala de aquí.

Escucho la puerta cerrarse tras ellas y dejo salir la rabia, el dolor, la impotencia. Pateo el suelo, aprieto los puños contra la tela del vestido blanco e impoluto. Y me desgarró una vez más mientras busco la fuerza para continuar

adelante.

Me toco la gargantilla de perlas con un enorme diamante en forma de lágrima que me aprisiona el cuello. Siento como el vestido me ahoga, como mi cuerpo está a punto de desfallecer al pensar en la noche.

Pero no puedo venirme abajo ahora. No voy a dejar a mi hermana y a madre desprotegidas, vencidas, en la calle. Debo casarme con él.

He pensado varias veces en acabar con mi vida, en darle un final antes de que Diego me profane. Prefiero la muerte a ser suya. Sin embargo, no puedo hacerlo, madre y Cristina dependen de mí, de que me case con un hombre despreciable, de que le entregue mi cuerpo y le permita desflorarme con la agresividad característica en Diego Urzúa.

Si no le hubiera conocido, si nunca se hubiera prendado de mí...

Hasta hace nueve meses era una joven feliz, con una maravillosa vida por delante. A mis diecisiete años todavía estaba instruyéndome gracias a los tutores que mi padre contrataba para Cristina y para mí, esperando a mi príncipe azul con la ilusión de casarme algún día por amor. Sin embargo, ahora el espejo de cuerpo entero me devuelve una imagen demasiado dura para mirarla sin perder la dignidad.

Observo mi vestido de blanco y siento como ese traje me oprime y me quita el aire, la determinación, la capacidad de sonreír. No estoy preparada para dejarme pisotear por alguien que solo ha conseguido sus deseos a base de chantajes, asesinatos y extorsiones. Pero no me queda otra opción.

Me permito un segundo de tristeza antes de ocultar el dolor en un lugar apartado de mi alma. Si quiero sobrevivir al futuro debo convertirme en una persona fría y exenta de sentimientos.

Unos golpes suaves en la puerta preceden la entrada de madre acompañada de don Iker, el padre de Diego, un hombre de complexión física muy parecida a la de su hijo y un carácter recio. Madre le mira con mucho respeto antes de dar un paso atrás para permitirle que llegue hasta mí.

—Es la hora —comenta mi futuro suegro doblando el brazo para ofrecérmelo.

Asiento con un nudo en la garganta, me bajo el velo para ocultar los ojos húmedos y me obligo a dominarme para no estallar en un llanto ansioso mientras me cuelgo del brazo de don Iker y empiezo a andar siguiendo a mi madre.

—Lléveme al altar.

Cada paso hacia la iglesia es más doloroso. Siento como si las cadenas

que en unos minutos me aprisionarían estuvieran cercándome los tobillos con grilletes.

Al llegar a la entrada nos detenemos.

Cuando las puertas se abren y empezamos a andar hacia el altar mis ojos repasan con angustia a Diego. Me dobla la edad, pero conserva un porte distinguido. Es guapo, moreno, con unos ojos marrones que solo muestran su oscuridad interior, un cuerpo vigoroso, un bigote a la moda y unos rasgos endurecidos por la negrura que anida en su corazón.

Suena la marcha nupcial de Mendelssohn. Toda la gente congregada en la iglesia está de pie, mirándome. Suerte del velo porque oculta el terror que se niega a apartarse de mi expresión, como si por mucho empeño que ponga en apagar mis emociones fuera incapaz de encontrar la forma de hacerlo.

Apenas escucho las palabras del cura al llegar frente a Diego. Siento sus manos frías en las mías y el asco ocupa cada resquicio de mi cuerpo. El asco y el pánico. No tengo demasiada idea de cómo será esta noche, pero imagino una agresión a mi cuerpo, a mi alma, a mi corazón.

Madre apenas ha querido hablarme de mis obligaciones como esposa. Y no sé a qué atenerme.

Mientras el cura pronuncia los votos matrimoniales siento frialdad, como si las cadenas ya me rodearan el cuerpo y no pudiera deshacerme de ellas. Pronuncio el *sí quiero* temblando, la voz casi no me sale entera, está atascada en las cuerdas vocales, llena de ansiedad, muerta en vida.

El anillo se desliza por mi dedo acompañado por sus manos.

Solo deseo darme la vuelta y salir corriendo, escapar, encontrar la forma de desaparecer porque ahora me doy cuenta del destino funesto que me espera. Esa sonrisa libidinosa de Diego, el brillo letal de sus ojos, la voz dura que pronuncia el *sí quiero*.

Aprieto los labios con fuerza para evitar los sollozos y me obligo a ponerle la sortija que me condenará para siempre a ser suya. Mis dedos tiemblan, es como si se negaran a cerrar este trato con el diablo, como si quisieran dilatarlo en el tiempo.

Cuando el cura nos declara marido y mujer y Diego me levanta el velo las lágrimas dejan un reguero de dolor por mis mejillas pálidas. Los invitados las interpretan como la emoción de la novia, pero madre y Cristina son capaces de atravesar mi coraza y lloran conmigo al descubrir la devastación en mi mirada.

—Estás preciosa —susurra Diego dándome la mano.

—Gracias.

No sé qué más decir porque si me dejara llevar por mi corazón le gritaría las verdades a la cara, le vilipendiaría, le degradaría con palabras malsonantes y me arrancaría los brillantes con los que ha cubierto mi cuerpo para devolvérselos. Pero me limito a tensar una sonrisa y decirle ese simple *gracias*. Por suerte, los invitados se acercan a darnos la enhorabuena, evitando la necesidad de iniciar una conversación con Diego.

Durante los minutos siguientes siento como si mi cuerpo no me perteneciera y alguien ajeno se ocupara de hacer los gestos automáticos para quedar bien con las personas que me rodean, como si estuviera bien. Sin embargo, no lo estoy.

Me duele el alma, estoy aterrada y casi no me aguanto en pie.

Diego se percató de mi estado, por eso me agarra por la cintura y aguanta mi cuerpo lleno de temblores. El tacto de su brazo me llena de ansiedad. Es un contacto cálido y doloroso. Un contacto que invade mi intimidad.

Necesito salir de la iglesia, respirar, correr, desaparecer. Me cuesta mantener una sonrisa falsa, aparentar una felicidad que no siento, hacer el paripé.

Por suerte, tengo a Cristina y a madre a mi lado, apoyándome, aunque ellas están llenas de angustia y apenas logran contenerla.

—Estoy deseando quitarte ese vestido —me susurra Diego al oído al salir de la iglesia, sin soltarme la cintura—. Llevo esperando este momento desde que te vi por primera vez.

Su voz es un atentado contra mi serenidad. La siento invadir mi oído, apoderarse de mi interior y llenarlo con una angustiada sensación de estar al borde del abismo.

No contesto. Me limito a seguirlo al exterior, a caminar a su lado hacia su casa, donde sus padres han preparado un banquete para agasajar a los invitados sin reparar en gastos.

Las horas siguientes solo son una larga y dolorosa agonía. Diego aprovecha cualquier instante para deslizar su mano por mi cuerpo, para tocarme los pechos con un roce distraído, para mirarme con una lascivia que me hace temer lo peor.

—Voy a llevarme a la novia un momento. —Madre se acerca a mí al terminar la cena—. Necesita los últimos consejos maternos antes de la noche de bodas.

Solo me lleva aparte cuando Diego asiente con una sonrisa conciliadora.

Caminamos hacia el baño en silencio. Escucho su respiración acelerada, observo sus lágrimas calladas y me rompo. Llevo demasiados días rompiéndome una y otra vez, recomponiendo las piezas rotas de mi interior para conseguir fortalecerme lo suficiente para afrontar la situación. Y sé que en unas horas me llenaré de grietas demasiado profundas para remendarlas con facilidad.

—Eugenia... —La voz apagada de madre empieza a brotar al encerrarnos en el baño—. Debo hablarte de esta noche.

Aprieto los músculos para obligarme a no mostrar mi ansiedad.

—¿Me va a hacer daño? —pregunto ocultando como puedo el miedo—. Madre, dígame la verdad. Escuché a las muchachas de su casa hablar de la agresividad de Diego.

—Los deberes conyugales no son difíciles de cumplir. —Le tiembla la voz—. Permite que Diego se alivie contigo. Ponte la combinación que compramos, estírate en la cama, deja que él actúe e intenta pensar en otra cosa hasta que salga de ti. Con su mujer no se atreverá a ser fiero. Tranquila.

—Le haré caso, madre. —Asiento tragando saliva para bajar el nudo que me oprime la tráquea—. Buscaré un tema en el que distraer la mente mientras se alivia.

No acabo de estar segura de cuál es el tipo de alivio del que hablamos. La combinación para la noche de boda es demasiado transparente, demasiado corta, demasiado liviana para sentirme a salvo. Pero madre no parece dispuesta a hablar más del tema porque ya ha abierto la puerta para caminar de vuelta al comedor.

Antes de entrar me abraza con fuerza, estrechándome entre sus brazos. Le devuelvo el gesto sin deshacerme del terror que me invade sin piedad. Cuanto más se acerca de mi noche de bodas más aterrada estoy.

Cristina es tres años mayor que yo. Hace un par de días la interrogué acerca de lo que sucede entre los matrimonios en las alcobas por las noches, pero ella apenas tiene conocimiento de ese tema. O como mínimo es lo que me dijo.

Al entrar en el salón la mirada de Diego me recorre sin pudor. Está de pie en la mesa, junto a sus padres, despidiéndose. Aprieto los labios y los puños al sentirme intimidada por esos ojos que no cesan en su intención de mostrar depravación.

—¡Un brindis por la señora de Urzúa! —Levanta la copa pasándose la punta de la lengua por el labio superior—. ¡Mi mujer!

Ese posesivo ha sonado demasiado intenso, como si reivindicara la necesidad de explicarme que mi vida ya no me pertenece.

Obligo a mis labios a sonreír, aunque no logro deshacerme de la tensión. Inclino un poco la cabeza para mostrar aceptación, pero por dentro me rebelo contra la sensación de estar encadenada de por vida a alguien como Diego.

Los minutos siguientes se llenan de despedidas. Mi marido exige su premio, su noche de bodas, mi entrega absoluta. Y no sé si estoy preparada para despojarme de la infancia entre sus brazos, de dejarle deshonorarme.

Nuestra alcoba está en el primer piso, en un ala bastante apartada del comedor, alejada de los ruidos e insonorizada.

—Ha llegado la hora de saborearte. —Diego me agarra por la cintura para llevarme hacia las escaleras—. Me he pasado el banquete contando los minutos para subir y tenerte para mí solo. No quiero compartirte ni un segundo más.

Su tono de voz tiene un toque de perversión, como si me estuviera preparando para una agresión a mi serenidad. Eso es lo que siento al mirarle y descubrir la expresión pervertida de su cara. Trago saliva, hincho los pulmones e intento no resollar. Pero la respiración se descontrola cuando su mano baja de la cintura a las nalgas, apretándolas con demasiada fuerza.

—Me haces daño —digo en tono muy bajo.

—Tienes muy poco aguante. —Una vez llegamos al pasillo me empotra contra la pared, bloqueándome con su cuerpo—. Vamos a encontrar la manera de cambiar eso para que aprendas a satisfacerme. Ahora eres mi mujer.

Siento sus labios invadiendo los míos y mi estómago se contrae. Su lengua irrumpe dentro de mi boca, se mueve, la recorre y busca la complicidad de la mía. Soy incapaz de corresponderle, varias arcadas me suben hacia la garganta y me cuesta demasiado impedir que se dé cuenta. Sus manos saquean mi cuerpo con una fiereza desmedida. Suben por los costados, llegan a los pechos y se separa un poco para amasarlos sin dejar de besarme.

No puedo seguir con esto. Quiero detenerle, necesito escapar de aquí, impedirle que siga tocándome, besándome, apretándome con su cuerpo. En el vientre noto algo duro apoyado contra él. Empiezo a resollar al ritmo de las primeras lágrimas.

Su beso sube de exigencia. Con la lengua intenta convencer a la mía para seguir en ese baile asqueroso que solo me produce náuseas. Y no le permito conseguir sus deseos ni le doy lo que quiere. Respiro demasiado fuerte, mi estómago se agita, los músculos se tensionan convirtiendo mi interior en un

polvorín a punto de explotar.

Le coloco la manos sobre el pecho para apartarlo con la necesidad imperiosa de encontrar una brizna de aire para mis pulmones, de quitar sus manos de mi piel, de dejar de sentir esa dureza sobre mi vientre. Pero Diego no cede. Levanta una mano para crisar sus dedos en mi nuca, intensificando los lametazos dentro de mi boca, exigiéndome mi entrega.

Me hace daño. Sus dedos aprietan con tanta fuerza que gimo de dolor. Pensar en seguir adelante con este perverso juego me hace desear la muerte.

Un llanto ansioso se apodera de mis ojos. Las lágrimas mojan cada pequeño espacio de mi cara y los sollozos se amortiguan dentro de su boca.

Se escuchan unas voces acercándose. Diego se separa de mí con brusquedad, me agarra de la cintura y empieza a caminar para alejarse al máximo de aquí.

Tiemblo. Cada pequeña fibra de mi cuerpo es presa de temblores descontrolados. Las lágrimas siguen manando de mis ojos y los espasmos de los sollozos se ocupan de incrementar la sensación de pánico y desazón.

—Deja de gimotear —ordena clavándome los dedos en la cintura—. Eres mi esposa y vas a darme placer. Es tu obligación.

Asiento buscando fuerzas para controlarme. Necesito evadirme a algún lugar donde esté a salvo, alejarme con la mente de esta realidad o empezar a chillar, a patalear, a fundirme en la nada.

Llegamos a la habitación. Una oleada de terror me sacude cuando cierra la puerta con llave, me conduce frente a la cama y se separa hacia atrás mirándome con esa expresión tórrida de antes. Parece un cazador ante su presa.

—Desnúdate. —Sus ojos me repasan desde una corta distancia mientras se pasa la lengua por el labio superior—. Enséñame tu cuerpo.

Esos gestos, la perversidad en su mirada, su posición... Es como si fuera a saltar sobre mí.

No me muevo. Soy incapaz de hacerlo. El llanto me sacude con temblores y lágrimas. Me abrazo el cuerpo aterrorizada, sin ser capaz de resistirme a la sensación de que estoy a punto de perderme en un lugar inhóspito.

—¡Te he dicho que te desnudes! —Su tono sube de intensidad. Se vuelve duro, casi mancilla mi piel al alcanzarme.

Sin perder los temblores bajo los brazos para dirigirlos hacia los cierres de la espalda. Soy incapaz acallar los sollozos ansiosos que emiten mis

cuerdas vocales.

Llego al primer cierre y me cuesta muchísimo desabrocharlo. Se me escurre entre los dedos demasiado trémulos para acatar la tarea con serenidad.

La impaciencia se revela en el rostro de mi marido. Suelta un soplido, da dos pasos hacia mí, me agarra con fuerza de la cintura y me obliga a darme la vuelta.

—Deja, ya lo hago yo. —Me habla pegado a la oreja, con un susurro cargado de una fiereza que me hiela la sangre.

Mientras sus dedos se deshacen de los cierres me acaricia el cuello con la lengua produciéndome una sacudida de inquietud. En algunos momentos me clava los dientes en la piel, pellizcándola. Cuando eso sucede suelto un pequeño grito y doy un salto, estremeciéndome de dolor y miedo.

—Eres mía —susurra bajando la boca hacia la espalda que ha quedado al descubierto tras desabotonar el vestido—. No puedes impedirme tocarte o hacer lo que quiera con tu cuerpo. Me pertenece.

Esa última frase suena a amenaza y me produce un escalofrío por la maldad que esconde.

Me quita el vestido sin ninguna suavidad, lo deja caer al suelo, me agarra y me pone cara a él.

—Ahora termina de desudarte. —Da un paso atrás—. Me gusta mirar.

Lo hago sin dejar de sentir cómo me rompo. Deslizo las prendas por mi cuerpo trémulo, ante la expectante mirada de mi marido, un hombre que me paraliza de miedo, como si su mera esencia fuera capaz de destrozarme.

Al quedarme completamente desnuda me abrazo el cuerpo intentando ocultar mis virtudes. Siento sus ojos lascivos invadir mi piel, desearla con una intensidad demasiado perversa.

—Déjame verte. —Se acerca, me agarra los brazos y los desliza a los lados—. Eres perfecta, tal como esperaba.

Me agarra del pelo, tira mi cabeza hacia atrás y arremete contra mi cuello mordisqueándolo mientras aprieta su cuerpo contra el mío. Los tirones son fuertes, me hace daño con los dientes y con la mano. Y siento esa cosa dura en mi vientre. Palpita como si fuera una amenaza para mi cuerpo.

Baja los labios hasta uno de mis pechos y lo muerde con tanta fuerza que empiezo a gritar.

Se separa con brusquedad, levanta el brazo derecho sobre la cabeza y lo baja asestándome una bofetada tan fuerte que me zarandea dejándome un pitido en el oído izquierdo.

—No vuelvas a gritar —me espeta sin perder el brillo siniestro en sus ojos—. Eres mi mujer, me debes obediencia y tu cuerpo está en el trato. Es mío. —Se acerca otra vez, me agarra los dos pechos con las manos y los estruja haciéndome llorar—. Puedo hacer lo que quiera con él. Y vas a satisfacer todos y cada uno de mis depravados deseos.

Depravados deseos...

Me trago los gritos, las lágrimas, el horror. Asisto en directo a cómo quiebra mi voluntad y se apodera de mucho más de lo que quiero ofrecerle.

—Ahora desnúdame. —Me suelta retirándose un poco hacia atrás—. Lo has de hacer despacio, tocándome la piel y lamiéndola. Quiero sentirte en todas partes.

Asiento reprimiendo un sollozo. A pesar de mis esfuerzos por controlar los espasmos nerviosos, mis manos van quitándole las prendas con demasiada ansiedad. Se me escapan algunos resuellos al sentir sus manos palpándome los pechos. Los amasan, los estrujan, los tocan con más agresividad de la normal, al son de sus gemidos.

Cuando le despojo de la camisa veo su torso desnudo. Se le marcan los músculos fuertes y vigorosos. Son una clara advertencia a mis deseos de huir.

—Pasea tu lengua por mi cuerpo. —Me suelta los pechos para colocar mis manos sobre su pectoral—. Bájala lentamente hasta quitarme el pantalón y los calzones.

Al ver que no me muevo me agarra del pelo para acercarme la cara a su torso. El estómago se me contrae lanzando andanadas de ansiedad al resto de mis fibras nerviosas. Pero obedezco. Me da pánico no hacerlo.

A medida que mi lengua y mis manos nerviosas palpan su piel descendiendo hacia la cinturilla del pantalón, sus gemidos invaden la habitación y sus dedos siguen en mi cabello, agarrándolo, estirándolo en algunos momentos.

—¡De rodillas! ¡Desnúdame de una vez!

Le despojo de sus últimos ropajes arrodillándome, acompañada de sus gestos furiosos. Y veo su miembro vigoroso, grande, empitonado. Emito un gemido angustiado al observarlo.

—¡Póntelo en la boca! —La orden de Diego me aterra—. Chúpalo.

Como ve mi indecisión utiliza la mano que tiene en mi pelo para estirarlo con fuerza y obligarme a obedecer esos instintos macabros. Me lo introduce en la boca, tan adentro que mi garganta se queja. Tirándome del pelo me obliga a moverme adelante y atrás al son de sus gemidos de placer.

Las lágrimas me llenan la cara.

De repente me tira hacia atrás para dejarlo libre.

—Levántate.

Una vez estoy de pie me agarra por la cintura, me da la vuelta, me apoya en la cómoda y me arquea la espalda hacia delante, hasta que mi pecho queda estirado sobre la madera.

—Y ahora, como te atrevas a gritar te parto el cuello. —Su tono de voz me agarrota el cuerpo disparando espasmos ansiosos.

Un dolor palpitante me atraviesa cuando, ayudado de sus manos, me embiste, metiéndome su miembro en el cuerpo. Una de sus manos me agarra por el pelo otra vez, levantándome la cara y un poco el torso, lo suficiente para que su otra mano me toque los pechos.

El dolor es lacerante. Sus movimientos de cadera son rudos, mi cuello se mueve demasiado, impulsado por los dedos crispados sobre mi pelo. Los pechos me arden. Y ese embiste entre mis piernas es una dolorosa intrusión a mi serenidad. Sentir cómo su miembro invade mis entrañas sin delicadeza, cómo las perfora, cómo me llena la fibras nerviosas de padecimiento, me quiebra.

Es como si acabara de romper mi alma en pedazos, de pisotearla, de llenarla de una negrura imposible de clarear.

Ahogo los gritos entre sollozos.

De repente empieza a gemir cada vez con mayor intensidad y sus sacudidas cambian. Siento como si algo se esparciera por mi interior. Rebaja la fuerza en el cabello y en los pechos y clava sus dientes en mi hombro, lacerándolo, apretando, dejándome una marca visible.

Cuando deja de gemir sale de mí, me suelta y se va hacia la cama desnudo.

—Eres más apetecible de lo que esperaba. —Se tumba en su sitio—. Mañana voy a enseñarte cómo darme más placer.

Me deslizo hasta el suelo, me dejo caer, me desplomo. Apoyada en la cómoda me envuelvo el cuerpo con los brazos para apagar al máximo mis sollozos, las lágrimas, la sensación de estar devastada.

Jamás voy a recuperar mi dignidad perdida esta noche.

Jamás.

Capítulo 2

Geni

Barcelona, 20 de julio de 2018

Abro los ojos con una furiosa aceleración de la respiración, cubierta de sudor, con el corazón repiqueteando demasiado fuerte en el pecho.

Las imágenes del sueño me zarandean, ahogándome. Es como si acabaran de invadir mi cuerpo, como si hubiera sentido yo la agresión, como si no acabara de crearme esa brutalidad.

Eugenia lleva toda mi vida colándose en mis sueños, pero hasta ayer era de una forma plácida. La he visto crecer, he conocido su pasión por la pintura, su forma de interesarse por aprender de mil disciplinas, su niñez y primera juventud feliz junto a sus padres y su hermana.

¿Y ahora esto?

No lo entiendo.

Siempre he creído que soñar la vida de Eugenia es una forma de mi mente de evadirse de la realidad. Me sentía feliz al vivir en sueños esa existencia tranquila en las afueras de Bilbao a finales del siglo XIX, su devenir tan alejado del mío.

¿Por qué mi mente ahora se empeña en estropear esa visión? ¿En mostrarme a una Eugenia desgarrada, muerta en vida, obligada a unirse a un hombre que a todas luces es un degenerado? ¿Qué ha sucedido con su padre? ¿Por qué ha aceptado a ese tal Diego? ¿Quién es? ¿Qué artimañas ha urdido para llevarla al altar?

Hace años busqué información acerca de Eugenia Onrubia en la web porque a veces los sueños son tan reales que me planteo la posibilidad de estar recordándola, como si hubiera algo sobrenatural en su historia y estuviera traspasando el velo del tiempo para narrarse. No suelo creer en lo

profético ni en nada parecido, prefiero tener los pies sobre la tierra y aceptar lo inevitable. Sin embargo, hay tanta nitidez en esos sueños, tanta claridad histórica, tanta continuidad...

A pesar de mi falta de tiempo y recursos hice una búsqueda rápida por la red, sin encontrar nada significativo. Mi intención es investigarlo a fondo cuando esté lejos de aquí, buscar la manera de viajar a Bilbao alguna vez o quizás contratar a un detective para realizar la tarea *in situ*. Quiero asegurarme de que solo son sueños.

Me pongo de lado y acerco las rodillas al pecho para deshacerme de la sensación de desasosiego producida por las imágenes. Tengo las emociones de Eugenia pegadas a mi piel, el miedo circula por mis entrañas y la humillación de su cuerpo es como si agarrotase el mío.

Un sonido a mi lado me tensa.

—Buenos días, Geni. —La mano de Jesús me acaricia los pechos sin ninguna delicadeza—. Quiero follarte ahora mismo. Por detrás.

—No estoy de humor.

Le cojo la muñeca para retirarle la mano, pero él ignora el gesto y utiliza el otro brazo para levantarme el camisón y empezar a tocarme con lascivia.

—Me la suda tu humor. —Su tono no deja espacio a la réplica—. Voy a follarte tanto si quieres como si no. Te recomiendo que seas sumisa o usaré la fuerza. Tú decides.

En menos de dos segundos tengo su polla en mi interior. Nunca usa preservativo, por eso me obliga a análisis de sangre una vez cada quince días, a tomar con regularidad la píldora y controla mis menstruaciones de manera un poco obsesiva.

Sin salir de mí coloca un dedo en el clítoris para estimularme mientras sus movimientos son fieros. Se clava en mi interior sin pedir permiso, como suele hacer.

Normalmente intento ceder a sus pretensiones sin quejarme demasiado y disfrutar del movimiento de su dedo para sentir algo más que asco de mí misma cada vez que me penetra. Sin embargo, hoy estoy diferente, el sueño de Eugenia me ha dejado tocada y me repugna entregarle mi cuerpo al desgraciado de Jesús.

Sus besos en el cuello me molestan. Siento la aversión escalar por mi cuerpo, propagarse, llenarme hasta la última fibra. No quiero seguir aquí con él. Necesito escapar de una vez de esta existencia gris y dolorosa. Quizás por eso mi mente me ha traído a una Eugenia devastada.

Cuando termina me levanto con rapidez. Paso por la ducha para limpiarme cuanto antes, eliminar de mi cuerpo las huellas del cabrón de Jesús, deshacerme de las sensaciones del sueño, intentar reconducir la situación para no seguir asida a esa imagen de Eugenia y volver a la normalidad, donde disimulo con falsas sonrisas mi repulsa total a la vida que me ha tocado en suerte.

Solo tengo veintidós años y un largo historial de situaciones límite a mis espaldas.

Ojalá pudiera ser una joven normal. Ir a la universidad, enamorarme, tener la posibilidad de salir con mis amigos cada tarde sin pensar en la noche ni en la necesidad de seguir en un mundo donde la depravación es la moneda de cambio.

Me envuelvo en una toalla al salir de la ducha.

Si todo sale bien en unas horas dejaré a Jesús atrás. Volveré a ser dueña de mi destino y buscaré la manera de arrinconar para siempre el miedo, la desolación y la rabia de estar condenada a obedecer los designios de un hijo de puta como él.

Me miro al espejo empañado por el vaho. Al intuir la silueta de mi cara me imagino un nuevo inicio donde por fin consigo tener una vida normal. No pido más, solo normalidad, calma, disponer de libertad de elección...

Aunque antes debo enfrentarme a demasiados obstáculos. Y a pesar de mi apariencia combativa sigo siendo esa niña asustada que llegó a Barcelona presa de la ansiedad y acabó aceptando una vida llena de pesadumbre.

El tiempo pasa, pero los recuerdos permanecen. Son como dagas que se empuñan en llagarme la piel en momentos como este.

Tras cada castigo de Jesús solo consigo calmarme cuando sueño despierta con mi tocaya Eugenia. Su vida me parece increíble. Tenía un padre cariñoso que la escuchaba, la mimaba y la instruía. Era tan diferente a mi realidad... Nadie la ha pegado nunca hasta el sueño de esta noche.

Su vida era tan plácida...

Por eso me ha afectado tanto este giro brutal de los acontecimientos. Ella siempre ha sido una joven llena de vitalidad y yo he vivido mi escasa felicidad a través de la suya. Ahora me tocará internarme en una oscuridad total.

Me visto en el baño tras untarme el cuerpo con crema hidratante y rociarme con un poco de perfume. Elijo una ropa cómoda y fresca. Este verano las temperaturas en Barcelona son muy elevadas y hace un calor insostenible.

Cuando salgo de nuevo a la habitación me encuentro a Jesús toqueteando el móvil.

—Geni, cámbiate de ropa. —Levanta un segundo la mirada de la pantalla—. Te he concertado un baile privado a las cinco para un ruso. Paga bien, así que sé cariñosa con él.

—¿Un baile privado? —Mi corazón se acelera—. ¿Dónde?

Miro el reloj. Son las tres de la tarde, solo me quedan dos horas de tranquilidad...

—En su suite. Está en el Hotel Vela.

—Paso. —Niego con la cabeza caminando hacia la puerta—. Ese tío querrá algo más que un baile privado.

—¡No me jodas! —Se levanta de la cama con rapidez para interceptar mi avance agarrándome con fuerza por la muñeca—. Vas a ir a esa suite, vas a bailar de forma muy guarra y vas a dejar que ese tío te la meta si quiere. ¿Me has oído? Porque lo vas a hacer con una jodida sonrisa de oreja a oreja y le vas a gemir en la puta cara. ¡Y si te pide que se la comas te metes la polla en la boca y le haces correrse de gusto!

No aprieta demasiado para no estropear el género. Pero su tono no admite réplica. Lo utiliza cuando quiere explicar con claridad a qué me expongo si le desobedezco.

—Hablamos de esto, ¿recuerdas? —Sé que intentar razonar con él no me va a servir de nada, Jesús acabará golpeándome tarde o temprano y castigándome por esta confrontación, pero soy incapaz de callarme—. Prometiste no volver a prostituirme. ¡No soy una puta!

—Eres lo que yo quiero que seas. —Tira de mi brazo hasta situarme muy cerca—. Y esta tarde vas a hacer feliz a un ruso. ¿O quieres quedarte en casa y ver cómo te destrozo a hostias?

Señala con la mirada el bate que tiene guardado al lado de la cama, como advertencia callada a mi posible desobediencia.

—Voy a calentar algo para comer —digo saliendo al pasillo sin ganas de seguir discutiendo en una pelea perdida de antemano.

—Después de comer cámbiate. —Me detiene un segundo—. El ruso espera a una rubia explosiva muy sexy y facilona.

Cuando me suelta salgo con rapidez y me apoyo un segundo en la pared antes de caminar hacia la cocina. El pasillo se me hace más largo de lo que es en realidad.

La idea de volver a entregarme a otro hombre por dinero me repugna. Y

más cuando recuerdo quien se va a quedar el pago. Yo soy *stripper*, no puta. Vender mi cuerpo para que el desgraciado de Jesús se llene los bolsillos es depravado, asqueroso, algo con lo que no quiero lidiar nunca más. Por eso he preparado el plan y voy a tirarlo adelante arriesgándome al máximo. Si me descubre acabaré en una sala de operaciones o en el fondo del mar.

Pero si logro escapar por fin seré libre.

Una vez en la cocina abro la nevera para decidir qué comemos hoy. Hay un montón de *tuppers* preparados por nuestra asistente personal, una polaca muy simpática que viene a limpiar y a cocinar tres veces a la semana mientras estamos en el club.

Elijo un pollo al limón que le sale como los ángeles, un poco de arroz de acompañamiento y un trozo de tarta de queso de postre.

Si he de hacerlo con el ruso será después de un banquete en condiciones.

Una de las pocas ventajas de vivir con Jesús es su obsesión por tener la nevera siempre llena y su predisposición a pagarle a alguien para que cumpla esas exigencias.

Pongo la mesa con unos individuales mientras la comida se calienta en el microondas.

No quiero pensar en el ruso ni en mi noche sobre el escenario del club de *striptease* ni en el después. Solo me interesa soñar en un mañana mejor, en conseguirlo gracias a la planificación, a la ayuda de Esmeralda, a mi decisión de intentar cambiar las cosas en vez de resignarme.

Se acabó autocompadecerme, obedecer órdenes y ser un objeto comercial en manos de un proxeneta. Porque esa es la definición exacta de Jesús. Me vende como si fuera de su propiedad, me obliga a doblegarme ante sus inmundas transacciones comerciales a base de golpes y castigos y no se conforma solo con eso. También me usa, convirtiéndome en su pareja, prohibiéndome ver a otras personas que no sean sus clientes, decidiendo cuándo mi cuerpo debe ser profanado.

Una hora y media después me bajo del coche de Jesús frente al hotel Vela, una impresionante obra arquitectónica frente al mar. Voy vestida con unos shorts negros cortitos, un top arrapado, unas sandalias negras de altísimos tacones y un jersey de algodón largo y sedoso. Completo mi atuendo con un bolso de marca para disimular en recepción.

Solo deseo darme la vuelta, regresar a casa, recoger mis cosas y largarme lejos de aquí ahora mismo. Pero Jesús sigue en el coche, controlándome, y si me escapara antes de tiempo y sin planificación acabaría

encontrándome en cuestión de minutos.

Apenas me quedan unas horas para ser libre, debo aguantar un poquito más.

En el ascensor siento el desgarró de mi corazón otra vez al pensar en la habitación, en venderme, en meterme en la cama de un desconocido para arañarle una parte de su fortuna. Ya son demasiadas roturas en mi corta vida y no aguantaré otra más sin hundirme en la negrura.

La suite es enorme, decorada con vanguardismo, líneas rectas y colores claros.

Por suerte el ruso es un hombre apuesto. Alto, rubio, ojos azules, musculado... Si puedo elegir prefiero este tipo de tíos, como mínimo no incrementan mi asco natural.

Aunque preferiría no lidiar con ninguno ajeno a mi elección.

Me saluda sentado en un sofá en la zona del salón. Tiene los brazos extendidos a ambos lados y una de esas muecas lascivas que tanto me agrian la bilis. Sus guardaespaldas nos han dejado solos, pero los siento cerca.

Tras los saludos iniciales, me quito el jersey, le pido una música concreta para que la ponga en el hilo musical de la suite y empiezo a bailar. No me gusta tocarme ni hacerlo de forma provocativa frente a un tío que saliva demasiado y cuyos ojos parecen la viva estampa de la lascivia, pero adoro bailar. Mientras danzo consigo evadirme de la realidad, alejarme a un lugar donde mi vida es sosegada y no un montón de mierda.

Mis sensuales movimientos están estudiados al milímetro para excitarle. Llevo desde los dieciséis haciendo de *stripper*, lo tengo dominado.

El tío se levanta cuando me quedo solo con el tanga, apaga la música y me toca los pechos con una mueca muy clara de sus intenciones.

—Vamos a la habitación. —Señala una puerta—. Jesús me prometió un baile caliente, una mamada y un coño preparado para darme placer.

Siento frío, repugnancia, asco. Jesús es un cabrón. Se merecería que le metiera una bala entre ceja y ceja. Tiene suerte de mi falta de valentía porque si pudiera acabaría con su miserable vida sin pensarlo. Me ha vendido, no es nada casual, lo tenía todo planeado.

Asiento con una sonrisa falsa. No tengo otro remedio, debo ceder otra vez. Pero esta será la última. No volveré a prostituirme en lo que me queda de vida. Voy a conseguir llevar mi plan hasta el final para tener la posibilidad de escapar a esta vida.

La hora siguiente es como tantas otras veces. El tío quiere su mierda de

mamada, luego me seduce con artes de buen amante y acabamos follando protegidos por un condón.

Aséptico. Triste. Deplorable.

Al salir de la suite tras una ducha tengo el dinero en el bolso y me siento sucia, como si no pudiera borrar nunca más estos actos que me destruyen sistemáticamente.

Siempre intento dejar mis sentimientos fuera de la habitación. Lo intento con todas mis fuerzas. Y solo algunas veces lo consigo. La mayoría son como hoy, llenas de rechazo, con la repugnancia agarrotándome el estómago y la sensación de ser una persona impúdica, detestable, horrible. Porque a pesar de ser hombres ricos estoy desgastando mi alma con esos actos exentos de amor y sentimientos, solo empujados por la irrefrenable sed de codicia de un cabrón que me subyuga con miedo y dolor.

Le mando un mensaje a Jesús para que venga a por mí. Debe estar esperando aquí cerca, vigilando la puerta para controlar su inversión.

—Lo tenías todo pactado —le suelto al entrar en el coche unos minutos después—. Baile, mamada, polvo... ¿Qué será la próxima vez? ¿Un trío? —Niego con la cabeza conteniendo las lágrimas—. Debería molestarte que otro tío me toque.

—No me seas rencorosa. —Sus inmundos labios me besan en el cuello—. ¡Has ganado dos mil pavos!

Dirás que los he ganado para ti, pienso dándole el dinero. No lo quiero decir en voz alta, ahora ya no tengo a un ruso esperándome y podría usar la fuerza bruta en cualquier momento. A Jesús no le cuesta ponerme las manos encima. Tiene muy mal carácter y no puedo cabrearle hoy. Necesito tenerle a buenas para llevar a cabo mi plan.

Pone un poco de música mientras conduce en silencio. Agradezco la ausencia de palabras porque no tengo ganas de fingir que me importa lo que quiera decirme. Prefiero quedarme a solas con mis pensamientos, repasar de forma metódica los pasos para conseguir la libertad.

Me lleva a uno de sus restaurantes favoritos. Es un hindú con la comida demasiado picante para mi gusto. Pero, una vez más, prefiero tragarme mis opiniones.

Mientras encarga la cena intento sin éxito quitarme de la cabeza lo sucedido con el ruso. No me ha pegado ni se ha ensañado conmigo ni me ha exigido demasiado. Encima me ha seducido, tocándome para excitarme. Sin embargo, ha sido sexo pagado, me he vendido otra vez por culpa del capullo

de Jesús.

Le odio. Si él supiera cuánto le odio me trataría diferente, está claro.

Durante los treinta minutos siguientes le escucho hablar de mil gilipolleces. Tiene la lengua muy suelta y solo con sonreír a ratos ya siente que le hago caso. Eso me proporciona momentos para refugiarme en mis pensamientos y conseguir un poco de serenidad.

Mi mente se evade al sueño sobre Eugenia. Me siento muy cerca de ella, de su vida, de ese desgarró de entregar su cuerpo a un malnacido.

Tras pagar la cuenta Jesús me lleva al club. Me deja frente a la puerta del vestuario para ir al despacho, anunciándome que tiene trabajo. Tuerzo el gesto al escuchar esa frase porque imagino qué clase de trabajo tiene: catar el género antes de contratar a nuevas bailarinas. Cada día tiene un par de aspirantes y solo contrata a una cuando es realmente necesaria. Aunque imagino el destino de las demás.

He deseado tantas veces que me substituya por alguna de ellas para como mínimo disponer del resto de mi día...

Al entrar en el vestuario saludo a mis compañeras y me voy directa al baño, donde me espera Esmeralda.

—¿Estás segura de lo de esta noche? —susurra disimulando por si alguien entra—. Si Jesús sospecha algo...

—Prefiero morir en sus manos a seguir así. —Nos colocamos frente al espejo haciendo ver que estamos retocándonos el maquillaje—. No puedo más. Esta tarde me ha llevado al Vela para que me tirara a un ruso. ¡Hasta le había prometido una mamada!

—¡Cabrón! —Pega un puñetazo disimulado sobre el mármol—. Te dejaré el sobre en el bolso en un rato. No me verán.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —insisto por enésima vez—. Podrías salir de esta mierda también.

—Soy *stripper*, no sé hacer otra cosa. —Me coge un segundo las manos mirándome con una de sus sonrisas más dulces—. Tengo cuarenta y cinco años, es tarde para mí. Además, no soy una de sus *chicas*. —Enfatiza la última palabra—. A mí solo me quiere para bailar. Hay tíos que buscan ver a una madurita en la barra.

—Lo sé. —Bajo la cabeza con los ojos húmedos—. Tu vida es más fácil...

—Nena, no llores. —Me levanta la cara colocando su mano en mi barbilla—. Vas a salir de esta mierda, conseguirás librarte de él y vas a ser

feliz.

—¿Y si sospecha que me has ayudado? Te destrozaré.

—Por suerte no me has contado tus planes. —Sonríe—. Éramos amigas, pero este último año hemos dado la impresión de estar muy distanciadas. Nuestras peleas han sido convincentes, no me relacionaré con tu marcha.

—Eso espero.

Salgo del baño yo primera para evitar que nuestras compañeras puedan contarle a Jesús que me han visto con Esmeralda. Quiero protegerla porque pensar en la posibilidad de que la castigue en mi lugar me parte el alma.

Me visto para mi primer número. Un traje de vaquera sexy para contonearme al ritmo de una canción country. A los clientes suele gustarles mucho.

Una vez en el escenario me entrego al máximo porque a pesar de ser un baile en el que acabo en tanga, y con billetes repartidos por él, como si fuera una simple mercancía para excitar a los clientes, siempre pongo el alma al salir al escenario.

Los nervios aumentan con el paso de las horas, cuando se acerca el momento de empezar la ejecución de mi plan.

Bailo cuatro números más. Es viernes, el aforo está completo y solemos cerrar más tarde, danzar más, darles un espectáculo ampliado a esos bastardos que nos miran con lujuria, como si fuéramos objetos sin sentimientos.

Encuentro a Jesús esperándome en la barra al terminar mi trabajo.

—Hoy has estado increíble —dice besándome con el aliento apestando a alcohol y a mujeres—. Me has hecho ganar un montón de pasta.

—¿Qué tal las chicas? —Levanto la ceja en un gesto desafiante.

—No tengas celos, cariño. No encontraré otra como tú.

Ojalá lo hicieras...

Tenso una sonrisa de camino al coche. Necesito estar muy cariñosa esta noche. Aunque mi interior es un manojito de nervios. Escucho el corazón palpar en el oído con fiereza y necesito recurrir a todo mi control para evitar resollar. Si me descubre antes de tiempo estoy muerta.

La casa está cálida. El bochorno de Barcelona se hace notar sobre todo por las noches.

—¿Una copa? —pregunto melosa encendiendo el aire acondicionado.

—No voy a rechazar una proposición indecente. —Odio esa mueca lujuriosa que le tuerce los labios y le ilumina los ojos. Pero me limito a contestarle con un gesto sexy—. Prepárame uno de tus *gin tónicos* mágicos.

¡Lo tengo! Le dedico una mirada sensual para ponerlo cachondo.

—¿Me dejas ponerme cómoda antes? —Me paso la lengua por el labio superior.

—Estás muy cariñosa esta noche, Geni. —Responde con excitación al gesto—. ¿Estás escondiéndome algo?

—¿Por qué debería tener intenciones ocultas? —Intento rebajar como puedo el acelerado latido de mi corazón—. Si no quieres lo dejamos para otro día...

—Ponte cómoda, vístete con alguno de tus trajes de *striptease*. —Se pasa la lengua por el labio superior y usa un tono conciliador—. Sorpréndeme.

Lo haré y no te imaginas cómo...

Le dedico una sonrisa sincera. Está donde yo quería y no voy a desperdiciar el momento.

Una vez en el dormitorio abro el bolso para revisar el sobre de Esmeralda. Un pasaporte y un DNI falsos a nombre de Eugenia Riera y el potente sedante de acción rápida en polvo.

Me visto con unos ligeros y ropa interior sexy, me cubro con una bata sedosa y guardo el sedante en el sujetador.

Esmeralda ha tardado mucho en conseguir esas cuatro cosas. Jesús suele vigilar de cerca a las chicas y conmigo tiene una obsesión por no dejarme nunca a solas. Por suerte, mi amiga conserva muchos contactos de cuando trabajaba en otro club y tras decidir mi plan hace casi un año y medio ha conseguido lo necesario.

Pero debía esperar al momento justo.

Vuelvo a guardar el sobre y regreso al salón. Jesús está en el sofá solo vestido con los vaqueros. Es un tipo guapo, adicto al gimnasio, musculado, que se cuida el cuerpo. Si no fuera por su forma de tratarme podría haber salido bien, haberme enamorado de él, tener una relación sana, disfrutar del sexo, de nuestra intimidad. Los condicionales de lo que podría haber sido mi vida si él no fuera un capullo llenarían varios folios. Pero la verdad es tan diferente...

—Geni, estás poniéndome cachondo. —Pasea los ojos libidinosos por mi cuerpo cuando entro de nuevo en el salón, tocándose el paquete y pasándose otra vez la punta de la lengua por los labios—. Quiero follarte duro esta noche y hacerte gemir de placer.

Preparo el combinado escuchando garradas que me agrian la bilis. Necesito que siga distraído con mi cuerpo, por eso me muevo con una

estudiada coreografía que aumenta con rapidez su temperatura corporal. Aprovecho su despiste para coger el sedante y vaciarlo en la bebida. Lo mezclo con cuidado, como si estuviera agitando la ginebra y la tónica, y me giro dirigiéndole una mirada tórrida.

—Vamos a ir despacio. —Me siento a horcajadas sobre él ofreciéndole la copa de balón—. Me apetece saborearte, escucharte gemir, saber que eres mío.

Le beso. Seducirle es una parte importante del plan. Jesús suele beber más cuando está cachondo y quiero que se termine el *gin tónico* cuanto antes para no tener que aguantar sus asquerosas manos sobre mi piel más de lo necesario.

—Soy todo tuyo. —Se desabrocha el cinturón—. Hazme una de tus mamadas cachondas. Mi polla espera tus labios, los adora.

Me pongo de rodillas en el suelo desnudándole mientras él le da cuatro tragos largos a la bebida. Apenas escucho sus palabras llenas de lascivia. Me trago el asco, inspiro y me entrego a la tarea por última vez en mi vida.

Se corre dentro de mi boca, gimiendo con una fuerza colosal. Y yo casi vomito con ese sabor repulsivo llenándome la garganta. Quiero dejar esta vida, necesito que el sedante haga efecto, dejar de sentirme a punto de deshacerme en mil pedazos cada segundo de mi mísera existencia con él. Jesús solo me ha traído dolor y se ha ocupado de convertirme en alguien detestable.

—Ahora quítate la ropa con la música. —Bosteza entrecerrando los ojos—. Baila para mí mientras te tocas y me provocas. Enséñame ese coño calentito.

Me levanto despacio, tocándole los muslos para disimular la mueca que me cripa la cara. Él toquetea la pantalla del móvil bostezando de nuevo. Sus movimientos son lentos y pausados, como si le costara mantenerse despierto. Cuando las primeras notas llenan el salón empiezo a bailar, observándole, esperando el momento para poner en marcha la segunda fase del plan.

En unos minutos acaba sucumbiendo al sueño. El suyo normalmente es poco profundo y se percata de cualquier movimiento a su alrededor. Duerme con una pistola bajo la almohada. La única forma de escapar es sedarle.

Compruebo su estado inconsciente y me emociono dando un salto eufórico al culminar el primer paso. El segundo es quitarle la llave que cuelga de su cuello para abrir la caja fuerte de su despacho. Una parte primordial del plan fue conocer la contraseña. Durante meses esperé mi oportunidad y la aproveché cuando un día se dejó la puerta semiabierta y pude atisbar por ella.

Ahora es mi momento de resarcirme de sus robos continuados, de sus abusos, de su forma de tratarme. Necesito dinero para empezar una nueva vida lejos de él y no voy a desperdiciar la situación para coger lo que en realidad es mío.

No tardo demasiado en abrir la caja. Hay más de quinientos mil euros en efectivo en su interior. Jesús hace mucho dinero negro y lo reparte entre la casa y la oficina para evitar robos. Pero también consigo un seguro para el futuro: su libreta con las anotaciones de las entradas y salidas, de las chicas que prostituye, de dónde las tiene, de cada acto vil y despiadado de ese cabrón. Con el móvil fotografío las páginas de la otra libreta para tener las claves de acceso a todas sus cuentas bancarias, tanto las legales como las de los paraísos fiscales. Cuando las tengo abro una dirección de e-mail nueva y las cuelgo en el drive para no perderlos nunca.

Creo otro mail nuevo para adjuntar la documentación relativa a los delitos de Jesús al listado de prensa que he ido recopilando a lo largo de este año y a la fiscalía. Culmino la tarea programando el correo bomba para que se envíen las pruebas mañana por la tarde, cuando yo esté a bordo de un avión rumbo a mi destino y Jesús despierte de su sedación.

Sonrío al pensar en mis actos, en el futuro, en mi capacidad para asestarle un golpe del que tardará en recuperarse.

Ahora solo me queda resetear el iPhone que me regaló para evitar que siga el rastro. Tras hacerlo lleno una maleta pequeña de ruedas con el dinero y me voy a la habitación para vestirme con unos vaqueros, una camiseta y unas deportivas.

—Adiós capullo. —Le dejo el móvil que me regaló sobre su vientre, sin tapar su desnudez y abandono esta casa para siempre.

Salgo a la noche con un subidón de adrenalina circulando por mi cuerpo. ¡Lo he hecho! ¡Le he robado el dinero y su libreta! ¡Lo he pringado! ¡Y me he largado! ¡Por fin voy a ser libre!

Ahora necesito conservar la sangre fría. Si el sedante funciona, Jesús no se despertará hasta mañana por la tarde, cuando yo ya esté en un avión y explote la bomba.

Pero antes tengo montones de cosas por hacer. Busco con la mirada la parada del autobús asiendo con fuerza la bolsa con el dinero.

Mañana empieza el resto de mi vida.

Capítulo 3

Daniel

Luzón Central (Filipinas), 1 de octubre de 1881

Observo la escena con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Los gritos apenas consiguen traspasar mis oídos y el alboroto a mi alrededor está suspendido en un lugar lejano e inalcanzable donde mi vida acaba de desmoronarse sin posibilidad de recuperarla.

Mis ojos se pierden un segundo en Clara y de repente retrocedo en el tiempo, a tres años atrás, al momento en el que comprendí la profunda responsabilidad acaecida en mi persona y el significado de aceptarla.

Vuelvo a irrumpir en ese Daniel, como si mi mente pudiera dar marcha atrás para devolverme a ese instante en el que mi vida cambió de forma irremediable, como si quisiera recordarme la nueva rotura con el pasado, la necesidad de encontrar un rumbo diferente, de la encrucijada que se abre ahora ante mí...

...El calor era sofocante. Me sequé el sudor de la frente con la manga de la camisa mientras esperaba con una impaciencia incómoda los acontecimientos. Pensar en Clara pariendo a nuestro pequeño me angustiaba. No hacía buena cara al empezar a gritar de dolor, como si fuera a partirse en dos. Y Clara era una mujer fuerte.

Caminé arriba y abajo frente a la puerta de la habitación mientras sus gritos de dolor atravesaban la madera acompañados por las palabras de las parteras, unas mujeres de la plantación que habían acudido a mi llamada.

Ese día el sol impactaba contra los campos con su fiereza y nos obligaba a cubrirnos la cabeza con un gorro de ala muy ancha para combatir su mordisco. Me lo quité, lo dejé en el suelo y usé la camisa gris

para volver a deshacerme del sudor de la frente.

Mi historia con Clara era difícil de resumir sin abrir grietas en mi interior. La protegí de la ira de un hombre lleno de rencor. Me casé con ella para evitar que la volviera a agredir, para dormir cada noche en su cama, para evitarle el sufrimiento. Pero no calibré la llegada de un hijo ni la obligación de mantenerme el resto de mi vida a su lado.

El amor no tenía cabida en mi corazón. Con ella solo había cariño, amistad, necesidad de curar las heridas juntos. Era una buena esposa. Fiel, trabajadora, entregada... Sabía que me amaba y su amor me dolía porque no podía corresponderlo. Mi corazón estaba roto, imposibilitado para sentir más allá de un cariño profundo. Mi padre lo había llenado de agujeros y no sabía cómo taponarlos. Todavía no lo sé.

Clara era la huérfana de un amigo de infancia de mi padre, el señor de las tierras donde vivía. Y también era su padrino desde sus tiempos en España. Por eso la chiquilla apareció en la plantación tras perder a sus padres. Era la ley de los padrinos, heredar a los ahijados en casos como este. Venía de Castilla, donde vivió feliz hasta los diecisiete años.

Era una joven guapísima, con largos cabellos negros que crecían salvajes, unos inmensos ojos oscuros como la noche y una figura pequeña, pero fuerte.

Su llegada despertó la oscuridad en mi padre, le llenó de lujuria, de deseo carnal, de uno de los peores pecados capitales. La quería para él. Ansiaba desposarla, hacerla suya, someterla para poseer su cuerpo.

Cada día la joven se derrumbaba presa del temor al enfrentarse a cómo él la cercaba y la obligaba a besarlo, a tocarlo, a acercarse a él. Yo no sabía nada, a pesar de que el señor me requería cada noche para castigarme con saña antes de irse a la habitación de Clara. Nunca superó que pasarse años forzando a mi madre, una jornalera, terminara dándole un hijo ilegítimo y por eso me pegaba, para superar la rabia de haberme engendrado.

Durante dos meses hostigó a Clara sin desflorarla. Solo la obligaba a tocarlo impúdicamente, a darle placer con el tacto, a dejarse manosear por sus asquerosas manos. Cada noche le prometía que cuando se casaran sería suya y ella lloraba hasta el alba, deseosa de escapar a ese cruel destino.

Mi padre preparó la boda con rapidez, sin invitar a nadie, solo hablando con el cura.

Yo no sabía nada de lo que sucedía en la casa grande mientras dormía en mi habitación del barracón común, casi no veía a Clara ni tenía noticias

de ella. Pero una noche, dos días antes de la boda, el señor cayó dormido en el salón después de pegarme e intentar quebrar otra vez mi voluntad. La cantidad de alcohol ingerida ese día lo tumbó.

Entonces la vi entrar en el salón.

—¿Está muerto? —Temblaba y tenía los ojos rojos de llorar.

—Solo está borracho, señorita.

—¿Se... se... despertará? —Abrió los ojos con miedo.

—Hasta mañana no lo creo.

Entonces el llanto irrumpió en ella. Era como una mezcla de dolor, miedo y alivio, como si de repente estallaran todos los sentimientos anidados en su interior.

—Eres un hombre fuerte, Daniel —susurró entre sollozos—. Cada noche veo cómo te castiga, escucho el sonido del cinturón al encontrarse con tu piel y observo cómo te marchas sin derramar ni una lágrima. Querría ser como tú, aguantar sus vejaciones con entereza. Pero no puedo, no sobreviviré a lo que viene después de casarme con él.

—¿Vejaciones? —No me atrevía a acercarme para abrazarla, era la protegida del señor, el decoro me impedía consolarla—. ¿Qué le ha hecho mi padre, señorita Clara? ¿Ha abusado de usted?

—Todavía no. —Los labios le temblaban tanto que necesitó abrazarse con las dos manos para intentar detener el movimiento de su cuerpo y de su boca—. Después del casamiento.

—¡Maldito bastardo!

Deseé apalearle, hacerle daño, hacerle sufrir. Quizás si no me hubiera acobardado esa noche nos hubiera ahorrado mucho sufrimiento, pero él era el señor y mi padre. No podía sesgarle la vida. Así que hice lo único que se me ocurrió.

—Vamos a buscar a un cura. —La miré en busca de su aprobación—. Si se casa conmigo no podrá tocarla nunca más. Juro que la protegeré con mi vida.

—¿Lo harías? ¿Dejarías tu soltería para prometerme fidelidad ante Dios solo para salvarme de él?

Asentí. Fue un acto impulsivo, una decisión repentina tomada en un momento tenso. La indignación habló por mí, junto a la necesidad de salvarla. Y ella me aceptó. Se había enamorado de mí al espiar cómo su tutor me maltrataba cada noche. Para ella era un ángel salvador. No le importó vivir lejos de la casa grande, entre la inmundicia, ni trabajar en los

campos ni enfrentarse a la ira del señor al día siguiente. Yo juré protegerla y ella quería pasar el resto de su vida a mi lado. Eso era lo único importante para ella, tenerme en su lecho cada noche, sentir la ternura de mis besos, la caricia de mi cuerpo, la determinación de mi protección.

La salvaguardé cada día cuando mi padre intentaba hacerla suya. Aprendí a rebelarme, a devolverle los golpes, a no amedrentarme por su presencia. Y descubrí algo de ese hombre maldito, algo que me dio la fuerza para no rendirme. Nunca cumpliría las amenazas de echarme a la calle porque mi dolor era su felicidad y no descansaría hasta volver a doblegarme.

Otro grito desgarrado me partió el alma y dejé mis pensamientos atrás. Su sufrimiento era el mío.

Tener un hijo era un reto imposible. No sabía si sería capaz de buscar la calidez necesaria en mi corazón para hacerle un hueco. Estaba tan malogrado que quizás se resistiera a abrirse, a llenar una de sus grietas con amor hacia ese bebé que de repente rompió a llorar en la habitación.

Estaba aterrado.

El llanto del bebé me acompañó durante los minutos siguientes, aumentando de forma considerable mi pánico. ¿Podría cuidar de él? ¿Darle el cariño de un padre cuando del mío solo había recibido crueldad?

Y de repente el silencio me llenó de una nueva inquietud. Sin llantos, sin palabras, sin escuchar a la criatura. Sentí como si el mundo acabara de detenerse, como si la ansiedad consumiera mis posibilidades de volver a sonreír.

Una de las parteras vino a buscarme y la miré con un nudo en el corazón, a la espera de sus palabras, con la necesidad absoluta de saber que mi criatura estaba bien.

—Es un niño —dijo acompañándome a ver a mi esposa—. Está sano.

—¿Clara? —pregunté casi sin voz, dejando escapar el aire con lentitud y tragando para deshacer ese nudo instalado en el cuerpo.

—Es una mujer fuerte, no temas.

Cuando le vi apoyado en el pecho de su madre algo cambió en mi interior. Fue como si una oleada de un amor desconocido cosiera algunas de las grietas de mi corazón, llenándolas de una luz especial. Tenía los ojos cerrados y había dejado de llorar al entrar en contacto con la piel de su madre, agarrándose a su pecho todavía sin leche, moviendo esa boquita

diminuta y perfecta al son de una pausada respiración.

Era precioso.

Me acerqué a ellos con sigilo, sin deseos de perturbar su momento.

Clara levantó la mirada hasta perderse en mis ojos. Estaba llena de felicidad y amor. Amor hacia mí, hacia nuestro hijo, hacia la ilusión de ser madre y ver colmadas sus esperanzas.

—Le llamaremos Jaime —susurró Clara sonriéndome—. Como mi padre. ¿Te parece bien?

—Es un nombre precioso...

Desde ese instante Jaime se ha convertido en el centro de mi vida porque el amor de un padre nace de una única mirada, de un único instante, de una conexión más allá del conocimiento. Jaime es sangre de mi sangre y jamás dejaré de adorarlo.

Le miro sin verlo, casi ausente. Lloro caminando alrededor de la habitación con los brazos levantados, sintiendo el nerviosismo y la histeria de las personas congregadas en el salón de la casa grande.

Apenas soy capaz de concentrarme en sus sollozos ni en las palabras de mi madre ni en la escena que me devuelven mis pupilas atoradas. Enfrentar lo sucedido volverá a romper en mil pedazos mi ya maltrecho corazón. Y no estoy preparado para asumirlo.

Jaime se acerca a mí para tirar de mi pantalón gris de trabajo. Bajo la mirada hacia él y la detengo un segundo en mis manos. La sangre muestra sin pudor una parte de los sucesos, clama a gritos esa realidad que prefiero ignorar porque no puedo procesarla.

Es roja, amenazadora, directa.

Cierro los ojos temblando. Me derrumbo, permito que mi cuerpo se desplome con lentitud en el suelo y arranco a llorar.

Un hombre no llora. La voz severa de mi padre se cuela por mis recuerdos trayéndome con el cinturón en alto mientras me golpeaba con fuerza para castigarme por ser blando, por no mostrar dureza de corazón como él.

Pero no puedo detener el llanto. Mis manos llenas de sangre son un recordatorio de los dos cuerpos sin vida postrados en el suelo, de la necesidad de pensar en cómo afrontar el mañana, del vil giro del destino.

Las manitas de Jaime se posan en mis piernas. Ese contacto me obliga a reaccionar, a borrar los rastros del llanto, a mirarle, a empezar a moverme

para salir del aturdimiento. Alargo los brazos para cogerlo y estrujarlo contra mi pecho. Es mi vida, él devolvió los latidos a mi corazón, logró darle sonido, ritmo, fuerza. Por eso lo aprieto con tanta fuerza que el niño arranca a llorar otra vez.

Mi mente reproduce de nuevo lo sucedido, como si fuera una mente enferma que me descargara puñales en la piel...

...Esta mañana el sol era intenso. Mientras caminaba hacia la plantación para empezar la siembra con Clara, Jaime y los jornaleros me sentía feliz. Mi mujer había renunciado a muchas cosas por estar conmigo, pero lo había hecho con ilusión, ganas y deseos de seguir adelante. Era una luchadora y muchas veces me odiaba a mí mismo por no poder corresponder a su amor.

La presencia de Jaime a nuestro lado era como siempre una bendición del señor. Risueño, enérgico, parlanchín... Es como un torbellino lleno de vida que siempre consigue arrancarme sonrisas de orgullo.

La aparición de mi padre, del señor, de ese hombre capaz de oscurecer el sol, debería haberme advertido. Él nunca era un buen presagio.

—Clara, ven a la casa grande —ha ordenado dándose la vuelta.

Estaba borracho, como siempre. Su alma negra y atormentada ha jugado en nuestra contra. Desde que Clara llegó a la plantación hace cinco años estas escenas se repetían con asiduidad. Antes de casarme con ella sucedían en la casa grande, donde Clara vivía, donde él la aterrizzaba con sus apetitos desmedidos.

Ya no le temía porque sabía que era más fuerte que él y muchas veces lograba reducirlo. Por eso esta mañana les he seguido al salón, para evitar que el viejo le pusiera una mano encima a mi dulce Clara.

Estaba más borracho que de costumbre. Su voz sonaba amenazante mientras increpaba a mi mujer sin saber que estaba caminando hacia ellos. Clara normalmente le contestaba con fiereza, los años a mi lado la habían convertido en una mujer luchadora, pero hoy se mostraba más comedida, incluso asustada.

Al entrar en el salón he visto la razón. Mi padre empuñaba un revolver y le pedía que se acercara. Ella tenía las manos levantadas para pedirle calma, pero él insistía.

—Daniel. —El señor me ha mirado con chanza—. Esperaba tu aparición. Si no quieres quedarte viudo vas a quedarte quieto para ver cómo

disfruto de tu esposa. Necesita conocer a un hombre de verdad, no a un mierda como tú.

No podía hacer nada. Aquella arma del demonio podía dispararse y herir a Clara. Aunque sabía que el señor nunca había usado una y no tenía ni idea de cómo la ha conseguido.

Como Clara no se movía lo ha hecho él sin dejar el arma.

—¡Daniel! —Su voz estaba tomada por el pánico.

—Tranquila —he susurrado—. Estoy aquí.

Mi padre ha avanzado hacia ella con una mirada llena de lujuria. Un grito de mi esposa me ha tensado hasta la última fibra del cuerpo cuando él se ha parado muy cerca y le ha tocado los pechos con la mano libre.

No podía seguir inactivo, debía encontrar la manera de liberar a Clara, de no dejarla en manos de ese animal. Pero el revolver me disuadía. Si me acercaba podía disparar y a pesar de su dudosa puntería el riesgo de que mi esposa saliera herida era muy elevado.

—¿Piensas que puedes detenerme? —ha bramado el animal—. ¡Me quitaste lo que era mío! ¡Te atreviste a casarte con ella para arrebatármela! Ahora verás cómo la quiebro.

Su mano ha bajado hacia la falda. Clara tenía mucho miedo y ha empezado a llorar. Cada uno de sus sollozos me partía el alma porque no podía detener al señor.

—¡Déjela! —He dado un paso hacia él—. Llevamos casi cinco años casados, tenemos un hijo que es su nieto. No puede destrozarle así la vida.

—He esperado a que el niño fuera lo suficientemente mayor para no necesitar tanto a su madre. —Sus ojos ebrios me miraban con odio y ha apuntado el revólver hacia mí como una amenaza clara—. Ahora va a ser mía para siempre. Va a compartir mi lecho cada noche y entre los dos vamos a enderezar al pequeño Jaime hasta convertirlo en un hombre.

Ella seguía gimoteando, con un llanto ansioso. Mi padre invadía su carne sin soltar el revolver, agrediéndola.

Debía hacer algo.

He dado otro paso hacia ellos, acortando la distancia, sin quitarle el ojo al arma.

—¡No te resistas! —Cuando Clara ha intentado apartarse de él, mi padre ha levantado la mano para asestarle una sonora bofetada y le ha arrancado el corpiño del traje—. Vas a ser mía.

Esa última afirmación ha acabado de disuadirme para intervenir. No

me importaba perder la vida si podía salvar la de ella y la de mi hijo. Jamás permitiría que lo tratara como a mí.

Los ojos lujuriosos de mi padre han dejado de mirarme unos segundos para acabar de arrancarle la parte de arriba a Clara y observar sus pechos desnudos mientras ella gritaba e intentaba cubrirse con los brazos. He aprovechado ese instante para coger el puñal que escondo entre mis ropajes y acercarme lo suficiente para clavarle la punta a mi padre en un costado de forma amenazante. Conozco los puntos sensibles del cuerpo y si movía un poco la cuchilla podía terminar con su existencia.

—Suéltela —he proferido clavándole el puñal en la carne con fuerza—. No temo por mi vida, solo por la suya. Deje a mi mujer o acabará lamentándolo.

—¿Crees que puedes amenazarme? —Un par de carcajadas tiznadas han salido de su garganta—. Si Clara no puede ser mía no será de nadie ¡Bastardo! Me la arrebataste, fuiste capaz de casarte con ella para que no pudiera tocarla. Era una mujer pura y tú la has manchado. Y no permitiré que siga en tu lecho. Me voy a quedar a tu hijo, lo voy a criar como te crie a ti, voy a dejarle sin madre, a arrebatarse a su padre y a obligarte a ver cómo lo enderezo y lo lleno de odio hacia ti.

Ha movido el arma hacia ella y ha apretado el gatillo sin pensárselo. La he visto desplomarse en el suelo al son de un grito casi sordo, la sangre manar de su piel para empapar la parte del vestido que todavía la cubría, sus ojos llenos de miedo y sufrimiento.

Un dolor penetrante ha cruzado mi pecho como si fuera un rayo que lo partiera en dos. La vida de Clara se escapaba a marchas forzadas y las amenazas de mi padre resonaban con fiereza en mi interior. No podía entregarle a Jaime ni permitirle acercarse a él. Yo he crecido a la sombra de sus macabras formas de criar a un hijo y no debía consentir que el mío corriera la misma suerte.

—Es un hombre sin corazón. —No podía deshacerme de la culpa por mis pensamientos y mis actos, pero aun así he inclinado la empuñadura en la dirección precisa—. No se merece vivir ni ser considerado un padre ni mucho menos un abuelo. Madre ha sufrido abusos suyos durante años, deshonoró a Clara nada más pisar estas tierras y me ha tratado siempre como si fuera de su propiedad. No le voy a consentirle hacer lo mismo con mi hijo y menos después de arrebatarse a su madre.

—¿Vas a matarme? —Se ha reído—. No tienes agallas, eres un cobarde.

—Llevo años contestando con los puños a sus azotes, a su subyugación, a sus intentos por quebrarme. —He apretado el puñal clavándoselo más hondo, con los ojos húmedos y un dolor lacerante en el corazón—. Ahora lo veo claro. No tenía ninguna intención de deshonorar a mi esposa, solo quería hacerme daño, arrebatarme la vida frente a mí.

—¡La quería! —Su rostro se ha contraído perdiendo color a marchas forzadas—. La deseé desde el primer instante que la vi en el muelle de Manila, al descender del barco. Era una criatura angelical, debía ser mía. Pero tuviste que mancillarla casándote con ella y dándole un hijo.

—¿Por qué hoy? ¿Qué ha cambiado?

—Tu hijo cumple tres años. Era el momento. —Sus palabras perdían intensidad a marchas forzadas. La sangre ha manado de su herida tiñendo el tapiz de rojo—. Mi padre me arrebató a mi madre en mi tercer cumpleaños. ¡Te dejé a la tuya! ¡Fui benevolente! Pero Clara debía ser mía y morir, Jaime ha de sufrir como sufrí yo.

La última frase apenas han sido un susurro antes de que sus piernas se doblaran para dejarle caer al suelo. Todavía tenía los ojos abiertos y respiraba cuando me he arrodillado a su lado con las primeras lágrimas asomando en mis ojos. A pesar de cada una de sus maldades era mi padre y verlo agonizar me ha partido el alma.

—Daniel... —El susurro de Clara ha llamado mi intención—. Te... quiero...

He reptado por el suelo hasta ella, le he colocado las manos en la herida sangrante del pecho y he apretado con fuerza para intentar detener la hemorragia. Su rostro estaba plúmbeo, su mirada tan apagada que parecía casi sin vida y su respiración era demasiado pausada, como si se le agotara el aire.

—Yo también te quiero. —Mis ojos derramaban la pena de mi corazón—. No me dejes, Clara. Quédate conmigo.

Sus labios se han curvado en una sonrisa. No tenía fuerzas para seguir hablando ni para aferrarse a la vida. Le he cogido la mano para que me sintiera a su lado, la he besado en los labios, la he instado a no irse, a no rendirse, a luchar. He rogado a Dios todopoderoso para que la permitiera quedarse entre los vivos, rezando con fervor, suplicándole misericordia. Pero los ojos se le han cerrado con lentitud, la respiración se le ha agotado y los latidos han cesado hasta que la vida se le ha ido.

Mi rugido de dolor ha llegado hasta los campos. No he tardado

demasiado en sentir la mano de mi madre en el hombro, los lloros de Jaime, el murmullo de mis compañeros al entrar en el salón, la sensación de caer en un pozo profundo...

Deshago un poco el abrazo a mi hijo cuando los últimos ecos de los recuerdos se diluyen en mi mente. La sangre de Clara se seca en mis manos. La culpa me hiela la posibilidad de rehacerme con facilidad y la sensación de estar perdido me descoloca.

Oigo a mi madre, pero no escucho sus palabras, no las proceso. Soy incapaz de reaccionar, de asumir, de pensar qué voy a hacer ahora. He asesinado a mi padre. Esa realidad me lleva hacia las aguas tormentosas, desgarrar mi alma, rompe mi corazón en mil pedazos.

Capítulo 4

Dan

Sidney, 20 de julio de 2018

Suelto un par de insultos subidos de tono y la miro apoyando los brazos en la mesa de juntas, ante el silencio y la expectación del grupo de carísimos abogados que cada uno de nosotros ha contratado para cerrar el acuerdo. Ella no pierde la sonrisa ni se desmelenan ni muestra una mínima intención de rebajar la amenaza.

—Estás acabado, Dan. —Agita frente a mí el dossier con la evidencias que me obligan a aceptar su trato—. Insúltame lo que quieras, pero has perdido.

—Esto no quedará así, puta. —Acercó la cara a ella doblando los codos—. Te destruiré y recuperaré lo que es mío para reírme en tu cara.

—¿Crees que me das miedo? —Rachel adopta uno de sus tonos mordaces—. Eres historia, Daniel Tate. Ya puedes dar gracias al acuerdo que han pactado tus abogados porque si fuera por mí te quedarías sin nada.

—Volveré. —Me enderezo, me coloco bien el traje y le dirijo la última mirada—. No te apoltrones demasiado en el sillón porque no voy a tardar en quitártelo.

Salgo de la sala de juntas con pasos enérgicos, sin escuchar ninguno de los comentarios de mis letrados, presididos por mi amigo y cuñado Bill. Necesito un poco de tiempo para asimilar lo sucedido y no puedo permanecer ni un segundo más viendo cómo la viuda de mi padre me arrebató su legado.

Avanzar por los pasillos de la empresa creada por mi padre me parte el alma. Él jamás se la hubiera dejado a esa víbora si hubiera conocido su verdadera cara.

Es difícil aceptar la jugada de Rachel. Apenas hace quince horas que me

entregó el dossier con pruebas falsas, junto a sus peticiones para no denunciarme por unos desfalcos que yo jamás cometería. Los abogados han trabajado contrarreloj para llegar a un acuerdo mínimamente satisfactorio, pero estoy obligado a cederle la dirección de la empresa y esa realidad me destroza los nervios.

Una vez en el ascensor me permito unos segundos de rabia. Golpeo la pared con el puño, pero cuando la puerta se abre vuelvo a ser un hombre formal, el licenciado en Harvard en economía de empresa, el ex director general de Tate Enterprises, una de las multinacionales tecnológicas más importantes del mundo.

Pensar en Rachel ocupando mi despacho en unas horas vuelve a llenarme de rabia una vez alcanzo la calle. He descubierto su ambición demasiado tarde, cuando ya había urdido un plan para arrebatarme el control de la empresa, pero tarde o temprano lo recuperaré y voy a ponerla en su lugar. Pagaré con creces su forma de extorsionarme construyendo pruebas falsas.

Entro en el bar de la esquina para vaciar un vaso de bourbon de un trago, sin saborear el caro líquido ni pararme a pensar en que todavía son las diez de la mañana ni en cómo me siento después de perderlo todo.

Durante unos minutos repaso de forma frenética los últimos meses en busca de indicios acerca de las intenciones de Rachel, sin embargo, nada en su forma de actuar demostraba sus intenciones ni la páfida mente capaz de tejer una trampa mortal para mí.

Le pido por señas al camarero una nueva ronda para acabar de anestesiarme. Apenas he desayunado y tanto alcohol puede dejarme fuera de juego con rapidez, pero necesito otra copa.

Mientras el líquido ámbar se desliza por mi cuerpo unos flashes del sueño de esta noche reviven mis sensaciones mientras me enfrentaba a un giro brusco en la vida de Daniel y no dejo de darme cuenta del paralelismo entre las situaciones de ambos. Nuestro destino ha cambiado en pocas horas por decisiones ajenas, condenándonos a la resignación.

Llevo soñando con Daniel desde que era un niño y nunca he encontrado una explicación racional a esa forma de actuar de mi mente. ¿Cómo es posible que se invente la historia de un mestizo filipino-español de finales del siglo XIX? Nunca me ha interesado la historia ni las plantaciones azucareras ni nada relacionado con Filipinas. Y sin embargo, he vivido cada una de sus vicisitudes a través del mundo onírico y a veces los sueños son tan reales que al despertar me cuesta separarlos de mi realidad.

A través de su historia, Daniel me ha descubierto sentimientos desconocidos, me ha mostrado la cara agria de la sumisión obligada y del dolor de ser impunemente castigado por un padre brutal, y me ha ayudado a mirar la vida desde otra perspectiva al descubrir cómo su carácter le ayudaba a sobrevivir sin perder la fe al enfrentarse a la crueldad de un padre despiadado.

Por eso me ha impactado tanto lo sucedido esta noche y todavía me estremezco al recordarlo. La historia de Daniel y Clara no fue apasionada ni llena de emociones románticas. Se tiñó de cariño, decisiones solidarias y esperanzas. El nacimiento de Jaime consiguió mudar la percepción de Daniel de la realidad y cambió a ese hombre anulado por la ira de un padre tiránico. Y despertarme con la visión de los dos cuerpos sin vida en el suelo, sabiendo que la mano ejecutora de uno de ellos es el propio Daniel, me ha llenado de intranquilidad.

Apuro el vaso, lo dejo sobre la barra y sacudo la cabeza para borrar los pensamientos acerca del sueño, tengo demasiados problemas para sumarles los de mi amigo nocturno.

Mis abogados siguen en esa sala de juntas, igual que Rachel y su ejército de letrados carísimos, terminando de decidir mi destino y el de mi empresa.

—¡Maldita perra! —Descargo un puño en la barra, pago y salgo a la calle de nuevo.

El sol de invierno apenas calienta mi cuerpo. Me arrebujó con el abrigo de lana negro y camino hacia el edificio de la empresa deshaciéndome de los recuerdos de Daniel, Clara, la plantación azucarera de Luzón... Ha llegado el momento de tomar decisiones, de aceptar que Rachel ha ganado este asalto y que necesito una estrategia para recuperar la empresa.

Entro en el parking y subo a Aston Martin One-77 lanzando el abrigo a la parte de atrás. El acuerdo de Rachel me permite quedarme con el coche, algunas propiedades y una renta bastante generosa. Las acciones no me las puede quitar. Ese trato me permitiría vivir de renta el resto de mi vida, pero yo quiero seguir ejerciendo mi trabajo. Lo adoro y la mera imagen de esa culebra venenosa destrozando el imperio que creó mi padre y yo he encumbrado me parece el más vil de los giros del destino.

Contesto al móvil al tercer timbrazo, apretando un botón en el volante para activar el manos libres.

—No deberías haberte marchado así —me regaña Bill al escuchar mi voz—. Rachel te tiene cogido por los huevos y ahora no te conviene cabrearla.

—¿Y qué sugieres? ¿Permitirle salirse con la suya?

—De momento es la única opción. —Suelta un suspiro—. Tiene las pruebas de los desfalcos, ha elaborado una amenaza muy potente.

—¡Pero yo no desfalqué! ¡Es una jodida mentira!

—Lo sé. Te conozco desde que éramos unos críos, confío en ti. —Duda unos segundos antes de exponer lo siguiente—. No me gusta hablar de esto por teléfono. ¿Quedamos para comer?

—¿A las doce y cuarto en el Rockpool?

—Mejor dejemos el sitio a la improvisación. —Bill lleva un tiempo sospechando que tenemos las comunicaciones pinchadas y que hay escuchas en mi casa, el mi coche y en la oficina—. Te recojo a las doce y vamos a donde nos lleve el viento.

—Como cuando éramos más jóvenes. —Me permito una sonrisa, la primera sincera del día—. Todavía recuerdo cómo se cabreaba el viejo al regresar.

—Y cuando tu hermana empezó a acompañarnos un poco más y le da un síncope.

—Keira siempre ha sido un grano en el culo para el viejo. En cambio Samantha era un corderito con piel de oveja. ¡Suerte que elegiste bien!

—Te veo en un par de horas.

Cuando cuelga retrocedo al pasado. Mis hermanas se pasaron una larga temporada luchando por conseguir el amor de Bill cuando éramos críos. Las dos estaban prendadas del hijo del matrimonio que se encargaba del mantenimiento de la casa donde vivíamos. Crecimos los cuatro juntos correteando por la finca. Nuestra amistad con Bill no le gustaba a mis padres porque le consideraban de una clase social inferior, pero yo nunca he tenido esos reparos, quizás Daniel y su historia sean los culpables.

Tanto Keira como Samantha eran niñas guerreras, aunque de diferente manera. Mientras Sam utilizaba el engaño, la persuasión y el chantaje para conseguir sus deseos, Keira era más pasional, se enfrentaba a mi otra hermana con la nobleza que la caracteriza, defendiendo lo suyo con uñas y dientes. Y al final consiguió el premio gordo.

Al crecer conseguí ablandar el corazón de mis padres y consintieron en pagarle la carrera a Bill en Harvard conmigo. Él y Keira acabaron casándose hace un par de años, tras conseguir que Sam aceptara de una vez a quien pertenecía el corazón de mi amigo. Ahora es un abogado cotizado con clientes influyentes y mi hermana ha empezado a destacar en galerías de arte con sus

pinturas. Samantha trabaja en la empresa familiar. Se sacó una ingeniería informática y tiene un puesto importante en el área técnica.

Sam es una mujer rencorosa, nunca me perdonará que me pusiera del lado de Keira a la hora de conseguir a Bill ni que cuando nuestros padres se separaron hace cuatro años no quisiera jugar sucio para evitar que las acciones de la compañía se dividieran. Al principio no encajó bien la infidelidad de mi padre con Rachel ni su deseo de casarse con ella. Pero al conocer a nuestra madrastra congeniaron y poco a poco se han hecho amigas.

Rachel tiene mi edad, entró a trabajar en la empresa como becaria del departamento de administración y desplegó todas sus armas para engatusar a mi padre. Al principio me engañó y me creí su papel de chica enamorada, pero al avanzar el tiempo Kiera, Bill y yo nos percatamos de sus intenciones. Solo quería dinero, poder, trepar, ser alguien.

Regreso al coche, a la rabia de conocer las intenciones de Rachel y a las sospechas de Bill de la implicación de mi hermana mediana en los sucesos. Desde la muerte de mi padre hace un par de meses su juego sucio se ha destapado y las dotes tecnológicas de mi hermana Samantha parecen ser parte de una estrategia planeada de antemano.

No tardo demasiado en llegar al garaje de mi casa, aparcar y subir a mi habitación para meterme bajo la ducha. No me apetece pasarme las siguientes horas dándole vueltas a la situación porque Bill tiene razón, necesito buscar una manera de contraatacar apartando de mí la ira. Ese sentimiento no contribuye nunca a decisiones lúcidas y medidas, pero me siento vacío al no ir a trabajar, al no tener la cabeza llena de los problemas de la oficina, al no estar cavilando nuevas estrategias empresariales... Es como si me faltara algo importante, como si hubiera un agujero en mi interior. Y no tengo ni idea de cómo reconducir mi vida.

Me visto con unos vaqueros, una camiseta ceñida y un grueso jersey de lana de cuello alto. Con las manos tiro un poco el cabello rubio hacia atrás y me miro al espejo. Ojos oscuros, un poco rasgados, como los de Daniel.

Nos llamamos igual. Siempre me ha parecido extraña esa coincidencia. Y nos parecemos en muchísimos aspectos del carácter.

Tengo algunos rasgos de mi rostro que podrían interpretarse como asiáticos y que según mis hermanas me hacen más atractivo: pómulos un poco anchos y nariz pequeña. En Sam estas diferencias son más notables, incluso su pelo negro y lacio recuerda a una asiática. Y Keira tiene algunos detalles en su cuerpo que remiten a mis sueños, igual que mi padre.

Quizás tenemos algún antepasado que emigró de Asia hace siglos. Algún día debería construir un árbol genealógico para ver de dónde procedemos los Tate. Con esa idea en la cabeza enciendo el iMac y tecleo *Tate orígenes* en el buscador. Hay más de tres mil quinientas personas con ese apellido en Australia. Es demasiado común para descubrir alguna pista de mis antepasados con una búsqueda rápida. Si Sam estuviera de mi lado podría contarle mis inquietudes. Sus dotes para la informática son increíbles.

Paso la hora y media siguiente rastreando a mi padre y a mi abuelo en la red, sin encontrar ninguna referencia más allá de las relacionadas con la empresa. No hay ni rastro de antepasados filipinos ni nada parecido. Quizás ahora que tendré tiempo libre es el momento de averiguar de una vez si algo de mis sueños tiene base real o solo es un juego de mi subconsciente.

Aunque la idea de estar reviviendo una vida pasada me parece ciencia-ficción.

Salgo de casa a la hora convenida y me encuentro con Bill y Keira esperándome en el coche. Es un utilitario sencillo. Aunque mi cuñado gana dinero para permitirse un buen automóvil prefiere seguir con gustos humildes.

—No sabía que venías con nosotros. —Entro en la parte trasera y meto la cabeza entre los asientos para darle un beso a mi hermana—. Me alegro de tenerte aquí.

—Necesitaba hablar contigo. —Sus ojos se llenan de ansiedad—. Bill ha descubierto algo y es... ¡Estoy llena de rabia! ¡De verdad!

—¿Qué pasa? —Me alarma la expresión de Keira.

—Aquí no. —Bill sigue con la paranoia de los micros—. Mejor mientras comemos algo.

Conduce acompañado de un poco de música. Tanto mi hermana como él parecen tensos, demasiado para no sentir cómo mi cuerpo se llena de inquietud. Keira se deja llevar demasiado por los sentimientos, pero mi cuñado es una persona más templada. Veo cómo crisper los dedos en el volante, cómo el sudor le moja la nuca, cómo respira con aceleración.

—¿Dónde nos llevas? —pregunto en un susurro cuando entra en un parking.

—A un restaurante nuevo. —La escueta respuesta de Bill no me aclara nada, pero siento enseguida su advertencia callada a que no siga indagando.

Aparca con facilidad en un hueco y nos apeamos con el motor en marcha.

—Dejar los móviles dentro del coche —solicita mi cuñado tras caminar un poco para alejarnos del vehículo—. Están pinchados y nos pueden

localizar.

—¡Pareces un poco paranoico! —me exalto sin entender nada—. Rachel no es una espía ni nada parecido.

No me contesta. Se da la vuelta para observar a un hombre trajeado que camina hacia nosotros con paso firme y la mirada seria.

—En un par de horas les devuelvo el coche.

Bill le da las llaves y empieza a caminar hacia la puerta del parking. Keira no parece sorprendida, le sigue sin mediar palabra y yo me uno a ellos con una sensación extraña en el cuerpo.

Su comportamiento me dispara una alarma interior.

Entramos en el ascensor en absoluto silencio. Repiqueteo con el pie derecho en el suelo, preso de una intensa ansiedad que aumenta por momentos. Cada vez que abro la boca para hablar, Bill me detiene poniéndose un dedo frente a los labios. Es como si estuviera en una peli de espías...

Al llegar frente al cuarto primera la puerta se abre sin esperar al timbre. Nos recibe un hombre trajeado como el del parking. Se identifica como policía federal enseñándonos una placa y nos lleva en silencio a una habitación.

—Hay inhibidores de frecuencia en toda la casa, pero esta es la dependencia más segura —explica indicándonos unas sillas para tomar asiento—. Gracias por venir.

La habitación tiene unos cuarenta metros cuadrados. Hay una hilera de monitores diseminados por un par de mesas largas bajo la ventana cubierta con unas cortinas, tres hombres sentados frente a ellos, con teclados, y una mesa redonda con sillas, que es donde nos señala el agente.

A cada segundo estoy más alucinado.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren de nosotros? —Camino hacia la silla siguiendo a Bill y a Keira, pero soy incapaz de sentarme—. ¿De qué va todo esto?

—Tranquilízate. —Mi hermana se sienta dirigiéndome una mirada conciliadora—. Deja que el agente Mauger te explique la situación.

—¿Ya le conoces? —Levanto las cejas con un ademán airado—. ¿Desde cuándo?

—Hace un par de días se puso en contacto con nosotros —explica Bill sentándose—. Y después de escucharle decidimos esperar a hoy para contártelo a ti. Sabíamos lo que pretendía Rachel contigo, por eso he conseguido ese buen trato, he tenido tiempo para prepararme.

Ocupo la silla con un gesto furioso y suelto un soplo.

—¡Me parece increíble! —les espeto—. ¡Son el cuerpo federal! ¡Deberías habérmelo dicho antes! ¿Y encima sabías lo de Rachel? No me puedo creer que te lo callaras.

—Solo accedieron a mi petición —comenta Mauger—. Necesitábamos que hoy resultara muy convincente y si hubiera conocido el caso antes hubiera reaccionado muy diferente. Conocemos sus temperamento.

—¿En serio me está diciendo que me han engañado para que monte una escena? —Contraigo los músculos de la cara con crispación.

Keira me coloca una mano sobre el brazo para calmarme un poco. Es una mujer muy temperamental también, no entiendo cómo puede mantener la calma ante algo así. Al observarla descubro su inquietud, los sentimientos contradictorios que asoman en su mirada, la lucha interna que mantiene.

—Estoy de acuerdo con el agente Mauger —admite—. Tu actuación de hoy era esencial para convencer a Rachel de que no sabemos nada.

—¿De qué? —Niego con la cabeza.

—Su padre no sufrió un accidente, fue asesinado. —Las palabras de Mauger me disparan el corazón—. Rachel Tate no es quién dice ser, trabaja para una organización internacional que vende secretos tecnológicos al mejor postor. Y Tate Enterprises tiene potencial para ayudarles en su cometido. La mandaron hace cuatro años para seducir a su padre y hacerse con el control táctico de la empresa. Necesitan su tecnología y la tapadera para seguir operando con impunidad.

—¿Rachel? —Vuelvo a sacudir la cabeza de un lado a otro, incrédulo—. Es una tía inteligente, una trepa, pero no una delincuente...

—Mató a papá, tienen pruebas. —El dolor atraviesa la voz de mi hermana—. Él les ayudaba. Descubrió a Rachel...

Un momento.

Necesito un momento.

Mi cabeza está a punto de estallar, me pitan los oídos, el corazón está a punto de colapsarse y respiro con resuellos.

—¿Cómo la descubrió? ¿Cuándo? ¿Por qué lo mató? —Las preguntas siguen ametrallándome sin medida—. ¿Estáis seguros?

—Su padre descubrió las actividades delictivas de la señora Tate e hizo un trato con nosotros para desenmascararla.

—Necesito una copa. —Llegados a este punto soportar la tensión es demasiado sin anestesiarme con un poco de alcohol—. De algo muy fuerte.

—Hay algo más.

—Adelante, dispere. ¡Ya no viene de aquí! —Me permito una sonrisa irónica.

Las siguientes palabras del federal me tienen unos minutos conmocionado. Las escucho con absoluto desconcierto. Es como si estuviera dentro de una trama de espionaje, pero la expresión de mi cuñado y de Keira son una clara muestra de la verdad de su discurso.

—¿Qué hay de la copa? —pregunto intentando serenarme cuando deja de hablar.

—Necesitamos su ayuda. —El agente Mauger ignora mi petición por segunda vez—. La señora Rachel Tate acabó con su padre para quitarlo de en medio. Y tiene la certeza de que hay un topo en la compañía.

Escucho sus argumentos con aturdimiento. Cada uno de los pormenores del plan que me explica a continuación me parece increíble. Es una auténtica obra de arte, aunque la idea de ejecutarlo no me parece demasiado acertada.

—¿Alguna pregunta? —inquire al terminar de exponer por segunda vez las instrucciones.

—¡Un millar! —Me llevo las manos a la cabeza—. ¿Pretende hacerme creer que esto no es una locura?

—Debería ir en busca de esa copa, señor Tate. —Sonríe—. Mañana le espera un día muy largo.

Capítulo 5

Eugenia

Bilbao, 1 de octubre de 1884

Al abrir los ojos encuentro a Diego desnudo y abrazado a mi cuerpo lleno de marcas, de dolores, de magulladuras. No me deja dormir con ropa de cama, me obliga a satisfacer durante horas sus depravadas inclinaciones y después se tumba abrazándome, asiéndome con una sogá mayor que la del matrimonio.

Me ahogo. Necesito escapar de esta existencia, regresar a casa con mi familia, volver a la serenidad de los días y no vivir en constante inquietud.

Si me niego a entregarle mi cuerpo me castiga alejándome de mi madre, de mi hermana y de Itziar, además de pegándome en lugares escondidos de miradas ajenas, encerrándome en la alcoba durante horas sin dejarme ver a mi niña o tocar mis pinturas. Parece no saciarse nunca de ejercer maldad, de demostrarme su posición superior sobre mí, de explicarme con actos que soy de su propiedad.

Quiero levantarme, caminar hacia la habitación de mi pequeña, acunarla entre mis brazos mientras olvido la noche, las manos de Diego profanando mi piel, sus sucias necesidades conyugales, cada una de las cicatrices de mi cuerpo y de mi alma. Pero sin su permiso no puedo moverme o corro el riesgo de que me prohíba pasar el día junto a la pequeña Itziar, la única cosa buena que ha salido de este matrimonio maldito. Mi niña, mi pequeña.

Durante los últimos meses de embarazo dejó de tocarme. Fue como una bendición de Dios Todopoderoso, una tregua para mi despedazada alma, un rayo de luz en medio de la tormenta que arrecia en mi vida, arrancándome de cuajo la inocencia para convertirme en una mujer a la deriva.

Le temo. Cada vez que cierra la puerta de nuestra alcoba, aislándonos de los habitantes de la casa, tiemblo, con los recuerdos vívidos de cada vez que

ha abusado de mí, angustiada ante los próximos deseos que deberé satisfacer sin oponer resistencia.

Por suerte es de día. Mientras el sol siga iluminando la tierra dejará de herirme, me ofrecerá algunas horas de serenidad. Si obedezco sus órdenes y no le contradigo podré pasar el día con mi niña, acompañada por lienzos, pinturas, paisajes.

A veces Diego finge una cara amable y esconde su sadismo bajo capas de simulada bondad. Por eso accedió a comprarme los útiles de pintura, aunque escondió muy bien sus intenciones al resto de la casa. Los tiene guardados bajo llave en una habitación y solo me permite acceder a ellos si me gano la llave por las noches.

Permanezco en silencio, quieta, esperando a que abra los ojos.

Cuando se mueve un poco deshace el abrazo y se endereza en la cama. Continúo agazapada, sin hacer ningún ademán hasta que él lo solicite.

—Hoy hace tres años que disfruto de ti, mujer. —Me agarra un pecho con la mano y utiliza la otra para invadir mi entrepierna—. Quiero celebrarlo montándote.

Un par de lágrimas me humedecen los ojos cuando me aprieta tan fuerte el pezón que el dolor me atraviesa el cuerpo. Me muerdo el labio para evitar quejarme. Diego odia mis lamentos cuando me agrede y los castiga con severidad.

Siento su miembro apretarse contra mi espalda, a punto para profanarme de nuevo. Lo estrecha hacia mí, lo pasea con movimientos rítmicos mientras sus dedos allanan el camino y me besa en el cuello.

—¡Tócame de una vez! —exige, clavándome los dientes en la piel—. Quiero sentir tus manos y tus labios.

Obedezco con lágrimas en los ojos. Me doy la vuelta despacio, hasta quedarme mirando su sonrisa torcida, llena de maldad. Bajo la mano hasta su miembro, lo agarro cómo él me ha enseñado a base de golpes y empiezo a darle placer.

Sus labios asquerosos se posan en los míos. Utiliza los dientes un segundo para mordisquearlos y luego mete la lengua hasta el fondo, besándome con una avidez dolorosa mientras con las manos amasa mis pechos de forma nada delicada.

Durante los minutos siguientes me evado a otro lugar mientras funciono de forma automática, como si no fuera dueña de mi cuerpo y pudiera separarlo de mi alma, alejándola lo suficiente para no dejar otra muesca demasiado

profunda en ella.

Por suerte hoy no es tan violento como otras veces.

Al terminar se levanta con una expresión satisfecha, me lanza una mirada y asiente.

—Esta noche he invitado a tu familia a cenar —anuncia consiguiendo hacerme olvidar por unos instantes la realidad de mi tormento—. Tengo un regalo de aniversario para ti. Y después lo celebraremos en la intimidad.

—Gracias por invitarlas.

Con los años he aprendido que la gratitud es la mejor moneda de cambio con Diego. Se cree que sus deplorables actos son regalos mí y que debo agradecerle cada una de sus *bondades*, como si no fueran algo común.

Sonríe.

—Quiero hacer feliz a mi esposa. —Me parece una frase muy cínica, pero me guardo mis comentarios bajo una mueca de absoluta sumisión—. Voy a vestirme. Hoy me espera un día lleno de trabajo.

—¿Puedo levantarme? —solicito casi en un murmullo—. Me gustaría limpiarme e ir a despertar a Itziar.

—Bájala al comedor cuando esté despierta, quiero verla antes de salir.

Asiento con una sonrisa forzada para no despertar a la bestia, aunque por dentro estoy a punto de explotar. Necesito recuperar un poco de dignidad y de libertad.

No me deja cubrirme al andar por la habitación. Le gusta mirarme, observar mi cuerpo de una forma que me molesta. Pero no le pongo reparos, ya me he pasado demasiado tiempo enfrentándome a él y recibiendo castigos crueles. Hoy no quiero volver a sentir el cinturón en la piel ni a estar apartada de mi niña.

Al salir de la alcoba me apoyo un segundo en la puerta. Debo encontrar las fuerzas para seguir adelante, no voy a dejarme dominar por el miedo y la repulsa, es mejor aprender a conformarse y exprimir los instantes de felicidad del día. Lo he aprendido a base de palos y estoy cansada de luchar contra lo inevitable.

Una vez tengo a mi niña en los brazos la tristeza se evade para llenarme el corazón de amor. Es preciosa. Tiene el cabello oscuro, los ojos negros y una sonrisa que consigue enternecerme. Acaba de cumplir nueve meses y ya empieza a mostrar signos de interacción. Mis sentimientos hacia ella son indescriptibles, consigue acelerarme el corazón y mientras la sostengo contra mi pecho sé que sería capaz de cualquier cosa por protegerla.

Me acerco a la ventana con la niña en brazos. El sol confiere un color anaranjado a las cuatro nubes que asoman por el horizonte. Esa visión despierta en mí un deseo irrefrenable de inmortalizarla en el lienzo. Pintar es una actividad absorbente. Mientras el pincel se desliza por el tapiz consigo abstraerme de la realidad, como si mi mente pudiera trasladarse a un lugar donde no existe Diego ni su tiranía ni mi obligación con él ni esta vida carente de felicidad. A veces incluso me ayuda a imaginar la posibilidad de empezar de nuevo con Itziar en cualquier otro lugar.

Cierro un segundo los ojos para percibir otra vez la imagen borrosa que llevo vislumbrando en sueños desde niña, acompañada de la historia de una mujer extraña, en un mundo donde existen aparatos endemoniados, música de satanás, una caja donde se ven personas y unas máquinas diabólicas que surcan los cielos.

No tengo demasiado claro su devenir, solo veo fragmentos sueltos de ella en mis sueños, como si la bruma que nos separa no lograra deshacerse del todo. Sé que se llama Eugenia, pero el hombre maldito al que le debe obediencia la nombra por un diminutivo, Geni. Es una mujer combativa, demasiado porque prueba la vara en continuas ocasiones. Y su vida se tiñe de más dolor que la mía porque lleva mucho tiempo sufriendo. Aunque esta noche me ha parecido decidida a abandonar a Jesús...

Rezaré a Dios para que lo consiga porque a pesar de ser solo producto de mis sueños. Geni significa mucho para mí, es como si la conociera, como si fuera una parte de mi alma.

Al abrir los ojos veo un reflejo en el cristal, una silueta sutil de un cuadro que llevo años delineando en mi mente, aunque solo sea un proyecto, una imagen etérea de su final. Es un cuadro especial, lo siento desde que era una niña, lo veo aparecerse en sombras cada vez que Geni se apodera de mi mente llevándome a un lugar inexplicable. A veces me descubro intentando descubrir los trazos exactos, pero solo veo sombras, líneas, manchas.

Debo esperar, algún día la claridad inundará esas siluetas para mostrarme un todo y empezaré a pintar para terminar mi obra cuando el declive de mi vida sea inminente.

—Señora, su marido requiere a la señorita Itziar en el comedor. — Naiara, mi doncella, está parada en el marco de la puerta. Sus palabras me obligan a regresar a la alcoba—. Debería bajar.

Asiento con una sonrisa. Es de mi edad, agradable, tímida y mi única amiga en esta casa, aunque somos discretas a la hora de manifestar nuestra

afinidad y apenas logramos arañar la superficie de la intimidad compartida. Si Diego se enterara podría castigarla con severidad ya que su único anhelo es mantenerme aislada para pregonar su dominio absoluto sobre mi persona.

—Voy a llevársela. —Paso por su lado sin soltar a la niña—. Prepara un vestido para esta noche. Quizás el morado... Tenemos invitados a cenar.

—Sí, señora. —Hace una pequeña reverencia antes de salir de la habitación de la niña para cumplir su cometido—. Ahora mismo lo bajo para dejarlo perfecto.

En el comedor encuentro a mis suegros sentados al lado de Diego, degustando las exquisiteces preparadas por la cocinera. Mis cuñadas están en una punta de la mesa, mirándome con esos aires de superioridad de siempre y su altiva forma de tratarme.

—Buenos días —saludo acercándome con Itziar a su padre.

La mira con ojos llenos de emoción, le acaricia una mejilla y le da un beso en la frente. A pesar de cómo me trata, Diego parece realmente enamorado de nuestra niña. Ruego a Dios que le dé un buen trato durante su vida.

Desayuno en silencio, como cada mañana. Mi suegro y Diego conversan acerca de la marcha del negocio. Tienen un astillero donde construyen barcos, son comerciantes y poseen unas tierras en la isla de Negros, en Filipinas, donde cultivan azúcar. Sus negocios nos ofrecen abundantes rentas, son prósperos.

La mañana se me pasa en un suspiro pintando en el jardín mientras Itziar juega a mi lado atendida en todo momento por Naiara.

Capto la luz perfecta de este día, esos tonos de las nubes que he visto al despertar, la claridad de los colores de la naturaleza, la frescura de la mañana, la libertad de las aves que surcan este cielo manchado con nubecillas. Y mi mente conecta de nuevo con Geni y su extraño mundo, con ese lugar donde baila medio desnuda frente a hombres lujuriosos y pecaminosos.

La siento cerca, como si la pintura fuera una unión entre ambas dimensiones.

Otra vez vuelvo a percibir la silueta del cuadro que algún día pintaré. Tengo esa convicción desde hace años, es como si fuera una certeza clara en mi interior. Veo la medida, el lienzo en blanco, la silueta borrosa de alguien, o quizás son dos personas...

—Señora. —Naiara me toca el hombro con delicadeza—. Es la hora del almuerzo. Su esposo no tardará en llegar.

—Sí, sí. —Regreso al presente con un poco de dificultad para deshacerme de los efluvios de mi imaginación—. Vamos a casa.

Pongo los pinceles a remojo, observo el cuadro y sonrío al percibir el inicio de una nueva obra que tardaré unos días en culminar. Dejo el caballete y los útiles para que los recoja el servicio y camino con mi hija hacia la casa.

Tras un almuerzo poco agradable acompaño a mi suegra en sus labores de costura en el salón. Es una mujer poco habladora, agria de carácter y con una abnegación total a su marido y a su hijo.

Odio las tardes a su lado. Mi suegra solo consigue llenar el silencio de tensión, como si sus movimientos fueran agresivos y quisieran mostrarme mis obligaciones. A veces me la quedo mirando en silencio para intentar traspasar la coraza con la que se cubre, preguntándome si ella también se casó obligada, si su marido tiene las mismas inclinaciones de Diego, si esa forma tosca de comportarse es cómo lidia con la situación. Y entonces me prometo no ser nunca como ella, no permitirle a la amargura apoderarse así de mi carácter hasta convertirme en una mujer ruda, intransigente y fría.

Diego ha regresado a sus negocios al terminar la comida. Es un hombre tenaz a la hora de trabajar, nunca deja nada a medias y tiene fama de severo con cualquiera que le desafíe. Conozco su dureza, cada una de las formas con las que somete a los demás a su voluntad.

No me gusta hacer labores ni sentir la poca empatía de mi suegra, su falta de conversación, ese silencio incómodo que se apodera del lugar... Es como si me asfixiara y me faltara el aire, como si necesitara deshacerme de las cadenas de esta vida no deseada y no pudiera hacer nada para romperlas.

Naiara e Itziar están cerca, las escucho con claridad, pero la austeridad de mi suegra manda no tener distracciones cuando nos dedicamos a preparar el ajuar de mi cuñada. Va a casarse dentro de un par de meses y está demasiado ocupada para bordar ella misma sus sábanas, toallas, manteles... Es una copia exacta de su madre, con la arrogancia de Diego y la costumbre de mirar por encima del hombro a cualquiera sin un título o no adinerado.

Por fin el reloj de la casa anuncia las cinco de la tarde. No logro ahogar la sonrisa complacida al sentirme libre de obligaciones hasta la cena. Me levanto disimulando como puedo la emoción, guardo las labores en su sitio, me despido de mi suegra con absoluta cortesía y corro escaleras arriba para abrazar a mi pequeña.

La encuentro en la habitación con Naiara, sentada sobre una manta, mirándolo todo con esos grandísimos ojos negros. Al verme levanta los

bracitos con uno de sus gorjeos que intentan traerme su voz.

Me llena de luz, consigue apartar los nubarrones y llevarse los malos momentos. Por suerte Dios me ha ofrecido este presente para encontrar una brizna de aire fresco en mi tormento.

—Tiene el vestido preparado en la alcoba —explica Naiara mirando hacia la puerta—. ¿Necesita algo más, señora?

Interpreto su mirada con facilidad. Quiere contarme algo, pero le da miedo tener algún escucha no deseado. En esta casa el servicio siempre espía mi comportamiento por orden expresa de Diego, quien contrasta las versiones muchas veces. Naiara me lo contó hace un tiempo, cuando empezó a confiar en mí. Ha de darle una crónica detallada de mi jornada cada noche a Diego y luego mi marido le pregunta a otros miembros del servicio por su versión. Por eso siempre mantenemos las formas dentro de casa y frente a otras personas, relegando nuestras conversaciones trascendentes para cuando nos sentimos seguras de estar en soledad.

Hay algo duro en ver cómo la familia de Diego trata al servicio, como si fueran personas de segunda, simples esclavos. El desprecio en su voz al hablarles, las órdenes directas y llenas de rudeza, el menosprecio... Pero lo peor es descubrir las reacciones de ellos, su sumisión absoluta, como si aceptaran esa clasificación degradante.

En mi casa nunca se aceptó esta clase de trato. Intentamos tenernos respeto mutuo. Mi padre era una persona ecuánime, culta y con una visión adelantada a nuestro tiempo. Nos enseñó a Cristina y a mí el valor de escuchar a cualquiera, de valorar sus opiniones, de tratarlos como a personas que desempeñan un trabajo.

Si pudiera cambiar la situación, ofrecerle a Naiara un futuro mejor...

—Podríamos dar un pequeño paseo con Itziar —propongo sonriendo—. Me iría bien un poco de aire fresco antes de arreglarme para la cena.

—Bien, señora. Preparo a la niña. —Sus labios se arquean hacia arriba—. Debería abrigarse un poco, no se vaya a resfriar. ¿Quiere el abrigo?

—Con la capa será suficiente.

Unos minutos después salimos al jardín. La tarde es bastante fresca y luminosa mientras arrastramos el cochecito por el camino de piedras en absoluto silencio. Ella delante con la niña y yo un paso por detrás para mantener las formas ante cualquier mirón de la casa. Es grande, de tres pisos, repleta de ventanas por las que atisbar al exterior para no perderse ni uno de nuestros pasos.

Avanzamos en dirección a mi rincón favorito del jardín, la rosaleda, cuidada con esmero por el jardinero. Hay un banco a un lado, frente a las impresionantes flores de diversos colores que escalan por una celosía llenándola de vida.

Nos sentamos en el banco y la mirada de Naiara se ensombrece al son del movimiento de sus manos apretando la tela del vestido.

—¿Hay algo que te preocupa? —pregunto con suavidad—. Pareces nerviosa.

—No sé cómo decirle esto. —Levanta la mirada un segundo antes de volver a bajarla con ansiedad—. Usted me ha relatado algunos de sus problemas de alcoba con su marido y conozco su situación. Pero sigue siendo su marido.

—Por obligación. —Bajo la voz hasta un murmullo. Aquí estamos a salvo, no nos han seguido, pero el miedo me impide hablar más alto—. Si pudiera le dejaría.

—Es Ainhoa, la joven que trabaja en la cocina. —Otra vez alza la vista solo un segundo para después mantenerla en sus manos—. Ella y el señor...

—¡Por Dios! —exclamo con rabia—. ¡Solo tiene quince años!

—Le gustan jovencitas. —Se sonroja—. Lo sabemos todas.

—¿Estuvo también en tu lecho? —La indignación crece por momentos cuando ella asiente.

—Entré al servicio de los Urzúa a los catorce años. —Su voz se tiñe con dolor—. El señor Diego apareció en mi alcoba la tercera noche. Dijo que si me resistía me echaría a la calle.

La rabia me ciega un segundo. Descubro la fragilidad de su cuerpo al sincerarse, cómo el sufrimiento le agarrota los músculos, su vergüenza, y me enciendo. Dios debería darme fuerzas para imponerme ante semejante monstruo. Me casé con él a los diecisiete, quizás ahora, con veinte, ya no siente el mismo interés en mí. Sin embargo, cada noche me enfrento a su deseo carnal.

—Deberías habérmelo contado antes.

—Solo la hubiera herido. —Ahora sus asustados ojos azules me miran acongojados—. Usted sufre su brutalidad cada noche, conmigo solo estuvo unos meses, hasta encontrar a otra más joven. No necesitaba saberlo.

—¿Y ahora sí? —Levanto las cejas sin acabar de entenderla—. ¿Qué ha cambiado?

—Me he dado cuenta de que usted debe saberlo. —Suspira—. Ninguna

de las dos puede hacer nada para detener al señor Diego, pero si pudiera hacer algo para cambiar a Ainhoa de casa... Quizás con su madre...

—Puedo intentarlo. —Asiento con el dolor agarrotándome las entrañas—. Pero no vamos a poder protegerlas a todas cuando entren a su servicio.

—Ainhoa es mi prima —explica mirándome solo un segundo—. No quiero verla sufrir.

—Está bien, hablaré con mi madre y con Diego. Pero no te puedo prometer nada, ya le conoces...

—Gracias. Con que lo intente tengo suficiente.

Su sonrisa me sirve para sentir que como mínimo puedo intentar ayudarla. Pero la sangre me hierve al pensar en lo poco que de verdad puedo hacer por la situación. Si Diego se niega a dejar marchar a Ainhoa no podré oponerme.

No hablamos más. Nos levantamos para regresar manteniendo las distancias estipuladas por las normas sociales, sin dar lugar a ninguna habladuría peligrosa.

Una vez en la habitación de Itziar me despido de ellas y me encamino a mi propia alcoba para esperar a que Naiara me ayude a vestirme. Primero ha de ceder el cuidado de la niña a otra de las doncellas que se ocupará de darle la cena mientras la mía realiza sus tareas.

Estoy feliz por la posibilidad de ver a madre y a Cristina esta noche. Las echo mucho de menos y Diego pocas veces me da permiso para visitarlas.

Las recibo en la puerta al escucharlas llegar. Su abrazo me sabe a gloria, es como si me reconfortara, como si pudiera hacerme olvidar mis penas a través de ese contacto. Cristina empieza a hablar sin parar, como suele hacer, y madre la detiene con rapidez para caminar conmigo hacia el salón. Es una falta de educación muy grande no saludar a los anfitriones.

—He conocido a un hombre maravilloso —explica mi hermana—. Se llama Iker y es abogado. ¡Me he enamorado!

Su frescura siempre me ha admirado. Me cuenta con rapidez su historia de amor y me siento alcanzar el cielo de la felicidad con las manos. Es como si volviéramos a vivir juntas y por unos minutos la vida con Diego se fundiera en la nada. Pero al entrar en el salón y descubrirlo de pie frente a la chimenea regresa la amargura de pertenecerle.

—Mi querida esposa. —Sonríe al vernos aparecer—. Estás muy bien acompañada, Eugenia. —Inclina la cabeza—. Cristina, señora Aitana.

Ellas responden al gesto como corresponde y saludan a mis suegros y a

mis dos cuñadas.

—Hoy es un día especial —anuncia Diego caminando hacia mí con las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Se cumplen tres años desde nuestro casamiento y quería darte un regalo, Eugenia.

Saca la mano del bolsillo y me tiende un broche de pelo muy antiguo con un enorme rubí rodeado de brillantes y engastado en platino. A pesar de mi situación no puedo evitar mirarlo con admiración.

—Es precioso. —Acaricio las pierdas—. Gracias.

—Y las sorpresas no acaban aquí. —Su boca se arquea hacia arriba con una expresión difícil de interpretar—. Padre ha decidido concederme la administración de La Carolina, la finca que la familia posee en la isla de Negros, en Filipinas, relegando a mi hermano, aparte de seguir ocupándome de la naviera y del comercio. Rodrigo volverá cuando le relevemos.

—¿Relevemos? —pregunto en un susurro.

—Nos trasladamos a vivir allí. Itziar, tú y yo. —Me rodea por la cintura acercándose mucho a él—. Puedes disponer de tu doncella y elegir a otra de tu elección para el cuidado de la niña. Tú te instalarás en La Carolina y yo deberé vivir entre la colonia y Bilbao.

Empalidezco. La idea de abandonar cuanto conozco para establecerme en otro lugar me llena de ansiedad. Sin embargo, saber que no estará conmigo cada noche me produce alivio.

Ambas emociones me atrapan, sumiéndome en la inquietud.

Necesito descubrir qué me depara el futuro.

Capítulo 6

Geni

Barcelona, 21 de julio de 2018

Despierto de golpe, con una aceleración demasiado intensa de los latidos en el pecho. ¡Filipinas! Llevo un año planeando la huida y siempre he tenido claro mi destino. Es como si el tiempo se doblara para acercarme a Eugenia y mostrarme esa conexión extraña que nos une a través de los siglos.

En el sueño de hoy he sentido la fiereza del cuadro que desea pintar como si fuera propia. Ha despertado una necesidad desconocida hasta el momento, como si respirar el día de mañana dependiera de ese cuadro, como si la necesidad de darle vida fuera imperativa para seguir existiendo.

Abro los ojos, apago el despertador y me obligo a correr una espesa cortina en mis recuerdos de la noche. Parece extraño que empiece a soñar con una Eugenia devastada cuando al fin he logrado dar un paso para deshacerme de las cadenas de Jesús. ¿Acaso es un juego sucio de mi subconsciente? ¿Una de las dos debe sufrir los abusos de un hombre? ¿Es eso?

Si pudiera retroceder a la época de Freud me encantaría tener una conversación con él acerca de estos sueños porque no entiendo la necesidad de mi mente de elucubrar una historia así sin descanso, caminando de la mano de mis progresos.

Las cuatro horas de sueño me han ayudado a relajarme un poco a pesar de experimentar el tormento de Eugenia. Su expresión cuando Diego ha anunciado su nuevo destino podría definirse como angustiada y esperanzada a la vez. Quizás como llevo desde niña fantaseando con la idea de irme a recorrer Filipinas algún día ha influido a la hora de ese cambio de rumbo.

Suelto un suspiro exasperado antes de levantarme. Debo ignorar esos paralelismos porque en realidad soy yo quién inventa los sueños. Mi mente es

la causante de los giros y seguramente solo ha puesto en relieve mi situación. Mientras sufría necesitaba una Eugenia feliz y al decidirme a marcharme me muestra cómo ha sido mi vida hasta ahora para darme fuerzas.

Ha de ser eso.

Bajo la ducha intento convencerme de mi última reflexión. Tengo pocas horas para terminar de ejecutar mi plan y no me apetece perder el tiempo dándole vueltas a algo inexplicable. Eugenia forma parte de la noche y ahora las manecillas de mi reloj de pulsera sumergible marcan las ocho y media de la mañana. La luz del día debería llevarse ese salto al pasado para teñir mi mundo de realidad. Hay que salir de España cuanto antes.

Durante un segundo, mientras me enjabono, recuerdo la extraña sensación que sentía mientras Eugenia pintaba, como si por un momento las dos pudiéramos acercarnos y mirarnos de verdad a la cara. Y luego están los trazos de ese cuadro, como si me llamaran de una forma especial para constatar su importancia.

—¡Basta Geni! —digo en voz alta, exhortándome a cortar la comunicación con el más allá—. Esto es absurdo. Solo son sueños.

Escucharme hace más sencillo el salir de la ducha y vestirme repasando mis próximos pasos. Necesito un billete de avión, esconder el dinero durante el vuelo, un móvil, un portátil, algo de ropa, ir al aeropuerto sin dejar pistas para Jesús cuando despierte, escapar antes de que la noticia salga en los medios...

Me permito unos segundos de ansiedad. Esmeralda y yo hemos tomado muchas precauciones para evitar un posible interrogatorio de Jesús si consigue salir impune de las acusaciones, pero a veces siento la tensión de la realidad. Ella tiene la pieza clave para llevarle hasta mí.

Durante el último año nos hemos distanciado en público, hemos discutido a gritos y le he reiterado a mi *chico* mi absoluta decepción con ella. El nombre que figura en mis nuevos documentos de identidad se le escribí en un papel que ella entregó al falsificador sin leer. Nunca le he nombrado mi destino final ni le he hablado a nadie de mi fascinación por Filipinas desde niña. Pero a pesar de todas las precauciones ella tiene el nombre de la persona que me proporcionó los documentos, le ha pagado y ante un interrogatorio demasiado agresivo podría desmoronarse y darle esta información a Jesús. Entonces estaría perdida...

Vestida con los *jeans* de anoche, una muda nueva de ropa interior y de camiseta y el mismo jersey, salgo de la habitación del hotel donde me inscribí

ayer por la noche.

No puedo seguir dándole vueltas a las posibles eventualidades con las que podría encontrarme a partir de ahora. He de tener la convicción de que saldrá bien. Quiero tenerla. Si consigo llegar a Filipinas hay más de siete mil islas y allí la mayoría de los desplazamientos se realizan en barco, en taxi o en transporte público. Es difícil que me encuentren si voy con cuidado.

Al llegar al restaurante el buffet del desayuno me hace salivar. Hay comida de todo tipo para satisfacer a mi estómago hambriento.

Estoy famélica. Los nervios no me producen falta de hambre, a mí siempre me han abierto un agujero en el estómago. Por suerte debo tener un metabolismo muy rápido porque no engordo aunque coma como una lima.

Con el plato lleno camino hasta una mesa. Son las nueve y diez, todavía me queda un rato para que las primeras tiendas abran sus puertas. Me lo voy a tomar para comer con tranquilidad y repasar una vez más el plan.

A las nueve y media salgo del hotel, tras guardar todos los fajos de dinero en la caja fuerte, para ir de compras. Ayer me llevé mil billetes de quinientos euros, toda una fortuna para mí. No puedo comprar el billete de avión con una tarjeta de crédito, ya que no tengo de la nueva identidad y no pienso dejar ni una pista para Jesús, así que parte de mi plan contempla la necesidad de ir a una agencia de viajes.

Lo tengo todo calculado, la chica hoy no va a casa y nadie ha de visitarnos. Además, los medios y la fiscalía no recibirán las pruebas hasta última hora de la tarde. Así que tengo margen para escaparme antes de que Jesús despierte.

Una vez saciado el apetito vuelvo a la habitación. Separo dieciocho magníficos billetes de quinientos, que suman un total de nueve mil euros, para las compras. Es una cantidad inmensa para gastar en unas horas, por eso me tiemblan las manos al guardarlas en el bolso, junto a mis nuevas identificaciones falsas. Pero al salir de casa ayer decidí dejar ahí todo cuanto él me había regalado. Solo me llevé mi bolso cutre y la ropa comprada con las propinas, la única pasta que Jesús nos permite quedarme. Y ahora quiero gastarme una parte del dinero en renovar mi vestuario y darme algunos caprichos por una vez en mi vida.

En la calle hace sol y un calor de mil demonios. Me calo las gafas de sol que por suerte ayer pensé en coger y camino rumbo a unas galerías comerciales cercanas al hotel. Estoy en el Forum, cerca de la playa, muy alejada de la zona alta donde vivía con Jesús.

El chico de recepción me ha informado de dónde encontrar una agencia de viajes. Mi primera necesidad es conseguir un billete de avión.

Son cerca de las once cuando al fin me siento en una silla frente al mostrador de una simpática chica de la agencia de viajes.

—Buenos días —saludo con la mejor de mis sonrisas—. Necesito un billete para Manila.

—¿Para cuando? —Ella responde al gesto arqueando los labios hacia arriba.

—Para el primero que salga.

No me pasa desapercibida su mirada curiosa, como si le sorprendiera mi aparición en su establecimiento con esta petición.

—¿Y el regreso?

—Cuando sea. No sé —Le doy un par de vueltas—. Cuando sea más barato.

—Voy a mirar qué encuentro. —Dirige la atención a la pantalla de ordenador mientras teclea—. Queda una plaza en el de Emirates de las 15:30, pero es en *business*.

Nunca en mi vida he volado en un avión y la idea de hacerlo en una clase superior me tienta muchísimo. Observo un segundo de reojo mi bolso, con los billetes de quinientos, y asiento.

—Dígame el precio. —Tengo muy presente el límite de pagos en efectivo en España, por eso aprieto los labios suplicando que no supere los dos mil quinientos euros la ida y la vuelta—. Quizás me interese.

—Pues hay una oferta por compra de última hora. —Asiente con una sonrisa—. Serían mil ochocientos cincuenta y cinco por un trayecto.

—¿Qué tal los enlaces?

—Son siete horas a Dubái, una espera de tres horas en el aeropuerto y nueve de vuelo hasta Manila. —No deja de teclear mientras habla—. Un total de diecinueve horas.

—¡Genial! —Si todo va bien conseguiré estar volando en unas horas y dejaré atrás para siempre a Jesús, esta vida, la mierda en la que me he criado—. ¿Qué hay de la vuelta? Me da igual la fecha, mientras no exceda de los treinta días. Si me la consigue por menos de quinientos en turista se me quedo el *business* también.

Necesito un billete de regreso para poder entrar en el país sin problemas, aunque una vez en Manila busque la forma de quedarme más tiempo. Solo me faltaría quedarme en la frontera y tener que regresar por no cumplir los

requisitos de entrada sin visado.

Durante el año de planificación no me he permitido hacer demasiadas averiguaciones sobre Filipinas. La idea de dejar un rastro tangible para Jesús me disuadía de buscar datos en la red, de darle la más mínima pista. Pero en un par de ocasiones he conseguido navegar desde un ordenador ajeno a nosotros gracias a dos clientes que se quedaron dormidos al terminar mi *servicio* y me aproveché de su sueño repentino. Borrando después el historial, por supuesto. Y sé que puedo estar hasta treinta días sin visado.

—La vuelta podría ser el diecisiete de agosto. —Me mira un segundo antes de volver a la pantalla—. Solo cuesta cuatrocientos noventa y cinco euros, pero es un vuelo largo, con una escala de casi cinco horas en Dubái...

—¡Me lo quedo!

—El billete son dos mil trescientos cincuenta euros y los gastos de gestión setenta. Total, dos mil cuatrocientos veinte. —Su sonrisa mientras termina de sumar en la calculadora es inmensa. Joder, dos mil cuatrocientos veinte euros por un vuelo... Se me va la chaveta. Jamás me había gastado esta cantidad. ¿Me estoy volviendo loca? Siento unas cosquillas ansiosas en el estómago. Es demasiado dinero, demasiado gasto. No puedo desprenderme de esa cantidad, necesito dinero para pasar un tiempo tranquila... Asiento tragándome la ansiedad porque a pesar de las reticencias, necesito ese billete. Ella sonrío antes de preguntar:—. ¿Me deja su pasaporte?

Se lo tiendo tragando saliva para intentar bajar el nudo de mi estómago. Me queda muchísimo dinero, tengo las claves de las cuentas en paraísos fiscales de Jesús, voy a conseguir salirme de esta situación porque él va a acabar en la cárcel.

Además, Filipinas es un país muy barato, casi todo el sudeste asiático lo es. Y seguro que después de un tiempo de viajar tranquila encontraré mi destino. Seguro.

Abro mi bolso cochambroso y cuento dos mil quinientos euros para dárselos a la chica.

—Pagaré en efectivo —digo casi sin aliento al ver cómo mira los billetes de quinientos.

—¿A qué nombre hago la factura? ¿Al del pasaporte?

Asiento.

Diez minutos después estoy en la calle con mi tarjeta de embarque guardada en un sobre en el bolso, junto al billete de vuelta que nunca voy a utilizar y mucho menos dinero del que tenía al salir del hotel.

Noto enseguida la falta de aire acondicionado. El calor es sofocante y se ve incrementado por el sol que brilla en medio de un cielo muy azul.

A la una como máximo debo salir para el aeropuerto. Según mis cálculos Jesús debería dormir como mínimo hasta las cinco o las seis, hora en la que ya estaré en el avión y en la que se recibirán las pruebas de sus actos delictivos.

El hecho de viajar en *business* se ve que me da derecho a casi no hacer colas para facturar y para entrar en el avión, así que no tengo tanta prisa como los viajeros de turista.

Ahora necesito comprar mil cosas para el viaje y, a pesar de la ansiedad de estar huyendo, me obligo a disfrutar del momento, a dejarme llevar por una vez en la vida por la emoción de poseer una casi fortuna para gastarla en lo que me apetezca.

Entro en el Diagonal Mar sacudiéndome las cosquillas del estómago. No me lo conozco, así que empiezo a caminar mirando los escaparates para localizar las tiendas que necesito. No tardo en encontrar una donde venden teléfonos. Decido comprar un iPhone último modelo. Mi siguiente parada es una tienda de ordenadores. Mi ilusión aumenta al decidirme por un Macbook air de once pulgadas. Nunca había tenido tanto dinero y me duele gastarlo, pero por una vez en la vida quiero hacerlo sin remordimientos, comprando aquello que me apetece.

Paso por una tienda de bolsos. Necesito uno con suficiente espacio para llevar mi ordenador nuevecito y aparcar el que todavía conservo de mi vida con Jesús. Me decido por un Michel Kors. Es tostado, rectangular, con un compartimento en medio para el Mac, que va protegido con relleno. ¡Es precioso! No resisto la tentación de complementarlo con un monedero a juego.

Tras el subidón de adrenalina de salir al pasillo de nuevo con mis compras en las bolsas, me acerco a una conocida cadena de tiendas de ropa para conseguir un surtido de prendas de verano. Bikinis, ropa interior, vestidos de tirantes, camisetas, shorts, sandalias... También incluyo unos vaqueros sueltos dos tallas más grandes de la mía, una camiseta y una sudadera muy anchas para el viaje en avión.

Las bolsas abultan muchísimo, ha llegado la hora de hacerme con una maleta de cuatro ruedas para cargarlo todo con mayor facilidad y facturarla en el avión. Me compro una cara, de una marca buena. Mi sonrisa eclipsa por un par de horas la ansiedad, por primera vez en mi vida no he de mirar la etiqueta con miedo a no poder pagar mis gustos. Aunque la idea de haberme gastado tanto dinero en poco rato me llena de una inquietud extraña. Y más cuando

pienso en mi huida, en lo que podría pasar si Jesús se despierta antes de tiempo...

Una vez tengo mis compras guardadas en la maleta me queda la parte más complicada: comprar un traje integral de neopreno para ocultar los billetes en mi cuerpo. Es la única manera que se me ocurrió para sacarlos del país. Conozco los riesgos, si los encuentran podría ir a prisión, pero si me arriesgo a abrir una cuenta en un banco aquí o a mandarlo de otra forma, podría dejarle miguitas de pan a Jesús. Debo llevarlo encima. Es la única manera de no dejarle un rastro.

Me pruebo un par de modelos de manga corta. Son muy ajustados al cuerpo, por eso decido quedarme una talla más de uno bastante cómodo. Si debo llevarlo durante el vuelo necesito que sea lo más adecuado posible, así que me decido por uno de marca.

Otra adquisición que acaba dentro de la maleta...

Solo me faltan unas bolsas para congelados y estaré lista para el viaje.

En el Diagonal Mar hay un supermercado, lugar donde acabo haciendo una cola bastante larga y engorrosa después de perderme por los pasillos en busca de las bolsas de plástico.

A medida que pasan los minutos mi nerviosismo aumenta. Me estoy gastando una pasta en mil cosas. Necesarias, sí, pero jamás en mi vida había despilfarrado tal cantidad de dinero en una sola mañana. Además, estoy agobiada por si el sedante no ha surgido el efecto deseado, por si algo del plan sale mal, por si Jesús me encuentra.

Con esos pensamientos estresados en la mente me encamino de vuelta al hotel.

Me queda la parte más engorrosa del plan, una que no deja de llenarme de nervios. Espero haber acertado en la talla de vaqueros y camiseta para tapar el traje de neopreno. Necesito estar cómoda. Bueno, lo más cómoda posible dada la situación.

Una vez en la habitación abro la caja fuerte. Quedan novecientos ochenta billetes allí, más tres que llevo en el bolso y algo más suelto. La legislación española permite sacar hasta diez mil euros en efectivo por la frontera, me lo ha asegurado la chica de la agencia. O sea, contando todo lo que llevo suelto y con la devolución de la fianza del hotel, he de esconder en mi cuerpo un total de novecientos sesenta y cuatro billetes.

Vale, me estoy poniendo tonta con lo de los números. Quizás no debería cuantificar los euros en cantidad de billetes. Pero mi mente necesita esos

cálculos, es como si fueran a tranquilizarme algo.

Guardo el dinero de mano en el bolso, escondido en el billetero una parte y la otra guardada en una de las bolsas de plástico, junto al nuevo y flamante ordenador portátil que me he comprado. Ahora solo me queda ir poniendo los billetes restantes en las bolsas, colocarme el neopreno y esconderlas dentro.

Cuando tenga que ir al lavabo será toda una proeza. Quitarme el traje cada vez, volver a esconder las bolsas, no agobiarme porque alguien me descubra...

Deseo llamar a Esmeralda, saber si Jesús está despierto, asegurarme de que estoy a salvo, comprobar si el gmail está bien programado para enviar los e-mails a la hora, pero si lo hago podría echarlo todo a perder. No puedo hacer esa llamada ni contactar con mi amiga ni entrar ven el gmail para darle una pista de mi paradero al cabrón de mi *novio*. Debo confiar en el plan, seguir adelante y no amedrentarme por la posibilidad de que algo salga mal.

Tardo cerca de quince minutos en estar preparada. Las bolsas se distribuyen por mi cuerpo bajo el neopreno y el disfraz de la camiseta, los *jeans* y la sudadera casi tapan del todo el traje. Suerte que se me ha ocurrido comprar un pañuelo para cubrir el cuello y el neopreno es de maga corta. No lo he hecho del todo mal.

Bien. Ahora me toca iniciar un viaje lleno de peligros. Ir al aeropuerto, facturar, pasar los controles...

Puedo con ello. Estoy preparada para hacer una actuación digna de un Oscar, sin que los billetes distribuidos por mi piel me llenen de sudor, sin sentirme al borde del abismo, sin pensar en la posibilidad de que Jesús aparezca en el último momento.

No voy a flaquear ahora que he llegado tan lejos.

Bajo a recepción con mi maleta llena de adquisiciones todavía con la etiqueta. Pago la estancia y recupero la fianza. Las bolsas se pegan a mi piel produciéndome un calor insoportable. Solo falta el traje térmico que me desata el mayor ataque de sudor de la historia. Pero me contengo y fuerzo una sonrisa mientras salgo a la calle en busca de un taxi.

Al dejar atrás la ciudad donde he vivido los últimos años siento una mezcla de emociones. Llegué aquí con muchísimas esperanzas de iniciar una vida mejor y me encontré en un callejón sin salida. Solo tenía dieciséis años, era una niña estúpida que se creía mayor.

Barcelona no me ha ofrecido ninguna de las esperanzas que deposite en ella, pero no puedo dejar de sentir nostalgia al irme. La ciudad es preciosa,

tiene luz, vivacidad, mil rincones perfectos para pasear.

Quizás algún día regrese para resarcirme de los recuerdos y pueda quedarme solo con la parte positiva, alejando para siempre la mierda de mi convivencia con Jesús.

El calor me agobia al pagar la carrera y bajar en la T1, frente a la puerta de acceso a los mostradores de facturación.

Una vez dentro de la terminal, el aire acondicionado logra atemperarme un poco, sin embargo, no dejo de sudar.

No tardo en localizar los mostradores de Emirates. Busco un segundo con la mirada los de *business*, suplicando que no sean esos atestados de gente, con una cola demasiado larga para aguantarla en este instante.

—¿*Business*? —pregunto a una azafata con el uniforme de la compañía, tarjeta de embarque y pasaporte en mano.

—Pase por aquí. —Me señala un mostrador con solo dos personas en la cola—. No tardarán en atenderla.

—Gracias.

Es reconfortante ser por una vez la de primera.

En menos de diez minutos me han indicado dónde está la sala de espera para viajeros de mi clase y tengo la maleta rumbo a Manila.

Me queda la parte más complicada. Pasar el control de entrada.

Los billetes no son metálicos, me repito varias veces mientras la cola avanza hacia las cintas donde debo colocar el bolso y cualquier objeto metálico. Si llevara tacones o botas me harían descalzar, pero no es el caso.

—Señorita —un guardia de seguridad señala el pañuelo y la sudadera—. Debe ponerlo en una de esas bandejas. —Me indica con el dedo las de plástico gris que hay frente a mí—. No se puede pasar así.

Asiento tragándome la ansiedad. Si me quedo solo en camiseta verán el neopreno. Me llega hasta el cuello. Con cuidado de no levantar la camiseta me quito el jersey y lo coloco en la bandeja. Lo mismo hago con el pañuelo largo de seda. Y camino hacia el detector de metales con el corazón bombeando sangre al triple de velocidad. Lo siento en el cuello, en las sienes, en los oídos. Acelerado, inquieto, a punto de explotar.

Puede que no se fijen en lo extraño de mi atuendo. He de ser optimista, pensar en positivo, no dejarme llevar por el pánico que me agarrota el estómago.

Hay una guardia al otro lado del detector. Me froto los dedos de las manos al ritmo de la respiración casi jadeante mientras espero mi turno. Al

llegar la agente asiente para solicitarme que pase. Han parado a la mujer que iba delante, la están cacheado. Si me lo hacen, si me toca pasar por ese trámite... ¡Joder! ¡Si me descubren con tanta pasta encima podría acabar en prisión!

Inspiro una bocanada de aire para intentar calmarme. Los nervios son unos malos compañeros a la hora de pasar por una situación comprometida, lo sé. Pero no tengo ni idea de cómo controlarlos.

Al pasar por el detector de metales no pita. Suelto el aire con suavidad una vez estoy al otro lado. La mirada de la guardia de seguridad se detiene un instante en mi atuendo. Durante cuatro segundos el mundo se paraliza. Dejo de respirar. Apenas soy capaz de moverme. Ella compone una expresión de extrañeza al pararse en mi cuello. Da un paso hacia mí.

Se acabó, estoy perdida...

El sonido del detector de metales la distrae. El siguiente pasajero ha pasado y lo ha disparado.

—¿Lleva algo metálico? —La guardia desvía la mirada al señor que se mete las manos en los bolsillos para sacar unas llaves—. Déjelas ahí encima y vuelva a pasar.

Me acerco a la cinta para recoger mis cosas. Lo primero que hago es vestirme para tapar los rastros del neopreno. Luego cojo el bolso, coloco el Mac y el iPhone dentro, me lo cuelgo al hombro y camino sin mirar atrás mientras la guardia solicita a un compañero que cacheé al de las llaves.

Ahogo un gemido al colocarme en la cola del control de pasaportes.

Me ha ido de poco...

En diez minutos estoy en la sala Vip de Emirates, disfrutando de wifi gratis, comida, bebida y unos sillones muy cómodos. Son las dos, en tres cuatros de hora toca embarcar rumbo a mi destino.

Ojalá consiga ser feliz allí.

Capítulo 7

Daniel

Isla de Negros, 1 de octubre de 1884

El calor sofocante de los últimos días aumenta mi desasosiego. Hoy se cumplen tres años del infortunio que me obligó a dejar mi antigua vida atrás y no puedo dejar de pensar en ese instante, en mis sentimientos, en cómo un segundo puede cambiar para siempre el destino de una persona.

Al cerrar los ojos todavía recuerdo la última mirada de Clara despidiéndose en el suelo y me vienen a la mente cada una de sus caricias, el amor que me profesaba, su devoción por Jaime...

Si pudiera retroceder en el tiempo obligaría a mi corazón a latir más fuerte por mi esposa y a ofrecerle una felicidad menos efímera, buscaría el camino para amarla como merecía, aunque los sentimientos son ajenos a las imposiciones y suelen elegir al ser amado sin atender a los deseos de su dueño.

Cada noche me duermo con recuerdos de ese día maldito. Veo el cuerpo de mi esposa caer a cámara lenta, repito sus palabras susurradas, recreo como mi padre se desplomó tras incrustarle el puñal en su carne. Cuando el cuerpo casi sin vida del señor tocó el suelo la escena difuminada por la sensación de impotencia y el dolor penetrante que me atraviesa como si fuera una lanza directa a mi corazón.

Después de matar al hombre que me engendró, la necesidad de empezar de nuevo en algún lugar alejado se convirtió en una auténtica lucha por la supervivencia. En su hacienda ya no me quedaba nada, solo recuerdos tristes y desgarrados de una vida que deseo olvidar. Y no podía condenar a mi familia a una posible denuncia en mi persona por asesino.

Salí de la casa grande con rapidez, rumbo al barracón donde

convivíamos los trabajadores, y me sinceré con mis compañeros de la plantación. Durante toda mi vida habían permanecido a mi lado ayudándome a superar las palizas de mi padre y a aceptar la existencia que me había tocado en suerte. Les debía la verdad sin tapujos porque la honestidad es el rasgo más valeroso de un hombre.

Tras relatar hasta la última migaja de lo vivido hacía unos minutos en la casa grande decidimos entre todos una versión donde la propia Clara fue quien le había hundido el puñal en el costado de su atacante, un hombre sediento de su cuerpo y que él, en el fragor del momento, la había disparado. Esa fue la versión que prepararon para las autoridades, una que me exoneraba.

Sin embargo, no podía arriesgarme. La única opción viable era partir hacia un destino desconocido, cambiarme el apellido y desaparecer. Aunque la mentira fuera aceptada yo seguía siendo el hijo ilegítimo del señor, permanecer en la plantación hubiera podido volverse en mi contra y más con la mentira flotando en la mente de mis compañeros.

Decidí marcharme enseguida, junto a madre y el niño, en busca de un lugar donde no nos conocieran y pudiéramos empezar de cero. Quedarnos no era una opción. Le había matado, podía acabar en manos de los españoles con una soga al cuello o encerrado en una prisión de por vida. Y Jaime necesitaba un padre, alguien a su lado para acompañarle en su sendero hacia la edad adulta.

Desde la infancia mi padre me aleccionó sobre la importancia de encarar los errores, de afrontar las consecuencias, de no esconderme. Pero en ese momento la única forma de hacerlo era protegiendo a mi familia e iniciando una vida en otro lugar.

Nuestra marcha fue bastante inmediata, tras recoger nuestras cuatro pertenencias y el dinero que el señor guardaba en la casa. Salimos esa misma noche al amparo de la oscuridad rumbo a Manila para encontrar un lugar donde olvidar y rehacer nuestras vidas.

Me costó alejarme de una vida conocida, de la calidez de mi hogar, de las personas que durante años consideré mi única familia, del cobijo de la hacienda donde nací.

Cada noche los recuerdos me ahogaban. Clara, mi padre, sus muertes, los días de efímera felicidad... Nada calmaba mi corazón herido ni llenaba sus grietas porque la echaba de menos y añoraba nuestra vida compartida.

Madre mantuvo el ánimo durante los días en los que recorrimos la isla de Luzón a pie desafiando los inconvenientes del viaje, comiendo lo que la

naturaleza nos proporcionaba, durmiendo al raso, caminando sin parar por la selvática vegetación.

Fue un trayecto largo, duro y agotador.

Cuando al fin avistamos la ciudad, nuestra alegría se hizo eco en gritos de emoción. Aunque todavía nos quedaba encontrar una forma de ganarnos la vida y no sabíamos hacer otra cosa que cultivar azúcar, ese era el principio de una aventura sin igual y estábamos expectantes.

Manila está situada junto a la desembocadura del río Pasig, una gran extensión de agua convertida en un centro importante de comercio. Dentro de las paredes de la zona llamada Intramuros está la colonia española. La mayoría de los colonos viven en casas señoriales, con comodidades y mucha tranquilidad. Fuera la ciudad se extiende llena de pobreza, aunque hay zonas con comercio que son más confortables.

Decidimos alojarnos en una casa de huéspedes cerca del puerto, donde se realizan las transacciones comerciales más importantes. Necesitábamos conseguir un trabajo lejos de allí. Ni madre ni yo estábamos habituados al ruido ni a la inmundicia de la ciudad, preferíamos el campo, cultivar, vivir cerca de las estrellas.

La suerte quiso llamar a nuestra puerta. A los tres días de llegar, mientras averiguaba si había algún trabajo para llenarme los bolsillos, escuché por casualidad a un hombre que buscaba un capataz para su plantación de azúcar en la isla de Negros. Fue como si el cielo hubiera escuchado mis plegarias y me enviara a un emisario de Dios.

Mi padre fue cruel conmigo, pero me dejó una herencia al haberme obligado a aprender a hablar y escribir el español. Pude presentarme ante don Rodrigo Urzúa con la facilidad de comprender su lengua a la perfección y tras un par de charlas conseguí que me diera una oportunidad en su finca, llamada La Carolina. Mi madre podía incorporarse al trabajo en el campo y me prometió una habitación separada para compartirla con mi hijo.

Embarcamos rumbo a la isla dos días después. La travesía se me hizo larga y muy pesada debido a la inquietud de desear iniciar cuanto antes una nueva vida. Don Rodrigo parecía un hombre bondadoso y acerté porque nunca me ha tratado con desprecio. Durante los días de navegación nos contamos algunas cosas de nuestras vidas, compartimos algo más que la cercanía obligada y poco a poco forjamos unos lazos que todavía hoy persisten. Él también perdió a su mujer hace un tiempo y no se ha vuelto a casar.

Estos últimos tres años nos hemos convertido en amigos. Es extraña una

amistad entre un señor y el capataz de la finca, pero la soledad del campo, la ausencia de otras personas de su condición cerca y el retiro impuesto por él tras el fallecimiento de su esposa lo han acercado a mí hasta confiarme sus más profundos secretos.

Le abrí mi alma hace un tiempo, compartí con él los recuerdos más dolorosos de mi vida, incluso me atreví a relatarle lo acaecido en la plantación de mi padre antes de mi partida. Y él escuchó sin juzgar, solo mostrándome su amistad en sus gestos y palabras de consuelo.

Levanto la vista hacia él. Estamos en el salón de la casa grande, como cada tarde cuando oscurece, repasando el funcionamiento de la plantación mientras jugamos una partida de ajedrez y bebemos un poco de licor charlando de la vida.

Hoy está taciturno, como si guardara alguna clase de ansiedad.

—¿Está bien, don Rodrigo? —inquiero con preocupación.

Niega con la cabeza

—Mi hermano me ha jugado otra de sus malas pasadas.

Me ha hablado mucho de don Diego Urzúa, quien le amargó la infancia y primera juventud con sus actos crueles. Ese hombre odia cualquier intento de interponerse en su camino, no escucha a nadie y su egocentrismo le lleva a aplastar a cualquiera para conseguir sus propósitos. Así le describió don Rodrigo la primera vez que me habló de él. Después desgranó episodios oscuros de su pasado, pintándome a un hombre sin corazón.

—¿Qué le ha hecho? —Le dedico una mirada expectante.

—Ha conseguido convencer a padre de que soy un inútil. —Le da un sorbo a su bebida—. Va a relevarme, quiere traer aquí a su mujer y a su hija y ser él quién lleve la plantación a partir de ahora.

—Eso significa que deberá partir para España.

—Diego es incapaz de amar. Destruye todo lo que toca. —La amargura se instaura en su rostro desencajado—. Con los años he aprendido a querer esta plantación, es toda mi vida. La idea de permitirle arrasarla con su odio y sus deseos de poseer lo que no le pertenece me revuelve las entrañas.

Siento su rabia, su miedo y su ausencia de deseo de abandonar Filipinas. Hace un tiempo me confesó que detestaba su vida en Bilbao, ocuparse de otros asuntos comerciales de su familia, lidiar con un padre autoritario.

—Quizás encuentre de nuevo el amor en su tierra —comento intentado

darle una visión más optimista de la situación—. Incluso puede que la relación con su padre mejore después de tantos años de ausencia.

—Diego se está apoderando de todo. No me va a quedar nada a lo que dedicarme porque él lo acapara con su ambición. Solo le faltaba arrebatarme esta finca para hacerse con mi vida y ya la tiene en sus manos.

—¿No puede oponerse?

—La carta de mi padre es clara al respecto. En tres meses llegará Diego con su familia y yo deberé embarcar de regreso a Bilbao. —Cierra un segundo los ojos y al abrirlos los posa en el retrato de su esposa que decora la pared—. Será duro dejar atrás la felicidad vivida aquí.

Por unos segundos sucumbo a su estado y me percato de la realidad. Volveré a trabajar para un hombre oscuro. Desde la llegada de los españoles a Filipinas, los abusos a la población indígena se han sucedido sin tregua. Los religiosos dominan territorios enteros, imponen sus leyes, nos obligan a trabajar bajo el yugo de los látigos, como si viviéramos en otra era. Y los señores imitan su forma de proceder, adueñándose de todo, incluso de nuestros destinos.

—A veces Dios nos muestra caminos insospechados —cito recordando al sacerdote que nos visita con regularidad—. Le echaremos de menos, don Rodrigo.

—Mi hermano es un déspota, un hombre sin alma. —Su mirada se llena de preocupación—. No deberías quedarte cuando venga o será más cruel que tu padre. Doblega a los demás para ver cómo se retuercen de dolor, es alguien despreciable.

—No tengo adonde ir —admito con un suspiro—. Don Diego no puede ser peor que mi padre.

—Ni te imaginas su grado de crueldad. Cuando éramos niños llegué a pensar que disfrutaba del dolor ajeno. A veces observaba su expresión cuando me hacía una jugarreta y descubría un brillo intenso en sus pupilas, como si estuviera gozando de éxtasis frente a mi dolor. —Me dedica una mirada intensa—. Deberías irte, Daniel. Quedarte solo te traerá sufrimiento.

—Pensaré en ello —accedo con el corazón un poco encogido—. Hablaré con madre. Ella es feliz aquí, ha encontrado a un hombre con quien compartir su vida y ya no recuerda los años en los que mi padre acudía a su cama obligándola a aceptarle durante las noches. Y no podría separarme de ella ni obligarla a abandonar a José.

—Te entiendo, pero antes de tomar una decisión definitiva piensa en las

consecuencias.

—Don Rodrigo. —Me detengo un segundo en busca de las palabras para plantear mi pregunta—. Madre fue víctima de mi padre cuando era casi una niña, me parió con quince años. No soportaría volver a verla en la misma tesitura...

—Hace mucho que no veo a mi hermano. —Su expresión muestra entendimiento a las palabras no pronunciadas—. Pero dudo que haya cambiado de gustos. Tiene predilección por las jovencitas y tu madre tiene más de cuarenta años. No has de preocuparte por ella, en cambio las chiquillas deberían desaparecer de la plantación.

Sonríó para agradecerle la sinceridad. Mañana me ocuparé de hablar con las familias que tienen chicas jovencitas trabajando aquí para explicarles la realidad de lo que se nos viene encima. Debemos buscar una solución para no proporcionarle a don Diego la oportunidad de mancillar a ninguna de nuestras niñas.

Me despido de mi amigo con un sincero apretón de manos. La bondad de don Rodrigo ha sido un bálsamo para mi alma herida durante estos años, pero la condena vuelve a alcanzarme en forma de destino cruel y despiadado.

Encuentro a madre en el exterior de la caseta donde dormimos los trabajadores. Está sola, mirando las estrellas con un vaso en la mano.

—Buenas noches, madre —ocupo una silla a su lado—. Acabo de hablar con don Rodrigo y debería contarle una mala noticia.

—Se avecina un cambio. —Sus labios se curvan en una sonrisa triste—. Lo he sentido aquí dentro, en mis entrañas. A veces para encontrar la felicidad debemos pasar por pruebas difíciles de superar.

Madre siempre ha sido una mujer intuitiva, a veces incluso demasiado. La observo un segundo en silencio con un cariño profundo. Su forma de estar a mi lado durante toda mi vida me ha ayudado a superar los obstáculos. Es menuda, con unos ojos negros rasgados que ocultan los dolores sufridos, una larga cabellera negra que suele llevar recogida, los pómulos prominentes y su figura escuálida de huesos fuertes y músculos vigorosos, moldeados a base de trabajar al aire libre cada larga jornada.

—Don Rodrigo se marcha en tres meses y su hermano vendrá a sustituirlo —expongo en un tono afectado—. Don Diego es como mi padre. Quizás ha llegado el momento de partir a otro lugar para empezar de nuevo.

—Sobrevivimos a tu padre y ahora lo haremos a lo que se avecina. —Me coge las manos con suavidad—. Eres un hombre fuerte, no vas a rendirte

ahora. Aquí Jaime es feliz, yo he encontrado el amor y si resistes, tú también lo hallarás. Estoy convencida.

—¿Cómo puede estar segura de eso, madre?

—De niño me hablabas de tus sueños, ¿recuerdas? —Asiento—. Sé que sigues soñando con Dan Tate y por eso has decidido adoptar su apellido al llegar aquí. Muchas veces me preguntabas si creía posible que fuera una historia real y no inventada. Lo creo, Daniel. Es el destino, el futuro de tu alma. Y yo he encontrado la mía aquí, no puedo marcharme.

—Dan me ha acompañado toda la vida, pero creo que solo es producto de mi imaginación.

—Yo también tengo sueños desde niña y he descubierto que debemos estar preparados para cuando el destino nos encuentre. El mío era José, lo sé desde hace un par de años.

Abro los ojos con sorpresa.

—¿También sueña? ¿En qué?

—En un pasado muy lejano, en una mujer como yo que perdió su alma. —Sonríe con esperanza—. Seguro que algún día entenderás el significado de tus sueños. Quizás el hecho de que yo acabe de encontrar a José significa que tú también hallarás tu camino.

—Debería pensar en lo que le he explicado de Don Diego. Quedarnos aquí puede hacernos regresar a la mísera vida de cuando vivíamos con mi padre.

—Si quieres irte eres libre de hacerlo. —Su sonrisa se tinte con pinceladas de tristeza—. Yo debo quedarme con José. He tardado más de cuarenta años en encontrarle, necesito estar con él, vivir nuestro amor.

—Podría venir con nosotros.

—¿Y adónde iríamos? ¿Cómo vamos a empezar de nuevo a nuestra edad? —Niega con la cabeza—. Esta es su casa y la mía ahora.

—Sin usted no puedo marcharme...

—Pues quédate y afrontemos juntos el destino. Quizás aquí tú también encuentres el amor.

A veces me sorprendo preguntándome qué es amar, hasta dónde daría por ese sentimiento, si realmente Clara no era la depositaria del mío porque no dejo de recordarla con un corazón partido en mil pedazos.

Entro en mi habitación, una que comparto con Jaime, y me tiendo en la cama mirando al techo, sin lograr definir los sentimientos que me invaden. Madre también tiene sueños de una mujer... No puedo dejarla, la necesito

para continuar de una pieza. Ya perdí a Clara, a mis compañeros y mi vida una vez. Quedarme sin madre me parece el peor de los castigos.

Cierro los ojos en busca del sueño perdido y mi mente recrea los últimos tiempos, desde mi llegada a La Carolina.

Han sido tres años llenos de felicidad absoluta. Jaime corretea por los prados con una sonrisa inmensa y aprende a ser útil en la plantación. Y madre rebosa ilusión en cada mirada a su hombre. Ha entablado amistad con la gente de aquí, ha creado lazos. No puedo alejarla de ellos ni dejarla atrás.

La mera idea de cambiar esta idílica existencia me hiela la sangre. Es como si el destino quisiera mostrar la implacable soga que ciñe en mi cuello y me obliga a abandonar la tregua de los últimos años para volver a abrazar la dureza de trabajar para un hombre cruel.

¿Acaso nunca voy a desligarme de esa realidad? ¿Es mi sino? ¿Dios Todopoderoso no puede abrirme la puerta a la felicidad infinita?

Doy vueltas y más vueltas en la cama, con la certeza de que mi destino se ha roto irremediabilmente.

Otra vez la bruma del duermevela me trae a un hombre extraño que vive rodeado de cachivaches imposibles de entender. Mora en una tierra lejana llamada Australia, es alto, rubio, con rasgos un poco asiáticos, pero mezclados con los caucásicos. Se llama igual que yo ahora, Daniel Tate. Por eso elegí ese apellido cuando llegué a Manila, por los sueños recurrentes desde que era un niño.

Nada me había preparado para verle sufrir un revés como el último ni para ser testigo de cómo se desmoronaba ante el descubrimiento del asesinato de su padre.

No entiendo la mitad de las ideas que mi mente elucubra por las noches, esa forma de hablar, los aparatos extraños que le acompañan, esa especie de tapices donde se esconden figuras animadas, como si fuera un teatro dentro de una pintura, la forma en la que escribe apretando algo parecido a unas teclas...

Hay demasiados sinsentidos en mis sueños, como si mi imaginación fuera capaz de surcar los límites conocidos para crear una serie de ideas desproporcionadas.

Le veo derrumbarse frente a unos hombres que parecen representar la ley, escuchar cada una de sus palabras, asentir ante un detallado plan para encarcelar a la mujer de su difunto padre. Y es como si sintiera su rotura, como si cada una de las angustias que se le agarran al pecho se convirtieran en mi dolor.

Al abrir los ojos, acompañado por las primeras luces del alba que asoman por la ventana, tengo pegadas sus sensaciones a la piel, como si hubiera vivido en su cuerpo en vez de soñarlo.

Tardo un rato en desprenderme lo suficiente de las ensoñaciones para levantarme.

Jaime está durmiendo todavía.

Aprovecho estos instantes de paz para acercarme a la ventana y atisbar la larga extensión de campo donde cultivamos el azúcar. Las cañas muestran todo su esplendor, se enfilan hacia arriba con su arrogancia, desafiando el viento y la lluvia para crecer sanas y fuertes.

Las palabras de mi hijo al despertarse atraen mi atención.

Ha cumplido seis años y es un niño fuerte, lleno de vitalidad, curioso y con una innata tendencia a captar los cambios acaecidos a su alrededor, como si sintiera los estados anímicos de los demás. Su inteligencia me llena de orgullo y su predisposición a ayudar al prójimo es un motivo más de adoración hacia él.

Me recuerda a su madre en algunos de sus rasgos, aunque los ojos rasgados muestran la mezcla de razas. Tiene una cabellera negra como Clara. El cuerpo es más recio que el mío y apunta a conseguir una altura superior en el futuro.

Le lanzo una mirada y asiento. Madre tiene razón, debemos acatar los designios del destino.

Capítulo 8

Dan

Sídney, 21 de julio de 2018

Mis ojos lanzan chispas mientras me enfrento a la mirada de mi hermana sin amedrentarme. Samantha parece furiosa, como si mis palabras la molestaran más de lo debido. Estamos en su despacho, sentados frente a frente, desnudando algunos secretos y lanzando amenazas cruzadas.

—¿Cómo te atreves? —grita levantando el índice para señalarme—. ¡Yo no me he vendido a nadie!

—¿Y cómo le llamas tú a ayudar a Rachel a hundirme? —Blando la documentación acerca de mi falso desfalco frente a sus narices—. No entiendo cómo pudiste aliarte con esa víbora.

Me fulmina con la mirada.

—Rachel está más capacitada que tú para llevar Tate Enterprises.

—¡No me jodas, Sam! —Le doy un golpe seco con el puño a la mesa—. Hundirá la empresa en dos días. ¡Es una incompetente! ¡Solo sirve para mamársela a los tíos con pasta!

—No la conoces. —Aprieta la mandíbula soplando con rabia—. ¡No tienes ni idea de cómo es en realidad!

—Papá me contó muchas cosas antes de morir, incluso lo hija de perra que puedes llegar a ser cuando quieres conseguir algo. —Le agunto la mirada con rabia—. Conozco las intenciones de Rachel, varios de sus planes y conseguí que un hacker conocido entrara en su sistema para robarle algunos secretos. Lo sé todo, Sam. Todo.

Se queda callada un segundo. Observo cómo su cara empalidece, cómo le tiemblan los labios y la respiración se le descontrola un poco.

—Tú eres el topo —musita casi sin voz—. Trabajabas con papá...

—¡Bingo! —Me permito una ancha sonrisa—. Tengo pruebas de lo que estáis haciendo escondidas a buen recaudo.

—¿Se las has dado a los federales? —Ya no muestra la suficiencia de siempre en la voz.

—Son mi seguro para recuperar la dirección de la empresa. —Le lanzo una mirada letal—. Puedes ir a hablar con tu querida amiga cuando quieras. Si no rompe los acuerdos y destruye esta mierda de información sobre un desfalco inexistente voy a entregárselo todo a los federales y a la prensa.

—¡Eres un imbécil! —Me desafía con una voz impostada que esconde cuánto le duele la situación—. No puedes amenazarnos. Te destruiremos.

—Intentadlo. —Me permito una ancha sonrisa—. Si me tocáis un pelo la información llegará a los federales. Me he protegido, no voy a ser tan vulnerable como papá y dejarme asesinar como él sin un seguro.

—¿Asesinate? —Levanta la mirada con miedo en ella—. ¿Cómo a papá?

—Parece que tu amiguita no te ha contado toda la verdad acerca de lo sucedido. —Me permito una ancha sonrisa—. Fue ella quien acabó con su vida. Te has aliado con una asesina.

—¡Imposible!

—Vamos, Sam. ¿De verdad te vas a hacer la despistada conmigo ahora?

Su rostro se desmadeja como si acabara de asestarle un puñetazo en la mandíbula. Respira más fuerte, con aceleración, y tarda unos segundos en recomponerse lo suficiente para recuperar un poco la compostura.

—Ella no pudo hacerlo.

—Sabes tan bien como yo con quién estás jugando. —Mi sonrisa se convierte en más felina, como si quisiera mostrarle a mi hermana hasta dónde estoy dispuesto a llegar para deshacerme de la amenaza de Rachel—. Su organización está fuera de la ley y no le tienen miedo a nada. Hacen lo que sea con tal de salirse con la suya. Mi hacker entró en el ordenador de Rachel, tengo información muy jugosa, suficiente para iniciar una investigación a gran escala. Si quiere salir impune va a devolverme la empresa y a buscarse otro sitio donde joder. Porque Tate Enterprises no va a ser su sede para encubrir operaciones ilegales.

—Vas de farol. —Ya no hay rastro de ansiedad en su expresión, pero sus ojos parecen muertos—. Siempre se te ha dado bien el póker.

Pongo la mano en el bolsillo para sacar un USB, lo coloco sobre la mesa y le dirijo una enigmática subida de cejas.

—Podría ir de farol —admito—. Por eso te dejo un poquito de la información reunida por mi hacker, para que la valoréis.

—Si sigues adelante con esta locura podrías destruir la empresa y acabar muerto.

—Buen intento, hermanita. —Suelto una carcajada—. Siempre has sido una capulla, pero de verdad que ahora te llevas la palma. ¿Cómo puedes defender a la tía que mató a tu padre? Con él solías tener buen rollo.

—Rachel se puede pudrir en el infierno —suelta con rabia—. No le perdonaré lo de papá, pero estoy muy metida en esto y no hay vuelta atrás. Solo defiendiendo mis intereses y ahora están en ese bando.

La repaso con los ojos sin ocultar mi desaprobación ante sus palabras.

—Eres una tía inteligente, Sam. —Lo pronuncio con un poco de tristeza—. Es una pena que te hayas equivocado en la forma de usar esa cualidad.

—¿Qué sabrás tú de mi vida? —suelta con rencor—. Siempre has estado de parte de Keira en todo. Cuando me enamoré de Bill la protegiste, ayudándola a conseguirlo. En cambio yo me quedé sola lamiéndome las heridas. Nunca he significado nada para la familia, sois unos desagradecidos. —Suelta un suspiro de dolor—. En la organización de Rachel valoran mis dotes, me ha dado una oportunidad de ser alguien.

—¡Ya eres alguien! —Me ofusco—. Tienes un puesto importante aquí, con libertad para proponer proyectos. No necesitas más.

—No tienes ni idea de qué necesito.

—¿Todo esto es por Bill? ¿Sigues colgada de él?

—Hace años que dejé de quererle —dice no muy convencida, como si en el fondo quisiera compartir conmigo la realidad escondida en esas palabras—. Del amor al odio hay un pasito nada más. Solo uno.

Me levanto. Ha llegado la hora de salir de este despacho.

—Dile a Rachel que si me pasa algo la información la recibirán los federales. —Me apoyo con las manos en la mesa para acercar mi cara a la suya—. Nada de muertes accidentales ni visitas extrañas. O me lo devuelve todo y se larga o la jodo.

No contesta. Da un golpe seco con la cabeza y se queda mirando por la ventana, sin acompañarme con los ojos en mi salida triunfal.

Una vez en el ascensor suelto un largo y profundo suspiro para destensarme al máximo. Ha sido una de las visitas más difíciles de mi vida.

Bajo directamente al garaje para subirme a mi flamante coche. Ahora solo me toca esperar a la llamada de Rachel y desbancar la ansiedad que

empieza a apoderarse de mi cuerpo.

Al salir a la calle acelero rumbo al embarcadero. He quedado con Bill para bucear de nuevo y estoy inmerso en una maraña de emociones encontradas. Hace demasiado tiempo de la última vez. Sin mi padre nunca encuentro el momento porque él era el alma de estas expediciones y su ausencia es demasiado difícil de asumir. Durante estos meses he intentado encontrar excusas para justificar mi desertión, pero ha llegado la hora de encararme a su muerte, aceptarla y no permitirle alejarme de una de mis pasiones más arraigadas. Necesito superarlo porque el mundo submarino es parte del mío y no quiero renunciar a sentirlo cerca por culpa de los recuerdos.

Fue mi padre quien nos contagió su amor por el submarinismo desde que éramos unos niños. A pesar de su reticencia a aceptar mi amistad con Bill, nos apuntó a ambos a cursos para obtener todos los títulos existentes. Éramos un trío compenetrado bajo el agua y allí no imperaban las clases sociales ni las absurdas convicciones de mi madre ni nuestros puestos en la casa donde vivíamos. Una vez nos vestíamos con el traje de neopreno y dejábamos el yate atrás para sumergirnos bajo una capa de agua, nos convertíamos en tres personas unidas por una afición.

Crispo los dedos en el volante al recordarlo. Mi padre era una persona especial. Era severo, con las ideas muy claras de cómo debíamos comportarnos, inteligente, sagaz, un poco altivo en algunas cuestiones, pero también tenía una parte juguetona, le gustaba bromear para aligerar el ambiente en muchas ocasiones, sacarle la parte divertida a la vida y contagiarnos su sonrisa cuando lo consideraba oportuno.

Pongo música para rebajar algo mis latidos acelerados y disipar los recuerdos. Si sigo evocando el pasado me costará dejarlo atrás y ahora que he decidido recuperar las riendas de mis emociones no quiero derrumbarme.

Suspiro, abro la ventana y apoyo el codo en ella a pesar del aire gélido que envuelve el interior del coche.

Una vez alcanzo el puerto aparco el coche en mi plaza privada y camino hacia el yate de la familia con el corazón un poco acelerado. El *Connie*, bautizado así por el nombre de mi madre, es un barco de tres plantas, diez camarotes, un salón decorado con el gusto inmejorable de la dueña, cocina, barca auxiliar y una tripulación de ocho personas a nuestro servicio.

Bill me espera en cubierta. Agita la mano al verme llegar y siento cómo las cosquillas estomacales se expanden por mi cuerpo llenándolo de ansiedad.

El frío me abofetea la cara cuando subo a la cubierta superior para saludar a mi amigo.

—¿Cómo ha ido con Samantha? —pregunta apoyándose en la barandilla.

—Bien. —Asiento sin muchas ganas de hablar sobre ello—. Supongo que Rachel no tardará en llamar y hacer un movimiento. Luego te lo cuento, ahora me iría bien un poco de distracción. Todo esto me está poniendo muy nervioso. ¿Has hablado con Richard?

Asiente.

Richard es el capitán del barco, la persona que se encarga de que todo funcione a la perfección.

—Está todo preparado para la inmersión. Solo queda decidir adónde queremos ir.

—Gordon Bay Clovelly. —Mi respuesta apenas es un susurro—. Le encantaba bucear en esos canales rocosos, era su lugar favorito.

—Cuesta estar aquí sin él. —Sus ojos miran hacia el infinito—. Yo también le echo de menos. Nos costó encontrar el tono justo a nuestra relación, pero siempre lo admiré. Tu padre era un tío cojonudo.

—El mejor.

Ambos nos quedamos callados un segundo.

Los recuerdos me oprimen el corazón. Es como si sintiera su presencia a mi lado, como si pudiera escuchar el sonido exacto de su risa, cómo contaba uno de sus chistes, esa forma especial que tenía de bromear cuando dejaba la seriedad en el puerto y por unas horas abandonaba su personalidad de hombre de negocios para convertirse en un hombre jovial, divertido, lleno de vitalidad.

—Vamos abajo. —Tecleo en mi móvil un mensaje para Richard, avisándolo de nuestro destino para empezar la navegación, y sacudo la cabeza para deshacerme de mis pensamientos y del nudo que me oprime la garganta—. Podemos tomarnos un refresco como solíamos hacer. A él le gustaría que siguiéramos las tradiciones.

Como el alcohol no es aconsejable antes de una inmersión, mi padre solía invitarnos a una Coca-Cola antes de sumergirnos en las aguas para descubrir el mundo submarino. Mientras el barco navegaba rumbo a su destino compartía con nosotros su verdadero fondo.

Me visto en mi camarote sin dejar de sentirme al borde de un abismo emocional. El neopreno se desliza por mi cuerpo con facilidad, se adapta a él. Lo subo hasta la cintura, donde hago un nudo con las mangas para moverme

con más soltura, y no me quito la camiseta arrapada.

Unos minutos después me siento en el lujoso sofá con Bill a mi lado y un vaso de Coca-Cola con hielo y la rodaja de limón, como le gustaba a mi padre. Cierro un segundo los ojos para recrearlo frente a mí con su risa divertida tras contar su último chiste y me invade una nostalgia dolorosa.

Ni Bill ni yo hablamos en los próximos minutos, cada uno está inmerso en los recuerdos, en la pena, en un pasado que no volverá porque el futuro se antoja lleno de retos, con matices por descubrir.

—Ya está todo listo —anuncia Richard por los altavoces tras anclar y apagar los motores—. Tom y Roger les esperan en cubierta.

Mi cuñado me dedica una leve sonrisa mientras nos ponemos en pie.

—Tu padre estaría orgulloso de ti. —Me coloca una mano en el hombro—. Has tomado las decisiones correctas para seguir al pie del cañón. Y ahora vamos a meternos en el agua en su honor.

—Va por ti, papá. —Levanto el vaso de Coca-Cola, le doy un sorbo y lo dejo sobre la mesa—. Te hubiera gustado bajar con nosotros.

Salgo al exterior sacándome la camiseta y cubriéndome el torso con el neopreno. El frío me produce un escalofrío cuando me abrocho la cremallera del traje grueso que hemos elegido para la inmersión de hoy.

Mi cuñado camina a mi lado con una mueca tensa. Hay demasiados sentimientos flotando en el ambiente, demasiadas preocupaciones, demasiados recuerdos y demasiadas decisiones complicadas a las que hacer frente.

Tom y Roger nos esperan en la popa, junto a los equipos debidamente preparados. El primero será nuestro guía esta mañana. Por precaución siempre buceamos con un Dive Master, aunque tanto Bill como yo tenemos el título de instructor. Roger es el encargado de la barca auxiliar que nos recogerá cuando elevemos la boya al finalizar nuestra aventura.

—Todo listo, señor Tate —anuncia Tom—. Tenemos aire para unos cincuenta minutos, ya que la máxima profundidad en esta zona es de quince metros. ¿Quiere que bajamos otras tres botellas a la barca para una segunda inmersión en otro punto? Roger podría recogerlos y llevarnos donde usted decida.

—No hace falta. —Niego con la cabeza sentándome en un banco preparado para colocarme el chaleco con el equipo de buceo—. Con una tenemos suficiente por hoy.

Asiente antes de ocupar un sitio a mi lado para ponerse él también la botella.

Bill está equipándose en silencio. Siento sus nervios como propios cuando me asaltan los recuerdos. Mi padre era el encargado de aligerar estos instantes, solía bromear con el peso de las botellas, recordarnos que llevamos diez kilos a la espalda y reírse de nosotros en el momento de ponernos en pie. A pesar de acudir al gimnasio con regularidad, a veces nos tambaleamos al alzarnos cargando la mochila a la espalda.

—Me va a costar bajar sin él —musito poniéndome las aletas—. Le hubiera gustado acompañarnos en un momento así.

—Tu padre era muy grande, Dan. —Bill me da un apretón en el hombro—. Le recordaremos siempre, sobre todo al bucear. Él nos contagió su entusiasmo por el submarinismo, nos llevó al mar desde muy niños y nos enseñó a amar y a temer a partes iguales el fondo marino. ¡Era un tío cojonudo!

—Hombre, tenía sus cosas. —Sonríó con tristeza adoptando un tono distendido—. Un poco estirado, recto y severo.

—¡Y un bromista como la copa de un pino!

Ambos nos tomamos un segundo para recomponernos de los recuerdos. Quizá por eso hemos tardado tanto en volver a vestirnos de buceadores y bajar con las botellas sin él. En estos instantes pesa demasiado su falta.

—¿Listos? —Tom se pone en pie con facilidad, como si llevara un peso pluma a la espalda—. Hay un poco de corriente. ¿Nos dejamos llevar y bajamos ahí? —Señala un punto con el dedo.

—Buen plan. —Me enderezo sin problemas y ayudo a Bill—. Quiero estar de vuelta para un almuerzo en condiciones.

Damos tres pasos hasta la plataforma de popa, que está suspendida a dos metros del agua. Primero va Tom, quien no tarda en dar un paso largo en la linde para caer al agua con la máscara y el regulador colocados.

Permito que mi cuñado salte en segundo lugar mientras mi mirada se entretiene un instante en el yate y en la costa que se recorta frente al barco. Es una visión sobrecogedora. Adoro mi tierra, los colores, la arquitectura de Sídney, la vivacidad de las gentes que viven en ella...

—¡Dan! —La voz de Bill me saca de mis cavilaciones.

—Voy.

Doy un par de pasos hasta colocarme en la punta de la plataforma, con las aletas salidas hacia el mar. Me coloco la máscara, que previamente mis hombres han limpiado con jabón y agua de mar, el mejor con diferencia es el champú Johnson, no sé porqué, pero cuando lo uso las gafas no se empañan ni

un segundo, y me pongo el regulador en la boca, lo muerdo un poco, comprobando si el aire llega con facilidad.

Con una mano aguantando la máscara y la otra colocada en el codo para evitar un choque involuntario de la botella al tirarme, doy el *paso de gigante* para caer al agua con naturalidad. Una vez vuelvo a estar en la superficie me quito el regulador, hincho un poco más el chaleco y me dejo llevar por la corriente de espaldas, acompañando a Bill y a Tom.

—Aquí está bien —dice mi cuñado tras alejarnos un poco del yate—. Vamos allá.

No me pasa inadvertida su mirada llena de ánimo. Asiento dándole a entender que estoy preparado y él sonríe un segundo.

Me coloco de nuevo el regulador, levanto el brazo con la tráquea agarrada y empiezo a deshinchar el chaleco mientras mi cuerpo va bajando hacia el fondo. Cada pocos segundos me tapo la nariz y soplo con fuerza para descompensar. Sufro de los oídos y, a pesar de llevar toda la vida buceando, necesito equalizar con frecuencia, sobre todo en la primera parte de la inmersión.

Los recuerdos me inundan llenándome la mirada de dolor. He perdido demasiado estos últimos meses y no sé si puedo volver a sentir calidez o felicidad tras descubrir la verdadera máscara de Rachel, la forma de actuar de Sam, la manera en la que murió mi padre.

No tardo en ver la barrera de coral, los arrecifes llenos de colorido y los peces multicolores nadando cerca. Me coloco en posición horizontal, compruebo un segundo el manómetro para asegurarme de que funciona con corrección y veo que tenemos doscientos BAR's de aire, el suficiente para la ruta diseñada, aunque soy consciente de la necesidad de tranquilizarme para no agotarlo antes de tiempo.

Hoy es muy importante controlar esa parte de la inmersión porque estoy bastante estresado y no me gustaría subir antes de tiempo.

Bill ocupa la primera posición, yo voy en medio y Tom cierra la marcha.

Cuando estaba mi padre él iba en primer lugar, le gustaba mandar...

Pasamos los siguientes cincuenta minutos suspendidos cerca del fondo, avanzando con lentitud y dejándonos seducir por la vivacidad de este paraíso.

A pesar de haber bajado mil veces en el mismo lugar siempre me sorprende descubrirlo de nuevo. Es como si cada inmersión me trajera una visión diferente, aportando tonalidades inexistentes en la anterior y nuevas especies de peces.

Abro mucho los ojos disfrutando de la soledad y el silencio de este espacio hundido en las profundidades marinas. Floto a meced del aleteo de mis pies, con los ojos muy abiertos, sin perder un detalle. Y no dejo de admirar ese lugar lleno de una paz especial.

Tom se acerca en algunos momentos, junta el anular y el pulgar de la mano derecha y me los enseña. Es la señal de *¿estás bien?* Repito el gesto para asegurarle que todo va a la perfección y sigo adelante con el buceo hasta que el regulador me indica que estoy llegando a los cincuenta BAR's. Me giro y golpeo con el anular y el dedo medio de la mano derecha la palma abierta de la izquierda para preguntarle a Tom cuánto aire le queda. Él mira el manómetro y responde pegándose con un puño en el pecho. Cincuenta, igual que yo. Bill hace el mismo gesto y sabemos que ha llegado la hora de subir.

Mientras Tom hincha la boya para señalarle a Roger dónde nos ha de recoger, recuerdo estos momentos con mi padre y el dolor vuelve a apoderarse de mi corazón.

En la parada obligada de tres minutos a cinco metros para descompensar nadamos en posición vertical para no quedarnos quietos.

Una hora después Bill y yo nos sentamos a la mesa del yate frente a una succulenta comida a base de pescado, ensalada y patatas fritas. Los dos estamos bastante callados. Una vez Roger nos ha recogido en la barca hemos recorrido el trayecto hasta el yate sin hablar demasiado. Después hemos aprovechado los camarotes para ducharnos y vestirnos.

—¿Estás preparado para lo que sigue? —pregunta mi amigo dándole un sorbo a la copa de vino.

—Todo lo preparado que se puede estar en una situación así.

—Saldrá bien, ya lo verás. —Asiente tres veces seguidas—. Has tomado la decisión correcta.

—Eso espero.

El móvil anuncia de la entrada de una llamada con una vibración sobre la mesa. Observo el nombre que se ilumina en la pantalla. Rachel. Contengo un segundo la respiración antes de contestar y le hago una seña a Bill.

—¡Eres un hijo de puta! —saluda mi madrastra al escuchar mi voz—. ¿De dónde has sacado esa información?

—Ya se lo he explicado a Samantha, he contratado a un hacker. ¿Vas a devolverme lo que es mío?

—Quiero el resto, ver qué más tienes. —Su voz es una mezcla entre la ira y la prudencia—. No estoy dispuesta a tragarme un farol.

—No tienes elección. —Sonrío sin soltar la tensión—. O me devuelves la empresa o te destruyo. Está en tu mano decidir qué prefieres.

Silencio. Tarda un rato en gruñir de impotencia.

—¿Cómo me aseguro de que no lo harás público cuando tengas lo tuyo?

—Has de confiar en mi palabra. No me interesa joder a mi empresa y si le llevo esa información a las autoridades acabaría pasándome factura.

—Si me jodes usaré la información del desfalco.

—Haz lo que quieras. —Levanto la mano izquierda con la señal de la victoria y una emoción palpable. La tengo, está claro que ha picado el anzuelo—. Puedo demostrar la falsedad de esos datos.

—Nos vemos mañana en mi despacho —dice tras unos instantes de vacilación—. Quiero acabar de atar unos cabos sueltos antes de aceptar el trato.

—Estaré ahí a las nueve. Y recuerda qué pasará si me sucede algo de forma casual.

—Hasta mañana.

Cuando cuelga lanzo un grito de júbilo secundado por mi cuñado. La tenemos exactamente donde queríamos y ahora vamos a lanzarnos de cabeza a la siguiente fase del plan.

A las dos y media de la tarde regresamos a puerto sin explicar en voz alta lo que nuestras mentes piensan. Hay micrófonos en el barco, estamos seguros, y no vamos a darle pie a Rachel a conocer nuestros movimientos.

Keira nos espera frente a los coches con una sonrisa tensa.

—Te quiero, hermano —susurra abrazándome—. No lo olvides nunca.

—Yo también te quiero. —Le devuelvo el gesto, la envuelvo entre mis brazos y le deposito un suave beso en la frente—. Todo irá bien.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza deshaciendo el abrazo para caminar con Bill hacia su coche—. Solo prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre.

Subo frente al volante del Mustang y una vez más el recuerdo de mi padre me acompaña. Era coleccionista de coches muy entusiasta, se emocionaba con cada adquisición y se pasaba días hablando sin parar de su última compra.

Todavía sonrío al evocar cuando consiguió este maravilloso modelo antiguo. No paró de hablar de lo bien conservado que estaba, del motor, de la cilindrada, de la preciosidad de la carrocería... Su sonrisa al volante era

épica.

Enciendo el motor, pongo primera y salgo a la calle con el corazón bombeando sangre al triple de velocidad. Un poco de música me acompaña mientras llego al túnel del puerto. Es una balada antigua muy acorde con mis pensamientos.

Cuando un coche impacta de repente contra la parte trasera siento una sacudida en el cuerpo. El segundo golpe me hace perder el control y me empuja hacia la pared. Estoy entrando en el túnel del puerto, la visibilidad se reduce y el espacio para maniobrar también.

Me agarro fuerte al volante, piso a fondo el acelerador e intento zafarme del otro vehículo, pero no tarda en volver a darme tres golpes seguidos por atrás. Hay demasiada circulación para invadir el carril contrario, apenas puedo correr más por culpa de una furgoneta que tengo justo enfrente.

—¡Joder! —grito antes de impactar con el lado izquierdo contra la pared de hormigón.

El coche se coloca al otro lado y empieza a golpearme con fuerza para aplastarme contra la pared. Hay varios automóviles que se detienen a nuestro lado, el túnel del puerto es uno de los más transitados. Escucho bocinas, jaleo, gritos. Mi coche sigue aplastándose contra la pared. El primer golpe ha sido fuerte y el motor se ha calado. El maletero de delante se ha abierto de par en par, dejando ver las entrañas de la máquina. Y huelo a gasolina, como si estuviera perdiéndola por algún lugar.

¡El tío sigue empujando!

Veo cómo una chispa prende en el suelo. Es un claro indicio de que en unos segundos explotaré por los aires. En el túnel de repente se va la luz, un apagón que apenas logran iluminar los faros de los coches recién encendidos, creándose un choque entre ellos de dimensiones épicas.

Con ansiedad observo esa centella prender y cómo mi atacante sale zumbando de ahí, abucheado por varias bocinas.

Cierro los ojos para enfrentarme a lo inevitable.

Capítulo 9

Eugenia

Bilbao, 27 de diciembre de 1884

La fría temperatura exterior me invade lentamente, llenándome el cuerpo de escalofríos. Llevo una eternidad sin poder salir al aire libre a pintar y me falta esa parte de la rutina para no desesperar.

Este invierno está siendo más crudo de lo habitual. Llevamos siete días con fuertes lluvias, nevadas y vientos huracanados, encerrados en esta casa que me parece una prisión con barrotes de oro.

Me acerco a la ventana para observar cómo los copos empiezan a cuajar y ya motean de blanco los montes que rodean la ciudad. Me hipnotiza la lentitud con la que caen, esa libertad de su movimiento suave, iluminando un poco la negrura del cielo, la forma en la que terminan alfombrando el jardín.

Paso la mano por mi vientre preñado y siento una conexión invisible con esa criatura que crece en mi interior. Es la única felicidad otorgada por mi matrimonio, saber que a pesar de las invasiones de Diego podemos crear vidas que nos acompañarán para siempre.

Es la tercera nevada que vivo en estos parajes. La primera fue a mediados de enero de 1881, el día en que conocí a Diego. La segunda fue entre el ocho y el nueve de marzo de 1882, noche en la que mi hija fue concebida. Lo sé porque ese día sentí de forma distinta la agresión de Diego, como si el frío exterior hubiera calado en mi interior para devastarme. Cuando me dejó encima de la cama, desnuda y tiritando, con la honra completamente mancillada por sus actos, sentí como si algo prendiera en mi interior. Y lo supe. Mi niña acababa de crearse.

Hoy vuelve a nevar y mi corazón se contrae, como si supiera de antemano las consecuencias de lo que sucederá a continuación, previendo un

nuevo cambio de rumbo. Es curiosa la correlación entre la nieve, que raramente vista en una ciudad costera, y los giros de mi vida. La primera vez conocí al hombre que me sometería, la segunda conseguí engendrar a una criatura que es la luz de mi vida y la tercera...

—¿Eugenia? —La voz grave de mi marido me alcanza antes que sus pisadas.

Giro el cuerpo con lentitud, sin deseos de mirarlo, pero sin perder el orgullo en los ojos, como cada vez que le veo. Nunca consentiré que mi dolor traspase las barreras de mi mente, demostrarle las lágrimas ni la rabia ni el resentimiento. Soy una mujer, alguien que le debe obediencia a su marido, una persona insignificante sin Diego y quejarse no entra en el matrimonio. Sin embargo, nadie me arrebatará mi dignidad.

Poso los ojos en los suyos, sin mirar alrededor, sin observar las paredes de la biblioteca de mis suegros, una estancia con paredes recubiertas de estanterías de madera oscura con filigranas y repletas de libros, altos techos abovedados con frescos llenos de colorido, el suelo de mármol y unos sillones verde oscuro, tapizados con terciopelo y ribeteados con madera lacada en oro. Es una de mis estancias preferidas, me apasiona el olor a libro, tocar las cubiertas, pasear mis dedos por las páginas llenas de aventuras.

Diego camina hacia la única mesa del lugar. Es de madera de nogal, con una superficie no muy larga y las patas un poco curvadas para adecuarse a la moda actual. Se para frente a ella, coloca una mano sobre el tablero y rueda con la otra la bola del mundo que se asienta encima, con el pedestal de la misma madera y las representaciones de los continentes dibujadas en un color ocre sobre el fondo azul un poco deslucido.

—Voy a adelantar mi viaje —anuncia mirándome con frialdad—. Viajaré con mi ayuda de cámara y un par de doncellas. Quiero hablar con mi hermano antes de vuestra llegada y adecuar la casa. Rodrigo lleva demasiados años en la plantación sin una mujer a su lado.

Asiento. No tengo capacidad de negarme o de decirle lo aliviada que me siento al conocer la noticia. Para mí significa libertad para despedirme de mi madre, de Cristina, de la tierra donde llevo viviendo desde mi nacimiento, de la tumba de mi padre, además de un tiempo alejada de sus manos, de su cuerpo, de las obligaciones de esposa.

—¿Cuándo partiremos Itziar y yo? —pregunto en tono suave.

—En marzo, cuando las heladas ya sean solo un recuerdo. La niña necesita buen tiempo para navegar.

Oculto la sonrisa feliz que se apodera de mis labios al escuchar sus palabras. Tengo unos meses para gozar de la serenidad de las noches, para borrar sus huellas de mi cuerpo, para no cumplir hasta el último de sus deseos.

—Me voy a llevar a Ainhoa —anuncia con una sonrisa gélida.

—Se fue a trabajar con mi madre...

Dejo la frase en el aire cuando da tres zancadas hasta mí, me agarra del pelo y descarga una sonora bofetada en mi mejilla. Me tambaleo sintiendo los tirones de su mano al sujetarme con fuerza el pelo. Siento un calor sofocante en la mejilla, cómo palpita y la aparición de unas lágrimas rebeldes en mis ojos.

—Eres una ingrata. —Tira de mi pelo hasta colocarme pegada a su cuerpo—. La apartaste de mí para privarme de su cuerpo. Si vuelves a desafiarme te encerraré en una habitación para el resto de tu vida y te alejaré de Itziar, de tus pinturas, de cualquier cosa que ames.

No hablo, sería peor. Escucho cada una de sus palabras retumbar en mi oído e intento ignorar el dolor, el asco de tener su boca pegada a mi cuello, su lengua recorrerlo, su mano libre levantándome la falda, la desesperación de sentirme atrapada en una situación que me ahoga. Pero no le doy la satisfacción de venirme abajo y le sostengo la mirada borrando como puedo el dolor de mi expresión, obligándome a no doblegarme ante él.

Le dejo mancillarme una vez más, pero mantengo en todo momento el control sobre mi mirada fría, a pesar de estar rompiéndome por dentro. Ignoro el dolor de sus tirones, la mejilla palpitante, sus agresiones, sentir cómo su miembro entra en mí de forma feroz cuando me apoya contra la mesa y me levanta la falda para invadir mi interior. Sus bombeos me hacen golpearme la espalda una y otra vez contra la mesa, lastimándola. Pero no me permito que sus ojos abiertos descubran mi sufrimiento.

Cuando termina de gemir vaciándose en mi interior se aparta, me lanza una mirada tan helada que parece congelar la estancia y levanta la pierna para impactarla contra la parte baja de mi vientre. Es un golpe seco, duro, doloroso. Me quedo sin respiración, como si el aire no entrara por mi boca y de repente todo se quedara suspendido en la nada.

Duele. Es un dolor penetrante que se amplifica al recibir una segunda patada en el mismo sitio, robándome el poco aire que me queda.

No soy capaz de gritar, la voz está paralizada en el algún lugar de mi garganta que no logro identificar, pero se queda ahí, incapaz de ocupar la boca y salir por ella.

Me doblo por la mitad, con una retahíla de lágrimas humedeciéndome los ojos. Siento cómo un líquido baja por mis muslos desde la entrepierna. Es viscoso. Y mi interior es asolado por calambres que se amplifican ocupando cada resquicio de mi vientre, escalando hacia el pecho y llenándome el cuerpo.

Imaginar las consecuencias de esas patadas me agrieta, destrozando mi corazón. El líquido en mis muslos se seca con lentitud, las contracciones en mi vientre muestran una realidad demasiado dura, una que no la quiero aceptar.

Me coloco las manos donde debería estar creciendo la criatura y siento el vacío atraparme, como si fuera capaz de engullirme para mostrarme la cara ingrata de mi marido.

—No vuelvas a interponerte en mi vida o lo lamentarás. —La voz de Diego es como un látigo porque termina de lacerarme—. La próxima vez desearás no haber intercedido por las doncellas. Esto solo ha sido una advertencia.

Levanto la mirada con el cuerpo todavía doblado hacia delante, aguantándome con una mano en la mesa para evitar caer al suelo. Las piernas me tiemblan, se doblan, apenas me sostienen. Sin embargo, cuando el aire vuelve a irrumpir en mi cuerpo con una rápida inspiración le miro sin dejarme vencer por la ferocidad de sus palabras.

No voy a permitirle doblegarme del todo ni quiero mostrarle la intensidad de mi devastación. Necesito conservar esa parte de mi alma intacta o acabaré sucumbiendo a la locura.

—También era tu criatura —musito casi sin voz.

Da un paso atrás sin separar sus ojos de los míos.

Me cuesta un esfuerzo no amedrentarme ni bajar la cabeza ni sucumbir a su reinado del miedo. Va a partir en unos días, voy a gozar de una tregua sin él y no le voy a otorgar la satisfacción de ver cómo me rompo.

—Podemos concebir más. —Curva los labios en una sonrisa ignominiosa—. Pero si vuelves a intentar manipularme los mataré a todos en tu vientre.

La idea de darle la satisfacción a Diego de derrotarme me disuade de mostrar cómo me duele.

Se da la vuelta para caminar con rapidez hasta la puerta y desaparecer por ella con su habitual manera de avanzar por la vida, pisando con rudeza el suelo de mármol.

Solo cuando sus pasos se convierten en un eco lejano me dejo caer al suelo con las lágrimas manando de mis ojos sin detenerse. Me contraigo por

unos espasmos en el bajo vientre que reverberan por mi interior con réplicas en otras partes del cuerpo.

El líquido se ha secado en los muslos. Lo noto duro, como si quisiera mostrar una realidad que no quiero descubrir.

Gimo bajito para no alertar a nadie. Me levanto la falda un poco, hasta dejar la carne de las piernas al descubierto. Mi quejido no es más que un siseo, pero siento cómo mi corazón se descompone en mil pedazos que se reparten por el interior de un cuerpo destrozado al enfrentarme a la sangre.

Roja, dura, seca, mortal.

Las lágrimas invaden mis mejillas acompañadas de sollozos ahogados.

Apenas era un hijo creciendo en mi vientre, pero ya le quería y haberlo perdido a manos del animal de Diego me parte en dos. Es cómo si alguien acabara de atravesarme la piel para llegar a mi corazón y lo estuviera estrujando con sus manos.

Vivir con un hombre así es una condena demasiado infame.

Con una sensación de derrota miro hacia la ventana y ruego a Dios que me muestre el camino para encontrar una pizca de felicidad. Necesito recomponerme, volver a ser libre o encontrar una forma de acatar la realidad sin sentir. Convertirme en un cuerpo sin alma. Dejar atrás los sentimientos para abrazar una frialdad capaz de alejarme del dolor.

Tardo más de lo aconsejable en levantarme para caminar hacia el recibidor. Necesito limpiarme y echarme en la cama sin bajar a cenar para acabar de enfrentarme al suceso antes de la aparición de Diego.

Me duele el cuerpo, el alma, el corazón.

A veces pienso que su crueldad física no es por deseo sino para herirme. Quiere hacerme pagar mi negativa a casarme con él tras conocerlo y no parará hasta verme convertida en un despojo.

Esta noche no me voy a librar de su dureza a pesar de lo que acaba de hacer. No voy a lograr detenerlo mientras viva bajo mi mismo techo. Estoy condenada a esta vida gris y exenta de esperanzas de la que solo la muerte conseguiría liberarme. Pero quitarme la vida significaría dejar a mi niña sola y condenar a mi madre y a Cristina a una existencia mísera por mi acto egoísta.

Encuentro a Naiara al pie de las escaleras, a punto para subir a buscar a Itziar. Sus ojos me repasan con ansiedad. Los abre mucho al encontrarse con mi mejilla inflamada y se le llenan de horror al comprobar que ando encogida.

—Señora, ¿está bien? —Me pasa un brazo por los hombros para ayudarme a ascender los peldaños—. Tiene la cara hinchada y parece herida.

—Consígueme una tina con agua caliente —solicito sin mostrar debilidad a pesar de estar muriéndome por dentro—. Me he golpeado con la mesa por una caída. Anuncia a mis suegros que me encuentro indispuesta para bajar a cenar.

—La acompaño a la alcoba y voy a por la tina.

No me cuesta descubrir la zozobra en su mirada al adivinar la realidad. No he compartido demasiados de mis secretos de alcoba con ella, prefiero guardar la verdadera naturaleza inhumana de mi marido en secreto, sin embargo, le conoce, compartió mi destino durante un tiempo y muchas veces las marcas de mi cuerpo hablan sin necesidad de palabras.

Al llegar a la alcoba encuentro la chimenea encendida para caldear la gélida atmósfera de este día de invierno. Me acerco a la ventana cuando Naiara me deja a solas para ir en busca de la tina y hablar con mis suegros.

Me abrazo por la cintura y me rindo al llanto, al dolor, a la sensación de estar a punto de caer en un abismo sin salvación. La nieve sigue cayendo sin tregua, llenando la tarde de su espesura, como si por una vez nos regalara la blancura para purificarnos.

He perdido a mi bebé, Diego acaba de aniquilar a su propio hijo. Ese ha sido el giro de mi vida en esta nevada. Ese y descubrir hasta qué punto estoy en sus manos, el saber que nunca podré ayudar a Ainhoa o a ninguna otra en su lugar, aceptar mi limitada capacidad para decidir sobre mi vida o sobre la de mis personas cercanas.

Mi doncella abre la puerta tras hacer notar su presencia golpeándola con suavidad.

—Aquí tiene la tina. —Habla en susurros—. ¿La ayudo?

Camino hacia ella con pasos lentos y cortos. Llevo el vestido rosa palo. Es de cuello chimenea, ajustado hasta la cintura, ocultando un rígido corsé, con la manga larga un poco abombada en los hombros, una cinta negra en la cintura y luego un poco de vuelo, con triple capa. La primera, pegada a mi piel, es de raso liso con un ribete de terciopelo en rosa más oscuro en el bajo. La segunda tiene forma triangular, con la punta hacia abajo, y varios botones; es de terciopelo, a juego del ribete. Y la última forma seis pliegues pequeños hasta media pierna.

Me gusta este vestido, es de los que suelo adorar por su tela, por la forma en la que realza mi figura, por cómo se adapta a mi piel. Pero a partir de este día voy a odiarlo. Nunca más seré capaz de mirarlo sin recordar lo mucho que he perdido con él puesto.

Lo levanto con lentitud, sentada en una silla, buscando la calma suficiente para enfrentarme de nuevo a la sangre con restos de mi pequeño.

—¡Dios todopoderoso! —Naiara reprime el deseo de gritar ahogando la exclamación con las manos—. ¿La ha pegado? ¿Ha sido él?

La puerta está cerrada, nadie puede oírnos gracias a los anchos muros de la alcoba, los mismos que aíslan las maldades de Diego por las noches y le protegen del exterior mientras me obliga a pertenecerle de formas brutales.

—Vamos a quedarnos unos meses solas —susurro forzando la voz para que suene firme—. Pero se va a llevar a Ainhoa. —No logro tragarme el sollozo—. Esto ha sido su castigo por intentar salvarla. No voy a poder hacerlo otra vez. Lo siento, Naiara. Lo siento mucho.

Y esa realidad destruye la poca esperanza que moraba en mí.

—Lo ha intentado. —El murmullo de Naiara consigue devolverme un poco de calor—. Eso es mucho para mí.

Me limpio la sangre con las manos temblorosas. Es muy bondadosa porque yo en su situación estaría gritándome por mi absoluta incapacidad de librar a una niña del depravado de Diego.

Si pudiera detenerle, si tuviera agallas para acabar con su vida...

Durante unos minutos sigo con mi tarea en silencio, cerca de la chimenea, mirando la danza de las llamas, perdida en las ensoñaciones.

Ella me observa de pie a pocos pasos de mí, sin atreverse a ayudarme. Sabe que este acto es demasiado íntimo para compartirlo, pero quiere mostrarme su cercanía.

Una sonrisa triste arquea mis labios. Voy a seguir adelante, olvidaré el dolor, superaré la pérdida, pero nunca olvidaré la crueldad de Diego porque a pesar de no poder oponerme a sus designios, quiero conservar la capacidad de odiarle y de no perdonarle nunca este acto vil y despiadado.

Al terminar Naiara se acerca con pasos muy lentos, fregando el suelo para no hacer ruido.

—El señor ha excusado su ausencia en el comedor esta noche. —Me ayuda a arreglarme el vestido antes de levantarme—. Le traeré una bandeja con algo caliente antes de acostar a la niña.

—¿Puedes ayudarme a desnudarme?

El corsé me oprime y la necesidad de quitármelo es absoluta. Ella asiente y se ocupa de él, como cada noche.

Cubro la combinación con una bata gruesa, me abrazo por la cintura y camino hacia la ventana para atisbar el exterior mientras intento encontrar un

resquicio de paz.

De repente vuelvo a descubrir los primeros trazos de mi cuadro reflejados en el cristal. Esta vez la silueta se perfila un poco más. Es un espejo, el mismo que tenía el día de mi boda. Eso es lo que veo. Un espejo de pared en forma alargada, con el marco con filigranas doradas. Es grande, ocupa casi toda la extensión del lienzo.

La imagen se evapora con lentitud y siento como si esa pintura representara mi destino, uno que no está roto y puede recomponerme.

—Tráeme a Itziar antes de acostarla —solicito mirando a Naiara mientras me deshago de los efluvios de mi imaginación—. Quiero abrazarla.

—Sí señora.

Cuando me deja sola de nuevo me quedo junto a la ventana durante mucho rato. No quiero llorar más ni sumirme en la pena ni sentir impotencia. Necesito encontrar la fuerza para continuar sin derrumbarme y no permitirle a Diego deshacerse de mi coraza, penetrar en mi alma y ocuparla con su negrura. Es la única forma de mantener el juicio a salvo.

Mi hija me alegra un poco al aparecer con Naiara antes de acostarla. Es una niña despierta, feliz, llena de vida y me contagia a veces esa ternura, esa esperanza, esa vivacidad.

Hace poco cumplió un año. Ya empieza a dar sus pequeños pasos y sonrío con asiduidad. Sus sonrisas son reales, no como las mías.

Mientras la contemplo sé que mi lucha siempre será para mantenerla a salvo de una existencia mezquina como la mía. Por ella arriesgaría hasta la última migaja de mi ser, surcaría los mares e incluso daría la vida.

Paso un rato jugando con ella. Estar a su lado me ayuda a recomponer un poco las piezas rotas de mi corazón. Itziar es mi luz, la única con la capacidad para eclipsar la oscuridad de su padre.

La abrazo con fuerza a la hora de marcharse para acostarse. Le doy un beso delicado en la mejilla y permito que sus manitas me acaricien la mía, a pesar del dolor que me asalta al sentir su tacto.

—Buenas noches princesita.

—Mamamama —dice mirándome con sus ojitos brillantes.

Ese pequeño golpe de voz me llena el corazón de una emoción sublime encontrando una forma de remendarlo a base de puntadas certeras, con la capacidad de conseguir una sonrisa real en mis labios.

Cuando vuelvo a quedarme sola me acerco a la chimenea para que las llamas me den un poco de calor, aunque mis manos siguen temblando sin

remedio y me cuesta deshacerme de las sensaciones de mi cuerpo, de la tristeza, de la pérdida.

Capítulo 10

Geni

Manila, julio de 2017

Estoy asfixiada y no tengo claro cómo aguantaré un minuto más con el traje y los billetes dentro de él. Durante el vuelo no he parado de sudar a pesar del aire acondicionado a toda potencia y en este aeropuerto acabaré fundiéndome por culpa de la asfixiante humedad que se cuele por las puertas a pesar de las máquinas de refrigeración.

Me pongo a la cola de control de pasaportes. Es larga, han llegado dos vuelos internacionales a la vez y la gente se amontona frente a los mostradores.

Una vez tenga la maleta voy a entrar en el primer baño que encuentre para deshacerme del neopreno y guardar mi pequeña fortuna junto a mi ropa, sin la obligación de mantenerla por más tiempo pegada a mi piel.

Cuando al fin me toca me paro frente al mostrador tendiéndole mi pasaporte al policía. Me estudia con detenimiento, sin curvar los labios en una sonrisa en ningún momento.

—*What is the reason for your visit to Philippines?* —pregunta en inglés. Lo descifro por intuición, no porque mi conocimiento de esa lengua sea demasiado elevado. Me está preguntando qué he venido a hacer aquí.

—*Turism.* —Fuerzo una sonrisa a pesar de mi deseo de salir de aquí cagando leches.

—*What will be your route?*

Ni pajolera idea de qué ha dicho. *What* significa qué y *will* es futuro. De eso estoy segura, pero es que lo ha dicho tan rápido...

Mi inglés es el del cole, uno básico, vamos.

—*Sorry?* —Levanto las cejas para ponerle énfasis a mi pregunta.

—*Your route* —dice despacio.

¡Ahhh! Se debe referir a los lugares que pienso visitar. Por suerte, antes de salir del aeropuerto de Barcelona me compré una guía que ha sido mi compañera de viaje y en las salas de espera VIP he usado la conexión Wifi para trazar una ruta. Quiero viajar un tiempo antes de decidir qué haré con mi vida y tras consultar varios blogs sé que en esta época del año la mejor zona son las Bisayas Centrales, donde no hay tanta lluvia.

—Manila, Bantayan, Malapascua, Malboal, Siq... —Niego con la cabeza—. ¿Siquijor?

—Siquijor.

—*Yes*, Siquijor. —Asiento también con la cabeza, deletreando el nombre de la isla—. *And Bohol*.

—*Okey*. —Me pide por señas que me coloque a una distancia exacta para tomarme una foto y sella mi pasaporte.

Si voy a quedarme en este país debería aprender algo más que mi inglés chapurreado.

Le sonrío, recojo mi documento y camino rumbo a las escaleras que me llevarán frente a la cinta de equipajes.

Media hora después estoy dentro del baño de la terminal. Es bastante cutre comparada con la de Barcelona, pero cumple su función.

Coloco el neopreno y los billetes en la maleta con una gran sonrisa emocionada. ¡Por fin dejaré de sudar! Me permito unos segundos en ropa interior para refrescarme un poco con el aire acondicionado y busco un nuevo conjunto más fresco dentro de la maleta. ¡Con el calor que he pasado debo haber adelgazado diez kilos como mínimo!

Elijo unos shorts cortitos y una camiseta de tirantes de algodón. ¡Qué gusto! Nunca pensé que conseguir pasar medio millón de euros por una frontera fuera algo tan duro. Completo el atuendo con unas bambas Victoria sin cordones de color rosa chicle, a juego con la camiseta, y me cuelgo un jersey fino de la cintura por si la refrigeración del taxi es demasiado potente.

Ya más fresca canjeo cuatro mil euros a pesos filipinos en una de las casetas. No tengo ni idea de si he conseguido un buen cambio, pero me da igual, necesito efectivo.

Una vez salgo al exterior me abofetea una ráfaga de calor sofocante y muy húmedo. Son las cinco de la tarde y todavía es claro. El cielo está un poco emborronado de nubes, pero no ahoga la cálida sensación al caminar en busca de un taxi.

Tengo un instante de confusión por la cantidad de ofertas de transporte que recibo. Hay taxis de todos los colores y unos mostradores donde te cobran antes de subir. Me decido por uno blanco, pago una carrera hasta el Hotel Manila, lo he visto en la guía y tiene muy buena pinta, y me subo al coche para observar con muchísima curiosidad la entrada a la capital filipina.

El tránsito es insoportable. Miles de vehículos invaden una enorme avenida de entrada a la ciudad creando un caos absoluto. Avanzamos con mucha lentitud y me da tiempo para empaparme con una visión bastante triste. Edificios desiguales, apelotonados, sucios, ausentes de carisma...

Mis ojos se paran en los niños desnudos que piden limosna cerca de sus padres, frente a casetas construidas con cajas de cartón, varadas en medio de la acera, con hornillos donde preparan la comida. Y no dejo de preguntarme cómo es posible vivir así.

Al llegar al hotel pasamos los controles de seguridad que muestran el grado de peligrosidad de Manila. En la caseta exterior unos perros huelen mi equipaje en busca de droga y los guardas armados me solicitan el pasaporte. Cuando el taxista me deja en la puerta un botones se hace cargo de mi maleta, colocándola en un carrito dorado y yo debo pasar por un arco detector de metales y abrir el bolso para una inspección visual del segurata.

El hall es impresionante. Hay un grupo de música tocando al final del salón donde varias mesas se distribuyen sobre el suelo de mármol blanco. Me quedo unos segundos escuchando la melodía antes de caminar hacia el mostrador y conseguir una habitación para siete días a un precio irrisorio.

Ceno en el hall, escuchando la música e intentando adaptarme a la tranquilidad del momento. La carta está bien, aunque ahora que me he conectado al Wifi del hotel y me he bajado una aplicación para calcular el cambio de divisa, me parece cara. Sin embargo, por primera vez en mi vida tengo dinero y estoy tranquila. Jesús no puede encontrarme y por fin estoy lejos de él, a salvo.

El deseo de hablar con Esmeralda y asegurarme de que todo ha salido bien es intenso. Después de tantos años viviendo en una situación de control por parte de Jesús me cuesta un poco relajarme, no temer su aparición, no estar atenta todo el rato.

Soy libre. De verdad lo soy. Y todavía no acabo de hacerme a la idea.

Con un poco de aprensión abro la prensa española. Ahí está, en primera página, el arresto de Jesús, el escándalo, el cierre del club, el hallazgo de las casas francas donde llevaban a las pobres chicas que engañaban y obligaban a

prostituirse, los nombres importantes relacionados con esa delictiva y asquerosa red de prostitución de lujo.

Suelto todo el aire de mis pulmones y me permito una amplia sonrisa porque al fin estoy a salvo y sé que nada libraré a Jesús de la cárcel.

Paso siete días en Manila durmiendo en este maravilloso hotel mientras preparo mi viaje por las islas. Como no quiero volver a subirme a un avión con el dinero y la idea de abrir una cuenta en un banco todavía la considero demasiado arriesgada, he encontrado una compañía de barcos que hace el trayecto Manila-Cebú. El viaje dura veintitrés horas, en cambio en avión estaría una hora y media. Sin embargo, hago mi equipaje y me dirijo al muelle dieciocho de Manila para subirme al barco de la compañía Carlos A. Gothong Lines.

La travesía es larga y pesada, el barco no es nada del otro mundo y no hay camarotes, solo una sala común llena de literas donde paso la noche sin pegar ojo, con miedo a un robo.

Por primera vez en mi vida tengo capacidad de decisión, esos billetes son mi viaje a la tranquilidad y no quiero perderlos por un instante de sueño. Me queda el resto de mis días para dormir, descansar, vibrar con cada nuevo y excitante descubrimiento.

Los días en Manila me han servido para planear un tour perfecto por las Bisayas Centrales, con mil deseos de explorar nuevas alternativas para asentarme algún día y la posibilidad de visitar la isla de Negros en algún instante, ya que está ahí, en esa zona donde me voy a pasar un tiempo sin hacer nada, únicamente buscando espacio para sanar mi alma.

Eugenia sigue apareciendo en mis sueños con momentos muy dolorosos. La idea de que pueda ser una historia real me empuja a acercarme a Negros, pero el miedo a descubrir que no es solo parte de mi imaginación me disuade de ir. Oscilo entre ambas posibilidades sin decidirme. Quizás por eso he preferido ir a Cebú y acercarme a esa ubicación.

Llegamos a puerto a media mañana. Estoy reventada, apenas tengo energía para recuperar el equipaje facturado, bajar a tierra, pagar las tasas de llegada y contratar un vehículo que me lleve al hotel. Mañana buscaré la forma de llegar a Bantayan, una isla llena de quietud, soledad y muchísima paz. En Manila acabé de decidirme por esta ruta magnífica que ya había trazado de antemano. Además, cuando lleve veintinueve días en Filipinas necesitaré ir a Cebú para ampliar el visado. La idea de estar aquí de forma ilegal no me tonta nada.

No tardo en pactar un viaje hasta la capital con uno de los triciclos que hay a la salida del puerto. Son unos vehículos muy curiosos. Una moto semiautomática con una carcasa de metal pintado, normalmente con colores vivos, apoyada en ella y con ruedas. La parte metálica tiene dos bancos en su interior, uno frente al otro, tapizados con plástico negro. No tiene pinta de ser demasiado cómodo, pero me apetece probarlo.

Me encanta ver la vivacidad de este lugar, la caricia suave de la brisa cálida y húmeda, el olor a salitre, la ausencia de prisa.

En Manila busqué varios hoteles en cada ubicación para no dar vueltas innecesarias, aunque la falta de una tarjeta de crédito me impide hacer reservas. Decido probar suerte en el primero de mi lista, el Harold Hotel.

Pacto con el conductor del triciclo un precio bastante ajustado para el trayecto y observo con creciente interés cómo ata la maleta en un espacio preparado para ella en la parte trasera. Es un cajoncito construido con barras de metal rígido, bastante profundo, al que le ata el equipaje con cuerdas y pulpos.

Una vez emprendemos la marcha siento la salvaje sensación de estar en el lugar deseado. Mis ojos se abren ante el paisaje. Las casas de desigual construcción se arremolinan a ambos lados de la calzada. Las hay de ladrillos grises sin pintar ni rebozar, otras son chozas y de repente encontramos alguna colonial, grande y pintada con mimo.

Me llama la atención la cantidad de cables que hay colgando de postes por encima de los tejados. Es un enjambre de cientos de ellos que se alargan por toda la carretera y bajan hacia algunas de las casas.

La circulación es bastante fluida. En el camino nos cruzamos con vehículos diversos: camiones con carga y chicos durmiendo sobre ellos, motos con familias enteras, incluso veo una con un bebé en la punta, triciclos tirados por bicicletas o por motos y un par de Jeepney, que son los jeeps usados en la Segunda Guerra Mundial y reconvertidos ahora en transporte público. La parte de atrás la han llenado con dos bancos alineados en cada lateral y la carrocería se viste de colores vivos, como si quisiera pregonar a los cuatro vientos la vitalidad de las gentes de este país.

Consigo una habitación a buen precio y contrato un transporte para ir a Bamtayan mañana a primera hora. Primero me llevarán en coche privado hasta el puerto de Hagnaya, donde me subiré a un *ferry* con dirección a la isla. Una vez allí deberé encontrar la forma de llegar al hotel que tengo anotado, el Amihan Beach Cabanas.

Son cerca de las dos de la tarde cuando salgo a visitar un poco los alrededores, tras una relajante ducha de agua caliente.

Cebú no es una ciudad demasiado interesante, pero decido seguir la ruta marcada por el recepcionista del hotel mientras busco un lugar para comer. Estoy famélica, en el barco no he tomado demasiados alimentos y mis tripas rugen con fuerza, quejándose.

Me subo a un triciclo que me deja frente al Fuerte de San Pedro, en la Plaza de la Independencia. El pequeño museo donde se explica su historia me cuenta que fue construido en el siglo XVI como defensa de los ataques musulmanes y posteriormente usado por los japoneses y los americanos durante la II Guerra Mundial. Me parece interesante la explicación de cómo los españoles llegamos a tierras filipinas y descubro con asombro que me gusta conocer datos históricos porque me dan una composición de lugar, y hasta puedo imaginar cómo era este fuerte hace siglos.

Al salir me asalta la tristeza. Hay niños desnudos pidiendo dinero por la calle y me duele en el alma ver a los bebés utilizados para este fin. Ya en Manila me enfrenté a estas situaciones con el mismo encogimiento del corazón, me parece inhumano presenciar semejante pobreza. Cuando me doy la vuelta y camino unos pasos hacia un restaurante recomendado por el hotel, los niños vuelven a jugar entre ellos como si nada.

El KKD Stk + Bbq es una fuente de exquisitos platos llenos de nuevas texturas y sabores. Pruebo un par de guisos locales, aconsejada en todo momento por uno de los camareros, quienes me preguntan con mucho interés de donde soy. Cuando contesto que de Barcelona, España, ellos se ponen a tararear la canción *Despacito* dándole un acento divertidísimo a la letra.

Al ver la cuenta me quedo alucinada de lo baja que resulta al cambiarla a euros. En Manila me compré una tarjeta de datos para el teléfono con una compañía local, así tengo a mano la aplicación de cambio de divisas y puedo saber cuánto me gasto en todo momento.

Salgo otra vez al exterior, donde me recibe un cielo encapotado, pero con algunos rayos de sol colándose por las nubes.

Acompañada por los niños llego a la Basílica del Santo Niño, el último de mis puntos a visitar, donde se puede ver la imagen del Santo Niño que los españoles regalaron a la esposa del rajá de Cebú por su bautismo. Frente a ella hay una cola larguísima de fieles que desean besarla mientras rezan frente a ella.

En Filipinas hay un alto número de creyentes católicos.

Un triciclo me lleva de vuelta al hotel, donde me paso un par de horas navegando por internet estirada en mi cama de matrimonio, buscando información de mis siguientes destinos y siguiendo de cerca el caso contra Jesús.

Nunca me había atraído visitar el fondo del mar con una botella de aire en la espalda, pero en Filipinas el buceo es casi una obligación y cada una de las fotos que pueblan la red me convencen más de dar el paso. Quiero vivir aventuras, dejarme seducir por nuevas actividades, disfrutar de cada idea loca que se me ocurra ahora que mi ex está preso.

Tras visitar un montón de blogs decido mandar un e-mail a un centro de buceo en Malapascua para sacarme un título una vez esté allí e iniciarme en el deporte. La web está en mi lengua y eso es algo que me convence de elegirla porque el inglés no es para nada lo mío.

Unos minutos después recibo respuesta de una chica española muy simpática en un mail en el que me explica las tarifas y el funcionamiento del curso. Es la pareja del instructor y ella se ocupa de la parte administrativa. Miro el calendario para asegurarme de las fechas y le contesto reservando el *Open Water*.

¡Voy a hacerlo! ¡Voy a dejarme de miedos y me lanzaré de cabeza a nuevas experiencias!

Ceno en el restaurante al aire libre del hotel, acompañada por una noche estrellada y preciosa. Mientras mi mirada observa las luces del universo sonrío al descubrir otra vez la melodía de la canción de Luis Fonsi, *Despacito*, en lo altavoces. Dos veces en un día... Va por el camino de convertirse en la más escuchada en este viaje que apenas empieza.

A la mañana siguiente me despierto completamente recuperada de la noche en vela en el barco. El *jet lag* desapareció con rapidez y parezco ya inmersa en esta nueva rutina, como si la anterior se fundiera lentamente en el recuerdo y apenas fuera capaz de manchar la posibilidad de encontrar sonrisas diarias a partir de ahora.

En algunos instantes me asalta la ansiedad, pero cada vez con menor frecuencia.

Preguntarme qué ha sido de Esmeralda o si los hombres de Jesús me estarán buscando es lícito, pero necesito empezar a caminar por la senda de la serenidad, sin ese peso sobre mis espaldas. He viajado en *ferry*, no hay cuentas bancarias a nombre de Eugenia Riera, el gmail que he usado para comunicarme con el centro de buceo de Malapascua es nuevo e irrastreable

porque le he llamado chicafelizenfilipinas@gmail.com.

El desayuno es un buffet increíble y me cuesta un montón decidirme entre tantas exquisiteces. El apetito no lo pierdo nunca, es curioso. Tardo más de media hora en acabarme varios platos llenos a rebosar, tres cafés solos y un par de zumos.

Una vez saciada preparo mi equipaje, saco el dinero de la caja fuerte y emprendo el camino a mi siguiente destino.

El trayecto en coche es parecido al del día anterior. El conductor me deja en la terminal del puerto, un lugar bastante sencillo, con sillas de plástico bajo un tejadillo. Para entrar debo abonar las tasas y comprar un billete en el *ferry*. Espero a que llegue sentada en una de las sillas de plástico de la terminal, observando a las personas que me acompañan. La mayoría son asiáticas, supongo que filipinas.

Los minutos me pasan con lentitud, el calor se intensifica y no veo el momento de ponerme mis bikinis para bañarme en el mar y descansar bajo el sol acompañada por un libro electrónico que me compré en Manila.

Nunca me había gustado la lectura, en mi vida anterior apenas tenía tiempo para sobrevivir. Me costaba entender la emoción de la gente cuando se sumergía en las páginas de un libro, en cambio ahora me he convertido en una adicta a esas aventuras escondidas tras las novelas, a descubrir otras vidas, a acompañar a personajes ficticios en el devenir de los acontecimientos.

Lo único complicado es comprar las novelas porque me falta una tarjeta de crédito para transacciones en la Web. Y la idea de hacerme con una no es negociable, sería como dejarle miguitas de pan a Jesús si algún día se libra de la cárcel y descubre mi identidad actual, o si manda a alguien en mi busca.

Otra vez siento un escalofrío recorrerme la espina dorsal. Me abrazo a pesar del calor ambiente para repeler el frío que me asola.

Es importante encontrar la paz para caminar hacia un mañana mejor, aprovechar esta oportunidad y disfrutar de ella sin dejarme amedrentar por la posibilidad de acabar de nuevo en las manos de alguien como Jesús. No va a encontrarme, está en la cárcel. Debo repetírmelo con asiduidad para creérmelo de una vez.

Busco el libro electrónico en el bolso. Lo compré de segunda mano en una tienda que encontré en Manila, gracias a la colaboración de un empleado del hotel. Pagué de más para conseguir que el dependiente lo llenara con una centena de títulos en español, pagando él con su tarjeta de crédito a cambio de un veinte por ciento más. El dinero no es tan importante como antes, tengo de

sobra para el nivel de vida de aquí, podría pasar años sin preocuparme de nada. Incluso me duraría para siempre. Y la idea de disfrutar de la libertad sin agobios me tienta.

Cuando subo al *ferry* unos minutos después observo con felicidad el mar, la gente, la soleada mañana de un día cualquiera sin el peso de Jesús. Y sonrío. Enarco mis labios en una radiante sonrisa emocionada. Necesito sentir esa energía positiva para avanzar hacia una mejor versión de mí.

Una hora después llego a la entrada del Amihan Beach Cabanas, un hotel precioso con seis cabañas de bambú sobre la arena, frente a una playa preciosa. Camino con las sandalias en la mano, arrastrando mi maleta y con las emociones a flor de piel. He leído en varios blogs la perfecta armonía de este establecimiento y espero de corazón encontrar esa paz.

He reservado una cabaña usando mi nueva dirección de e-mail.

La recepción está en el bar, una construcción de cañas de bambú frente a la orilla, sin tarima en el suelo y con una vista extraordinaria del mar. Me detengo un segundo para absorber la magnificencia del lugar. Es como si respirara con un sosiego especial y consiguiera alimentar una energía vigorosa.

Mi inglés chapucero consigue que la recepcionista me asigne la cabaña reservada para cinco días. El precio me parece increíble, solo cuarenta euros la noche, con desayuno incluido.

Tengo la número cinco, con vistas a la playa.

La hospitalidad filipina aparece al acompañarme a la habitación y recibir explicaciones de cómo funciona todo de labios de una de las recepcionistas-camareras. Hay una caja fuerte pequeñita, un baño completo, una televisión en la pared y el wifi llega con fuerza.

Paso el resto del día estirada en una de las hamacas del hotel, construidas con cañas de bambú y provistas de colchonetas. Me baño, leo, como en el bar y disfruto de la inactividad, solo regada con los rayos del sol, viviendo aventuras ajenas.

Por la noche me aventuro a Santa Fe para encontrar un lugar donde cenar y termino en el Burrito Company, dentro de un food court, escuchando la música que sale de otro de los locales. Ante la inevitable *Despacito* mi sonrisa se ensancha hasta convertirse en una carcajada y en un arranque de locura me pongo en pie para seguir un poco la melodía con mi cuerpo, asaltada por la necesidad de bailar.

El dueño del local es un australiano simpatiquísimo que vivió en

Marbella un tiempo. Chapurrea español y me ha indicado varios lugares para visitar en la isla. Al verme bailar aplaude con una sonrisa y la camarera me acompaña por unos minutos. Es temporada baja, hay poco turismo y se pueden permitir esta pequeña locura.

Acabo riendo con ellos y prometiendo volver al día siguiente. He de admitir que la comida es exquisita, así que la idea de repetir no me parece nada mal.

De vuelta en el hotel me lanzo a mi recién descubierta pasión por la lectura hasta que los ojos se me cierran y sucumbo a un sueño profundo.

El canto de varios gallos me despierta de madrugada. Solo son las cinco y media, pero la luz se cuele por las cortinas cerradas. Me froto los ojos con el sueño todavía pegado a mi cerebro, incapaz de volver a dormir acompañada por los gallos. Son un montón y no parece que tengan intención de callar.

Tras intentar de mil formas distintas volver a caer en brazos de Morfeo, me rindo. Soplo, busco el libro electrónico en el suelo y me pongo a leer hasta la hora del desayuno.

El bar abre puntual a las siete. Ocupo una de las mesas de cuatro. La silla no es demasiado cómoda por su rigidez. Doblo las piernas sobre ella como si fuera un indio y leo la carta de desayunos con atención. Hay varias opciones interesantes. Acabo decidiéndome por un desayuno americano: huevos fritos, beicon, pan tostado, zumo, mango y café instantáneo.

La chica del bar intenta entablar una conversación conmigo. Gracias a algunos gestos y a nuestra voluntad acabamos charlando un rato y contrato una excursión en barca privada a Virgin Island, una isla cercana de arena blanca, mar turquesa y serenidad, donde paso el día, comiendo en el restaurante del lugar.

Durante los días siguientes recorro la isla en una moto alquilada, descanso frente al mar, vuelvo al Burrito Company y me dejo seducir por el ritmo pausado de este lugar tan alejado de mi realidad. Me llena de una absoluta paz interior capaz de ayudarme a superar un poco el peso del pasado.

Disfruto de las vistas de Paradise Beach, aunque el mar está movido y no puedo bañarme en sus aguas, me pierdo en el Omagieca Mangrove Garden, donde la increíble vivacidad de los mangarles me sobrecoge por su mera existencia, me baño en el lago de la Ogtong Cave, disfruto perdiéndome por caminos llenos de gente local, saludo una y otra vez a los niños que me encuentro en el camino, contestando a sus efusivas muestras de afecto y visito

el Fuerte Kota, en la otra punta de la isla.

Capítulo 11

Daniel

Isla de Negros, febrero de 1885

Observo el cañaveral desde la ventana de la casa grande. Siempre me impacta la belleza de esas plantas que se han convertido en el sustento de muchos conciudadanos míos y que forman parte de mi vida. No podría morar alejado de ellos, sin otear las cañas en la distancia, sin tocarlas, sin ser su protector.

Todavía queda un tiempo para volver a armarme con el machete junto a mis compañeros y cortar las cañas durante los siguientes dos meses. Ahora nuestro trabajo consiste en extraer la materia prima en el molino, cuidar las cañas, evitar las plagas y conseguir que los barcos del señor salgan de puerto llenos de azúcar refinado para venderse en algún lugar lejano.

Jaime corretea libre por los campos, acompañado de su abuela, mientras termino de cerrar algunos asuntos con don Rodrigo Urzúa. Su humor está agrio desde el anuncio de su partida y me ha confesado muchos secretos acerca de su hermano, algunos de ellos me han helado la sangre.

Siguiendo sus consejos he conseguido alejar de aquí a las niñas y me preparo mentalmente para adaptarme de nuevo a la tiranía de un patrón sin perder la salud por el camino.

Don Rodrigo ha salido un momento del despacho. Me doy la vuelta para recorrerlo con la mirada. Altas estanterías de madera noble repletas de papeles habitan la pared de enfrente y la mesa señorial del señor Urzúa se asienta frente al ventanal donde hace unos segundos estaba observando mi mundo conocido. Es ancha, muy grande y maciza, se nutre de luz natural y exhibe los documentos recientes del patrón. La contabilidad preparada para cambiar de manos son una sucesión de cifras que gracias a las enseñanzas de don Rodrigo sé interpretar.

Ambos sentimos el avance del tiempo y cómo se nos espesa la sangre el enfrentarnos a él. La amistad construida a base de confianzas y trabajo duro nos ha acercado más de lo debido, convirtiéndose en unos verdaderos lazos de afecto.

Camino hasta una de las dos sillas regias para sentarme en ella y tamborilear con los dedos sobre la tarima de madera. Mis pensamientos se empeñan en revivir los años al lado de mi padre y me angustian al recordar algunas de las hazañas del nuevo patrón contadas sin remilgos por su hermano.

—Diego llegará en dos horas. —La voz de mi amigo me saca de mis cavilaciones—. ¿Estás seguro de tu decisión?

—No voy a dejar a madre aquí para seguirle a España. —Fuerzo una sonrisa—. Mi vida es el azúcar, no sé hacer otra cosa.

—También podrías volver a la plantación de tu padre y reclamarla para Jaime. —Ocupa una silla frente a mí, en su parte del escritorio—. Eres el legítimo heredero, no solo por ser su hijo, sino por ser el marido de Clara, la pupila del señor.

—Mientras yo siga con vida Jaime no puede reclamar las tierras, es demasiado peligroso para los dos. Maté a mi padre.

Entorna un poco los ojos. Los tiene oscuros, igual que el cabello y el mostacho frondoso que lleva con las puntas retorcidas y un poco tiradas hacia arriba. Su porte elegante siempre me ha parecido innato, como si fuera parte de su naturaleza. A pesar del calor y de la humedad lleva un traje negro para recibir al nuevo señor como merece.

Al volver a centrar la mirada en mí me ofrece una mueca ansiosa, como si de verdad le doliera dejarme a cargo de su hermano.

—Ve con cuidado con Diego —advierte otra vez—. Siempre tiene intenciones ocultas. Es un hombre muy astuto, no te dejes engañar por su apariencia impulsiva, nunca actúa sin trazar un plan y suele atacar por la espalda.

—Gracias por estos años. Si usted no hubiera confiado en mí nunca habría logrado hallar la paz necesaria para superar el pasado.

—Algún día encontrarás a una mujer que te haga perder el corazón, como me pasó a mí con Camila, y entonces descubrirás hasta qué punto eres capaz de luchar por tu felicidad. —Sus pupilas acarician el retrato de su mujer que cuelga de una de las paredes, como en casi todas las estancias de la casa—. No me dio hijos, pero sí una vida plena lejos de mi casa.

—Regresar es un suplicio para usted...

—¡Un infierno! —ratifica con un golpe contundente de voz—. Bilbao es una tierra inhóspita comparada con esta. Aquí no tengo obligaciones sociales ni debo regirme por formalismos absurdos. En cambio con mis padres deberé guardar las apariencias y adoptar las decisiones propias de un señor de mi posición.

—Lo hará bien, encontrará la forma de adaptarse.

—Eso espero.

Se levanta para ofrecerme una copa de licor. Le noto muy tenso, como si la llegada de don Diego le agriara el estómago haciéndole afrontar la realidad.

Con un vaso de licor en la mano caminamos hasta la ventana para observar un segundo a los jornaleros recién incorporados al trabajo. Durante estos últimos años la vida me ha regalado una tregua en la convulsa realidad del pasado. Ahora se abre un episodio oscuro y necesitaré toda mi fuerza de voluntad para adaptarme a él.

Dos horas después una calesa se detiene frente a la puerta de entrada. Por orden de don Rodrigo el servicio forma una fila frente a la entrada, vestidos con sus mejores galas y sin perder una sonrisa postiza para darle la bienvenida al nuevo señor.

Don Diego Urzúa es un hombre alto, con un porte muy distinguido y una mirada taimada de ojos muy oscuros, como si quisieran mostrar al mundo esa negrura que envuelve su carácter. Con un bigote parecido al de su hermano y unos rasgos similares, nos observa a todos con las manos en la espalda y la cabeza muy alta.

Su traje negro es impecable, de corte clásico y tela cara. La chaqueta es larga, le llega casi a las rodillas. Se toca con un sombrero de copa muy distinguido y lleva un bastón que termina de darle un aire sofisticado, como si intentara ocultar su naturaleza malvada bajo una apariencia perfecta.

—¡Diego! —Don Rodrigo lo saluda con una voz impostada acercándose para darle la mano—. ¡Qué alegría verte!

—Veo que has reunido al servicio. —Asiente con aprobación—. El viaje ha sido largo. Necesito asearme antes de las presentaciones oficiales.

Tras él hay tres personas. Un ayuda de cámara y dos chicas muy cohibidas. Una de ellas parece a punto de romperse. Sus gestos, esa forma de bajar la cabeza con vergüenza, la mirada extraviada y el leve temblor de su cuerpo me da una idea bastante acertada de su realidad. Contengo una mueca de asco y la ira que me invade, no estoy facultado para enfrentarme al señor Urzúa, pero deseos no me faltan.

Don Rodrigo acompaña a su hermano a sus aposentos y organiza el baño para que se asee antes de descansar un rato. Su forma de actuar dista mucho de la habitual, lo hace todo con tiento, como si la presencia de don Diego le convirtiera en alguien diferente a su verdadera personalidad.

Las siguientes horas las paso en el molino, junto a los compañeros. El trabajo me distrae durante el tiempo suficiente para permanecer ajeno a los sucesos de la casa. Según los planes del patrón esta semana de convivencia de los hermanos Urzúa debería servir para poner al tanto a don Diego de los asuntos más importantes de la plantación y traspasarle la información necesaria para que él asuma el control.

Al caer la tarde camino hacia la charca que hay cerca del cobertizo donde las cañas se secan antes de ser procesadas. Necesito refrescarme un poco y limpiar el sudor que llena mi cuerpo antes de la cena compartida en el barracón común.

La vida en la plantación es dura en horarios. Los jornaleros trabajamos a destajo durante una jornada que se extiende desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, hora en la que nos limpiamos y libramos hasta el día siguiente.

Cenamos entre charlas un poco ansiosas acerca de la llegada del nuevo señor. No he compartido con ellos la información de su carácter, sería como ponerles grilletes antes de que la condena caiga sobre nosotros, solo les expliqué su predilección por las jovencitas.

El guiso de pollo en adobo está en su punto.

Madre se sienta a mi lado con su plato de metal abombado por el uso y una rigidez importante en sus músculos. Ninguno de los dos perdemos de vista a Jaime, quien corretea feliz por el lugar.

—Si es tan terrible como te dijo don Rodrigo vamos a superarlo juntos.

—He visto su mirada, madre. —Le doy un sorbo al agua—. Es oscura, guarda maldad dentro de ella. Y la joven doncella que le acompaña, la más niña, me recordó a las muchachas forzadas por mi padre.

La ira vuelve a poseerme al recordar la mirada velada de la joven, su dolor tintado en las pupilas, la fiereza del tormento nublando los rasgos contraídos de su rostro.

—No puedes salvarlas a todas —susurra madre posando una mano sobre mi rodilla—. Conoces el valor de las mujeres para los señores. Solo somos un objeto al que someter a su voluntad. Nada puede guarecernos de esa realidad.

—En su mirada he visto a Clara —explico dejando salir la congoja—.

Se llena de la misma desesperación y no entiendo los designios del Todopoderoso porque la muchacha es demasiado joven para conocer el pecado de la carne.

—Volvemos a estar en manos de un hombre cruel. —Sonríe con una tristeza inescrutable—. Cuando tu padre venía a mi lecho intentaba aniquilar mi alma, pero conseguí mantenerla a flote al no ofrecerle nunca mi cuerpo de forma libre. Cada vez que me forzaba era un nuevo asalto para mantener un pedazo de mi dignidad a salvo. Es todo lo que podemos ofrecerle a la vida las mujeres, no perder nunca ese pedazo de nobleza de corazón, resistirnos a sentir que lo sucedido es parte de nuestra voluntad.

—¿Podría hablar con ella? —El dolor de reconocer el calvario vivido por madre durante años me humedece los ojos—. Usted debería compartir con ella su experiencia para ayudarla a sobrellevar la carga.

—Intentaré ofrecerle consuelo.

—Gracias madre, es usted una bellísima persona.

Terminamos de cenar en silencio, acompañados de los quinqués que nos ofrecen un poco de luz en este paraje cálido, húmedo y sofocante.

Mis pensamientos se pierden en el pasado, en mis días con Clara, en las palizas de mi padre, en cómo mi carácter se forjó a base de dolor.

Limpio los cacharros, los guardo en el arcón para utilizarlos de nuevo al día siguiente y acuesto a mi hijo en la habitación compartida. No es gran cosa, dos catres, una mesilla y un arcón donde guardar los enseres y ropajes. Pero es mía.

Al salir de nuevo al raso escucho los cantos de los gallos preparados para la pelea de esta noche. Es una de las tradiciones más arraigadas en mi país.

Para aumentar la agresividad de las aves las colocamos unas cerca de otras con un grillete en una de sus patas y cadena suficiente para no alcanzar a ninguno de sus adversarios. Es una práctica común que pretende aumentar de forma importante su fiereza ante la pelea.

En un lugar cercano a los barracones donde dormimos hay una gallera, la arena donde los animales compiten para deleite del público. Cada uno de nosotros elige un posible ganador y lo anima mientras se desarrolla el combate.

Desde que nacen los gallos son entrenados por uno de nosotros, se les prepara para ser unos buenos luchadores en el futuro y se les enseña a batallar sacando su instinto de supervivencia.

Los dos criadores de hoy sacan a sus animales con espolones en sus patas y los sujetan sobre la arena. Ante los gritos de júbilo de los presentes los encaran hasta que sus picos se tocan varias veces para incrementar la agresividad.

Cuando les sueltan sobre la arena empiezan a recorrer el perímetro con su altivez, jaleados por todos nosotros.

Decido apoyar al gallo de Raúl, uno de los más fieros desde que nació. Le exhorto a pelear con fiereza y disfruto de la expectación antes de que se lancen el uno contra el otro.

Los aplausos y los gritos suben de nivel cuando una ave se tira encima de la otra y la sangre y las plumas se ocupan de llenar el lugar entre sus gritos. Durante estos minutos contraigo los músculos, atento a los movimientos del gallo elegido. Me fascina descubrir cómo se atacan para mantenerse con vida. Es una sensación única.

El gallo de mi oponente acaba cayendo sobre la arena. El árbitro de hoy pide que Raúl se haga cargo de su ave mientras cuenta a diez, a la espera de que el animal del suelo se levante, pero no lo hace y declara al otro ganador.

Los minutos siguientes se llenan de felicitaciones, palmadas en la espalda y felicidad. Ser el criador de un ganador es un gran honor y Raúl está orgulloso de haberlo logrado.

La semana transcurre con lentitud. Don Rodrigo pasa las horas con su hermano en el despacho, explicándole todos los aspectos de la contabilidad de la plantación. Me llaman al tercer día para contar el proceso de siembra, recolección y producción del azúcar, así como el funcionamiento global de la plantación y para exponer cuáles son exactamente mis obligaciones laborales.

Don Diego Urzúa me interroga con una voz glacial. Sus palabras no contienen ni una pizca de la amabilidad de su hermano, son duras, cortantes, autoritarias. Pero las preguntas muestran su inteligencia sagaz porque se adentran en los entresijos de la plantación sin perder de vista la necesidad de aprender hasta el último detalle.

Entre los jornaleros se extiende una crispación propia de la antesala de la tensión. Es como si todos previeran una escalada de tiranía cuando el patrón se marche y no pudieran hacer nada para contenerla. Todos temen a don Diego, quien nos trata con la frialdad de un dictador sin alma. Brama las órdenes sin ningún tipo de respeto por nuestro trabajo y su forma de hablarnos nos induce

a aventurar castigos épicos a la desobediencia.

La muchacha agredida por el señor se llama Ainhoa. La conocí hace dos días, cuando salí del despacho de la casa para retornar a la tarea. Es bonita, de pelo castaño, ojos marrones, figura delicada y pómulos marcados que esconden palidez de piel.

Apenas hemos hablado un poco. Sus ojos se llenaron de lágrimas con facilidad cuando intenté interesarme por su situación, por eso he evitado volver a hablarle del tema. Por suerte madre consiguió colarse en la casa grande hace dos tardes y compartir con ella sus recuerdos. Sé que no es suficiente consuelo para la chiquilla, pero sí constituye una fortaleza poder sacar a la superficie los sentimientos y sentirse acompañada por alguien que comprende la profundidad de sus heridas.

Es domingo, el día del señor. Tenemos una iglesia a poca distancia de la plantación y solemos acudir a escuchar la misa dominical a cargo del padre Manuel, un religioso con un alto aprecio a la doble moral de los señores.

El sermón de hoy es poco emotivo, el padre apenas consigue arañar un poco la superficie de nuestros corazones para ocupar un resquicio de él. Es un hombre mezquino que abusa de su autoridad y se alía con los terratenientes para oprimir todavía más a la población que malvive trabajando de sol a sol por un mísero jornal.

Don Diego se presenta ante él con el orgullo propio de un señor altivo y cruel.

Al ser un testigo de excepción de ese encuentro descubro cómo la inquietud germina de nuevo en mi cuerpo. La partida de Don Rodrigo es inminente y quedarnos a solas con su hermano será la peor de las condenas. Lo presiento. Es como si esos gestos llenos de vanidad mostraran sin pudor sus pensamientos colmados de maldad.

Por la noche recibo la visita inesperada de mi amigo. Mi humilde alcoba apenas se puede llamar así. Es pequeña, calurosa, incómoda.

Le ofrezco un asiento sobre mi colchón. En el otro duerme Jaime.

—Mañana partiré al alba —susurra para no despertar al niño—. Dejaré atrás La Carolina para viajar a mi tierra en busca de un futuro. He hablado mucho con mi hermano estos días y he descubierto que el paso del tiempo solo ha conseguido incrementar al maldad que anida en su corazón. —Su mirada se llena de inquietud—. Va a someter a todo el mundo a su yugo y no va a permitiros ser libres. Daniel, deberías valorar otra vez partir conmigo.

—Mi deber para con madre está aquí. —Sonrío—. Su hermano me ha

parecido un hombre oscuro, pero también alguien taimado, con una cabeza dotada para los negocios. Nos necesita y aunque saque su carácter retorcido, vamos a seguir siendo necesarios.

—Tiene intención de pasar temporadas en Bilbao. —Asiente entendiendo el cauce de mis deducciones—. He comprobado que tiene en alta valía la información proporcionada por ti. Te cree un buen capataz y la persona idónea para llevar la plantación durante sus ausencias. Eso significa convertirte en su persona más cercana y ser el objeto de sus arrebatos con demasiada frecuencia.

Siento la parte de su discurso que calla, la deduzco de sus anécdotas. Don Diego Urzúa es un hombre colérico, cuando las cosas no salen como espera busca descargar su ira sobre alguien y las personas más cercanas a él suelen sufrir las consecuencias de esos arrebatos.

—He hablado con madre —explico sonriéndole—. Está dispuesta a convencer a José de dejar atrás La Carolina si la crueldad de su hermano recae demasiadas veces sobre mí. No tema, sabré capear el temporal y encontrar al manera de lidiar con don Diego. Si su intención es pasar temporadas fuera de la plantación gozaré de alguna libertad.

—En unos meses llegarán su mujer y su hija. —Asiente con una expresión triste—. En Bilbao coincidiré un breve tiempo con Eugenia y le hablaré de la hacienda para que aprenda a quererla. También le explicaré nuestra amistad para que cuente contigo durante las ausencias de su marido.

—Espero que tenga un buen viaje, amigo.

Se pone en pie y en un acto muy alejado de su posición, me abraza.

—Esperaré tus cartas para conocer el progreso de la plantación y saber de ti. Has sido un fiel trabajador y un gran amigo, Daniel. Nunca olvidaré estos años.

—Ni yo, don Rodrigo.

Cuando sale de la habitación me quedo despierto durante una eternidad dándole vueltas a sus palabras, a los últimos acontecimientos, a la constatación de que nos esperan tiempos difíciles sin contar con su presencia.

El recuerdo de lo vivido en mi casa de nacimiento me acompaña hasta el alba, sin dejarme un respiro para abrazar los mundos de Morfeo y descansar mi ajetreada mente.

La bruma espesa que me trae a Dan me lo muestra saliendo a hurtadillas de una máquina extraña que arde en la oscuridad. Y en ese instante sé que nuestros destinos están unidos y rotos.

Capítulo 12

Dan

Isla de Cebú, agosto 2018

Otra vez las pesadillas se entrecruzan con los sueños sobre Daniel y su devenir en la Filipinas de finales del siglo XIX.

Me veo hace doce días en el coche, en Sídney, empujado por otro vehículo. Veo las llamas, la explosión a punto de producirse, esa chispa que amenazaba con convertirse en la última visión de mi vida y siento cómo unas manos ajenas se ocupan de sacarme amparadas por la penumbra del apagón y el caos producido por el choque múltiple.

Cuando el coche voló por los aires estaba saliendo por una puerta del túnel, siguiendo al agente Mauger. Pero para el resto del mundo estaba ahí dentro y ahora estoy muerto.

Sé que un forense certificó esa mentira.

Abro los ojos para observar el hotel donde me registré ayer para pasar la noche en Cebú. Es una habitación bastante lujosa, con todo tipo de comodidades y perfecta para descansar la mente. Llegué a Filipinas hace tres días y tengo la intención de quedarme durante el tiempo que dure mi retiro obligado.

La primera fase del plan del cuerpo federal tuvo éxito y ahora debo darles tiempo para terminar de ejecutar la siguiente. Aunque no me seduce pasarme tantos meses alejado de mi familia y sin poder intervenir.

Durante los días siguientes a la explosión los periódicos de mi ciudad se llenaron de titulares acerca de lo sucedido. Era necesario para proteger a la persona que está ayudando a los federales desde dentro y poner nerviosa a Rachel y a los suyos para que cometan un fallo. Ahora saben que mi amenaza de mandar la documentación a los federales si me pasaba algo puede

cumplirse. Esa certeza les puede llevar a errar en sus siguientes decisiones.

Paso por el baño, me desnudo y entro en la ducha para despejarme del todo. Hoy embarcaré rumbo a Malapascua para bucear con el tiburón zorro y descubrir la vivacidad de sus corales en ese fondo inexplorado por mí.

Cuando el agente Mauger me preguntó dónde quería pasar mi retiro voluntario tras fingir mi muerte tuve claro el destino. Daniel, los sueños, esa sensación extraña al descubrir que su apellido es igual que el mío desde que se lo cambió... Podía elegir cualquier lugar, incluso quedarme en algún pueblecito de Australia, pero preferí este país.

Todavía no tengo la fuerza necesaria para ir a la isla de Negros o a la de Luzón en busca de la pista de alguien que quizás solo es parte de mi imaginación, por eso he decidido pasar unas vacaciones llenas de submarinismo y visitas a islas inexploradas.

Tras el accidente los federales me llevaron a un piso franco a las afueras de Melbourne para preparar mi partida. Necesitaba dinero, documentos falsos, una nueva identidad y un carnet de buceo parecido al mío a nombre de Daniel Douglas, un fotógrafo australiano que ha decidido tomarse unos meses sabáticos.

Una de las partes más peliagudas fue conseguir dinero sin dejar rastro, por eso el día antes de desaparecer le transferí una inmensa cantidad a Bill y saqué una parte importante en efectivo. Durante mi semana en Melbourne adopté mi nueva identidad para abrir una cuenta en un banco con sucursal en Filipinas y darle la numeración a mi cuñado. Las personas de la organización de Rachel piensan que estoy muerto, no van a ponerse a comprobar las cuentas de Bill porque no hay razón para investigarle.

Lo del carnet del PADI no era discutible. Quiero bucear para ver las maravillas del fondo marino en este paraje alejado de la vida conocida y el tiburón zorro es una de mis fantasías desde que descubrí su existencia. Es un escualo que vive a muchísima profundidad y sube una vez al día para recibir una limpieza gracias a los pececitos que se alimentan de las algas que recubren su cuerpo.

Uno de los lugares más propicios para verlo es Monad Shoal, una isla submarina situada a veinticinco minutos en barca de Malapascua, donde suelen avistarse sobre las seis de la mañana a unos treinta metros de profundidad.

Hay expediciones diarias y, aunque no siempre se tiene la suerte de ver al escualo, puedes repetir tantas veces como desees.

Antes de subirme a un avión rumbo a Manila hice una reserva en el

Evolution resort de Malapascua y contraté con ellos el transporte desde mi actual establecimiento para dentro de dos horas.

Mientras desayuno navego con el móvil nuevecito para descubrir los secretos de la isla donde pasaré mi próxima semana. El servicio federal me ha conseguido un visado para seis meses en los que soy libre para decidir mi destino. Aunque espero tener la potestad de regresar antes. Echo de menos mi vida en Sídney, a mis hermanas, a Bill... Dejar en suspenso mi vida durante un tiempo no es fácil y menos sin conocer de primera mano los sucesos.

Es importante seguir el plan a rajatabla y no establecer ninguna conexión con nadie de Sídney. Solo tengo un teléfono de emergencia por si algo se torciera, pero no debería ser necesario. Y desconozco si la persona a la que intenté proteger con mis acciones ha conseguido desvelar algún nuevo secreto de la organización que atenta contra Tate Enterprises o está en peligro.

A veces me sorprendo dándome cuenta de cómo alguien cercano puede mostrarte una cara que desconocías. Cuando regrese voy a abrazar a esa maravillosa mujer que arriesga su vida para salvar la compañía y vengar la muerte de mi padre.

La idea de dejar atrás la empresa, a Rachel y a mi familia me ahoga y en muchos momentos estoy tentado de coger un teléfono para llamarlos, pero me contengo para conseguir un beneficio mayor. No puedo exponerme a los escuchas de Rachel y los suyos ni darles pistas acerca de quien realmente les está espiando para los federales.

Los días que viví en Melbourne me los pasé buscando información acerca de mi muerte y de las reacciones de la gente. Por suerte los federales consiguieron el efecto buscado y ahora a mí me toca quedarme quieto, a la espera de que sus pasos sean en la dirección correcta y todo culmine con la detención de Rachel y los miembros más influyentes de su organización.

Nunca había estado ocioso. Se me hace extraño no tener horarios, no depender del despertador ni tener la cabeza llena de problemas a todas horas. Mi vida hasta la fecha era la empresa y no me gusta renunciar a llevarla ni sentirme inactivo.

Mi mente vuelve otra vez a Daniel. Es un hombre luchador, capaz de arriesgarlo todo por su familia y eso me acerca a él.

Cada día tengo mayor certeza de su existencia, según me contó mi padre su tatarabuelo llegó a Australia a principios del siglo XX y se estableció allí. No sé de dónde provenía, pero me gusta pensar que fue de esta tierra. Si fuera así podría estar seguro de mi parentesco con Daniel, uno que intuyo desde

hace años.

La conexión en este hotel es muy buena. Mientras desayuno tecleo en Google: *La Carolina+plantación azúcar+isla de Negros* por enésima vez. Como siempre me encuentro sin resultados. También lo pruebo con *Daniel Tate+Isla de Negros* y varias combinaciones parecidas, con idéntica ausencia de entradas relacionadas.

En el próximo sueño debería investigar el nombre del pueblo o algo acerca de la ubicación de la plantación para cuando me decida a viajar a la isla de Negros para seguir el rastro de este personaje.

Hay instantes en los que estoy convencido de que mis sueños son algo más, como si contuvieran la crónica real del pasado. Yo nunca he cultivado azúcar ni tenía pajolera idea de la existencia de peleas de gallos en Filipinas y mucho menos de cómo eran hasta esta noche. Y es raro de cojones inventarse algo así, con tanta similitud con la realidad.

Una búsqueda en internet me desvela las innegables correspondencias entre mis sueños y la realidad. Incluso hay una fuerte dosis de realismo de la época.

Tomo un café con leche con dos sobres de azúcar, un par de piezas de fruta y una tostadas con mantequilla y mermelada. No tengo demasiada hambre esta mañana, así que no abuso de la comida.

El transporte es puntual, me recoge minutos después de hacer el *check out* en recepción. Mientras camino bajo un sol de justicia hasta un vehículo con aire acondicionado intento despejar mi mente. Hay demasiados asuntos delicados en ella.

Durante las dos horas y media que dura el trayecto hasta *Maya port charlo* con el conductor, un filipino bastante simpático que conduce fatal. En más de una ocasión debo agarrarme con fuerza por sus cambios bruscos de marcha.

Sus palabras me pintan un país lleno de la naturaleza que envuelve la carretera en algunos lugares, de personas agradables, de costumbres diferentes a las mías. Mis ojos absorben la belleza exterior, las caóticas construcciones que salpican la carretera, los cables eléctricos colocados en una maraña a ambos lados.

El puerto es el final de una calle, con una tienda a un lado, donde los vendedores están escuchando una insufrible canción, un tejadillo con varias sillas de plástico debajo y una taquilla donde sacar los tickets justo enfrente.

Me apeo con lentitud, se me ha pegado el ritmo pausado del trópico, o

como mínimo intento adaptarlo a mi forma de ver esta escapada. A pesar de mi deseo de permanecer activo necesito unos días para aclimatarme del todo y establecer una rutina.

Arrastrando la maleta de ruedas me acerco a la taquilla para hablar con la mujer que atiende a los viajeros. Ella me señala el barco de mi nuevo hotel y me indica que debo pagar a los porteadores para que lleven mi equipaje hasta la embarcación.

Camino por un espolón bajo un sol abrasador hasta la *bangka*, la típica barca filipina con batangas, que son balancines en los costados para no desestabilizarse en el mar. La observo un segundo antes de descender y ocupar un asiento bajo el toldo. Es grande, más de las habituales que he visto en blogs. Tiene hasta baño. Y me parece raro ocuparla solo yo.

El capitán me saluda con una sonrisa y enciende el motor para iniciar la travesía. Le acompaña un chico de apenas quince años. Va vestido con unos pantalones cortos de chándal muy agujerados y una camiseta sin mangas.

Una extraña paz se apodera de mi cuerpo al ver cómo el puerto se hace pequeño y recorreremos el mar a gran velocidad hasta divisar la isla al otro lado. Es una larga lengua de arena con vegetación hasta la playa y aguas turquesas que despierta mis sentidos. No es demasiado grande, pero su belleza es sobrecogedora.

Al avanzar hacia la orilla la barca se detiene de golpe. Escucho una conversación un poco ansiosa entre el capitán del barco y el chico, pero hablan en tagalo y no les entiendo. Unos gritos desde la orilla llaman mi atención. Es un nativo que gesticula con los brazos al ritmo de sus gritos un poco subidos de tono.

—¿Qué sucede? —le pregunto al capitán en inglés—. ¿Va todo bien?

—La hélice ha pillado el cabo de un ancla —explica señalando al mar—. Tranquilo, enseguida lo solucionamos.

—Entiendo. —Vuelvo a sentarme en el banco para no molestarlos más—. Avísame si necesita algo.

El que supongo es el dueño de la barca afectada sigue con sus gritos y parece muy alertado.

Observo cómo los dos marineros se acercan a la popa para intentar sacar el cabo de la hélice y tras varios forcejeos lo liberan. El chico se lanza al agua sin soltar el cabo ni sacarse la ropa. Durante unos minutos se queda bajo el agua. Es alucinante su aguante, yo no duraría ni la mitad sin salir a coger aire.

El chico sale a la superficie con los dos extremos del cabo partido en la

mano y moviendo los pies para no hundirse los junta con un nudo perfecto antes de subir a la barca con una agilidad alucinante. No necesita escalera, trepa por babor como si fuera fácil.

Por fin el motor vuelve a rugir para acercarnos a la arena casi a ralentí. Espero a que el marinero coloque una escalera de madera por donde descender. Se trata de una plancha blanca con unas tiras negras de goma como escalones.

El Evolution Resort está a pocos metros de la orilla. El bar se asienta a un lado de la entrada, sobre la arena y bajo un tejadillo de cañas. El chico se ocupa de llevar mi maleta. La baja a la arena y con un alarde de músculos la levanta a peso para colocarla sobre su hombro derecho.

La naturaleza me acompaña mientras le sigo por la arena hasta llegar a recepción, justo al lado de un centro de buceo propio del establecimiento. Se trata de una construcción de cemento con un mostrador de madera donde dos chicas simpatísimas me reciben con una sonrisa.

Tras comprobar la reserva se ocupan de informarme de los horarios del desayuno y de la posibilidad de realizar alguna inmersión con ellos. En mis días de aislamiento en la casa de Melbourne investigué bastante acerca de Malapascua. El centro de buceo de mi hotel es de los más valorados en la red, por eso lo elegí a la hora de encontrar alojamiento. Además, el tenía buenas críticas de los clientes.

Sonrío asintiendo con la cabeza cuando me acaban de contar las posibilidades de buceo y acabo contratando dos inmersiones privadas al día, más una excursión para ver el tiburón zorro mañana a primera hora. Si no consigo verlo, volveré al día siguiente.

La habitación a la que me acompaña una de las dos chicas está bastante bien. Carece de lujos, pero es amplia, está limpia y tiene un baño decente. Deshago la maleta, ya que tengo intención de pasar varios días aquí.

No tengo claro cuál va a ser mi ruta en Filipinas ni quiero hacer planes. Es un ejercicio complicado para mí, pero me reconforta más de lo esperado. La idea de pasar un tiempo indefinido en cada lugar es interesante. Nunca antes había contado con esa libertad de movimiento y ya va siendo hora de disfrutarla.

Me desnudo, dejo las bermudas y la camisa en el armario junto al resto de mi ropa y me decido por un bañador cortito y una camiseta ceñida de manga corta de color claro para reemplazarlos. Las chanclas en los pies me parecen horribles, sin embargo, el calor exterior me disuade de volver a

ponerme los calcetines cortitos y las deportivas.

Con el portátil bajo el brazo me voy al restaurante del hotel. Son cerca de las doce y media, una hora perfecta para almorzar al aire libre mientras busco información acerca de mi compañía, de Rachel, de cómo van las cosas... Ya lo sé, debería dejar de pensar en el trabajo y en la investigación de los federales y no perder el tiempo en algo que no puedo controlar, a pesar de mis deseos. Pero necesito tener noticias de la familia, mantenerme conectado a Sídney aunque sea solo a través de la prensa.

Soy un adicto al trabajo, siempre lo he sido. Jamás me ha enamorado tanto de otra faceta de mi vida como de ser el mejor en lo mío y ahora se me hace muy extraño no luchar constantemente por aumentar los beneficios de la compañía, no estar comprobando las fluctuaciones de las acciones de las tecnológicas en las que he invertido en la bolsa, no tener quebraderos de cabeza relacionados con Tate Enterprises...

Ser Daniel Douglas me va a costar mucho más de lo imaginado.

Llevo una cámara réflex al cuello para interpretar un papel. De hecho siempre he adorado la fotografía, de joven complementé mis estudios de economía y empresa con varios cursillos sobre el tema para mejorar mi técnica. Y se me da bien, mis profesores dijeron que tenía sensibilidad.

Cuando era un crío fantaseaba con la posibilidad de convertirme en un fotógrafo *free-lance* para alguna publicación de viajes y recorrer el mundo con mis cámaras: una réflex y otra submarina. Solo me duró una época porque enseguida cambié mis prioridades y me sentí atraído por la empresa, pero siempre recordaré esa época con nostalgia y ahora quizás pueda resarcirme un poco de mis elecciones posteriores.

Me apetece fotografiar la belleza de este lugar, captar su luz con el objetivo, inmortalizar cada uno de estos paisajes impresionantes.

Mis ojos se evaden a unos niños que juegan en la arena, un poco alejados del hotel. Sus rostros se llenan de luz y el colorido de sus vestimentas les acaba de otorgar la perfección. Me levanto, agarro la cámara, la gradúo y disparo para guardar para siempre este momento. Ellos al verme agitan la mano sonriendo.

Han quedado perfectas.

Apago la cámara y leo la carta con interés. Es extensa y con una mezcla interesante. Hamburguesas a la americana, pizzas, especialidades locales, pollo, ¡hay un millar de posibilidades con pollo!, ensaladas... Algunos platos no leo bien, la carta es una cartulina dura de color negro con las letras escitas

en blanco que casi no se ven. Hay algunas casi borradas.

Termino decidiéndome por una hamburguesa con patatas fritas.

Abro la tapa del portátil, escribo la contraseña del wifi que me han proporcionado en recepción y descubro con impotencia la ausencia de una señal en condiciones. Una pequeña charla con la camarera me obliga a darme de bruces con una realidad jodida. Estoy bastante incomunicado del mundo por culpa de la ausencia de fuerza del ADSL.

Lo intento durante casi veinte minutos. A ratos consigo cargar una página web, pero tras la emoción inicial me doy cuenta de mi imposibilidad de navegar.

Todavía no me han traído nada, ni siquiera la bebida y las camareras han desaparecido. No hay demasiada gente en el bar, así que exhalo un suspiro de frustración y espero a verlas aparecer para pedirles la cerveza fresquita que he encargado.

Los minutos transcurren a cámara lenta. No estoy acostumbrado a no hacer nada y esta inactividad me está matando.

Recuerdo a Tahlia Secombe, mi novia de la universidad. Para ella la idea de pasarlo bien era sentarse en un banco a observar a la gente pasar. Le gustaba inventarse una vida para cada transeúnte y me la contaba con mil detalles. Solía hacer ver que la escuchaba, asintiendo cada pocas palabras con un *ajá*, como si compartiera con ella esa extraña afición.

Entonces era un niño sin demasiada cabeza y me enamoré de ella, o como mínimo eso me pareció. Sus excéntricas ideas de pasarlo bien no me molestaban porque mientras ella hablaba mi cabeza repasaba de forma obsesiva las lecciones. Quería destacar, sacar las mejores notas, convertirme en el digno sustituto de mi padre.

De los tres hermanos era el más capacitado para dirigir la empresa. Samantha tenía predilección por la tecnología, desde niña era capaz de piratear cualquier ordenador que le interesara y estaba clarísimo su futuro. En cuanto a Keira, ya entonces destacaba su creatividad en las pinturas y todo presagiaba ese futuro para ella.

La relación con Tahila acabó mal, como casi todas mis relaciones. Apenas soy capaz de mantener a una chica a mi lado más de unos meses. Mi compromiso es con la empresa. Por eso ahora me siento tan perdido.

Antes de marcharme de Melbourne mi hermana pequeña me dijo unas palabras muy sabias:

—Aprovecha el tiempo para encontrarte a ti mismo. Nunca has dejado de trabajar durante tanto tiempo. Te sentará bien. —Me abrazó con tristeza —. Te echaré de menos. La separación sería más fácil para mí si me prometes hacer todo aquello que siempre has postergado por falta de tiempo. Haz todo lo que deseas, bucea, tira mil fotos, conoce a gente, enamórate. No sé, Dan, hay mil oportunidades detrás de este retiro, aprovéchalas. Verás como te sienta increíble.

—Cuenta con ello —mentí dándome cuenta de la difícil situación en la que me hallaba.

—Te quiero —susurró separándose de mí y limpiándose un par de lágrimas rebeldes.

—Yo también, hermanita.

Quizás si me decidiera a ir a Negros o a la isla de Luzón para investigar algo más acerca de Daniel tendría una ocupación. Pero no sé por qué siento la necesidad de esperar. Es como si no fuera el momento y un presentimiento extraño se ocupara de recordármelo.

Como en silencio, dándole vueltas a la situación. Son demasiados años de sueños y ahora me gustaría darles una consistencia de realidad.

Tras cargar la cuenta a la habitación decido salir a dar un paseo por la playa. Mañana investigaré la zona interior, pero ahora me apetece caminar, ver qué hay más allá, bañarme en el mar y buscar algún tipo de distracción. Pensar en casa me recuerda el por qué estoy aquí y, aunque fue una decisión acertada, me cuesta mantenerme alejado de mi familia.

La isla no es demasiado larga. Recorro el perímetro hasta la otra punta en poco rato. No camino con demasiada comodidad ya que no estoy acostumbrado a las chanclas y la arena está un poco dura. Termino descalzo, aunque tampoco gano mucho.

Unos metros más allá del hotel me encuentro una tienda y luego una sucesión de bares, hoteles y centros de buceo donde los precios son parecidos a los del Evolution.

Decido pararme en unas mesillas colocadas sobre la arena a tomarme una bebida fría. El calor es sofocante y muy húmedo, me engancha la camiseta a la piel llenándome de sudor.

Aquí tampoco son demasiado rápidos a la hora de servirme la consumición. He pedido un *shake* de mango y no me arrepiento para nada cuando consigo darle un sorbo. Está dulce y muy frío gracias al hielo. Al

sorberlo por la cañita siento cómo se congela mi nariz y me sube hasta la frente.

La idea de darme un baño me seduce. Pago la cuenta tras terminarme la bebida y desando el camino hasta el hotel observando el paisaje que me rodea. Siento paz, como si en este lugar pudiera relajarme de verdad.

Frente a mi hotel hay unas cuantas hamacas rígidas de color blanco bajo unas sombrillas. Dejo la camiseta doblada en una de ellas y me adentro en las aguas cristalinas del mar. Su color turquesa contrasta con la arena blanquísima, moteada por las palmeras.

El baño me reconforta muchísimo, es perfecto para poner el broche a este día. Los pensamientos acerca de lo sucedido en Sídney antes de marcharme me acosan. Era importante fingir mi muerte para justificar al topo de los federales y que les llegara la información, pero me cuesta estar fuera de juego sin conocer el estado de la investigación.

Por la noche cambio de local para cenar y me decido por el Exotic, el restaurante del hotel contiguo al hotel. También tiene una carta extensa, bastante más que la del Evolution.

He de confesar mi envidia a las familias o grupos de amigos que cenan entre risas cerca de mí. Se me hace extraña esta soledad.

A las ocho estoy metido dentro de la cama, dispuesto a caer en un sueño profundo y lo consigo hasta que el despertador del móvil empieza a sonar con insistencia a las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana.

No tardo nada en vestirme con un bañador y una camiseta e ir al encuentro del Dive Master que me va a llevar a Monad Shoal para ver al tiburón zorro. La ilusión me acompaña en mi pequeña caminata hasta los bancos colocados frente al centro de buceo, situado justo al lado de la recepción.

Junto a mí hay una pareja joven con cara de sueño y un chico de unos veinte años.

Escuchamos con atención las instrucciones cuando llegan un par de guías y no tardamos en montar nuestros equipos. Mi Dive Master es una chica americana llamada Hilda. El carnet para comprobar que puedo bajar a treinta metros ya me lo pidieron ayer al apuntarme a la salida, pero ahora está atenta a cómo preparo mi equipo para comprobar mi pericia.

No suelo prepararlos yo, pero sé hacerlo con los ojos cerrados.

Con el neopreno puesto cargo el chaleco a la espalda y camino hacia la embarcación sin problemas. El barco que usamos para adentrarnos mar

adentro es el mismo que ayer me trajo desde el puerto de Maya. Durante el trayecto escuchamos una vez más las indicaciones de los dos Dive Master y observamos el paisaje.

Monad Shoal es una isla subterránea situada a unos quince metros de profundidad. Mi compañero, Hilda y yo saltamos al agua por turnos y nos acercamos a una cuerda por la que vamos a bajar hasta la plataforma. Junto a nosotros hay una decena de barcos más con idénticas intenciones.

No tengo ninguna dificultad en descender hasta que toco la superficie de la isla. En cambio el chico que me acompaña tiene algún tipo de problema con el cinturón y necesita ayuda de Hilde para solucionarlo.

El último descenso es sin cuerda. Lo realizo observando cómo el fondo va perdiendo los colores a medida que gano profundidad. Los primeros que se pierden son el rojo y el naranja y los últimos el azul y el violeta. Por eso he traído un filtro rojo para mi cámara submarina.

Nos paramos tras unas cuerdas colocadas a treinta metros de profundidad, como si estuviéramos en un anfiteatro romano a punto de ver a los gladiadores. En este caso son tiburones con una cola enorme con la que golpean a su comida.

Estoy impaciente, con la cámara preparada y los cinco sentidos, pero cuando el barómetro marca setenta BAR's de aire no hemos conseguido ver al escualo. No podemos estar más tiempo sin subir porque correríamos el riesgo de quedarnos sin aire, así que asciendo acompañado de la frustración.

Segunda parte
Destinos cruzados

*El destino es el que baraja las cartas,
pero nosotros somos los que jugamos.*

William Shakespeare

*Cualquier destino, por largo y complicado que sea,
consta en realidad de un solo momento:
el momento en el que el hombre sabe
para siempre quién es.*

Jorge Luis Borges

*Quien en la vida piensa que lo importante es el destino
y no el viaje,
es que todavía no se ha topado con el primero.*

Arturo Félix

Capítulo 13

Eugenia

Manila, mayo 1885

Me encaramo a la barandilla del barco con Itziar en brazos. El calor sofocante de esta parte del trópico lleva muchas jornadas ahogándome con mi ropa de ciudad, pero apenas puedo prescindir de las formalidades a bordo de un barco de la familia de Diego, debo mantener las formas o podría acarrearne consecuencias.

Mientras nos acercamos al puerto para realizar la maniobra de atraque me fijo en los barcos a vapor maniobrando en varios espacios cercanos a la entrada, junto a embarcaciones construidas con cañas que recorren los diferentes canales que confluyen en el mar, colmadas de mercancías para transportarlas a lugares lejanos.

El puerto está lleno de personas, mercancías y bullicio. Huele a pescado, especias, comida, humedad y salitre. Arrugo la nariz ante la mezcla de aromas con el hedor putrefacto que sale del agua del puerto.

Mi hija emite un par de palabras incongruentes. La travesía se le ha hecho larga y pesada, no está acostumbrada a pasar tanto tiempo en un espacio reducido sin el campo al lado. Por fortuna los marineros nos han tratado con absoluta cortesía y han conseguido ofrecernos una travesía agradable.

Busco a Diego con la mirada. Tras varios telegramas en los que retrasaba mi viaje, al fin solicitó nuestra presencia en La Carolina y nos envió instrucciones para embarcar. La presencia de Rodrigo en mi vida estos meses ha sido muy preciada al compartir conmigo sus vivencias en la plantación y llenarme de consejos acertados para afrontar el viaje y la vida en este paraje.

Mi marido no está entre las personas del puerto. Hay varias y la mayoría están ajetreadas entre bultos, fardos, transacciones comerciales y envíos.

El suelo adoquinado es ancho, con un espolón de grandes dimensiones. A unos metros a la derecha hay una casa vallada construida con ladrillos, un techo piramidal y un jardín con árboles desconocidos para mí.

Vuelvo a recorrer la zona frente al barco y no tardo en fijarme en un hombre que me mira con interés. Es de estatura media, parecida a la mía. Tiene unos rasgados ojos negros, unos pómulos poco marcados, una nariz recta y no muy grande y unos labios que se curvan en una sonrisa gentil. Va vestido con una especie de traje de dos piezas de una tela muy ligera. Pantalones largos un poco sueltos, una camisa sin botones bastante ancha, con media manga y cuello mao recortado bajo la barbilla y con un poco de escote abierto. El blanco está deslucido por los lavados. Y en los pies lleva unos zapatos muy livianos sin talón.

Es guapo. Me parece una mezcla entre un asiático y un occidental, como si tuviera una parte de cada raza.

Nuestros ojos se mantienen conectados unos instantes, hasta que el capitán Ramírez viene en mi busca para conducirme a puerto con mis doncellas y unos porteadores que llevan el equipaje a tierra.

—El señor Urzúa le ha enviado al capataz de la plantación —informa—. No ha podido venir personalmente a buscarlas, pero Daniel se encargará de su traslado a La Carolina después de pasar un par de días descansando de la travesía en Manila.

—Muchas gracias. —Inclino un poco la cabeza—. Ha sido usted una grata compañía en este viaje.

Unos minutos después desciendo por la rampa con ayuda de uno de los marineros. Llevo la sombrilla azul con puntilla en los bordes para protegerme un poco de los rayos solares y me abanico sin tregua. Naiara se ocupa de Itziar y Saioa, la nueva doncella, no le quita ojo al equipaje. Es una chica de veinticinco años curtida en muchos aspectos.

Daniel Tate se acerca a mí despacio, mostrando en todo momento educación y pleitesía. Lleva el sombrero en la mano y deja al aire su pelo negro y espeso, muy corto.

Desprende una aura llena de dulzura, como si sus movimientos pausados consiguieran transmitir serenidad. Me fijo en su débil sonrisa, casi aguada, como si le diera miedo mostrarla demasiado abierta, y me sorprendo imaginándola plena, alegre, feliz.

—Señora de Urzúa. —Saluda con una reverencia de cabeza—. Bienvenida a Filipinas. Su esposo me ha mandado en su lugar. Ruego disculpe

su ausencia, pero había asuntos de vital importancia en La Carolina para retenerlo.

Su voz es grave, con toques alegres que me acarician produciéndome una sensación de confianza, como si quisieran mostrarme su nobleza.

Asiento a modo de respuesta mientras él camina hacia los marineros para indicarles dónde deben colocar el equipaje.

—Señora, ¿puede acercarse un momento? —me llama con respeto, sin levantar la voz.

Me quedo más de lo debido observando ese gesto pausado que acompaña su petición, tocándose el sombrero para levantarlo mientras inclina un poco la cabeza. Su expresión es un poco tensa, como si me estuviera evaluando.

Sonrí con desparpajo, doy dos golpes suaves con el abanico y camino hasta él.

—¿Sería posible dejar aquí una parte del equipaje para embarcar en dos jornadas rumbo a La Carolina? —Su pregunta es exigua, casi susurrada—. Sería más fácil no trasladar todos los baúles dos veces.

—Me gustaría que me informara de dónde nos vamos a alojar.

—En la casa que Don Diego compró en la capital. —Parece sorprendido ante mi pregunta—. ¿No tenía constancia de la transacción?

—Desconocía que Diego tuviera una casa en Manila, pero me parece una señal divina.

—La compró hace unos meses, poco después de su llegada. —Arquea un poquito los labios—. Es donde se acomodará las dos jornadas de descanso, hasta que zarpe el barco destino a la isla de Negros.

—Me irá bien asearme y reposar un poco. Naiara y Saioa pueden ocuparse de coger solo lo imprescindible del equipaje. —Las señalo delicadamente con el abanico—. Nos podríamos quedar solo con un baúl.

—Eso sería magnífico, señora.

Durante los siguientes minutos me ocupo de mi hija mientras las doncellas entran en una dependencia del puerto para organizar el traslado de las prendas y enseres necesarios para pasar dos días en la ciudad. Daniel se ocupa de dejar el resto del equipaje a buen recaudo.

Me gustaría conocer la razón de Diego para comprar una casa en Manila. Nosotros tenemos una plantación en Negros, con una vivienda confortable. Mi cuñado Rodrigo me ha puesto al corriente de nuestras posesiones y no entiendo la necesidad de fijar también una residencia en la capital filipina.

Aunque quizás el destino no me ofrezca la oportunidad de satisfacer mi

curiosidad. Mi marido es muy reservado en sus decisiones y la idea de recibir un castigo por indagar demasiado me disuade de esa posibilidad.

Una calesa abierta nos lleva hacia la casa. Observo embelesada la ciudad amurallada que se sitúa dentro de Intramuros, donde la mayoría de edificaciones son de corte español.

Las calles son anchas y hay construcciones ambos lados. Me fijo en las personas que caminan por la acera y en los caballos junto a la calesa. Hay compatriotas y algunos locales, con ropas parecidas a las de Daniel. Muchos de ellos van descalzos. También encontramos algunos animales en nuestro recorrido.

Daniel permanece en silencio a mi lado, mirando la calle.

—La casa está en la calle del Arzobispo —explica girándose hasta atrapar mis ojos con su mirada penetrante—. Cerca de la Plaza del General Moriones.

—Es mi primera visita a Manila y me parece una ciudad gloriosa.

—Ha tenido suerte con el día. Este mes entra el monzón con las tormentas torrenciales que invaden la ciudad con su fiereza.

—¿Y qué pasa si nos alcanza en el barco?

—La navegación es segura, señora. No tema. —Me muestra una leve sonrisa que le ilumina los ojos mostrando su atractivo—. Los barcos están preparados para capear los temporales.

Llegamos frente a una casa con arcos y una preciosa puerta blanca. Itziar lleva un rato durmiendo en el regazo de Naiara. Le dedico una mirada tierna y acompaño a Daniel dentro de la casa.

La decoración me parece muy sencilla, sin molduras recargadas en exceso ni colores demasiado fuertes. Madera oscura, algunos detalles de cristal, pocos objetos en los estantes, suelo de baldosa grisácea y candelabros de cristal colocados en las paredes para albergar cirios de diversos tamaños.

El calor queda un poco amortiguado gracias a las ventanas abiertas de par en par.

Miro en derredor para descubrir hasta el último detalle del lugar. Huele a flores, como si hubiera un jardín trasero, y escucho ruidos en el sótano.

—¿Quién se ocupa de la casa? —pregunto dirigiéndome a Daniel—. ¿Ha contratado servicio mi marido?

—Así es, señora.

Me acompaña a la cocina para presentarme a dos mujeres que están preparando las viandas. Me solicitan algunas instrucciones para los próximos

dos días y dispongo mis horarios.

Paso el resto de la mañana con Itziar en el pequeño jardín trasero mientras Naiara y Saioa se ocupan del equipaje y a ratos me acompañan para cuidar de la niña. Daniel se ha excusado para ir a realizar unas gestiones para Diego.

Antes de salir de Bilbao compré el lienzo para empezar los primeros trazos de mi cuadro. Deseo darle vida al espejo que me acompaña desde mi casamiento, como si sintiera que por fin ha llegado el instante propicio para dejarlo ocupar los pinceles.

Al colocar el lienzo en el caballete cierro un segundo los ojos acariciándolo. Es como si a través del tacto pudiera penetrar en las entrañas de esa pintura para sentir un millar de emociones al vislumbrarla.

Cuando abro los ojos mi sonrisa parece henchida de una luz especial.

Lleno la punta del pincel de un color dorado, lo acerco a la tela y lo deslizo por ella dándole vida a la moldura del espejo. Es suficientemente largo para devolver la imagen de un cuerpo entero. Tiene forma rectangular, con molduras sinuosas a los lados, creando ondas.

—¿Es usted pintora? —La voz de Daniel es como un susurro que me acaricia la piel.

—Desde niña. —Dejo el pincel en el caballete y me giro para mirarle de frente—. Mi marido es conocedor de mi afición.

—Todavía no ha casi empezado el cuadro y ya me gusta lo que veo. —Da un paso hacia la pintura y la mira con una familiaridad extraña—. ¿Tiene alguna idea en mente para esta obra?

—Todavía no. Dejaré que sea el destino quién la encuentre.

—Es como leer una novela. Son las páginas las que te llevan a un desenlace y solo ellas conocen ese destino de los personajes.

—En cierto modo un pintor y un novelista tienen mucho en común. Ambos creamos otros mundos, plasmamos sentimientos en los lienzos o en las páginas, le ofrecemos al espectador de nuestra creación una visión alejada de su realidad.

Levanta la vista desde el cuadro hasta mis ojos. Leo profundidad en los suyos, como si estuvieran llenos de palabras quedas. Y siento una corriente recorrer mi cuerpo, como si lo encendiera.

—Es bonito descubrir los deseos más íntimos de los artistas a través de sus obras. —Es un susurro ronco, lleno de notas de atracción para mi cuerpo.

—¿Y qué te sugieren estos trazos? —Camino hacia una de las sillas

colocadas alrededor de la mesa para sentarme en ella y así alejarme un poco de Daniel.

—Todavía es pronto para evaluar su trabajo. —Sonríe acercándose y me estremezco al escuchar otra vez ese tono de voz cargado de sensualidad—. Cuando avance en la pintura podremos examinarla en busca de rasgos de su personalidad.

Me quedo prendida de sus ojos negros. Es como si le conociera desde siempre y existiera algún tipo de lazo entre nosotros porque me siento cómoda hablando con él con esta intimidad. En Bilbao ningún miembro del servicio hubiera osado usar ese tono conmigo ni las palabras familiares de Daniel. Si lo hubieran hecho me hubiera molestado. En cambio con él suena natural, como si fuera el diálogo lógico en esta situación.

Las palabras de Rodrigo me vienen a la mente. Durante los meses compartidos en Bilbao me habló muchísimo de Daniel, de su amistad, de la bondad de su amigo. Y estar aquí con él me muestra cómo caló ese discurso, cómo aprendí a apreciarlo a través de los relatos de mi cuñado y cómo al verlo me siento cercana a él.

—¿Quieres sentarte un rato? —ofrezco dándome cuenta de lo inapropiado de esa petición—. Podrías contarme cómo es la plantación. Rodrigo me contó muchas cosas de ti cuando estaba en Bilbao. Te aprecia de verdad.

—Don Rodrigo es un gran hombre. —Asiente caminando hasta una silla alejada de mí para sentarse en ella—. Ama La Carolina con toda su alma, fue el hogar compartido con su esposa y le dolió en sobremanera abandonar Filipinas. Cuando amas la tierra en la que vives dejarla atrás es difícil de sobrellevar.

Sus labios se mueven con una gracilidad increíble al hablar, modulan las palabras dándoles color, como si pudieran mostrarme el tono exacto de su alma. No puedo dejar de observar esos labios arqueados en una sonrisa melancólica, como si estuvieran rememorando un instante doloroso de su pasado.

—¿Alguna vez has tenido que abandonar tu hogar? —inquiero al sentir brotar esa pregunta de mi interior sin reflexión alguna.

—Sí. —Mueve la cabeza arriba y abajo con suavidad, sin apartar la mirada de mis ojos—. Y no hay día en el que no recuerde la plantación en la que me crie. Sin embargo, en mi caso el cambio fue favorable, tanto para mí como para mi hijo Jaime.

—Tienes un hijo... —No acabo de entender por qué me duele saberlo ni pronunciar mi siguiente pregunta—. ¿Has dejado a tu esposa en La Carolina?

—Clara murió hace unos años. —A pesar de las arrugas de tristeza en su rostro descubro un pequeño rubor, como si se callara algo importante—. Fue antes de abandonar mi hogar.

—Lo siento, perder a la persona amada debe ser algo doloroso.

—Debe serlo...

Esas dos palabras muestran una realidad oculta que me arranca una leve sonrisa demasiado fuera de lugar. La borro con rapidez para volver a concentrarme en sus ojos. Chispean al encontrarse con los míos.

—Hablas muy bien español para ser indígena.

—Mi padre era español. —Adopta un tono un poco brusco, como si le doliera mi última palabra—. Él me enseñó el idioma.

Es como si su silencio añadiera *y otras cosas dolorosas*. Escucho esa frase muda en su postura, en la rigidez de sus hombros, en la arruga de la frente, en el brillo apagado de sus ojos. Es como si pudiera descubrir el tipo de enseñanzas de su padre. Y en este instante siento que somos dos almas heridas por culpa de la violencia de quien debería amarnos.

—También te educó, supongo. —Asiente—. Te instruyó en la lectura y en la escritura. Antes me has dicho que lees novelas...

—Con él aprendí a llevar la contabilidad de una plantación, aparte del funcionamiento de los cañizales y todo lo necesario para convertir las cañas en azúcar refinado. En su plantación también era el capataz. Por eso don Rodrigo me contrató.

—Es importante saber extraer la parte positiva de las desgracias. —Miro un segundo hacia la casa donde está Itziar y sonrío—. Siempre la hay. La vida me ha demostrado la necesidad de dar mayor valor a esa parte y desechar la negativa.

—Una buena filosofía...

Nos quedamos un instante conectados por nuestras miradas, en silencio, hasta que la llegada de Naiara con la niña rompe el hechizo del momento.

—Discúlpeme, señora. Debería bajar a la cocina a tomar mi almuerzo. —Se levanta, se cubre de nuevo con el sombrero que ha dejado en el regazo mientras hablábamos y entra en la casa.

La comida en el salón sin compañía se me hace eterna. Itziar está en su habitación con Saioa y una de las dos doncellas que he conocido al llegar se ocupa de servirme unos guisos locales de gusto bastante apetitoso. Sin

embargo, el calor me disuade de comer demasiado.

Mientras la casa se retira durante la hora de la siesta yo me quedo otra vez en el jardín, contemplando la naturaleza, pensando en Geni y su suerte, en esa Manila bulliciosa que he visto en sueños, con suciedad, podredumbre, hambruna y una aceleración impropia de una ciudad como esta.

—Está usted muy pensativa. —Observo a Daniel en el umbral de la puerta con el sombrero sujeto entre las manos frente al vientre y un rictus expectante—. ¿No ha subido a descansar?

—Nunca he sido de mucho dormir. —Con un movimiento sutil de cabeza le invito a tomar asiento a mi lado—. Prefiero dedicar las horas de luz a otras tareas más interesantes.

—Pensaba que la encontraría pintando.

—La luz es perfecta... Pero no me siento inspirada.

—Si gusta podría llevarla a dar una vuelta por la ciudad. A esta hora no hay demasiado bullicio y es cuando se camina mejor. —Le da un rápido vistazo al cielo—. Las nubes todavía no se han hecho muy densas, tardará en llover.

—¿Llover? —Abro los ojos sorprendida—. Hace mucho sol.

—No tardará en acostumbrarse al clima de Filipinas. Es cambiante, tan pronto brilla el sol como cae una tormenta que parece romper el cielo en mil pedazos.

—Me vendrá bien caminar un poco. —Sonrío feliz aceptando la proposición—. Desde el barco y en el corto recorrido en calesa he visto un poco la ciudad y me tienta la idea de visitarla con alguien avezado a sus calles.

—La espero en la entrada. —Se levanta colocándose el sombrero—. Le mostraré algunas de las maravillas de Manila.

Subo como una exhalación a avisar a Naiara de mi inapropiada decisión de recorrer la ciudad acompañada de un jornalero a cargo de mi marido y me paro un segundo frente al espejo para retocarme el peinado.

Al regresar a la planta baja encuentro a Daniel esperándome en el rellano.

Durante unos minutos nos limitamos a recorrer la calle en silencio. No hay demasiado ajetreo ni se ven carruajes. Es como si durante la hora de la siesta la ciudad se sumiera en una calma alejada del mundial ruido.

Llegamos a una plaza rodeada de cuarteles y dependencias militares.

—Es la plaza del General Moriones —explica Daniel señalando un

edificio—. Ese es el Hospital Militar. —Luego me indica otra dirección—. Y ahí está la Puerta de Santiago, frente a la Capitanía del Puerto, en la desembocadura del río Pasig. El puerto siempre está lleno de trasiego, el comercio de tabaco y azúcar es la mayor fuente de ingresos de la colonia, por eso las factorías se extienden cerca de las aguas.

—¿Y ese fuerte? —Observo la entrada a pocos metros de nosotros.

—El Fuerte de Santiago. Construido por el conquistador Miguel López de Legazpi para defender la desembocadura del Pasig.

No podemos pasar a visitarlo, ya que es una dependencia militar y lo custodian soldados en la entrada, pero admiro la obra colocada en un sitio estratégico.

—Si cruzáramos el río nos encontraríamos el barrio de San Tomás. —Regresamos sobre nuestros pasos—. Y, separado por un riachuelo, el de Binondo, donde habitan los chinos.

Tomamos la calle Santa Clara para adentrarnos en la del Cabildo hasta llegar a la Catedral de Manila, situada cerca de la residencia del Gobernador Central. Las casas dentro de la ciudad murada son todas coloniales, con muchas columnas y arcos.

En nuestro trayecto nos encontramos a un chico descalzo vendiendo fruta. La lleva en cestos colgantes de una barra metálica apoyada en su hombro. Le compro un par de bananas y le ofrezco una a Daniel.

—Es frecuente encontrarse con vendedores ambulantes —comenta llevándome a visitar la catedral—. Si mañana tiene deseos de seguir explorando puedo llevarla extreamuros, donde se encuentra la verdadera Filipinas. —Se detiene un segundo y se acerca un poco, casi indeciso, como si no estuviera seguro de su siguiente paso—. Señora, parece una persona caritativa, por eso le he explicado lo que se encuentra fuera de la zona de los españoles. Los indígenas, como usted los llama, viven en deplorables condiciones, subyugados por los colonos.

—Es triste que para prosperar debamos oprimir a los demás.

Siento sus manos casi rozando las mías, juntas en el regazo. De ellas emana un calor intenso, como si su tacto fuera una chispa capaz de encender mi interior. Observo cada uno de sus rasgos faciales, un poco contraídos y asustados. Y también descubro un leve rubor en sus mejillas, una respiración jadeante, un brillo especial en sus ojos.

Mi corazón parece tener vida propia al acelerarse. Esta simple cercanía es suficiente para iniciar unas llamas extrañas en mi cuerpo, como si ardiese

desde dentro.

Sus ojos bajan hasta mis labios. Me los humedezco con la lengua para romper el nerviosismo que me invade lenta, pero imparablemente. Deseo avanzar un poco más, permitir que nuestras manos entren en contacto, descubrir el tacto de su piel.

No entiendo qué me sucede.

Doy un paso atrás para romper el contacto visual. Me estoy comportando como una mujer vulgar y Daniel es un asalariado, alguien al servicio de Diego, encapricharse con él es un sinsentido. Además, no hace ni una jornada que le conozco.

Sin embargo, la sensación del batir de varias alas en el vientre muestra un interés repentino en su persona.

—Le enseñaré la calle Escolta. —Empieza a andar con pasos cortos e inquietos—. Es la calle residencial y comercial más elegante de la ciudad. Podrá ver cómo los carruajes se acumulan pasada la hora de la siesta y cómo las señoras más selectas de Manila entran y salen de las tiendas acompañadas de sendos sirvientes, quienes cargan con sus compras. Allí también hay muchas casas coloniales y si necesita adquirir alguna pieza de ropa o cualquier otra cosa, ahí la encontrará.

—De momento no necesito nada. —Tengo la boca seca por la inquietud extraña que se ha apoderado de mí—. Pero será interesante pasear contigo.

Capítulo 14

Daniel

Manila, mayo de 1885

Tras caminar un poco por la calle Escolta las primeras gotas empiezan a caer sobre la calzada. Son grandes y presagian una tormenta de colosales dimensiones.

Le dirijo una mirada de soslayo a la señora de Urzúa. Desde que ha llegado me siento tentado a rebasar los límites del decoro con ella. Es como si la conociera y existiera una conexión entre nosotros. Incluso los silencios se llenan de palabras susurradas por sus gestos o sus miradas, como si fueran fruto de una vida compartida.

Busco un carruaje con la mirada para protegerla de la lluvia de vuelta a la casa.

—Deberíamos volver —digo agitando la mano para que un cochero se detenga—. Como le he comentado antes las tormentas en esta tierra son torrenciales.

—Has dicho algo así como que el cielo se rompe.

—Es una buena descripción, se lo aseguro.

No logro contener mi necesidad de sonreír como un iluso. Los minutos que llevamos al raso nos han calado hasta los huesos al arreciar de forma violenta la lluvia. Los goterones caen con contundencia mojándonos sin piedad y veo cómo se deslizan por el rostro de la señora. Sigo el recorrido de una de las gotas hasta perderse en su boca y apenas soy capaz de respirar con normalidad.

Lucho contra esa maraña de extrañas sensaciones que me poseen y me giro para darle instrucciones al cochero que acaba de detenerse.

La ayudo a subir agarrándola con suavidad por la cintura. Siento su

estremecimiento cuando mis manos se apoyan en el vestido mojado y empiezo a temblar, como si un terremoto acabara de asolar mis cimientos.

—¡Vaya con las tormentas tropicales! —exclama una vez sentada dentro de la calesa, escurriéndose el pelo que ha perdido la sujeción—. Suerte que no hace frío o acabaríamos acatarrados.

No puedo dejar de mirarla. Cada uno de sus gestos me fascina, como si pudiera adueñarse de mi corazón agitándolo sin medida. Lo demás desaparece, solo importa ella, esos movimientos que me parecen la sensualidad en estado puro, sus labios un poco fruncidos, la postura ladeada para permitir que las gotas del cabello mojen el suelo, sus ojos encendidos mirándome, esa sonrisa...

—Le queda mejor suelto. —Me atrevo a decir a pesar de lo escandaloso de mi discurso—. Tiene una melena preciosa, debería dejarla siempre libre de moños.

Es larga, morena, espesa, llena de rizos que caen en cascada sobre su espalda empapada y se enganchan a ella.

—Si la moda no impusiera los recogidos la dejaría siempre libre. —Baja un poco las pestañas con coquetería. Al volver a abrirlas las pupilas brillan mientras se paran en mis labios unos segundos—. La libertad es un bien muypreciado.

—Ahora ya conoce el monzón. —Intento sin demasiado éxito romper el contacto visual y cambiar de tema para recuperar la normalidad—. Suele alargarse durante seis meses, con tormentas como la de hoy. En Negros son menos intensas y hay periodos con mayor calma.

—Me gusta la lluvia. —Su sonrisa llena el coche de una luz especial, como si pudiera iluminarlo—. Escuchar el sonido de las gotas contra el suelo o las ventanas, observar cómo se deslizan por el cristal, oler el campo cuando cesa la tormenta... Cuando llueve es fácil conectar con tus sentimientos más profundos.

—Cierto... —Apenas logro pronunciar un leve susurro.

Al llegar a la casa se baja con rapidez para no mojarse más y corre hasta la entrada mientras pago al cochero. No puedo evitar mirarla, admirando su gracia al avanzar, como si su cuerpo fuera capaz de transmitir una corriente extraña en el mío.

Se pierde en el interior de la vivienda y no vuelvo a verla hasta el día siguiente, tras una noche donde su rostro se colaba entre los sueños sobre Dan recorriendo Malapascua, una de nuestras islas. Es curioso el cambio de mi

país en esas visiones, cómo se visten las mujeres, con piezas indecorosas, las tiendas, los restaurantes, los barcos sin vapor...

La encuentro en el jardín pintando. Apenas son las nueve de la mañana, el cielo está un poco encapotada después de varias tormentas intermitentes y el olor a tierra y naturaleza mojada invade el lugar.

Aspiro una bocanada del aroma recordando sus palabras de ayer.

—Tenía usted razón acerca del olor después de la tormenta. —Me situó a su espalda para admirar el espejo del lienzo que poco a poco se llena de nuevos detalles—. Siempre me recordará a este momento.

—Es un aroma diferente a cualquier otro. —Se gira un instante para regalarme una sonrisa y vuelve a centrar la atención en el cuadro que ha empezado a pintar—. Cada olor me transporta a un lugar distinto, es como si poseyera la puerta de mi memoria para llevarme a un recuerdo. El olor de las páginas de un libro siempre me trae reminiscencias de la biblioteca de mi padre. Era un lugar sacro para mí porque se nutría de títulos llenos de conocimiento y me encantaba alcanzarlo a través de la lectura de los textos. El aroma de la cera al arder es como si me devolviera a las interminables horas nocturnas escondida en un rincón de mi habitación, con una candela iluminando los párrafos de uno de mis libros. Los atesoraba porque mi único anhelo era llenar mis ansias de aprender algo nuevo cada día. Si huelo el licor de anís siento la presencia de mi madre al terminar de comer, cuando se levanta de la mesa y me regala uno de sus tiernos besos en la mejilla. —Su voz suena lejana—. Y el olor a tabaco de pipa me transporta a los instantes compartidos con mi padre. A veces incluso me parece escucharle, como si continuara en este mundo. Era un hombre noble y lleno de buenas intenciones. Lo añoro muchísimo.

Se gira de nuevo y descubro una única lágrima resbalando por una de sus mejillas empalidecida tras su última disertación.

Doy un paso hacia ella, levanto la mano y recojo la lágrima con la yema de un dedo. Ella abre mucho los ojos ante mi gesto y aguanta un segundo la respiración. Al soltarla con una espiración suave se da la vuelta para volver a centrarla en su obra.

—El mar desprende un fuerte aroma a salitre. —Estoy tan cerca de su cuerpo... La cabeza está casi tocando su hombro derecho. Y el deseo de rodearle la cintura con las manos crece por segundos—. Me recuerda a mi niñez, cuando íbamos con madre a la playa los días libres y lograba así liberarme de mi padre. —Cierro un segundo los ojos—. Filipinas siempre

tiene un leve aroma a mar. Y el de después de la tormenta me recuerda miles de momentos en mi casa de Luzón, con la vista perdida en los cañizales mientras las gotas caían impunes sobre ellos.

Un agradable mutismo nos envuelve un instante. Ninguno de los dos se mueve, seguimos casi rozándonos, escuchando el retumbar de nuestros corazones azuzar el silencio.

—Señora, Itziar ya está lista. —Doy un pequeño respingo al escuchar la voz de Naiara a mi espalda—. Pueden salir a dar una vuelta si lo desea.

—¿Estás listo, Daniel? —Deja el pincel, se gira y me rodea para caminar hacia la puerta con una sonora espiración al rozar mi cuerpo—. Vamos a llevar a mi niña a conocer Manila.

—Debo pasar por el puerto para cerrar unas transacciones —explico con un estremecimiento al encontrarme con su mirada colmada de expectación—. Si quiere pueden acompañarme. Mientras negocio la niña y usted pueden pasear un poco. El puerto es un lugar muy vivo a cualquier hora. Aunque quizás no es buena idea. Va a llover de nuevo.

—¡Tonterías! —Parpadea con emoción contenida—. Itziar necesita salir de casa y a mí me apetece conocer mi nuevo país de acogida. Será una grata experiencia.

—Pediré que nos traigan una calesa.

Mientras ella entra en la casa para arreglarse me ocupo de gestionar nuestra salida.

El tiempo aguanta en un par de horas. Apenas puedo acompañarla, debo atender a los negocios para evitar la ira de Don Diego. La dejo con Naiara y la criatura cerca de la Capitanía del puerto y me dedico a cerrar tratos siguiendo las indicaciones del señor.

Las primeras gotas aparecen cuando salgo de mi última reunión. No tardo en localizar a la señora de Urzúa bajo una de las balaustradas de las casetas donde se venden productos frescos. Lleva a la niña en sus brazos y está conversando con uno de los vendedores, chiquillos descalzos que suelen pasar muchas horas a la intemperie.

Su forma de sonreír, de acariciar al chico con sus palabras y de balancear un poco el cuerpo al son de su voz me tiene hipnotizado durante unos segundos. Apenas noto los goterones que me mojan la ropa. Solo puedo admirar esa sencillez de gestos, la calidez que transmiten y la forma de integrar a cualquiera en su bondad.

—¡Daniel! —La voz de Naiara se acompaña de un movimiento de su

brazo para llamar mi atención—. ¡Llama al cochero!

Asiento. Es lo único que soy capaz de hacer, mover la cabeza arriba y abajo como gesto de entendimiento. Mis ojos siguen varados en la sonrisa de la señora Eugenia, como si pudieran atraparla para iluminarlos siempre. Siento la boca seca y una exaltación impropia del momento y el lugar.

Con dificultad me fuerzo a cambiar mi foco de atención para recorrer el puerto y buscar al cochero. No tardo en encontrarlo y hacerle señas.

—¿Has tenido tiempo de solucionar todos tus asuntos? —pregunta la señora de Urzúa al subir y sentarse con la niña en el regazo—. He comprado un poco de fruta fresca y verdura para la travesía. Espero que no te moleste.

—Al contrario, señora, usted puede disponer lo que desee.

Su gesto me alcanza como una ráfaga de viento huracanado. Arquea los labios hacia arriba y se muerde un poquito el labio. Pero enseguida cambia la expresión por una más comedida, dándose cuenta de su escandaloso comportamiento en público.

La dejo en la casa y vuelvo a salir sin el coche para terminar mis encargos.

No cesa de llover en toda la tarde. Es una tormenta bastante consistente, de las que vacían las calles. Pero no me importa mojarme mientras recorro la ciudad. Llevo muchos años trabajando a la intemperie sin atender a la climatología.

Tengo una cita con un amigo al que deseo mucho volver a ver. Hace años, cuando vine huyendo a Manila, conocí a Andrés Bonifacio, un joven impetuoso con ideas muy arraigadas contra la forma de tratarnos de los españoles. Huérfano a una edad temprana, tuvo que ocuparse de sus cinco hermanos a los diecinueve años, abandonando para siempre sus planes de educación superior. Yo le conocí en ese instante de transición, al verse obligado a trabajar a tiempo completo para mantener a la familia. Durante los años siguientes nos hemos carteadado con regularidad y he descubierto cómo en él iba creciendo la necesidad de liberar al pueblo filipino de la opresión española.

Le encuentro en su casa, en el salón, con un par de botellas de cerveza sobre la mesa. No ha cambiado demasiado desde la última vez que nos vimos hace un año, al viajar a Manila para arreglar unos asuntos para don Rodrigo.

Pasamos un par de horas charlando de todo y de nada mientras regamos la conversación con cerveza. Bonifacio la compra en el convento de frailes agustinos recoletos y es la mejor que he probado en mi vida. Refrescante, con

un perfecto sabor a cebada, fuerte, deliciosa...

Antes de volver a casa paso de nuevo por el puerto para gestionar los últimos flecos de la travesía hasta Negros para el día siguiente.

Ceno en la cocina acompañado de las doncellas. No les presto atención hasta que su conversación se adentra en un terreno interesante.

—La señora Eugenia es muy amable con todo el mundo —dice una de las dos que viven en la casa—. Demasiado a veces. —Me dirige una mirada elocuente.

—Si la conocieras admirarías su buen corazón. —Naiara habla con dulzura—. Llevo años a su servicio, he sido testigo de su bondad ininidad de veces y me enorgullece servir a una persona como ella. Siempre tiene una palabra amable.

—La bondad es el peor obstáculo para la felicidad —sentencia Saioa con una expresión dolida, como si hablara por propia experiencia—. Es mejor ser consciente de la realidad que nos rodea y aceptar las cosas como vienen.

—A veces el destino te sorprende.

Esa última frase de Naiara me induce a pensar en ese otro Daniel fingiendo su muerte para proporcionarle a una persona muy cercana la posibilidad de librarse de una acusación real, a su pasión por internarse en las aguas vestido de una forma extraña y respirando aire de una botella sujeta a su espalda, el giro del destino en el que se vio envuelto tras la muerte de su padre... Y luego pienso en los últimos dos días, en la señora Eugenia, en cómo la muerte de mi progenitor me llevó a este momento.

—Nunca puedes subestimar los designios del destino —digo levantando la mirada del plato para centrarla en las mujeres—. Dios lo escribe para nosotros y de cada paso podemos sacar una enseñanza positiva.

Ellas disertan un poco acerca de mis palabras, pero yo dejo de escucharlas al darme cuenta de cómo me ha calado mi conversación con la señora. Ella es optimista y ha conseguido contagiarme ese entusiasmo por la vida.

Tiene razón, siempre hay una parte positiva en cualquier revés.

La noche es movida. Los sueños se entremezclan llevándome de Dan a la señora Eugenia en cuestión de segundos. Es como si pudiera entrar y salir de cada escena con una facilidad pasmosa. Tan pronto estoy en un lugar extraño acompañando a mi homónimo como recreo el rostro de mi señora, cada una de sus expresiones, el brillo de sus ojos.

A primera hora de la mañana los rayos de luz me despiertan. Hoy vamos

a embarcar en un vapor que nos llevará hasta la isla de Negros. Es un trayecto de dos jornadas.

Desayuno solo en la cocina. Es una hora muy temprana y la casa duerme. El café me despierta, consigue alentar a mis sentidos para dejar atrás las extrañas ensoñaciones de la noche y mirar la realidad con un poco de entereza. No puedo seguir pensando en la señora como si fuera importante para mí, es peligroso. Y de mis actos depende mi familia.

Un par de horas después el cochero nos recoge frente a la puerta principal. Los porteadores que he contratado en el puerto se ocupan del equipaje y las dos muchachas de la casa nos despiden con algunas viandas preparadas para el viaje.

Mis ojos no logran mantenerse apartados de su figura. El vestido la llena de gotas de sudor, es demasiado abrigado para lucirlo en este clima, a pesar del inicio de una débil llovizna que lucha por convertirse pronto en una tormenta intensa. Al encontrarse con mi mirada su sonrisa se ensancha hasta iluminarla.

Con dificultad retiro las pupilas hacia un lugar indefinido y me mantengo alejado de ella caminando hasta el puerto, ocupándome de embarcar los baúles, dando las órdenes pertinentes a los marineros para proporcionarnos una travesía tranquila a pesar de las tormentas.

Cuando el barco se aleja del puerto ocupo mi hamaca situada en una parte de la proa, junto a las de mis compañeros de viaje. Es un barco de carga con la mayor parte del interior vacío para transportar el azúcar de la plantación hasta Manila y desde allí partir para diversos puntos del globo terráqueo. Solo hay un camarote y es para la señora, Naiara, Saioa e Itziar. El resto de la tripulación dormimos al raso, bajo el tejadillo, en hamacas que cuelgan en cubierta unas al lado de las otras.

El olor a aire puro me acompaña una vez dejamos atrás el puerto y nos adentramos en mar abierto. Escucho el canto de algunos pájaros cercanos y el burbujeo de las gotas repiquetear contra el tejadillo que me protege. Para evitar la inactividad me uno a las tareas de abordaje, alejado al máximo de la tentación de intimar más con ella. El decoro y la prudencia me inclinan a mantener las distancias porque aunque esa conexión que experimentamos en Manila se consolidara no podemos permitirnos ni una triste amistad.

La primera jornada transcurre sin problemas. Escucho las risas de la niña en muchos instantes, las voces femeninas cerca, su tono aterciopelado atravesar el silencio para penetrar por mis pabellones auditivos y acariciar mi

alma. Y lucho con todas mis fuerzas por seguir a una distancia prudencial de ella. Porque es como un imán para mis deseos.

Al caer la noche no logro conciliar el sueño. La lluvia nos da una tregua después de no cesar en doce horas de travesía. Me levanto de la hamaca sin hacer ruido y camino hasta la popa, donde me siento en un saliente con la mirada perdida en el mar, apenas visible en la oscuridad de la noche.

Dirijo un segundo los ojos a la chimenea que escupe el humo capaz de impulsar esta embarcación. Las pocas estrellas parpadeantes en esta noche cálida y llena de humedad me proporcionan una visión parcial de cómo la bocanadas de humo se pierden en la negrura.

—Nunca me acostumbraré a dormir en alta mar. —La voz susurrante de la señora Eugenia me sorprende. Avanza hasta mí y se sienta casi rozándome—. Tenía ganas de hablar contigo. Hoy apenas te he visto.

—Mis obligaciones incluyen formar parte de la tripulación. —Tiene las manos juntas en el regazo y se ha soltado el pelo. El deseo de tocarla crece con los segundos, pero me mantengo en mi lugar, con los músculos en tensión—. Mañana por la noche llegaremos al puerto de BÁCOLOD, donde nos recogerán para llevarnos a La Carolina. Allí la espera su esposo.

—Diego... —La entonación es una mezcla de miedo y determinación.

—He visto cómo trata a las doncellas. —Su silencio se llena de comprensión, como si las palabras que se calla viajaran a mi mente con facilidad—. Mi padre era igual.

—Intenté salvar a Ainhoa en Bilbao. —Aprieta mucho los labios a pesar de intentar controlarse—. ¡Qué Dios me ampare en su misericordia! Si pudiera acabar con su suplicio me entregaría gustosa a lo que me deparara el destino. Pero eso nunca detendrá a Diego.

—¿Por qué se casó con él? Me parece una mujer decidida, con carácter, capaz de imponer su voluntad. ¿La cegó el amor?

—Nada más lejos de la realidad. —Suspira con amargura—. Le conocí una noche de tormenta en Bilbao, la primera que vi nevar en mi corta vida. Era un hombre apuesto que había acudido como yo a una recepción de una persona influyente. Mi padre era un próspero comerciante, tenía tratos con el padre de Diego. Por eso me lo presentó.

Intuyo dolor en su estremecimiento al rememorar esos momentos.

—Y se prendó de usted. No es difícil imaginarse por qué.

—Empezó a cortejarme. Al principio me sentía halagada, sus atenciones eran educadas y colmadas de intenciones, pero mi corazón no latía

desenfrenado en nuestros encuentros ni quería otorgarle mi vida a alguien sin amarlo.

—Es muy noble de su parte.

Una sonrisa tensa le arquea los labios mostrando las heridas de su alma al desgranar la historia más triste de su existencia.

—Amaba a mi padre, era un hombre comprensivo, nos concedió a mi hermana Cristina y a mí la potestad de elegir marido y yo no quería a Diego en ese puesto. Así se lo hice saber. —Veo cómo sus dedos se crispan sobre la tela de su falda, apretándola con fuerza—. Pero a Diego Urzúa no se le pueden negar sus deseos.

—¿La obligó?

—Hundió el negocio de mi padre con artimañas, pagó a unos malhechores para que le arrebataran la vida y se presentó como el único salvador posible para mi familia. Su oferta fue desposarme con él a cambio del bienestar de madre y Cristina. —Cierra un segundo los ojos inspirando una fuerte bocanada de aire y al abrirlos la suelta despacio por la boca—. No tuve elección. Soy una mujer y en esos momentos estaba derrotada. Dejar a mi familia en la ruina por un acto egoísta no era una opción, así que uní mi vida con la de un hombre sin alma.

El deseo de consolarla entre mis brazos aumenta con el paso de los segundos. Sin embargo, me quedo quieto, mirándola en silencio, viendo cómo las lágrimas desgranar los pedazos rotos de su corazón a través de unos ojos heridos de muerte.

En vez de abrazarla como clama mi cuerpo le relato mi niñez a manos de un padre autoritario y feroz, el matrimonio con Clara, el final de la historia más tenebrosa de mi existencia, cuando los dos cuerpos yacieron sin vida frente a mí. Ella me escucha con el reconocimiento de un sentimiento compartido.

Somos dos barcos a la deriva del dolor, vapuleados por tormentas demasiado imponentes como para salir impunes de ellas, con el corazón roto en mil pedazos y remendado a base de puntadas cada vez más dolorosas e irregulares.

Nos quedamos unos instantes mirándonos en silencio, sin descubrir más que el brillo de las pupilas en la oscuridad, sintiendo la cercanía de nuestros cuerpos e intentando mantener alejada de nosotros esa atracción que nos insta a acercarnos.

Escucho el martilleo de su corazón perforar la noche. El mío retumba con

fiereza en mis oídos a una velocidad increíble.

Eugenia cierra los ojos con una espiración suave, curva los labios en una sonrisa tensa. Yo le recorro el rostro con la mirada sin dejar de apretar los músculos faciales.

—Daría mi vida para devolverle la sonrisa, Eugenia —musito cuando abre los ojos—. La libertad de decidir su futuro.

—Con eso no bastaría. —Me ofrece una preciosa expresión de felicidad momentánea—. Y quizás si dieras tu vida, yo nunca encontraría la paz.

—Es nuestra única aspiración capaz de perdurar en el tiempo. —El dolor me atraviesa el pecho como si fuera un rayo caído del cielo borrascoso—. Encontrar la paz de espíritu mientras nos resignamos a una vida exenta de felicidad.

—En eso te equivocas, Daniel. —Sus ojos tienen una luz que eclipsa mi tristeza. Alarga una mano para colocarla sobre una de las mías y mi cuerpo empieza a temblar—. En cada paso del camino hay una chispa de felicidad, solo has de encontrarla y darle la magnitud necesaria para llenar tu corazón de alegría.

Ahora la acabo de encontrar. Su tacto es como una brizna de aire puro que inunda mis pulmones para extenderse por la piel, erizándola. Su voz me acaricia. Y, a pesar de la constatación callada de la imposibilidad de explorar esta atracción surgida entre los dos desde el inicio, consigo retener la chispa de felicidad de ese gesto tan significativo.

Capítulo 15

Geni

Malapascua, agosto 2018

Este calor me está matando. Suerte que en la habitación del hotel hay un aire acondicionado cojonudo porque un poco más y esta noche me derrito en medio de ese sueño de mi tocaya donde sus emociones descontroladas se han convertido en las mías. ¿Cómo es posible sentir esa conexión con un tío pocas horas después de conocerle? ¿Eugenia se ha vuelto loca? Daniel no le conviene. Es una apuesta arriesgada.

Sonrío con amargura llevándome la taza de café a los labios. Estoy en el bar del Evolution Hotel de Malapascua, tomándome una especie de brebaje que en este país le llaman *brewed coffee* y al que yo denomino aguachirri. Es aguado y está exento de sabor. Como mínimo no es el instantáneo de Bantayan y en el desayuno incluido en la habitación me han dado un tazón lleno hasta los topes. Ya es algo. Sin café por la mañana no soy nadie y menos a estas horas. Pero a mí me gusta el café de verdad, con fuerza, sabor y una concentración muchísimo mayor y lo echo muchísimo en falta.

A lo que nunca me acostumbraré es a la incapacidad de los filipinos de servir los platos en menos de media hora, y eso tirando corto. Son lentos hasta para tomarte nota y su ritmo se aleja un montón del europeo. Suerte que me han traído primero la bebida y puedo esperar con mi tazón de café en una mano y el libro electrónico en otra porque así no pienso en el hambre atroz que dispara sonidos guturales en mis tripas.

Me estoy volviendo una adicta a la lectura. ¡Si mi madre me viera! ¡Fliparía! ¡Yo con un libro! ¡Y encima disfrutando! La verdad es que debería haberlo probado antes, es un verdadero chute de emociones.

Son cerca de las siete y media de la mañana y he quedado en el centro de

buceo en una hora, si no me han mandado un nuevo e-mail con nuevas instrucciones... Es lamentable el Wifi en esta isla. Va y viene y en el hotel solo se coge en el bar. Ayer me pasé la tarde aquí intentando en vano navegar. Había un tipo con un PC que maldecía en silencio al enfrentarse a la misma situación. Era guapo. Una mezcla interesante. Nunca había visto a un hombre con rasgos un poco asiáticos enmarcados con una cabellera rubia y unos rasgados ojos claros.

Al levantar la vista del libro le descubro caminando por la arena hacia una zona circular pavimentada que hay a pocos metros, frente al centro de buceo del hotel. Lleva el neopreno bajado hasta la cintura y le deja al descubierto unos músculos que ya querría Van Dame. Bueno, vale, Van Dame los tiene bien puestos, pero el torso este hombre podría competir con una escultura griega.

En la espalda carga el equipo de buceo, pero no parece pesarle.

Está mojado, las gotas le caen por el pelo largo y bajan por esa concentración de músculos esculpidos y perfectos.

Creo que mi libido anda un poco descontrolada. Llevo demasiados años sin decidir sobre mis escarceos sexuales y mi mente debe estar experimentando algún tipo de alteración nerviosa o algo similar porque el deseo me asalta sin razón. Y hasta ahora solo sentía asco al pensar en hombres.

Devuelvo mi atención al libro, a ese amor pasional entre una jovencita de diecisiete años y un piloto de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas de veintiocho. Este romance ha de ser el culpable de mis pensamientos eróticos porque lo que llevo de la trilogía está cargado de combustión instantánea entre esos dos. Cada mirada, cada gesto...

¡Vale! ¡Queda claro! ¡La lectura es capaz de alterar mis hormonas!

Mi intención de dedicarme a leer dura poquito. Le doy un nuevo sorbo al café y levanto involuntariamente la vista un instante. Yo no quería hacerlo. Bueno, sí quería, pero no ha sido algo premeditado...

El rubio se ha quitado el neopreno y muestra unas piernas impresionantes. Está bronceado y parece un poco cabreado. Se viste con una camiseta, guarda todos los útiles de submarinismo hablando con una chica que parece la guía y al terminar camina hacia el bar.

Con miedo a que me pesque mirándole intento sin ningún éxito regresar a la lectura. Pero pasados diez segundos levanto la mirada otra vez. Se acaba de sentar en la mesa de al lado. Al cruzarse con mis ojos me saluda con un *hello*.

¡Vaya! Es de habla inglesa... Con mi mal dominio de ese idioma...

Dejo el libro sobre la mesa al darme cuenta de que no voy a poder leer ni una palabra más y en ese instante aparece la camarera con mi desayuno. Arrugo un poco la boca al contemplar los huevos fritos.

—Eso no son *fried eggs* ni de coña —le digo en español—. *Fried eggs* —repito ante su gesto de incompreensión—. *¡Not friedes! ¡This two sides!* — Sigue sin entenderme—. ¡Joder! ¡Qué esto no son huevos fritos a lo normal! ¡Están hechos por los dos lados y la yema está dura!

La risa del rubio borbotea en la distancia.

—*She means that she wants a sunny side up egg* —le explica a la camarera ante mi mirada atónita—. Se ha de pedir así cuando los encargues — me dice en perfecto español, aunque con un acento especial.

Durante los siguientes minutos le explica algo a la camarera en un idioma que me suena a chino, pero intuyo es inglés hablado con fluidez. El resultado es la retirada de mi plato con una sonrisa para dárselo a él.

—¡Eh! —Cruzo los brazos bajo los pechos—. ¡No puedo esperar otra media hora o llegaré tarde!

—Es el precio de tus deseos. —Sonríe dándole un toque de sarcasmo a su voz—. Le he pedido que se dé prisa en traértelo otra vez. Verás como en unos minutos tienes la comida.

—¡Eso espero! —Relajo un poco mi postura—. ¿Cómo se pide? *¡Sunny side...?*

—*Sunny side up*. —Lo pronuncia despacio y espera a que lo repita un par de veces antes de seguir hablando mientras hinca mi comida con el tenedor —. Significa la cara soleada hacia arriba. Es una expresión muy extendida para explicar que solo quieres el huevo frito por un lado.

—Lo he entendido a la primera, gracias.

Miro el reloj del móvil con impaciencia. Me quedan diez minutos para salir pitando hacia el centro de buceo si no quiero llegar tarde.

—Relájate. —Su sonrisa despierta mi ira—. Estamos en las islas de la calma.

—¡Tengo contratado un curso de buceo en veinte minutos en la otra punta de la isla!

—Te esperarán, tranquila. ¿Vas a sacarte el Advance?

—Será mi primera inmersión, aunque me dijeron que hoy tocan cinco horas de vídeos teóricos. —Suelto un suspiro—. ¡Será un coñazo!

—Según como lo mires. —Mastica de una forma muy sexy, casi me

gustaría ser parte de su comida... Ya vuelvo a desvariar—. Es importante aprender las cosas básicas antes de meterse bajo el agua. Bucear es increíble, pero nunca hay que descuidar la seguridad.

—Pareces un experto.

—En mi carnet hay certificadas más de ciento ochenta inmersiones. — Me guiña un ojo dándole un poco de bombo a sus palabras—. He pasado de todo bajo el mar y sé lo que te juegas si no lo haces preparado.

He de admitir que ese número ha llamado mi atención y no negaré que estoy un poco acojonada con la idea de bajar a las profundidades marinas. Así que aprovecho la oportunidad para interrogarle.

—Soy claustrofóbica —explico—. Decidí probar esto del submarinismo en un arrebato y no estoy del todo convencida de si me voy a cagar una vez baje... Aunque la vida se trata de asumir riesgos, ¿no?

—Es una de las mejores experiencias del mundo. —Se permite una risotada divertida ante mi expresión de incredulidad—. Si mañana vas a hacer tu primera inmersión ya lo verás. Estar ahí abajo es increíble.

—Si tú lo dices...

Se termina el que era mi desayuno, acompañado de un café mierda que le han traído hace un momento, se levanta y me sonrío.

—Tengo una salida en media hora. —Se detiene cerca de mi mesa—. Voy a ducharme.

—Sí, sí, tú lárgate después de comerte mi desayuno y hacerme llegar tarde.

La camarera tarda veinte minutos de reloj en traerme mi nuevo plato, con el huevo perfecto. Y sí, llego muy tarde al centro de buceo. Pero el karma no me quiere ni un poquito porque al llegar la chica simpática del correo electrónico me explica la situación. No sabía si aparecería y tres chicas españolas han pagado el curso. Mi curso. Tras una pequeña crisis, acabo convenciendo a las chicas para que me acepten en su grupo y así consigo entrar en una sala con aire acondicionado a escuchar la teoría con tres barcelonesas muy simpáticas.

A la hora de comer hay una pausa de un par de horas. Las chicas me invitan a sentarme con ellas a una de las mesas frente al mar de un restaurante cercano para conocernos mejor. Me cuentan algunas cosas sueltas de su vida mientras nos relajamos y acabamos bromeando con mucha diversión.

Es agradable pasar un rato con otras personas sin sentir el peso del control de Jesús. Por una vez en muchos años me dejo llevar, les muestro una

verdadera Geni y me lo paso bien sin pensar en las consecuencias.

Jesús está en la cárcel, no puedo seguir viviendo con miedo.

Por la tarde seguimos con los vídeos entre algunas risas y al terminar quedamos con nuestro instructor para el día siguiente y nos sentamos a tomar un refresco hasta que la oscuridad cae impune sobre nosotras.

La charla es poco trascendental y eso me ayuda a sentirme cómoda. Series de televisión, actores buenorros, libros interesantes... Me lo paso genial y me siento tan feliz que mi vida anterior me parece muy lejana.

Regreso al hotel caminando sobre la incómoda arena y me percató del giro de mi vida desde que decidí tomar las riendas y de cómo puedo volver a encontrar una parte de mi personalidad aguada por la irrupción de Jesús cuando llegué a Barcelona siendo apenas una cría de dieciséis años.

La valentía muchas veces tiene recompensa aunque todavía hay instantes en los que me giro en busca de su presencia o le oigo en sueños o siento sus puños aleccionarme.

Me paso más de veinte minutos bajo una ducha fresquita aniquilando los recuerdos y las ansiedades. Debo erradicar esa tendencia a recrearle con asiduidad y tomar solo la parte perfecta de mi nuevo devenir.

Jesús no va a encontrarme nunca. Me repito este mantra un montón de veces para acabar de convencerme de la realidad. No puedo permitirle arrebatarme la felicidad ahora que al fin le he dejado atrás y he tomado las precauciones necesarias para no volver a verle jamás.

Con unos shorts cortitos y una camiseta de tirantes arrapada me estiro en la cama con el libro para leer acompañada del bendito aire acondicionado y acabo quedándome dormida a pocas páginas del final.

Me despierto al día siguiente muy temprano. Las tripas rugen con fiereza por la falta de alimento nocturno. Sigo vestida con la ropa de ayer y tengo las cervicales machacadas por la mala posición.

Como todavía no son ni las seis decido darme otra de esas relajantes duchas y salgo al exterior acompañada por el libro, en busca de un poco de aire libre. Por desgracia el bar no abre hasta las siete y me va a ser imposible llenar mi estómago quejoso.

El tiempo me pasa rápido mientras devoro el final del libro. Al terminar me deja una resaca incómoda, de esas que solo suceden cuando conectas con unos personajes lo suficiente para desear saber más de ellos, como si tres libros de cuatrocientas páginas no fueran suficientes para ti.

Por suerte todavía me queda la última entrega de la trilogía, espero que

la autora me resarza de tanto sufrimiento.

Suspiro y recuerdo mi último sueño sobre Eugenia.

Su llegada a la plantación fue dolorosa y feliz a la vez. La casa colonial, con muchos arcos, dos pisos y repleta de comodidades, fue una brizna de aire fresco en su vida, pero la violencia de Diego sigue dirigiendo sus miserias. Siento cómo día a día crece su atracción hacia Daniel, cómo suspira en silencio por él y cómo las conversaciones a lo largo de los meses les van acercando sin llegar a traspasar nunca la línea de lo prohibido y me duele que la vida le niegue su felicidad.

A las siete en punto encargo mi desayuno perfecto y mientras espero la comida, el café bazofia me ayuda a despejarme lo suficiente para decidirme a empezar el nuevo título de la serie.

Como si fuera una repetición del día anterior, a las siete y cuarenta aparece el rubio por la arena, pero esta vez muestra una sonrisa increíble.

—¿Una buena inmersión? —le pregunto cuando pasa por mi lado cargado con el equipo.

—¡A la segunda va la vencida! —Se detiene cambiando a su antojo el refrán—. Por fin he visto al tiburón zorro.

—¡Genial!

Camina hasta la zona pavimentada, se deshace del neopreno y del equipo y se pone una camiseta antes de venir a sentarse a la misma mesa de ayer.

—¿Qué tal tus vídeos? —Se interesa tras encargarse su desayuno.

—¡Una mierda! —Acompaño mi afirmación con una mueca—. Si siguen contándome los peligros de bajar casi me quedo en el barco.

—No seas exagerada. —Suelta una carcajada—. Es normal que en los vídeos te expliquen las situaciones límite. Por si te suceden...

—En una hora tengo la primera inmersión. —Tuerzo los labios—. Es en aguas confinadas, que si te digo la verdad no tengo ni idea de qué quiere decir.

—Si estuviéramos en Sídney sería una piscina, pero aquí lo hacen en el mar, cerca de la orilla. Así estás a poca profundidad cuando tomas contacto por primera vez con la botella y la respiración bajo el agua.

—¡Ahhh! Eso me tranquiliza mogollón.

—Debería... No hay nada que temer si sigues las indicaciones de tu instructor.

—Lo tendré presente. —Suelto un suspiro—. Pero me da miedo y más después de ver todo lo que puede salir mal ahí abajo.

—Una vez te acostumbres a respirar bajo el agua no querrás subir.

Termino mi café y le pido a la camarera otro. Deseo con todas mis fuerzas beber uno de máquina, fuerte, aromático, concentrado...

—Eres de Sídney —comento recordando sus palabras de hace un momento—. ¿Cómo es que sabes español?

—Es una tradición familiar. Desde niños mis padres me apuntaron a clase con mis hermanas. Ellos también lo hablan.

—Por cierto, me llamo Geni y soy española. —Sonrío como si mi cambio brusco de tema fuera totalmente natural.

—¿Ggggini? ¡Qué nombre más raro!

—Viene de Eugenia... Pero si quieres puedes llamarme Jenny. Veo que la otra entonación te cuesta...

—Yo soy Dan. De Daniel.

Como el de mi sueño... Es curiosa la casualidad...

Seguimos charlando de cosas superficiales hasta la hora de levantarme para ponerme en marcha. Me despido de él con una sonrisa.

—¿Jenny? —me llama cuando me giro para irme.

—¿Sí?

—¿Te apetece cenar juntos esta noche? Así puedes explicarme tu experiencia de hoy con el submarinismo.

—Me parece perfecto. Es muy triste viajar sola.

—¡Genial! Quedamos a las seis aquí. Yo me ocupo de buscar un sitio a la altura.

Hoy llego a tiempo. Mis compañeras están igual de nerviosas que yo mientras nuestro instructor, un joven catalán muy simpático, nos cuenta cómo montar el equipo. Después nos ayuda a colocárnoslo a la espalda y nos da una caja llena con el material que nos han dejado en el centro. Un poco más y me caigo para atrás en mi camino desde allí hasta la barca que nos espera en la orilla. La lleva un filipino muy sonriente. No es muy grande ni tiene la típica forma de las locales. Es una motora *normalis*.

En el pequeño trayecto hasta una playa de la isla muy poco concurrida charlo con las chicas, con los nervios a flor de piel. Por suerte no soy la única acojonada del grupo.

Y llega la hora de la verdad...

Nos metemos en el agua donde solo nos cubre hasta la cintura. Siguiendo las instrucciones de Jordi nos colocamos el chaleco y avanzamos un poco para bajar una vez tenemos claro lo que se espera de nosotras.

Con el respirador, o cómo se llame, en la boca y escuchando mi

respiración a lo Darth Vader, me sumerjo hasta colocarme de rodillas bajo el agua. ¡Joder! ¡Subo enseguida! Las gafas se me empañan y me entra agua, anegándome la nariz. Es una situación muy incómoda. Jordi me informa de que debo acostumbrarme y, tras dos nuevas emersiones, consigo vencer esa sensación de encierro que siento al bajar.

Realizo todos los ejercicios necesarios para sacarme el título y dominar la inmersión oscilando entre los deseos de subir y la emoción de respirar bajo el agua. El peor de todos, con diferencia, es quitarse las gafas bajo el agua y aguantar un minuto sin ellas. Es un verdadero tormento. Pero lo supero con nota.

Al regresar a la barca estamos todas eufóricas porque hemos conseguido nuestro objetivo de hoy y Jordi nos felicita.

Ahora nos toca una inmersión de ocho metros en un punto cercano a la orilla para probar lo aprendido. Jordi nos explica los ejercicios que se esperan de nosotras y las cuatro atendemos con atención, un poco nerviosas.

Nos adentramos en el mar nadando de espaldas detrás del instructor. Siento unas cosquillas nerviosas en el estómago, pero las combato con la ilusión de probarme a mí misma que soy capaz de descender sin dificultad y cuando llega el momento levanto la mano con la tráquea agarrada en ella y deshincho el chaleco mientras me interno en el agua.

Al principio tengo un conato de pánico. El tímpano del oído izquierdo empieza a latir varias veces a pesar de ecualizar y siento un par de pinchazos.

Subo a la superficie acompañada de Jordi. Tardo un rato en superar la sensación en el oído, pero decido volver a intentarlo y esta vez floto casi en el fondo, observo el mundo submarino y siento la euforia de lograrlo.

Los siguientes veinte minutos nos los pasamos realizando ejercicios en el fondo, en un arenal. Y antes de finalizar la inmersión descubrimos nadando unos corales junto a un caballito de mar. Es precioso, pero tengo las gafas muy enteladas y no acabo de verlo bien.

Al regresar a la superficie estoy feliz de haber superado el reto, igual que mis compañeras.

Comemos juntas de nuevo. Me cuentan algunas cosas de sus vidas y yo les doy unas pinceladas de mi viaje por Filipinas, sin entrar en ningún detalle de mi paso por Barcelona que las pueda llevar a saber demasiado. No quiero dar un paso en falso y a pesar de la dificultad de que me relacionaran con el caso de Jesús, prefiero pecar de precavida que acabar de nuevo en sus manos.

La tarde de hoy la tenemos libre, así que nos quedamos en la playa

juntas. Ellas estarán cuatro días más en la isla y después seguirán su ruta, pero mientras dure el curso es una ventaja porque no estoy sola. Me proponen vernos por la noche y cuando les cuento lo de Dan se ponen en plan románticonas. Las saco enseguida de su error porque si bien es cierto que el rubio tiene un polvo salvaje lo de los sentimientos no va conmigo. Y menos con mis recuerdos. No tengo claro si algún día seré capaz de volver a acostarme con un hombre.

Tras pasar por una larga ducha salgo a la playa acompañada de mi libro. Está tan interesante que la idea de estirarme bajo la sombrilla en una hamaca para devorar las aventuras de los personajes me parece genial.

La historia me engancha enseguida, como en los volúmenes anteriores.

—Parece un libro interesante. —La voz de Dan me sobresalta—. Estás tan concentrada...

—¿Te cuento un secreto? —Enarco mis labios en una sonrisa traviesa recomponiéndome del susto—. Creo que me he convertido en una de esas lectoras frikis a las que solía criticar.

—¿Frikis? —Suelta una carcajada sentándose en la hamaca de al lado.

—Te juro que no lo entendía. ¿Cómo una tía podía pasar de todo solo para leer una historia? —Niego con la cabeza incorporándome un poco y dejando el Kindle en la mesilla—. Trabajaba con un par que parecían poseídas cuando leían algo interesante. Si les hablaba me gruñían, literalmente, era como si estuvieran abducidas por las páginas.

—Ahora lo entiendes un poquito más... —Reprime una nueva risotada.

—¡Sííí! —Gesticulo con los brazos para enfatizar esa afirmación exaltada—. Las palabras de un libro consiguen despertar sentimientos y se te meten en la piel. ¡Es guay!

—A mí me encanta leer. Sobre todo thrillers.

—Pues yo estoy con la romántica. ¡Ains! Es una mezcla de drama y situaciones rosa pastel que me llevan del llanto a los suspiros en cero coma. —Le lanzo una mirada un poco cohibida—. El otro día me pegué una panzada de llorar en Bantayan... Estaba en la hamaca leyendo y venga a sorber por la nariz. ¡Debieron pensar que estoy tarumba!

—Es bonito emocionarse con un libro. —Se pone en pie mirándome con una sonrisa—. ¿Vamos a cenar? Me muero de hambre.

Cojo el móvil de la mesilla y compruebo que son las seis menos cinco. Apenas me había percatado del paso del tiempo.

Asiento levantándome y guardando el Kindle en el bolso pequeño que

llevo en bandolera.

—¡Lista! —Empiezo a caminar a su lado por la arena, con las zapatillas en la mano—. ¿Dónde me vas a llevar?

—Al Amihan. —Señala hacia delante—. Está en el otro lado de la isla, pero aquí las distancias son cortitas y es el mejor. O eso me ha asegurado mi dive master. Es un restaurante italiano.

—Mmmm, muero por unos raviolis rellenos de algo ingenioso. Quizás de gambas o calamares. ¡Aquí hay un montón de platos de pescado y marisco!

—Estamos en una isla, rodeados de mar. —Me guiña el ojo con una mueca divertida.

Niego con la cabeza reprimiendo una risita y le doy un golpe flojito en el brazo con el puño.

Caminamos mientras la oscuridad del cielo arrecia. Nos iluminamos por la luna y las estrellas que parpadean en un universo nítido, sin manchas de nubes. El rumor de las olas meciendo la orilla acompaña una amena charla acerca de nuestros días en Filipinas, compartiendo momentos y anécdotas.

—Es por aquí. —Al llegar al final de la playa nos adentramos en un camino de arena más dura—. Esto es el pueblo. —Señala un conjunto de chabolas y casas mal construidas, distribuidas por un sendero, con tendederos al aire libre y algunas tiendas autóctonas—. Hemos de llegar al otro lado.

—¿Estás seguro?

Nos internamos en otro camino que culmina en unas escaleras de piedra. Ascienden para luego bajar y necesitamos las linternas de los móviles para vernos.

—Es para pasar al otro lado —dice no muy convencido.

—¡Me cago en...! —Me paro en seco al descubrir donde acabamos de llegar—. ¡El cementerio! ¿A quién se le ocurre ponerlo en una playa?

—Técnicamente está al final ...

—Vale, lo que tú digas. —Me abrazo al sentir un escalofrío—. A mí no me mola ni un pelo.

—Vamos. —Empieza a remontar el camino—. Está claro que nos hemos equivocado. Y a ti no parece gustarte demasiado estar aquí. ¿Eres supersticiosa?

—No. —Niego con la cabeza alejándome a grandes zancadas de las tumbas recortadas al final de la arena, adentrándose hacia el interior de la isla—. Pero los cementerios me traen malos recuerdos. Mi madre trabajaba en uno. Allí la funeraria estaba en el mismo cementerio. Y ella se encargaba de

casi todo. Limpiaba, recibía a las familias, preparaba a los difuntos... En realidad el que acabamos de dejar atrás se parecía a nuestro cementerio porque estaba en la ladera de la montaña con unas vistas impresionantes.

—¿De dónde eres? No logro descifrar tu acento.

—Nací en Vizcaya, en un pequeño pueblo costero llamado Ea. —Regresamos al punto de partida y tardamos unos segundos en descubrir cómo acceder a la playa del restaurante—. Un río lo parte en dos delimitando los barrios. Las casas se distribuyen a ambos lados y tenemos un puerto y una preciosa playa que en verano inundan los turistas. —La melancolía aparece en mi voz al recordar mi niñez en un lugar seguro. Mi madre me quería con locura, pero solo la tenía a ella—. Fuimos muy felices en ese pueblo...

Llegamos a la playa siguiente y enfilamos hacia unas escaleras por las que se llega al restaurante. Está en lo alto y tiene una vista preciosa al mar desde la terraza.

—¿Ya no vives ahí?

—Me fui a Barcelona a los dieciséis, cuando mi madre murió. —Ocupo la silla de una mesa perfecta, con una velita y todo—. No tenía muchas opciones, si llego a quedarme en el pueblo hubiera terminado en servicios sociales. No me quedaba nadie de mi familia.

No sé si me apetece continuar con esta conversación, me trae demasiadas reminiscencias de un doloroso pasado, de mis decisiones desacertadas, de cuando conocí a Jesús.

—Apenas tenía nada —susurro con un suspiro—. Cuatro ahorros que mi madre guardaba en casa y mi deseo de salir adelante.

—Te saliste muy bien. —Sonríe cogiendo la carta—. ¿Qué hay de tu padre?

—No lo conocí. Ella jamás me dio su nombre ni insinuó siquiera quién podía ser. Se quedó embarazada muy joven, en una visita a Bilbao con sus amigas. Mis abuelos eran muy mayores y murieron cuando era una cría y mi madre era hija única, una tardía. Así que solo me quedaba la opción de largarme.

—Eres una mujer valiente y resuelta. Me gusta.

—¿Y qué hay de ti? —Leo el menú en busca de la pasta perfecta—. ¿Eres de Sídney? ¿Tienes familia?

—¡Culpable! —Suelta una carcajada—. Nací allí y he vivido toda mi vida en la ciudad con dos hermanas y mis padres. —Noto enseguida su mueca de dolor—. Aunque hace poquito perdí a mi padre. Hace unos años dejó a mi

madre para casarse con una arpía...

Se queda callado como si acabara de hablar de más y se oculta tras la carta. Quizás explicar la traición de su padre le duele demasiado, así que respeto su mutismo y me concentro en los ravioli rellenos de frutos del mar. Me relamo los labios solo de pensar en comerlos.

Tras encargarse la cena charlamos un poco. El lugar invita a una conversación distendida, sin buscar adentrarse demasiado en nuestras vidas, solo con anécdotas divertidas de buceo, del turismo en Filipinas, de nuestras aficiones secretas...

—¿Tienes pensado quedarte mucho por aquí? —pregunta cuando nos sirven el postre.

—Me fui de Barcelona con la idea de no volver. —Sonrío dándole un lametazo al buenísimo helado de chocolate italiano que acaban de servirme—. Ahorré algo de dinero y quiero tomarme un tiempo sabático, sin fecha de caducidad.

—Suena genial. —Sonríe cuando sin querer me mancho la punta de la nariz con helado—. Yo también quiero pasar un tiempo tranquilo. No tengo vuelo de vuelta a Sídney.

—Estas islas son impresionantes. ¡Me encantan! —Levanto los ojos para mirarle—. ¿Cómo se te ocurrió elegir este destino?

—Si te lo cuento pensarás que me falta un tornillo.

—De las mayores locuras suelen aparecer las mejores oportunidades de la vida.

Me siento tan cómoda con él que me creería cualquier cosa.

—Pues ahí va la mía. —Me guiña un ojo sonriendo—. Desde niño tengo sueños recurrentes acerca de la vida de un mestizo de finales del siglo XIX. Se llamaba como yo, Daniel Tate, y era de Luzón. Tengo previsto visitar la isla y luego la de Negros, donde trabajó durante un tiempo en una plantación de azúcar.

—Con Eugenia... —susurro.

El corazón se me dispara con ansiedad. ¿De verdad está sucediendo? ¿Tiene sueños como yo? ¿Es eso posible?

Levanto la mirada para encontrarme con una expresión alucinada, como si él también estuviera sorprendido ante mi última frase y no acabara de procesarla. Deja la cuchara en el plato, espira con fuerza y abre la boca.

—¿Eugenia de Urzúa?

—¡Joder! ¡Ese es su nombre! —Niego con la cabeza muy confundida—.

¿Cómo lo has sabido? ¡Llevo soñando con ella desde que era una cría! ¡Pensaba que era algo solo mío! Y tu Daniel... En mis sueños se acaban de conocer.

—Y en los míos.

Durante unos minutos compartimos cuatro detalles acerca de los sueños y acabamos convenciéndonos de que por alguna extraña razón ambos tenemos una conexión en el mundo onírico. Pero, a pesar de buscar una explicación coherente no la encontramos.

El regreso al hotel bajo la luz de una preciosa luna casi llena se colma de detalles de nuestros protagonistas nocturnos. Nos explicamos cada uno de los momentos compartidos con ellos en los sueños y conseguimos darle un toque de color a la vida de Daniel y Eugenia sin perder el tono alucinado.

Al llegar al hotel todavía no me he repuesto de la impresión.

—Mañana nos vemos en el desayuno. —Dan se despide frente a la puerta de mi habitación—. Prometo no hacerte llegar tarde...

—¡Es todo un detalle por tu parte! —Me pongo de puntillas para darle un casto beso en la mejilla—. Ya tengo curiosidad para saber qué nos depara la noche.

—¡Y yo!

Subo los tres escalones que llevan a la pequeña terraza de mi habitación y abro la puerta sin perder la sonrisa. Pasada la sorpresa inicial me parece increíble poder contarle a alguien lo de Eugenia y mucho más compartir con él esa realidad.

Tardo una eternidad en dormirme y mi idea luminosa de leer un poco no me ayuda para nada porque la historia es tan adictiva que acabo enganchada a ella sin remedio.

A las siete de la mañana abro los ojos un poco amodorrada por la falta de un sueño largo y reparador. El móvil no para de sonar con insistencia, ayer programé la función del despertador para esta hora, las 7:07. Me gustan los números capicúa, pienso que dan buena suerte.

Corro al baño a asearme un poquito antes de vestirme con un bikini fucsia, una camiseta sencilla de tirante arrapada y unos shorts. Me recojo el pelo en un moño mal hecho con una goma que llevo siempre en la muñeca, agarro unas sandalias y salgo al exterior, donde un sol de justicia incrementa el calor húmedo del trópico.

Le encuentro sentado a una mesa intentando mirar algo en su móvil.

—¡Vaya mierda de cobertura! —Su sonrisa al descubirme es sincera—.

Quiero enterarme de qué pasa por el mundo, pero no consigo abrir ni una página web.

—Es el precio de estar en el paraíso.

—Visto así... —Deja el móvil en la mesa y me dedica una mirada profunda que me recorre el rostro hasta detenerse en mis ojos—. Vamos a dejar que el mundo siga girando mientras compartimos datos jugosos de Eugenia y Daniel.

—Llevan casi seis meses en La Carolina y su amistad se estrecha día a día. —Ocupo una silla a su lado sin pedir permiso y él asiente con una sonrisa.

—¡Si lo quieres llamar amistad!

—Entre ellos hay una tensión sexual no resuelta, pero con el hijo de puta de Diego en medio es difícil solucionar el calentón.

Suelta una carcajada divertida y nos enredamos en una disertación acerca de la atracción entre dos personas que acaban de conocerse.

—En muchos sitios la catalogan de *instant love*, pero yo no lo veo así —comento—. Para enamorarse hace falta esa atracción primaria, el sentir que se te acelera un poco el pulso cuando conoces a esa persona. Y después, a base de roce, el amor aparece. Pero siempre hay una conexión inicial que quizás puede convertirse en un sentimiento.

—O quedarse en un simple revolcón.

Cuando llega la hora de irme a la clase de buceo me sabe mal despedirme de él. Quedamos en vernos a la hora de comer frente a mi centro de submarinismo para tomar algo juntos. Y no acabo de entender cómo es posible que no me parezca extraño dar ese paso. Es como si fuera un conocido de toda la vida.

Mis pensamientos se secan al llegar al centro. Mientras preparo el equipo me olvido de Dan, Eugenia, Daniel y cualquier otra cosa que no sea la inmersión. Mis compañeras parecen tan alteradas como yo, ríen con excitación, hablando en voz más alta de la habitual.

Mientras nos adentramos en el mar con la barca, el instructor nos explica cuatro detalles básicos y acabamos compartiendo algunos datos personales.

El lugar elegido está un poco alejado de la playa. Debemos sentarnos en la parte alta de la barca para dejarnos ir hacia atrás y tirarnos al agua. Escucho a Jordi con atención antes de colocarme el chaleco para no perderme ni un solo detalle. Mi corazón está un poco acelerado por la ansiedad de la primera vez que bajaré a quince metros y quiero absorber hasta la última letra

de sus explicaciones.

Necesito ayuda para levantarme y la recibo del filipino que lleva la barca, un chico muy agradable que enseguida agarra el chaleco para darme impulso.

—¡Allí voy! —Me pongo el respirador, una mano en la nuca y con la otra aguanto la máscara siguiendo las instrucciones de Jordi.

Siento vértigo al pensar en la necesidad de tirarme al agua y antes de eso miro a dos de mis acompañantes aguantándose en una cuerda que baja desde una boya.

Con un vacío en el estómago dejo caer mi peso hacia la espalda y doy una vuelta en el agua antes de sacar la cabeza.

¡Joder!

¡Lo he hecho!

Me felicito a mí misma, aunque el corazón bombea al triple de velocidad. La corriente de agua me arrastra hacia el lado contrario de la boya. Con mucho esfuerzo me obligo a nadar para vencerla, pero me cuesta un montón y llego hiperventilando.

—Agárrate —me indica Jordi señalando la cuerda—. Rocío está muy lejos y ha de llegar hasta aquí.

Una de las chicas intenta sin éxito alcanzarnos. Mientras el filipino de la barca la ayuda yo lucho contra la corriente resollando cada vez más. El peso, la ansiedad de estar en alta mar, la fiereza del agua...

Cuando al fin llega empezamos la inmersión. Será cogidas a la cuerda hasta llegar a los quince metros de profundidad requeridos.

Levanto la mano con la tráquea para deshinchar el chaleco y me voy parando para equalizar los oídos, que me duelen bastante.

Al llegar al final de la cuerda el agua turbia no me deja distinguir al grupo. ¿Estoy sola? Siento una punzada de ansiedad agarrotarme los músculos. Miro a ambos lados en busca de una referencia de dónde están mis compañeras y Jordi, pero solo veo la aleta de un pie moviéndose hacia la corriente.

Sigo resollando, estoy cansada y apenas tengo fuerzas, sin embargo, me obligo a nadar con toda la energía posible hacia ella, luchando contra la corriente que todavía incrementa más mi respiración acelerada.

De repente me detengo con el corazón repiqueteando en el silencio, solo empeñado por mis resuellos estresados. No hay nadie conmigo. Estoy completamente sola y aislada en el fondo del mar. Me cuesta nadar

contracorriente y apenas soy capaz de dominar el conato de pánico que se apodera de mi razón.

El miedo me invade.

¡Estoy perdida!

Entre la poca visibilidad y la ausencia de mis compañeros un nudo me estruja el estómago e incrementa mis boqueadas estresadas.

Quiero salir de aquí.

Me ahogo.

Me falta el aire. De verdad. No puedo respirar.

No debería, pero estoy tan nerviosa que inhalo por la nariz tragándome el agua que hay dentro de la máscara y de repente exploto en un ataque de tos.

La sal me quema en la garganta.

Necesito quitarme la máscara y el respirador para buscar aire.

Necesito aire.

Necesito respirar.

¡Me estoy asfixiando con la tos!

No puedo continuar con la máscara y el respirador, he de coger aire o moriré.

Coloco las manos en ambas piezas, dispuesta a deshacerme de ellas en busca de una bocanada de aire.

Necesito oxígeno para mis pulmones.

Necesito detener la tos.

Estoy a punto de quitármelo todo porque no pienso, solo intento respirar. Actúo por instinto mientras la tos sigue agarrándose en mi tráquea, llenando el respirador de sal y agua, haciéndome respirar a trompicones.

Y siento cómo me asfixio.

Mis manos están tan a punto de arrancarme el respirador y la máscara cuando la lucidez se impone un segundo.

¡Estoy bajo el agua! ¡La única forma de respirar es manteniendo el respirador en la boca!

Debo subir o moriré. Tengo esa certeza. Si me quedo aquí abajo moriré.

Mi única opción es subir.

¿Pero cómo?

Trato de rebajar como puedo la tos y de pensar con algo de serenidad. Es la única manera de salir de esta situación.

¡Arriba!, me ordeno mentalmente y algo en mi interior reacciona.

Con un esfuerzo sobrehumano empiezo a mover los pies con rapidez,

ganando altura, hasta que saco la cabeza del agua, hincho el chaleco y consigo respirar con resuellos roncros y estresados.

Capítulo 16

Dan

Malapascua, agosto 2018

La veo caminar por la arena con una expresión derrotada y los ojos un poco llorosos. Frunce los labios para aguantarse las lágrimas, mira al infinito y no participa de la conversación del resto del grupo, como si la lección de hoy no hubiera acabado bien.

Me acerco a ella en tres zancadas rápidas componiendo una sonrisa cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—¿Una mala experiencia? —pregunto cogiéndole la caja llena con sus cosas de buceo para aligerarle la carga.

—¡Me ha dado un ataque de pánico bajo el agua! —Suelta una furiosa inhalación deteniéndose un segundo—. Estaba segura de que la palmaría. ¡Ha sido horrible! Si no llego a controlarme me hubiera quitado la máscara y el respirador en medio del mar. Por suerte he tenido un conato de lucidez y he subido antes de respirar aire puro.

—La próxima vez saldrá mejor.

Niega con la cabeza reanudando la marcha.

—No habrá próxima vez. —Vuelve a sacudir la cabeza—. Está claro que lo del buceo no es para mí.

—Rendirse no entra en mi vocabulario.

Sopla y tuerce los labios en un rictus irritado.

Sus compañeras llegan cuando empezamos a desmontar el equipo de Jenny. Parecen alteradas por lo sucedido y no me gusta nada el lenguaje corporal del instructor ni su forma de contestar a las preguntas de las chicas. Parece molesto con la situación.

Tengo mucha curiosidad por indagar en el suceso, pero los gestos

bruscos de Jenny, unidos a los monosílabos con los que contesta a sus amigas, me disuaden de esperar hasta estar sentados a una mesa para interrogarla con más tacto. Quizás si nos alejamos del grupo se sienta menos coaccionada para contarme su experiencia.

La llevo a uno de los restaurantes que extienden sus mesas por la arena, cerca del mar.

El día sigue despejado, con un sol que se oculta tras los árboles y nos concede muchísima luz. La observo mientras lee la carta. Tiene varias arrugas en la frente, la mandíbula apretada y comprime los labios con fuerza. Con uno de sus dedos le va dando vueltas a un mechón de pelo y no sonríe en ningún momento.

Me fijo en cómo reprime algún tipo de emoción, como si estuviera enfadada consigo misma, y aparto la mirada cuando sus ojos se cruzan con los míos.

Baja la carta, la coloca sobre la mesa, inspira con intensidad y termina expulsando el aire con fuerza mientras crisca los dedos alrededor del vaso vacío.

—No sé si seré capaz de volver a bajar —admite sin atreverse a mirarme a los ojos. Con los dedos aprieta muchísimo el vaso de cristal y se muerde el labio inferior—. Ha sido angustiioso. ¡Soy un desastre!

—Solo ha sido una mala inmersión —digo con voz casi inaudible.

—¡Una mierda! ¡Eso es lo que ha sido! —Suspira con fuerza clavando sus ojos angustiados en los míos—. Cuando he llegado abajo y no les he visto... ¡De poco no lo cuento!

—¿Cómo que no les has visto?

—Cuando he llegado abajo se habían ido todos. Solo he visto una aleta alejarse.

—¿El instructor te ha dejado sola? —Abro mucho los ojos y utilizo un tono desenchajado—. ¡Debería haberte esperado! ¡No puede largarse sin ti!

—Se ve que se han pegado un susto de muerte cuando no me han visto... Han tardado solo un poquito en emerger y preguntarme qué me había pasado. —Sopla con ansiedad—. Había muchísima corriente, me costaba nadar y no respiraba bien por el cansancio. Quizás debería ponerme en forma. Pero entre la espera sobre el agua, nadar contracorriente y el miedo de no verlos me he bloqueado del todo.

—Un monitor para cuatro personas es poco... —Me trago el cabreo ante la forma de actuar del instructor para suavizar el momento—. Es mejor uno

delante y otro detrás. Seguro que solo necesitabas un contacto bajo el agua, si llegas a ver a alguien hubiera sido diferente. Además, para tu primera inmersión sería no me parece adecuado un lugar con corriente adversa. ¿Qué ha pasado?

—No debería haber subido sin avisar...

Acerco una de mis manos a la que tiene en torno al vaso y la coloco encima. Ella se sobresalta un segundo, pero enseguida relaja un poco la postura. Se pasea los dedos de la mano libre por los labios y desvía la mirada al mar.

—Has hecho lo que debías. —Bajo mucho el tono para tranquilizarla—. Si estás sola bajo el agua has de subir. Quedarte ahí no hubiera sido muy inteligente.

—Pero Jordi parecía enfadado.

—Supongo que ha sido con él mismo por dejarte sola. Mañana lo lograrás, ya verás.

—No lo creo. —Niega con la cabeza mordiéndose el labio inferior y parpadeando muchísimo—. Cuando he llegado al final de la cuerda se habían ido, nadie me esperaba... No lo soportaré una vez más, es demasiado para mí.

Es como si se callara una parte de su angustia, como si hubiera algo más que acabara de aflorar con la experiencia.

La llegada de una camarera rompe la tensión del momento. Jenny gira la cara hacia ella, levanta las comisuras de los labios y le regala una sonrisa tensa.

—Quiero una hamburguesa con queso y muchas patatas fritas. —Lo señala en la carta sin ni siquiera intentar pedirlo en inglés—. Y una Coca-Cola.

—¿Regular? —La camarera asiente para indicar que la ha entendido.

—¡Yes! —Suelta Jenny con una exhalación—. Hoy tiro la casa por la ventana. ¡Voy a ir a lo grande! Y la Coca-Cola normal es lo peor del mundo contra la línea. ¡Nada de Zero, light o algo edulcorado! Hoy quiero calorías.

—¿En serio te preocupas por esas cosas? —Levanto las cejas con una mueca burlona—. Sucumbe al lado oscuro de la grasa por una vez y disfruta.

—¡Ya que mientras buceo me parezco a Dark Vader! —Por primera vez desde que ha llegado su sonrisa es de verdad—. Aunque yo soy más de los jedi.

Suelto una carcajada y ordeno un par de platos para mí.

Cuando la camarera se va con su comanda lista percibo cómo Jenny se

muerde la boca por dentro. Repiquetea con los dedos sobre la mesa y su mirada sigue perdida.

—Ha sido una experiencia aterradora —musita inspirando por la nariz—. En ese instante mi vida ha pasado por mi cabeza a cámara rápida. Todas las malas decisiones, los malos momentos... No quiero repetirlo. —Gira la cara hacia mí y suelta el aire por la boca muy despacio—. Tosía porque he sido tan tonta de respirar por la nariz. Y necesitaba aire. Si no llego a detenerme hubiera acabado arrancándome la máscara y el regulador bajo el agua.

—Hablaré con tu instructor y le pediré venir con vosotros mañana —propongo—. Si quieres puedo ocuparme de ti, estar a tu lado.

—Gracias, pero no quiero fastidiarte las inmersiones. Sé que tienes programadas un par al día y no tengo nada claro que sea capaz de tirarme al agua.

—Piénsalo, soy buen maestro ahí abajo.

Asiente insegura y no insisto para evitar que se sienta obligada a aceptar mi ayuda.

Tarda un rato en serenarse lo suficiente para mantener una amena charla sobre nuestros gustos cinéfilos, musicales y de series de televisión. Coincidimos en algunos, pero por lo general yo soy más clásico en mis elecciones, suelen ser una apuesta segura.

La comida transcurre tranquila, aunque al principio intuyo un poso de inquietud en ella que poco a poco desaparece hasta quedar relegado a la nada y obsequiarme de nuevo con la Jenny divertida, jovial y con mucha chispa.

Por la tarde tengo contratada una inmersión. La acompaño hasta el hotel donde se queda estirada en una de las hamacas de la playa con su libro electrónico, decidida a adelantar en la historia que la tiene enganchadísima.

Mientras me coloco el neopreno y preparo el equipo lanzo varias miradas hacia la playa con deseos de observarla, aunque la distancia no me lo permite.

Es una mujer interesante y la idea de compartir con ella los sueños de Eugenia y Daniel me parece increíble. Llevo desde anoche dándole vueltas a esa coincidencia y estoy alucinado porque jamás me había parado a pensar en la posibilidad de que otra persona pudiera tener las mismas experiencias nocturnas.

Quizás son de nuestras vidas pasadas...

Sacudo la cabeza para sacarme de la mente ese último pensamiento. Es

imposible, una verdadera absurdidad. Nunca he creído en ese tipo de cosas y no voy a empezar ahora.

Pero es tan extraño...

La saludo al caminar hacia el mar, donde una barca me lleva junto a un par de compañeros y la Dive Master a una zona bastante profunda. La inmersión es perfecta, a pesar de que la fauna de Malapascua no es maravillosa y me falta más variedad de coral.

Regresamos a la playa a media tarde. El sol empieza a bajar, hay algunas nubes que manchan el cielo y se tiñen de tonos anaranjados cerca del horizonte. Jenny sigue en la hamaca con el libro electrónico, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Pareces abducida —saludo al pasar por su lado—. Como esas frikis de tu trabajo que me explicaste ayer.

—¡Esta historia es la bomba! —Mueve los ojos hacia mí arqueando los labios en una amplia sonrisa y se pone en pie—. Me da muchísima pena saber que en poco tiempo la terminaré porque voy a quedarme con un resacón del quince. Echaré de menos a los protas. Eso es lo duro de acabar una novela intensa, que luego te quedas en plan, ¿y ahora qué hago con mi vida? ¡Necesito seguir conectada a esos personajes!

—Friki, friki. —Suelto una carcajada.

—He descubierto tarde mi pasión por la lectura, pero es lo más. —Me guiña un ojo—. ¿Qué tal tu sesión de buceo?

—Genial. He hablado con mi Dive Master para cancelar la inmersión de mañana, prefiero acompañarte a tu clase.

—Vale. —Asiente con la cabeza apretándose el labio inferior con dos dedos—. Pero no te prometo que baje. Todavía tiemblo al pensar en lo sucedido.

Le dedico una sonrisa.

—¿Cenamos juntos? Me muero de hambre.

—Las chicas y algunos del centro de buceo van a ir a un bar donde trocarán música en directo. —Recoge sus cosas con nerviosismo—. Me he comprometido a ir.

—*Okey*. —Oculto mi decepción bajo una expresión jovial—. Nos vemos mañana.

—¿Quieres acompañarme? —propone—. Podemos pasar un buen rato. ¿Quedamos en una hora?

—Aquí estaré.

Me acompaña hasta el centro de buceo y se despide con una sonrisa.

Es agradable compartir mi tiempo con ella.

Tras una larga y placentera ducha de agua templada me visto con unas bermudas y una camiseta de manga corta y salgo al bar a tomarme un zumo mientras la espero. Intento navegar en busca de información sobre la empresa, mi casa, mis hermanas, Bill...

Llevo demasiados días apartado de ellos y necesito saber que están bien, cómo va todo, si hay algún avance en el plan. Pero acabo blasfemando después de probar sin éxito encontrar la conexión perdida en alguna antena demasiado lejana para dar un servicio decente.

—Pareces enfadado. —Tiene una voz muy sensual que me acaricia el cuerpo mientras ocupa la silla de enfrente—. ¿No has conseguido navegar?

—Es misión imposible. —Cierro la tapa del portátil—. Estamos aislados...

Levanta la mano para pedir un *shake* de mango y se relame los labios al pensar en la bebida fresquita. Ese gesto me dispara un poco el corazón, acelerándome también la respiración.

—Todavía no te he preguntado a qué te dedicabas en Sídney —comenta mirándome fijamente con unos ojos brillantes—. ¿Perdiste el trabajo antes de venir a Filipinas?

—Algo así... —Contarle la verdad es peligroso, apenas la conozco y la vida da muchas vueltas para estar seguro de que no me delatará—. Espero recuperar mi puesto en unos meses.

—Yo no quiero volver a dedicarme a lo mismo nunca más. —Una sombra de ansiedad le oscurece un segundo los ojos—. Prefiero explorar nuevas alternativas. No sé, hasta pensaba que hacerme instructora de buceo tenía potencial, pero después de esta mañana...

—¡No debes tirar la toalla! Aunque sacarse el título de instructora es larguísimo, hay que hacer un montón de cursos.

—Tengo muchísimo tiempo.

Sonríe con una luz especial en la mirada y siento un vuelco en el estómago. Lleva un vestido blanco de tirantes que se ajusta a su cuerpo mostrando unos perfectos pechos redondeados que me despiertan un deseo insano de tocarlos. Cuando levanta los brazos para deshacerse la coleta baja y hacérsela de nuevo más arriba la tela se tensa transparentando el sujetador de puntilla y permitiéndole a los pezones marcarse con claridad.

Trago saliva para rebajar como puedo la calentura que se apodera de mi

cuerpo.

—¿En qué trabajabas? —inquiero en busca de un conato de serenidad. Necesito hablar y cambiar de pensamiento o precisaré una ducha de agua fría —. ¿Tan malo era?

—Según cómo lo mires. —Baja los brazos y se pasa un dedo por los labios sin dejar de parpadear inquieta—. Había una parte que me encantaba, pero la otra...

Suspira, como si le costara contestar con sinceridad.

—¡Cuéntame la parte que te gustaba! —la animo—. En un trabajo nunca estás contento con todo, lo importante es encontrar el equilibrio.

—Bailaba, eso era lo mejor. —Baja la mirada al individual de bambú y empieza a jugar con una caña con los dedos—. Desde niña adoro bailar, es una forma perfecta de dejar atrás los malos rollos y siempre consigue hacerme feliz. Mientras me muevo al ritmo de la música lo demás desaparece, solo es importante adaptarme al compás mientras cuento pasos con la cabeza. Uno, dos, tres —Mueve un poco el tronco de manera sensual— cuatro, cinco, seis, siete y ocho. Y vuelta a empezar.

—Admiro a las personas capaces de moverse bien. Lo mío es arritmia patológica, soy incapaz de adaptar los movimientos de mi cuerpo a la canción. Seguro que si me vieras te partirías de risa. Mis hermanas siempre lo hacen.

—Si consigues sentir la música el resto es fácil.

—Pues debo ser insensible porque te prometo que seguir el ritmo es imposible para mí.

—¡No será para tanto! Seguro que eres un exagerado.

—Prefiero no mostrarte mi absoluta falta de coordinación.

Suelta una carcajada a la que me uno. Es bonito el diminuto hoyuelo que le sale al reír así de feliz y despreocupada, cómo le brillan los ojos y esa luz que emana de su rostro a través de los labios arqueados en una inmensa sonrisa.

—Aquí se baila poco. —Le da un sorbo al *shake* que acaban de traerle —. Hay poca marcha por las noches y aparte de los locos del *Despacito* no he visto más intención de mover el esqueleto.

—¿Los locos del *Despacito*? —Levanto las cejas en un gesto intrigado.

—¿De verdad llevas unos días en Filipinas? —Pone los ojos en blanco y se muerde el labio sacudiendo la cabeza—. *Despacito* es la canción del verano, del invierno y de cualquier estación. ¡La ponen hasta para ir al baño! Y a veces incluso intentan bailarla.

—No tengo ni idea de qué canción es.

—¿En serio? ¡No me lo creo! Es imposible que exista una sola persona de este planeta que no sepa cuál es esa canción de Luis Fonsi.

—Pues aquí tienes una.

—Vamos a remediar eso enseguida. —Toquetea la pantalla de su móvil—. Vas a alucinar con este reggaetón, al escucharlo solo tendrás ganas de bailar hasta que te duelan los pies.

Suenan los primeros acordes de una guitarra con un compás muy latino. Ella deja el móvil sobre la mesa, levanta los brazos y se suelta el pelo levantándose. El movimiento sensual de su cadera me atrapa. Es circular, al ritmo de los pies que se deslizan a cada lado y adelante y atrás sin dejar de hacer ondas con el cuerpo y los brazos, creando una sincronía perfecta.

—Vamos. —Se acerca a mí sin dejar de moverse—. Pruébalo. No seas cobarde, aquí no te conoce nadie y si haces el ridículo, ¿qué más da?

Va descalza, el vestido le llega por encima de las rodillas y se adapta tanto a su cuerpo que con los pasos sube un poco dejando los muslos al aire. Espiro con fuerza, casi gimiendo al comprobar esa cadencia de la cadera y cómo los pechos saltan un poco con el movimiento.

Me levanto siguiendo sus palabras e intento copiarla, aunque resulta una tarea imposible.

Ella me coloca sus manos en la cadera y sonrío.

—Es así. —Se acerca mucho a mi cuerpo, tanto que me endurezco diciendo ese *ay bendito* de la canción. Con las manos marca el ritmo para mis caderas, explicándome con ellas el movimiento preciso para seguir las notas—. No es difícil. Cierra los ojos y déjate llevar.

¿Cerrar los ojos? ¡Ni de coña! El momento es demasiado sensual para perderme un ápice de los detalles. Quiero descubrir cada una de sus muecas, cómo le brillan los ojos, la ondulación de su melena al seguir danzando, cómo parece extasiada con el baile.

—Lo pillo —suelto casi en un susurro al sentir cómo su cuerpo se desliza arriba y abajo como si fuera una sucesión de ondas sexis, pero no es cierto, es como si fuera un palo sin ninguna gracia a la hora de moverme.

—¡Bien! —Sigue con las manos en mi cadera produciéndome una descarga de calor—. Ahora mueve un poquito los pies.

—Voy. —Asiento en un intento de alejar de mí la necesidad de poseerla—. No había escuchado nunca esta canción.

—¿Vives en Marte? —Se carcajea—. ¡Nadie en este mundo ha podido no

escucharla! Y menos en Filipinas. Desde que llegué suena en todos lados. El videoclip que colgaron en YouTube tiene más de cuatro mil millones de visitas. Es La Canción, en mayúsculas, la más escuchada en *streaming* de toda la historia, incluso ha batido el récord de YouTube y se ha convertido en el vídeo más visto de toda su existencia. ¡Se mantuvo diez semanas en el Top 10 de Estados Unidos!

Sus movimientos intentan llevarme con ella, pero me es imposible seguir ese meneo, esa forma en la que su cuerpo parece una extensión de la música que sigue saliendo del móvil, de esas frases calientes que me despiertan un deseo imposible de reprimir.

Avanzo los pies intentando seguirla. Mis caderas sienten sus manos, cómo las guían. Y mi entrepierna se endurece con las ondas de su cuerpo, al ritmo de pasos sensuales. El cabello se le mueve al son del reggaetón y sus ojos refluyen una luz que me atrapa llenando mi cuerpo de chispazos.

—La letra es un poco subidita de tono... —Si no le hablo de alguna absurdidad no conseguiré rebajar el calentón—. *Quiero desnudarte a besos despacito* —susurro al escuchar al cantante, con una voz ronca, llena de notas de avidez.

—*Firmo en las paredes de tu laberinto y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito.* —Las palabras en su boca parecen una invitación a probar sus labios.

Doy un paso hacia atrás para apartarme de ella porque su influjo es como un halo mágico que me empuja hacia sus labios. Quiero devorarlos mientras repaso su cuerpo con las manos parándome en esos pechos que me tienen loco.

Ella me sonríe tarareando sin dejar de bailar. Levanta los brazos para acariciarse la melena mientras sus caderas realizan una onda tan sensual que no puedo evitar exhalar un gemido.

Mis sentidos se agudizan, el calor burbujea en mi miembro y se expande por el cuerpo hasta alcanzar mi cabeza. Con los ojos recorro sus muslos casi descubiertos del todo por el vestido arremangado. Ascendo hasta su vientre con ese hipnótico meneo. Me detengo en los pechos durante una eternidad. Parecen adaptados a su danza con un sublime movimiento tan sexy que me arranca un nuevo gemido. Llego a su boca, a esos labios arqueados en una sonrisa, hinchados, perfectos.

Inspiro una bocanada de aire y decido sentarme a la mesa para evitar que descubra mi estado excitado. Si no fuera algo muy alejado de la cordura me lanzaría encima suyo, la cargaría en los hombros y me la llevaría a mi

habitación en plan hombre de las cavernas. Pero apenas la conozco y no me parece decoroso dejar salir esa vena de neandertal.

Aunque la canción, esas frases, su baile...

De repente la música se funde en la nada y escucho varios aplausos de los clientes del bar acompañados de su risa. Parece feliz, como si el baile la hubiera revitalizado.

Regresa a la mesa sin perder esa chispa de ilusión en la mirada, se atusa un segundo el pelo y le da un largo sorbo al *shake* a través de la cañita, dedicándome una mirada pícara.

—¿Qué te ha parecido el *Despacito*?

—Eres una bailarina cojonuda. —Suelto el aire con lentitud por la boca en un intento de serenar mi corazón cuando ella levanta los brazos para volver a recogerse el pelo con un moño bajo mal hecho y la tela del vestido muestra unos pezones empitonados—. ¿Por qué lo dejaste? Se nota a la legua cuánto disfrutas bailando.

—Si no hubiera podido bailar creo que no estaría cuerda. —Sus ojos se desvían al infinito con una tristeza palpable, como si los recuerdos dolorosos la invadieran—. Era la mejor parte. Mientras bailo soy capaz de abstraerme y dejar a un lado la parte jodida.

—Me cuesta seguirte —afirmo un poco más sereno, aunque todavía no puedo levantarme sin que se note la reacción de mi cuerpo ante su baile—. ¿Qué era eso tan horrible de tu trabajo?

Crispa los dedos sobre la mesa, parpadea muy despacio con una fuerte espiración y tuerce los labios en un mohín angustiado, hasta me atrevería a decir que avergonzado.

Sin contestar le da vida a la pantalla del móvil para mirar la hora.

—Deberíamos ir tirando hacia el restaurante. —Se levanta con la intención de buscar a la camarera para firmar el recibo de la consumición—. Odio llegar tarde.

—Deja que te invite. —La alcanzo con rapidez—. Será mi forma de pagarte la clase de baile. ¿Te parece bien?

—No. —Niega con la cabeza con mucha seriedad en la mirada—. En mi vida cada vez que me invitan hay intenciones ocultas. Me caes bien y no me gustaría sentirme en deuda contigo.

—¿Acaso crees que te pediría algo a cambio de una invitación?

—Prefiero no averiguarlo.

Da tres pasos hacia la camarera, espera a que le traiga su nota y la firma

mientras yo hago lo mismo con la mía. Observo su lenguaje corporal, esa forma de fruncir el ceño, las arrugas alrededor de sus labios apretados, la mirada viciada por una tristeza extraña. Hay algo en su pasado que la hiere en lo más profundo de su alma, lo intuyo en cada uno de sus gestos.

Empezamos a andar por la arena en silencio. Escucho sus respiraciones aceleradas, como si todavía no hubiera superado ese salto al pasado. Toda esa espontaneidad de antes se ha perdido y no sé cómo hemos llegado a este punto.

Busco en mi interior una frase ingeniosa para rebajar la tensión entre nosotros, pero no la encuentro. La experiencia me indica que es importante mirar a la cara los problemas en vez de ocultarlos. Sin embargo, le doy el espacio que necesita para calmarse, si quiere confiar en mí ya lo hará cuando se sienta preparada.

La caminata bajo la luna se me hace eterna al estar rodeada de ese mutismo lleno de tirantez. Cuando al fin llegamos al restaurante el ambiente se relaja. Hay varias personas que ayudan a atenuar ese extraño comportamiento de Jenny.

Nos sentamos a una mesa de madera alargada frente a la playa, en bancos horizontales sin respaldo. Hay poca luz, apenas unas velas en las mesas y algunos farolillos distribuidos por los árboles cercanos. La conversación es distendida, con algunas anécdotas divertidas sobre buceo de las personas que conformamos este dispar grupo reunido por el submarinismo. Me uno a ellos al contar unas cuantas experiencias propias y acabo sintiéndome muy a gusto.

Al terminar de cenar un grupo local empieza a tocar en la zona del restaurante, bajo un tejadillo. Me gusta escuchar música en directo y más acompañado. No puedo evitar una sonrisa al percatarme de que nunca había pasado un rato así de tranquilo, sin preocuparme por la familia, el negocio o mis obligaciones.

Quizás la idea de vivir apartado de Sídney un tiempo no es tan mala porque me está proporcionando experiencias distintas a las habituales y me muestra una perspectiva diferente de cómo exprimir al máximo la vida. Aunque me falta conocer el destino de mis seres queridos, tener contacto con su situación, saber si nuestro plan funciona. Estar apartado en un momento así me angustia, pero no me queda más remedio, es parte de la estrategia para meter a Rachel y a los suyos entre rejas y no voy a hacer nada que lo estropee.

Bebemos un poco más de la cuenta mientras escuchamos la música. Jenny y el resto de chicas se lanzan a una improvisada pista de baile para seguir los ritmos con el cuerpo, sin perder la achispada sonrisa en ningún momento.

De repente una guitarra inicia el ritmo de *Despacito* y las chicas corean un silbido de emoción. Hay una congregación de personas dispuestas a seguir la música con el cuerpo, entre ellas algunos de mi grupo improvisado de la noche.

La cantante, una filipina muy guapa, menea las caderas siguiendo sus palabras, que intentan hablar en español, pero son una sucesión de letras sin demasiado sentido.

Mi mirada se entretiene en Jenny y otra vez me enciendo como si fuera una mecha de combustión rápida. Muestra su absoluto dominio del baile latino con una sensualidad mucho mayor de la de esta tarde. Cuando uno de los chicos del grupo se acerca a ella y le rodea la cintura para acoplarse sin dificultad a su movimiento de cadera las carcajadas de Jenny despiertan una rabia infinita en mi interior. Deseo levantarme y liarme a puñetazos con él. Es una reacción irracional y absurda. Debería calmarme. Pero no puedo. Es como si hubieran iniciado un baile sucio, con demasiada cercanía y tocamiento. Y me molesta.

Al terminar la canción Jenny camina hacia la mesa. Está radiante de felicidad, con una sonrisa tan inmensa que derrite mi enfado.

—¿Nos vamos? —propone sentándose para darle un sorbo al zumo de mango que ha pedido con la intención de rebajar un poco el efecto del alcohol—. Estoy molida y mañana nos toca madrugar.

—Solo son las diez y media.

—La mejor hora para acostarse.

Contigo. Ese pensamiento me recorre el cuerpo con un fagonazo. Lo aparto levantándome para despedirme de nuestros compañeros de la noche y empezar a caminar de regreso al hotel.

—No me lo pasaba tan bien desde hacía muchísimo tiempo. —Se calla de repente, como si se acabara de dar cuenta de que ha hablado de más—. Demasiado —añade casi sin voz.

—Lo dices con pena. ¿No salías con amigas en Barcelona?

—Mi vida era muy complicada. —Niega con la cabeza—. No me apetece hablar del pasado, prefiero escribir el futuro en un folio en blanco.

—Pero los recuerdos de una vida conforman nuestro presente. Darles la espalda no ayuda a avanzar, hay que dejarlos acompañarte, aunque sean dolorosos.

—Los míos son literalmente una mierda.

—Te mentiría si no te dijera que estoy muerto de curiosidad. ¿Qué te

pasó? ¿Por qué me da la sensación de que intentas olvidarte de algo doloroso?

Sigue avanzando en silencio durante unos minutos. Su cuerpo está tenso, aprieta las cejas y la frente como si estuviera batiendo un duelo interno y respira con resuellos acelerados.

—Era bailarina en un club de *striptease* —suelta de golpe con una hebra de rabia en la voz—. Bailaba encima del escenario, en la barra, desnudándome hasta quedarme en tanga. ¡Esa era mi deshonrosa forma de ganarme la vida! Y si como mínimo lo hubiera hecho por mí sola no pasaría nada, pero Jesús me tenía completamente sometida. Se quedaba mi dinero, decidía cuándo trabajaba, con quién, dónde...

—¿Jesús? —pregunto intentando controlar mi tono de voz.

—El dueño del club. Y a la vez también era mi pareja, aunque nunca quise estar con él de esa forma. —Sopla para deshacerse de la tensión y yo le doy un poco de espacio—. Pero tampoco tuve alternativa. Con esta gente no hay forma de negociar.

Otra vez nos invade el silencio.

Llegamos al hotel y nos adentramos en él por la arena sin pronunciar palabra hasta llegar frente a su habitación.

—Debiste pasarlo muy mal. —Me detengo frente a ella—. Pero no entiendo por qué no luchaste para dejarlo atrás antes.

—No me juzgues por el pasado. —Sonríe con tristeza—. Me vi atrapada en una situación complicada y no pude escapar hasta hace poco.

—Prefiero juzgarte por tu ahora. —Le coloco un mechón tras la oreja y siento cómo su calor se propaga por mi cuerpo.

—Gracias. —Se pone de puntillas y como ayer me da un beso en la mejilla antes de andar hacia las escaleras—. Me lo he pasado genial esta noche.

Capítulo 17

Eugenia

Isla de Negros, diciembre de 1886 – enero de 1887

Se acerca el día de Navidad y no tengo demasiados deseos de celebrarlo.

Itziar cumplió tres años ayer y le dimos una fiesta sin otra compañía infantil que Jaime, el hijo de Daniel. Entre ellos se ha creado una amistad parecida a la mía con su padre, aunque en mi caso hay algo más, un sentimiento extraño que me estruja el alma cada vez que le veo y me llena de inquietud porque es demasiado intenso para hacerle frente.

Muchas noches, después de la agresión a mi cuerpo de Diego, me arrebujó con la sábana girada hacia un lado y recuerdo mis momentos con Daniel. Los atesoro como si fueran pequeños diamantes en el desierto de mi vida y me doy cuenta con demasiada ferocidad de cómo le añoro. Entonces me niego a ahondar en esa última certeza porque si le doy una palabra al sentimiento que mora en mi corazón seré incapaz de afrontarlo.

Lo nuestro solo son miradas cruzadas, algún comentario suelto cuando nos encontramos en la plantación por casualidad, segundos de cercanía en los que mi corazón parece decidido a abandonar mi pecho para cabalgar en su dirección. Pero apenas hemos contado con segundos de intimidad desde nuestra llegada y echo demasiado en falta escuchar su voz, perderme en sus ojos, compartir confidencias con él.

Me gustaría entender cómo unos pocos días compartidos con Daniel consiguieron dejar esa huella tan intensa, cómo es posible aferrarme a su recuerdo en los instantes más dolorosos para serenarme. Una simple mirada fugaz puede iluminar un día oscuro y si escucho su voz soy capaz de gemir con una sonrisa.

Diego no ha salido de la plantación desde su llegada hace casi dos años

y se ha convertido en un tirano con su gente, en alguien despreciable que los obliga a deslomarse sin aliento, insultándoles y azotando a cualquiera que intente rebelarse.

No entiendo por qué siguen aquí. Si yo pudiera escapar a su maldad, a sus garras, a su forma de humillarme cada noche en la soledad de la habitación con actos físicos y durante el día con palabras hirientes, no lo dudaría ni un segundo.

A veces contemplo las armas que guarda en la vitrina del salón con intención de usarlas contra él, pero no dejo de ser una mujer sin su fuerza y a pesar de mi arrojo no podría cumplir con mi cometido. Y entonces Itziar se quedaría huérfana.

Daniel sigue ejerciendo de capataz y se ocupa de tareas menos duras que sus compañeros, aunque su cercanía impuesta a Diego le hace el blanco de muchos de sus arrebatos.

Cada día, al caer la tarde, aparece en la casa para preparar la jornada siguiente con mi marido y yo le espero cerca de la entrada para hacerme la encontradiza. A veces incluso logro acercarme lo suficiente para sentir cómo mi cuerpo se enciende al rozarle. Pero nuestros instantes son tan breves que apenas me dan espacio para saborearlos.

Por las mañanas aprovecho la luz para pintar al aire libre mientras Jaime e Itziar corretean por los campos llenos de color. Esos instantes me proporcionan la energía necesaria para seguir adelante sin atender a las heridas cada vez más sangrantes que me laceran el alma de forma permanente.

Quedan dos días para Navidad y pensar en ello me duele demasiado. El recuerdo de madre, de mi hermana y de nuestra separación me hace sentir el océano que hay entre nosotras como una pesada losa.

La soledad es un mal compañero de viaje.

Bajo al comedor con la niña a primera hora de la mañana para desayunar con mi marido. Odia la impuntualidad y la castiga con tanta severidad que prefiero llegar con unos minutos de tiempo. Le planto cara en muchos momentos y recibo palizas a cambio, pero no vale la pena tentar a la suerte con demasiada asiduidad.

Pasamos frente al árbol decorado que tenemos en el salón. Diego lo importó de Bilbao gracias a su familia y está muy orgulloso de él. Yo no lo soporto porque cualquier aportación de mi marido a nuestra convivencia me parece odiosa y me agria el estómago. Pero a mi hija le apasiona contemplar esas bolas rojas que Diego colgó con ella.

Es curioso cómo una persona con ese corazón tan negro es capaz de reblandecerse por el cariño hacia su hija. La quiere, la trata con ternura y su expresión se dulcifica cuando Itziar entra en escena. Es como si fuera su único bálsamo.

La casa me parece fría. Los muebles no han cambiado desde nuestra llegada ni he puesto nada para sentirme más a gusto. No quiero pensar en este lugar como un hogar porque no es más que una jaula donde la felicidad no puede alcanzarme al lado del monstruo de mi marido. Prefiero dejar mis sentimientos en los cuadros, en el cobertizo donde Diego me permitió construir mi estudio, en esos lienzos llenos de emociones ocultas en mi corazón.

Itziar tira de mi mano para pararse un segundo frente al árbol, como suele hacer cada mañana. Señala las bolitas y aplaude dando cuatro saltitos llenos de emoción.

—¿Vendrá el Olentzero? —pregunta con su vocecita tierna—. No tenemos el tronco...

—¡Claro que lo tenemos! —La abrazo arrodillada a su lado—. No vamos a dejar que se quede sin venir. Encenderemos una hoguera en el jardín para él con un tronco perfecto y luego guardaremos las cenizas durante todo el año para atraer a la buena suerte.

—He hecho traer el mejor tronco de Bilbao. —Diego acaba de aparecer y se arrodilla también para mirar a nuestra hija a los ojos—. Y vamos a conseguir que todo salga como si estuviéramos en España.

La mirada de Itziar se ilumina y da otras palmas llenas de saltitos.

—¿Podré verle?

—Viene muy tarde. —Su padre se levanta y toma su manita para caminar con ella hacia el comedor—. No puedes estar despierta a esas horas.

—Vale —dice con tristeza—. ¡Cuénteme la leyenda otra vez!

Una sonrisa de orgullo aparece en el rostro de Diego apaciguando su acostumbrada expresión dura.

—El Olentzero es un carbonero que vive en las montañas de Guipúzcoa, en una cabaña, y solo sale de ahí el día de Nochebuena para entrar por las chimeneas de las casas y calentarse en el hogar, frente al tronco que quema y después está purificado.

—Pero nosotros no tenemos chimenea.

—Por eso le vamos a dejar una hoguera en el jardín.

—Vale. Le ayudaremos a calentarse.

Les sigo sin inmiscuirme en la conversación. Estos instantes son un bálsamo para mí porque cuando estoy en presencia de Diego apenas soy capaz de no temblar. No lo hago solo por miedo, también interviene la rabia, el dolor, la indignación y la sensación de haberle permitido pisotear mi dignidad en demasiadas ocasiones. Por eso intento con todas mis fuerzas mantenerla al máximo.

Durante el desayuno padre e hija mantienen una alegre conversación sobre la Navidad.

Me inhibo para dejar vagar mi imaginación hacia un mundo exento de dolor. A veces necesito soñar en un mañana sin Diego para encontrar un resquicio de paz porque su presencia eclipsa mi capacidad de sentir felicidad.

Cuando Naiara viene a ocuparse de la niña la sombra de la maldad vuelve a poseer los ojos de mi marido.

—Ayer recibí un telegrama de Bilbao —anuncia—. Padre requiere mi presencia durante al menos tres meses para ocuparme de algunos asuntos de la naviera. Mi hermano ha caído enfermo y está demasiado débil para trabajar.

—¿Rodrigo está enfermo? —repito sus palabras en una interrogación, con angustia—. ¿Qué tiene?

—Unas fiebres que los médicos no saben revertir. —No parece afectado, más bien frío ante la noticia—. ¡Es un insensato! Ponerse así justo ahora...

—Nadie elige cuando enferma —musito sin acobardarme ante su mirada glacial—. Debe estar pasándolo mal. Rodrigo es un hombre muy activo.

—Voy a tener que dejarte aquí con Itziar. —Ignora con un tono altivo mi comentario—. La niña es demasiado pequeña para enfrentarse a tantos cambios. Este es su hogar y no quiero alejarla de él. Mi viaje servirá para traerle una institutriz a la altura.

—¿Cuándo partes? —Oculto con mucha dificultad la emoción que se apodera de mi interior al saberme libre durante unos meses.

—En enero, después de las fiestas. —Bebe un sorbo del café que cultivan aquí cerca—. No volveré hasta julio o agosto.

—Eso es mucho tiempo... —No puedo evitar que mis labios se arqueen en una sonrisa—. ¿Quién se ocupará de la plantación?

—Daniel —afirma con un contundente golpe de cabeza—. Voy a pedirle que se traslade a la casa grande con su hijo. Ese hombre es de los pocos capaces de gestionar nuestras tierras en mi ausencia y tú vas a necesitar a alguien que te proteja de los peligros. Una mujer sola en una casa puede ser pasto de los maleantes.

—¿Quieres que Daniel duerma en la casa? —Es algo demasiado insólito para creérmelo—. ¿Dónde?

—En la buhardilla. Nunca permitiría que un hombre estuviera demasiado cerca de ti, podrías malearle. Esta tarde hablaré con él para que establezca ahí su morada permanente. Además, Itziar parece feliz correteando con su hijo. Mientras no crezca demasiado es bueno para ella. Llegará el día propicio para convertirla en una señorita y entonces nos volveremos a Bilbao para que se relacione con gente de nuestra posición.

Tener a Daniel en la casa me parece increíble.

—Es cruel dejarla encariñarse con Jaime si piensas alejarla de él de mayor.

—¿Crees que me importa tu opinión? —Menea la cabeza con desdén—. Ese niño es harapiento, el hijo de un Don Nadie, alguien que solo puede servir para distraerla mientras se convierte en una mujer preciosa. Cuando eso ocurra se casará con un hombre capaz de gestionar mi fortuna con mano de hierro.

Me atraganto con la comida al escucharle hablar así de mi niña. ¿Acaso quiere obligarla a pasar por un matrimonio igual al nuestro? ¿Dejarla en manos de un hombre sin alma? No entiendo cómo puede mostrarle cariño si esas son sus aspiraciones. ¿O acaso no se da cuenta de la realidad? ¿De mi tormento? ¿De cómo su comportamiento me hiere?

—Itziar debería casarse por amor.

—¿Amor? —Me mira con desprecio—. ¡Eso es de personas débiles! ¡Y mi hija no va a ser una de ellas! La voy a convertir en alguien fuerte, capaz de anteponer la estabilidad a los sentimientos. Nuestro patrimonio ha de estar en buenas manos.

—Su felicidad también cuenta. —Aguanto su mirada con desafío. Sé lo que viene a continuación, pero no quiero condenar a mi hija sin luchar, así que me lleno de energía y aprieto los labios para espetarle:—. ¿O quieres convertirla en alguien cómo yo?

Deja la servilleta sobre la mesa en un gesto lleno de furia, se levanta, retira mi silla hacia atrás y me agarra de los pelos para arrastrarme hacia la pared. A pesar de oponer resistencia logra su propósito y cuando me tiene atrapada dispara uno de sus puños de hierro contra mi estómago, quitándome la respiración.

Me escurro hasta quedarme sentada en el suelo sin conseguir que el aire llegue a mis pulmones. Me ahogo. Es como si ese puñetazo no solo hubiera

herido mi dignidad sino que también se hubiera llevado mi capacidad de respirar.

Exhalo una diminuta porción de aire mientras pugno por mantener las lágrimas en su sitio para no darle la satisfacción de verme totalmente humillada.

—¡No vuelvas a desafiarme así o te mataré! —suelta en un tono que me hiela la sangre.

Por fin una pequeña bocanada de aire logra reiniciar mis pulmones con una inhalación ronca y audible. Tengo los brazos apretados contra el estómago y estoy un poco doblada hacia delante, pero me las apañó para levantar la vista y clavarla en él con firmeza. No pienso doblegarme así de fácil, la violencia no conseguirá hacerme dócil ante sus amenazas.

—Me... obligaste... a... casarme... contigo —suelto pequeños golpes de voz, incapacitada de hablar bien por culpa de mi falta de respiración regular— a... meterme... en... tu... cama.

Levanta el brazo y lo baja con rabia hasta cruzarme la cara.

—¡Maldita mujer!

La mejilla me palpita, siento cómo la sangre mana de mi nariz deslizándose hacia el cuello del vestido y cómo mi ojo hinchado derrama lágrimas doloridas. Me cuesta demasiado mantener el temple, no quiero otro ataque brutal, pero tampoco puedo dejarle vencer esta batalla.

Desde nuestra llegada a Filipinas mi forma de tratarle y asumir mi realidad ha cambiado. Aquí no tengo a su familia acobardándome, estamos solos en esta casa. Es la única fortaleza que me queda, enfrentarme a él cuando atenta contra mis principios, ganar las batallas necesarias para sentirme lo mejor posible conmigo misma.

Quizás me trajo aquí por la misma razón, para poder abusar de mí sin miedo a represalias.

Algunas noches intento sin éxito oponerme a su brutal forma de adueñarse de mi cuerpo. Las marcas en mi piel no son tan profundas como las de mi alma. Por eso necesito arañar un poquito de dignidad durante las horas de luz, no permitirle que se apodere de mi cordura ni de la poca voluntad que todavía poseo.

—¡Fuiste una fiera salvaje! —grita agarrándome por el cuello del vestido para obligarme a ponerme en pie—. Si no te hubieras opuesto a nuestro matrimonio las cosas hubieran sido diferentes, pero tuviste que rechazarme. —Me levanta la falda del vestido y se baja la bragueta para

invadirme con furia y con la otra mano tira de mi pelo alargándome el cuello donde posa sus asquerosos dientes para arañarme—. ¡A Diego Urzúa nadie lo rechaza! —Las embestidas son brutales, como si quisieran partirme en dos—. ¡Nadie!

No voy a llorar. No le daré esa satisfacción.

Me obligo a pensar en otros momentos, a buscar un resquicio de paz en mi mente para apartarla de ese acto brutal. Uno de tantos que solo intentan desgarrarme el alma.

La imagen de Daniel aparece con una de sus sonrisas y el presente se desvanece. Consigo abstraerme del acto físico, de la maldad de Diego, del dolor y dedicarme a recordar algunas de nuestras breves conversaciones. Su voz dulce y suave llena de notas embriagadoras. Esos ojos rasgados que contienen un millar de emociones. Sus atenciones... Es como si pudiera sanarme solo con su recuerdo.

Cuando Diego deja su semilla en mi interior, tras escuchar sus gemidos llenos de placer, me suelta y yo vuelvo a escurrirme al suelo.

Sin pronunciar palabra se da la vuelta y sale del comedor abrochándose la bragueta.

Solo entonces permito que las lágrimas aparezcan. Me envuelvo el cuerpo tembloroso y dolorido con los brazos, ocultando la cara entre las rodillas levantadas.

Daniel.

Siempre me salva en los momentos más duros. Si no pudiera aferrarme a su imagen moriría. A veces incluso pienso que esa es la única salida a mi situación. Pero entonces recuerdo a Itziar y sé que debo protegerla de su padre, de un destino como este. Y si debo matar a mi marido para conseguirlo, lo haré.

Las dos semanas siguientes transcurren con la misma tónica de siempre.

Mantenemos las celebraciones de Navidad en una tregua tácita. Mis heridas físicas cicatrizan, como siempre, pero las muescas en mi alma nunca desaparecerán.

Hace un par de meses Diego dejó de visitar el lecho de Ainhoa, justo cuando la chica le anunció un embarazo y él se ocupó de deshacerse de la criatura a golpes. Un poco más y la mata. Desde entonces evita encontrarse con ella. La cuidamos entre Naiara y yo, intentamos darle un poco de cariño

para que supere lo sucedido. Pero Ainhoa sigue recluida en la cama, sin deseos de vivir.

Cuando llega la hora de la partida de mi marido hacia Manila para esperar a que su barco zarpe rumbo a España siento un alivio infinito. Le despido al raso, frente a la calesa llena de sus pertenencias, temblando por la anticipación de mi euforia.

—Volveré con una substituta de Ainhoa —susurra en mi oído con deseos de herirme—. Espero no verla aquí a mi regreso o me desharé de ella metiéndola en una zanja.

Esa revelación consigue dispararme el párpado derecho.

—Déjala quedarse —suplico tragándome mi orgullo por una vez—. Ya la has hecho sufrir demasiado.

—La quiero fuera de esta casa. —Pronuncia las palabras con dureza—. ¡Fue capaz de quedarse encinta! No se merece esta vida llena de comodidades.

—Diego... —Mi voz es un ruego—. Por favor.

—Si está aquí cuando vuelva la mataré.

Esa despedida me rompe otra vez. ¿Cuántas más deberé quebrarme y recomponerme en mi matrimonio?

Me abrazo por la cintura con la mirada perdida en el carruaje que avanza hacia los lindes de la propiedad para perderse en la bruma de la desmemoria durante unos meses. Cuando se convierte en una mancha en la lejanía me permito un sollozo muy leve antes de asentir con fuerza para llenarme de vitalidad.

Por primera vez en mucho tiempo voy a gozar de libertad, una diferente a la de Bilbao, donde mis suegros eran mis carceleros. Ahora nadie va a retener mis ansias de vivir sin miedo aprovechando la tregua del destino.

Paso la mañana pintando en el jardín. Mis pensamientos repasan de forma ansiosa la situación, en busca de una salida para Ainhoa. Todavía está malherida, tanto a nivel psíquico como físico. Y Diego la ha obligado a dormir en la casona compartida con los demás trabajadores. Mi primer paso será trasladarla a una de las habitaciones de la casa grande para ofrecerle mis cuidados. Intentaré darle consuelo mental y ayudarla a encontrar una forma de superar el dolor. Una de mis metas estos meses es resarcirla de la maldad de mi marido y conseguirle un futuro exento de ansiedades.

Como en soledad. Itziar está en su habitación con Naiara, los trabajadores en el cañaveral y el servicio en la cocina. Escucho el silencio con una calma serena y siento cómo por primera vez desde mi llegada a La

Carolina puedo respirar sin sentir el peso de la mirada de Diego, de la angustia por estar a la espera de una de sus agresiones.

En algunos momentos cierro los ojos para escuchar esa paz extraña y difícil de aceptar. La comida me sabe mejor, como si de repente fuera consciente de los sabores que inundan mis papilas gustativas mientras mastico los guisos de la cocinera.

Me cuesta un poco acostumbrarme a esta nueva realidad. Es como si mi mente siguiera esperando el toque de gracia de mi marido, su puño contra alguna parte endeble de mi cuerpo, su lengua afilada denigrarme, su maldad exhalando de cualquiera de sus palabras o gestos.

Al levantarme de la mesa no puedo contener una emoción burbujeante en mi pecho. Es euforia. Una inmensa sensación de alegría y gozo, como si por una vez pudiera disfrutar de los giros inesperados del destino.

Mis labios se arquean en una sonrisa de colosales dimensiones y mi cuerpo se agita con un grito casi sordo de júbilo. Levanto los brazos, los zarandeo sobre mi cabeza, doy un par de saltos y estallo en carcajadas.

No debería mostrar estas reacciones ni estar contenta por la marcha de Diego. Ha dejado una estela de dolor tras de él. Pero mi mente parece incapaz de domar ese estallido de emociones en mi interior. Son como un torbellino capaz de arrasar hasta la última migaja de miedo y dolor que anida en mi alma, como si quisiera hacerme vibrar con el inesperado regalo de Diego de estos meses de libertad.

—Buenas tardes, señora. —La voz de Daniel me obliga a detener mi movimiento en seco y a ahogar la risa nerviosa en mi boca—. Disculpe, su marido me pidió que me trasladara a la buhardilla tras su partida y me preguntaba si puedo instalarme ahora.

—Daniel... —Mi mirada se queda enganchada a sus ojos chispeantes—. Sí, sí, claro. —Apenas soy capaz de ordenar mis pensamientos desbocados—. La buhardilla es toda tuya.

—La entiendo —susurra bajando la cabeza hacia el sombrero que estruja entre las manos—. Su felicidad, su risa, esa emoción. —Da un paso hacia mí mientras sus ojos suben con lentitud hasta posarse en los míos—. Cada vez que él la toca desearía arrancarle el corazón. Sus marcas físicas no son ni la mitad de feas que las internas. Y me duelen aquí. —Poas las manos en su pecho—. Muy dentro de mi corazón.

—A veces pienso que me trajo aquí para agredirme con total impunidad. —Ahora soy yo la que avanzo un poco, hasta casi rozarle—. En Bilbao

guardaba las apariencias, nunca me dejaba huellas visibles de sus golpes. Aquí en cambio puede lacerarme sin temer las represalias. No están sus padres ni mi familia ni nadie que pueda juzgarlo.

—Es un monstruo. —Levanta la mano para acariciar con un dedo los restos del morado que todavía quedan en mi mejilla—. Si pudiera castigarlo lo haría.

—Esta vez no saldrías indemne. —Sonríe ante su contacto—. Diego está entrenado, lleva siempre un arma en el cinto y tiene instinto de asesino. No podríamos llegar a él sin temer por nuestras vidas.

—Nunca entenderé por qué os casasteis con él.

Cierro los ojos con un suspiro. Recordar esa parte de mi pasado es demasiado doloroso. Mi padre, su caída, su muerte...

Un sonido de pasos acercándose nos alerta. Cada uno de nosotros da un paso atrás, separándonos. Mi corazón retumba con fiereza en mis oídos al ritmo de la respiración acelerada.

Él asiente con la cabeza y gira sobre sus talones para desaparecer del comedor un segundo antes de la aparición de la camarera que viene a retirar el servicio de la mesa.

Me quedo unos segundos quieta, demasiado alterada para moverme. Esa cercanía con Daniel me ha llenado el cuerpo de un calor sofocante y por un segundo me ha permitido fantasear con un futuro exento de sufrimiento.

No vuelvo a verle hasta la noche, cuando sube con Jaime de la cocina tras su cena con el servicio. Lo encuentro al pie de las escaleras que conducen al piso superior, donde tengo mi alcoba, justo al lado de la que le he asignado a Ainhoa.

Está empezando a ascender los peldaños dándole la mano a su hijo cuando siente mi aliento a su espalda y se da la vuelta para mostrarme su sonrisa. Es preciosa, tanto que mi corazón se llena de aleteos y bombea sangre caliente precipitándola hacia mi vientre para revolotear en él.

—Señora —saluda inclinando la cabeza.

—¿Ya te has instalado? —Camino hasta colocarme a su lado en la ancha escalinata de mármol que asciende desde el enorme recibidor de la casa de construcción colonial—. Me siento más segura contigo aquí, protegiendo a este puñado de mujeres indefensas.

—La buhardilla es preciosa. —Jaime ensancha su sonrisa—. ¡Gracias

por dejarnos vivir ahí! ¡Es como un sueño! Pero voy a echar en falta a la abuela.

—¡Lo dices como si la fueras a perder de vista! —La carcajada de Daniel me parece llena de notas de felicidad y estalla en mi corazón para irradiar esa emoción a las fibras de mi cuerpo—. Estamos al lado y aquí estarás más cerca de Itziar.

—¡Es verdad! —Los ojos del niño se agrandan con emoción palpable—. ¿Puedo darle las buenas noches?

—Vamos. —Asiento. Por un segundo aguanto la respiración, pero enseguida me relajo al recordar la ausencia de Diego—. Estará feliz de verte.

Le doy la mano conduciéndole a la habitación de mi hija. Escucho los pasos de Daniel a mi espalda, siento el calor de su cuerpo cercano, percibo su respiración un poco más agitada de lo normal, como la mía, y no logro contener un extraño aleteo en el estómago que baja hasta mi entrepierna de una forma extraña, como si quisiera alterarme.

Naiara levanta la mirada de la niña al escucharnos llegar y los tres somos testigos de la emoción de Itziar y Jaime al verse. Se abrazan como si fuera lo más natural del mundo y se dan las buenas noches con ilusión, explicándose que a partir de ahora ese va a ser su día a día.

—Es bonito el cariño cuando puede manifestarse sin miedo. —Daniel mantiene la distancia de seguridad, pero susurra las palabras de forma que me acarician el oído arrancándome un gemido silencioso—. Mientras sean niños no será indecoroso.

—Pero cuando crezcan todo cambiará... —Giro un poco la cabeza musitando esa frase tan certera y punzante—. Entonces les será vetado mostrar sus sentimientos en público.

—Incluso la prohibición se extenderá al mero hecho de sentir.

Durante unos segundos la escena se detiene en mi mente, como si pudiera retenerla en pausa y observar cada detalle con la precisión de la mirada. Es como si por un segundo las paredes entre el ahora y el mañana se rompieran ofreciéndome una conexión con Geni y su momento, uno en el que se queda mirando a Dan frente la puerta de su habitación.

Sacudo la cabeza para romper ese extraño momento y vuelvo a fijar la mirada en Daniel. Su sonrisa me alcanza como si fuera un rayo de luz que enciende mi cuerpo hasta hacerlo brillar con la certeza de que nuestros destinos se han cruzado para encontrarse.

Capítulo 18

Daniel

Isla de Negros, marzo 1887 – julio 1887

Hace dos meses que el señor partió para España y la serenidad vuelve a respirarse en estos parajes.

Mi forma de dirigir la plantación difiere de la suya porque yo intento ofrecerles a los hombres una esperanza para motivarlos y conseguir una producción de azúcar a la altura de La Carolina. Aunque todos sabemos que solo es algo temporal.

La vida en la casa grande se llena de emociones. La señora Eugenia es la dueña de mis desvelos desde hace demasiado tiempo y apenas me siento capacitado para asumir esos sentimientos que brotan de mi pecho con facilidad, como si quisieran apoderarse de mi pensamiento para cometer las más indecorosas locuras.

Desde mi traslado a la buhardilla compartimos algunos instantes robados al día y he llegado a esperarlos con tanta ansia que a veces me cuesta hasta respirar cuando se acercan.

Nuestra rutina es marcada. Mientras las personas del servicio revolotean a nuestro alrededor mantenemos las distancias, nos tratamos con decoro y evitamos mostrar esas sonrisas devastadoras que nos asaltan al encontrarnos con la mirada. Pero durante nuestros breves momentos de soledad damos rienda suelta a esa amistad que nos envuelve en conversaciones sinceras y se decide a mostrar la cantidad oculta de sentimientos anidados en nuestros corazones.

Por las tardes, mientras ordeno los números y los documentos en el despacho del señor ella aparece con una taza de café y se queda unos minutos dedicándome frases acerca de algunos parajes de su pasado. Y al caer la

oscuridad, cuando el resto de la casa duerme, nos encontramos en el jardín, en un recodo apartado de miradas indiscretas. Durante media hora charlamos mientras nos sentimos atrapados en esa indecorosa sensación de avidez que nos invade.

Nunca damos rienda suelta a los deseos. Solo nos mantenemos cerca y aprendemos a conocer hasta la última muesca de nuestra alma. La desnudamos, nos abrimos en canal para ofrecerle al otro lo poco que es posible ceder.

Esta noche la luna ilumina el cielo en medio de unas estrellas brillantes. Apenas hay unas cuatro nubes pequeñas ensombreciendo el universo en algunos espacios. Hace calor, el húmedo y pegadizo de cada noche. Y el aire trae reminiscencias del salitre para mostrar nuestra cercanía al mar.

Salgo al jardín a la hora de siempre, vigilando el sonido de mis pasos para evitar descubrirme. Conozco el riesgo de estas escapadas nocturnas, tanto para ella como para mí, pero soy incapaz de renunciar a ellas porque me ofrecen una felicidad sin medida.

El estómago se me contrae al acercarme al recodo apartado de la casa grande y de la casona donde nos apoyamos al pie de un árbol para mantener esas cercanas y vibrantes conversaciones.

Ella está esperándome como cada noche, sentada, con su vestido colocado sobre el cuerpo exento de corsé, el cabello peinado y suelto sobre los hombros, ausencia total de decoraciones innecesarias, mostrando su verdadera belleza sin pudor.

Levanta los ojos hasta posarlos en mi mirada y su sonrisa se convierte en un oasis de paz en la oscuridad de nuestras existencias.

—Hoy hace dos meses que se fue —musita casi sin aliento—. Me he desligado de sus cadenas, apenas siento los grilletes en mis pies. Y eso me asusta muchísimo porque cuando vuelva sentiré la opresión en mi pecho con mayor fuerza.

—Decidimos no pensar en ese momento. —Ocupo un sitio a su lado, con nuestros cuerpos tocándose—. Solo vale el ahora, ¿recuerdas, Eugenia?

Hace un par de semanas me dio permiso para tutearla en privado y nunca me canso de pronunciar su nombre en voz alta para sentir cómo reverbera entre mis labios. La vibración de esas letras es música celestial para mí.

—Ha llegado el momento de hablarte de mi pasado. —Sonríe mirándome con tranquilidad—. Necesito contarte por qué me casé con Diego y destrocé

mi vida así.

—No hace falta...

—Llevo mucho tiempo postergándolo. —Cierra los ojos e inspira con fuerza. Al abrirlos sus labios dibujan una sonrisa llena de amargura—. Solo tenemos estos momentos de felicidad, Daniel. Son instantes robados a la vida, al destino, a esa realidad que nos atrapa en la imposibilidad de darle un nombre a los sentimientos capaces de anidar en nuestra alma. Y necesito ser transparente para ti, ofrecerte hasta la última migaja de mi interior porque jamás voy a poder darte más. Ni un simple beso ni una caricia ni una promesa ni una constatación verbal de mis sentimientos.

—Nunca te lo he pedido, Eugenia. —Aunque muero por un beso, una caricia, un te quiero—. Yo también puedo ofrecerte mi alma.

—Era muy feliz cuando conocí a Diego. A veces no le damos demasiado valor a la felicidad hasta que la perdemos de forma irremediable. —Observo con tristeza las arrugas en su rostro al recordar ese pasado doloroso y me rompo como ella—. Padre decidió concederme el deseo de aprender varias materias con profesores particulares y no se opuso a mi pasión por la pintura. Era una persona amable, cariñosa, agradable con los demás... No se merecía ser el blanco de la ira de Diego cuando le rechacé. —Se cubre la cara con las manos ahogando el desgarramiento de su corazón—. Intentó doblegarle con un juego sucio en los negocios, le acusó de ser un ladrón ante la justicia y le tendió una trampa. Pero padre se mantuvo firme a la hora de protegerme y acabó muriendo a manos de unos desalmados, despojados de todas sus pertenencias.

Se calla. Escucho sus sollozos ahogados, su dolor a través de la respiración, su devastación al recordar los hechos. En su voz se cuele la culpabilidad y no puedo evitar levantar mi brazo para envolverla por los hombros y acercarla a mi cuerpo.

Su calor es un chispazo demasiado penetrante como para obviarlo. Mi cuerpo reacciona con un calor sofocante al sentirla llorar sobre mi pecho. Mis latidos cardíacos alcanzan una cota preocupante.

—No fue culpa tuya —la tranquilizo con un tono demasiado ronco para la situación—. Tu padre solo intentaba privarte de sufrir a manos de alguien como Diego. Te quería.

—¿Y de qué sirvió? —Se yergue apartándose de mí y haciéndome sentir una corriente de aire helado en mi cuerpo anhelante de volver a sostenerla—. ¡Acabé casada con ese desgraciado! Si no le hubiera conocido, si nunca me hubiera cruzado con él. —Contrae la cara con rabia—. Nevaba y no podía

regresar a casa, mi calesa se quedó trabada. El conductor me pidió que descendiera para rebajar el peso mientras intentaba desencallarla. Hacía mucho frío y los copos blancos calaban en mi vestido haciéndome tiritar. Y entonces llegó él, como caído del cielo. Me ofreció su calesa para llevarme a casa, me socorrió y empezó a cortejarme. Descubrí su oscuridad desde ese primer encuentro, cada vez que le veía sentía crecer una aversión a su persona en mi interior, pero no tenía pruebas tangibles de esas sensaciones y Diego se comportaba con absoluto recato. Hasta su propuesta de matrimonio.

—Se enamoró de ti. Es fácil hacerlo. —Le cojo la mano para reconfortarla. A pesar del sofoco está helada, como si echar la vista atrás le congelara el cuerpo—. Y luchó por conseguir su propósito.

—Entonces es lo que pensé. Ahora ya no lo sé, más bien parece una obsesión enfermiza.

—¿Dónde está la línea entre el amor y la obsesión? Es tan delgada para alguien como tu marido, Eugenia, tan endeble.

Sus ojos heridos me observan con una humedad latente. Parecen susurrar algo prohibido entre nosotros. Un amor no pronunciado, no aceptado, no posible. Y los míos le corresponden explicándole sin palabras cómo se ha apoderado de mi corazón.

—No quería casarme con él, apenas le conocía de unos de meses de cortejo y me seguía acompañando esa extraña certeza acerca de su maldad. —Reinicia el relato con una voz ausente, como si necesitara alejarse de su cuerpo para no sentir la devastación total de nuevo—. Le dije que no podía aceptar su proposición, corté toda relación con él, intenté alejarme. Pero Diego Urzúa jamás acepta un no. Su plan para poseerme fue mezquino, cruel y carente de moral. Cuando consiguió arruinar y matar a mi padre con artes fraudulentas se apoderó de su negocio, de nuestros bienes, de todo cuanto poseíamos y nos dejó en la miseria. Entonces se presentó en mi casa con su asquerosa propuesta. —Aprieta los puños y los labios con una profunda inhalación—. Si quería que mi hermana y madre vivieran como siempre, debía acceder a ser suya de por vida. Llevaba un documento redactado por un abogado en el que se comprometía a mantener a mi familia mientras estuviera casada con él. Si me negaba o le abandonaba nos echaría a la calle.

—Tu vida a cambio de la de ellas. —La compresión se abre paso en mi mente con una claridad casi dolorosa—. Por eso sigues aguantando su tortura y te mantienes firme en tu propósito de continuar casada con él. Es por tu madre y por tu hermana. Las quieres demasiado para condenarlas a ellas también.

Sonríe con tanta tristeza que me parte el alma en mil pedazos.

—Cristina va a casarse pronto y necesita una dote. —Asiente—. Y madre precisa dinero para vivir. No puedo dejarlas en la miseria. No podía hacerlo entonces ni puedo hacerlo ahora. Sería cruel.

—¿No vas a ir a la boda de tu hermana?

—Diego me lo prohibió. Es un hombre despreciable, disfruta haciéndome daño, es como si eso se hubiera convertido en su cruzada personal, encontrar formas cada vez más mezquinas de herirme. Y lo peor de todo es que sigue teniéndome en sus manos.

Vuelvo a pasarle el brazo por los hombros para atraerla hacia mí cuando empieza a temblar.

—Pero se ha ido unos meses, te ha concedido esta tregua. Y por primera vez desde que llegaste tenemos tiempo para conocernos mejor. —Tenerla tan cerca me dispara una dicha inmensa que me permite soñar en un futuro a su lado—. No ha pasado un solo día en estos casi dos años que no haya deseado estar a tu lado como ahora. Tu marido nos ha permitido construir una sólida amistad con su ausencia.

—Su partida solo es la calma antes de la tempestad. —Se resiste un poco a mantener el contacto de su cabeza contra mi pecho, pero termina apoyándola y disparando mi libido hasta cotas insospechadas—. Temo su regreso. Hay momentos en los que me siento liberada y dejaría salir a flote todos mis sentimientos para vivir sin sentirle como mi carcelero. Sin embargo, la razón se impone a marchas forzadas y sé que no puedo, Daniel. Si lo hago la caída será más fulminante.

Nos quedamos callados durante una eternidad sin romper el contacto. Sus palabras flotan en el silencio sentenciando nuestra relación para siempre. Porque entiendo su significado oculto, el miedo que destilan, el riesgo de avanzar hacia una dirección incorrecta.

Durante unas semanas nos mantenemos alejados el uno del otro. Cuando me trae el café apenas cruzamos un par de miradas y por las noches permanecemos en nuestras alcobas sin encontrarnos en el escondite del jardín.

Entiendo sus reticencias, el pánico a dejarse llevar para luego enfrentarse a un castigo mayor, la necesidad de olvidar esos sentimientos inconfesables que moran en nuestros corazones. Lo entiendo y cada noche ruego a Dios Nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos conceda un

conato de lucidez para dejar de querernos en la distancia.

Sin embargo, cada día que pasa nuestras miradas están más cargadas de necesidad, de anhelo, de avidez. Con la separación solo conseguimos afianzar los sentimientos, aumentarlos, convertirlos en un ente voraz que se ensaña con nuestra cordura.

Abril irrumpe con una inusitada sucesión de tormentas. Llevábamos un tiempo de tregua del tiempo, solo llovía un par de veces al día durante un breve espacio de tiempo.

Las lluvias torrenciales de este abril nos obligan a pasar más tiempo resguardados en la casa grande y Eugenia aprovecha el tiempo para pintar en su estudio, situado en el antiguo cobertizo. Es un espacio con pocas ventanas adyacente a la construcción principal.

Muchas tardes, al regresar del cañaveral o del molino me detengo en la puerta con el corazón a mil por hora y el deseo de traspasar las puertas para retomar un poco de esa intimidad perdida. Aunque sea sin contacto físico, aunque nos contentemos con hablar y compartir momentos.

Hoy cedo al impulso. Abro la puerta tras comprobar que nadie puede descubrir mi atrevido gesto y empujo la plancha de madera hacia dentro.

El cobertizo es un espacio amplio, diáfano, sin columnas ni paredes que retengan fuera de mi vista la cantidad inmensa de lienzos acabados en el suelo, los caballetes con obras inconclusas tapadas con sábanas, las paletas diseminadas por el piso, creando un caos en el desorden:

Descubro a Eugenia sentada en su caballete frente a una pintura.

Su melena está recogida en un sobrio moño sobre la coronilla, lleva un vestido sedoso de color malva que le ensalza la figura apretada con un corsé. Tiene gotas de sudor resbalando por su cuello y el escote que deja el inicio de su espalda a la vista.

El olor a pintura me inunda las fosas nasales. La precaria iluminación natural se suple con varios candelabros distribuidos de forma estratégica.

Avanzo con la mirada perdida en el cuadro que está pintando. Lo recuerdo de nuestro primer encuentro en Manila. Es un espejo delineado.

Ella no se mueve al sentir mis pasos acercándose, no hace ningún movimiento ni ademán de girarse ni de hablar.

—No has añadido nada más en estos dos años —susurro parándome a su espalda—. Está idéntico. ¿Por qué?

—Sabía que vendrías —susurra todavía inmóvil—. Lo he sentido con la necesidad de continuar con este lienzo. Habla de destinos rotos, cruzados,

encontrados...

—El destino es un concepto extraño. —Coloco la barbilla sobre su hombro derecho para observar el espejo más de cerca—. Nos lleva por caminos inescrutables.

—Y engulle nuestra capacidad de decisión.

Descubro el trazo impreciso de una silueta en el cristal que todavía necesita mucho trabajo para aflorar. Es de una mujer. Y de repente me vienen a la memoria mis últimos sueños de la vida de Dan y de cómo ha descubierto que Geni tiene los mismos que él acerca de Eugenia y yo.

Una idea planea en mi mente. Una idea insensata y demasiado ilusoria.

Sin embargo, es como si fuera una certeza demasiado real para ignorarla.

—¿Sueñas con ellos? —Mis labios pronuncian la pregunta desobedeciendo a mi mente—. ¿Con Geni y Dan?

—Geni es parte de mis noches desde pequeña. Dan ha aparecido hace poco en su vida. —Se gira y sus ojos se agrandan mostrando una emoción intensa—. Cuando él se lo contó a Geni supe que nosotros dos también estábamos unidos por esos sueños, pero no quería hablarlo contigo. No estaba preparada y sigo sin estarlo para intentar descubrir qué significa.

—No lo haremos hasta que los dos podamos enfrentarnos a las respuestas. —Levanto el brazo para acariciarle los labios—. Te echo de menos. Necesito compartir contigo nuestros momentos mientras todavía tengamos la oportunidad. Sé dónde están los límites, Eugenia. Lo entiendo. Pero no me castigues con esta lejanía porque me condenas a un dolor permanente.

Asiente con los ojos húmedos.

—Dejé esta pintura en suspenso desde que llegamos a La Carolina. —Vuelve a girarse para mirar el cuadro—. Desde niña sé que debo pintar este cuadro, pero nunca había sentido la fuerza de la inspiración para empezarlo hasta que te conocí. Y estos años se agotó, como si se desprendiera de mí con una facilidad extraña.

—¿Qué ha cambiado para retomarlo?

—No lo sé. Jamás entenderé cómo funciona la inspiración ni ese afán creativo que anida en mi interior. —Niega con la cabeza—. Solo sé que ahora empiezo a vislumbrar la obra y ha llegado el momento de avanzar un poquito en ella.

Durante unos minutos la observo mover el pincel sobre el lienzo dándole brochazos a la silueta. Esa visión es sobrecogedora, se convierte en un

bálsamo para mi corazón roto. Me quedo quieto, escuchando el repiqueteo furioso de la lluvia impactar contra el tejado y el suelo del exterior.

—Quizás algún día será posible —musito dándome la vuelta para marcharme—. Nunca perderé la esperanza de tenerte para siempre a mi lado.

—Ni yo.

Salgo al exterior con una cálida sensación en mi pecho.

A partir de ese instante retomamos nuestras conversaciones secretas. Mientras dura la lluvia nos encontramos de noche en su estudio para mostrarme el avance en la pintura. Y cuando el cielo vuelve a calmarse regresamos a nuestro escondite al amparo del cielo estrellado.

Los meses avanzan con rapidez. En algunos momentos nos desligamos del todo de las cadenas que todavía nos aprisionan para saborear la posibilidad de dejar volar libres nuestros sentimientos. Pero solo son instantes fugaces, pequeñas locuras transitorias en las que apenas nos permitimos una caricia, una palabra, un segundo de fragilidad.

Entre los dos buscamos una solución para conseguirle a Ainhoa un poco de paz. Eugenia ha velado por ella en todo momento, se ha preocupado de su sanación hasta el extremo de ayudarla a salir de la depresión y conseguir alguna sonrisa de sus labios.

Madre habla con ella en muchas ocasiones para compartir sus penas y la ayuda a superar una parte del dolor. Cuando dos personas marcadas por el mismo pasado cruel abren sus corazones consiguen sanar un poco las heridas infringidas por hombres brutales porque descubren paralelismos entre sus historias y ya no se sienten tan solas en su dolor.

Con la ayuda de algunos trabajadores de los terratenientes cercanos conseguimos localizar una casa en Manila que demanda una doncella experimentada. Los propietarios son un matrimonio español con buenas referencias y, tras una correspondencia cruzada, la contratan.

La despedida es triste y feliz a la vez. La muchacha merece un provenir, alejarse de este lugar lleno de desdichas para ella y tener la oportunidad de empezar de nuevo. Aunque le cuesta dejar atrás a sus amigas, las únicas que ha conocido en Filipinas.

Con la llegada de julio nos enfrentamos al inminente regreso de don Diego. Hace tres días mandó un telegrama desde Manila para avisarnos de que llega mañana.

Eugenia lleva desde entonces inquieta. Tiende a asustarse por cualquier ruido, a esconderse en su interior, a fruncir demasiado los labios. No sonrío. Es como si sus sonrisas se hubieran licuado en una sucesión de angustias.

Necesito encontrar la manera de ayudarla porque verla en este estado me destroza, pero apenas cuento con recursos para evitarle el reencuentro y muero por dentro al pensar en cómo la afectará volver a ser un objeto en manos de su marido.

Por la noche me deslizo silencioso hacia nuestro escondite con el corazón en un puño. Hace un par de días que las lluvias nos han dado tregua y la luna ilumina un universo plagado de estrellas parpadeantes.

Mi corazón se rompe en mil pedazos cuando me siento a su lado en silencio y apoyo la espalda contra el árbol, muy cerca de su cuerpo. Sus ojos miran a la lejanía con una humedad latente y su expresión está llena de desesperación y dolor.

—He dejado de pintar el cuadro —musita con la voz tomada por la tristeza—. Ya no lo siento ni lo veo.

—Volverás a él cuando estés preparada.

—¿Y si no vuelvo a estarlo nunca más? —Gira la cara hasta encontrarse con mis ojos y no me cuesta dilucidar el doble sentido de sus palabras—. Han sido los mejores seis meses de mi vida.

—Estaré a tu lado, Eugenia. Ahora y siempre.

Los dos nadamos a la deriva, con la sensación de que estamos a punto de perdernos entre la tempestad para no recobrar nunca el rumbo. Rotos. Perdidos. A punto de derrumbarnos.

Nos pasamos una hora en silencio, abrazados, sintiendo cómo nuestro precaria felicidad construida sobre una base flotante va a derruirse con la llegada del alba.

—Deberíamos volver —musita con una tristeza insondable.

Me cuesta separarme de ella. Pensar en mañana solo me reporta dolor. Pero es importante enfrentarnos a la realidad.

El tiempo se nos escurre de las manos.

Estamos de pie al lado del árbol, mirándonos frente a frente, quietos, destrozados.

—No me arrepiento de nada, Daniel. —Me mira con fuego en los ojos—. Tu compañía es un bien muy preciado y jamás la despreciaré. Solo espero encontrar más oasis parecidos a lo largo de nuestra vida. Porque te necesito a mi lado para sonreír.

—Cuando ese animal vuelva a tocarme mi alma sangrará. —Doy un paso hacia ella—. Eres mi luz, Eugenia. Mi sangre, mi fuerza, la única que me hace estremecerme. —Le cojo las manos y las junto en mi pecho—. Mi corazón te pertenece, solo palpita por ti. Porque te amo. Y nunca dejaré de amarte.

Las lágrimas manan de sus ojos creando sinuosos caminos hasta perderse en su cuello.

—Yo también te amo. —Lo pronuncia entre sollozos callados—. Más que a mi vida. Por ti cruzaría cualquier límite. Eres mi corazón, mi alma y mi único anhelo. Te amo tanto que a veces tengo miedo de hasta dónde alcanza ese sentimiento.

—Llegará el día en el que lo prohibido se volverá posible, Eugenia. Y entonces te estaré esperando para pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Cuando ese día llegue seremos felices para siempre y nada nos volverá a separar.

—Serás mía para toda la eternidad.

Apoyo mi frente en la suya, le paso los brazos por la cintura y la estrecho contra mí para sentirla por una vez así de cerca. Nuestras respiraciones resuellan en el silencio de la noche para sellar esta declaración que nunca debería haber salido de nuestros labios.

Pasados unos eternos minutos nos separamos despacio y caminamos de vuelta sin pronunciar palabra. Ella sigue llorando y mis ojos parecen a punto de seguir el mismo camino, pero pugno por mantenerlos serenos.

Subimos las escaleras cogidos de la mano, sin romper todavía ese contacto que nos mantiene unidos. En silencio, con cuidado de no hacer ruido. Y al llegar al peldaño debemos enfrentarnos al inevitable adiós.

Subo a mi buhardilla con el corazón convertido en añicos. Recuerdo cada uno de los días de los años anteriores, desde su aparición en mi vida, y sé que volver a vivir ese calvario de tenerla al alcance de mi mano, pero no poder acercarme a ella, será mucho peor ahora que hemos compartido una declaración tan intensa.

Apenas consigo caer en un sueño ligero lleno de pesadillas donde Eugenia se aleja de mí aun teniéndola enfrente.

Por la mañana, mientras estoy trabajando en el cañaveral, llega don Diego y siento el peso de su regreso aplastándome los pulmones. Es como si me impidiera respirar con normalidad.

Lo veo desde lejos, sin descubrir los detalles del servicio esperándolo fuera, con Eugenia e Itziar capitaneando el séquito.

Ha traído con él una joven muchacha para substituir a Ainhoa. Se me quiebra el alma al saber que no puedo salvarla del destino cruel que el señor tiene reservado para ella. Aunque al verla no puedo evitar descubrir las huellas de lo sucedido entre ellos.

También ha venido una institutriz para Itziar con ellos.

Al caer la tarde camino hacia la casa grande para departir con don Diego acerca del trabajo de estos meses. Con su llegada posiblemente regrese a la casona con el resto de trabajadores y deje libre la buhardilla, alejándome muchísimo de Eugenia.

Me cruzo con ella en el recibidor. Mi mirada se queda anclada a la mejilla hinchada y palpitante, al ojo amoratado, a la sangre reseca de la nariz, a su pelo revuelto, a su brazo aplastando el vientre y a su forma incómoda de caminar. El vestido muestra desgarrros que ella intenta ocultar tapándose los pechos.

—Buenas tardes, Daniel —musita caminando hacia las escaleras en busca de un conato de dignidad—. Mi marido te espera en su despacho.

Acompaño su ascenso con el corazón a punto de despedazarse sobre el suelo.

Capítulo 19

Geni

Malapascua, agosto 2017

Apenas he logrado dormir demasiado esta noche. Ayer me abrí a Dan de una forma estrepitosa y todavía no tengo claro si fue una mala decisión, un acto impulsivo o un absoluto desastre. ¿Y si me juzga por mi pasado? A pesar de sus palabras en contra de esa suposición parecía aturdido, como si no esperara ese tipo de confesión.

Es difícil medir hasta dónde puedo contar de mí misma. Desde que salí del pueblo no he vuelto a tener una relación normal de amistad con alguien, porque Esmeralda no cuenta, con ella las cosas eran fáciles y nuestra cercanía fue un poco impuesta por las circunstancias.

Me arrastro al baño para darme una ducha de agua helada en busca de despejarme.

Cuando el chorro impacta contra mi piel desnuda doy un par de gritos al ritmo de mis saltos. Siento cómo se me eriza el vello del cuerpo y cómo la frialdad despierta mis neuronas con una rapidez pasmosa.

Una vez dejo atrás el impacto inicial la sensación se vuelve placentera. Reactiva mi sangre, me pone en marcha y funde las absurdas ensoñaciones de la noche dándome una visión alternativa del suceso.

Si Dan pasa de mí no tendrá demasiadas consecuencias. Se alejará y yo volveré a viajar sin compañía, a la lectura desenfrenada y a comer, desayunar y cenar a solas. Total, solo hace un par de días que le conozco y no hay nada más que una incipiente amistad entre nosotros.

Salgo del baño completamente desnuda, con el pelo chorreando sobre mis hombros y una sensación extraña en el vientre, como si la idea de perder la compañía de Dan me molestara.

Tras vestirme con ropa fresca sobre un bikini de cortina color coral me acerco al espejo de la gran pila que hay al final de la habitación para cepillarme el pelo. Antes me lleno la yema de los dedos con serum para fortalecerlo y que no se crespe con la humedad y los deslizo por los mechones mojados tras escurrirlos un poco.

Mientras me cepillo le doy vueltas a esa inquietud que crece en mi estómago al pensar en la hora del desayuno. Quiero sentarme con Dan y descubrir que nada ha cambiado entre nosotros, pero también sé que es una estupidez porque él no es nada mío, tan solo un hombre con el que he compartido algo de mi tiempo durante dos días.

Niego con la cabeza dejándome la melena suelta y caminando hacia la puerta.

Hoy el día es menos radiante que ayer, varias nubes oscurecen el cielo consiguiendo una luz poco intensa, pero igual de bonita.

Aspiro una bocanada de aire con aroma de salitre y un toque de mar. Me gusta este lugar, Filipinas es un destino lleno de experiencias increíbles y sobre todo de la paz serenidad para sanar mi alma.

A medida que me acerco al bar con las sandalias en la mano noto cómo me sudan las palmas de las manos, se me seca la garganta y el corazón me late desenfrenado en todas las partes de mi cuerpo susceptibles de sentir pulso.

Dan está sentado a una mesa peleándose con la cobertura en su móvil.

Me detengo un segundo sin decidirme a avanzar. Conoce la parte menos deshonrosa de mi pasado, pero no deja de ser fuerte que me dedicara a desnudarme para desatar la libido de los clientes de un club de *striptease* a cambio de dinero.

Él levanta la mirada desde pantalla del móvil hasta encontrarse con mis ojos. Durante las milésimas de segundo posteriores escucho el ensordecedor sonido de mis latidos bombeando en los oídos a altísima velocidad. Y cuando sus labios se arquean en una sonrisa sincera siento cómo me destenso con una espiración profunda.

Camino hacia él sin pararme a pensar en la razón absurda de esas reacciones. Nunca he sido así, normalmente me resbala la opinión ajena porque ya me basto y me sobro con mi autocrítica personal.

Sin embargo, con Dan estoy a la expectativa, como si necesitara su aprobación.

Rebajo los pensamientos recurrentes acerca de mi comportamiento y me convengo de que son fruto de la soledad. Pasar con Dan los últimos dos días

ha llenado el vacío de la soledad y perderle me dejaría otra vez en la casilla de salida, pero tampoco sería un hecho traumático. O como mínimo es lo que me repito.

—Buenos días —saluda señalando el tazón de humeante café que me espera sobre la mesa—. Pensaba que se te habían pegado las sábanas.

—¡Ha ido de poco! —bromeo ocupando la silla y dándole un sorbo al café para acabar de ahogar los nervios—. Si no llega a sonar el despertador del móvil todavía estaría durmiendo.

—Te he pedido un plato consistente. Necesitas llenar el estómago para bajar. ¡Hoy tendrás tu título!

—El buceo... —Sacudo la cabeza—. Esta noche he tenido alguna pesadilla sobre la inmersión fallida de ayer. Creo que paso.

—¡No seas cobarde! —Me guiña un ojo—. ¿Dónde queda tu afán de superación?

Inspiro una bocanada de aire destensándome del todo. Su forma de tratarme es la de siempre, no parece alterado por mi confesión de anoche y esa realidad me reconforta.

—Vale, tú ganas. —Suelto una carcajada—. Bajaré a las profundidades del mar y me sacaré el Padi Open Water.

—¡Así se habla!

La camarera aparece con un plato muy completo. Dos huevos como a mí me gustan, beicon, tostadas, mermelada, mantequilla y un mango cortado a dados. Hincó el tenedor en la clara de uno de los huevos, lo acompaño con la panceta y lo saboreo despacio para llenarme la boca con esa maravillosa explosión de sabores.

—Pareces muerta de hambre. —Se ríe con ganas—. Me gusta ver cómo devoras el plato, me parece sexy.

—Estoy famélica. —Deben ser los nervios, pero eso no lo digo en voz alta.

—Esta noche Daniel y Eugenia se han confesado sus sentimientos en mi sueño.

—¡Y en el mío! —exclamo con la boca llena y desato una nueva ristra de sus carcajadas—. Y he flipado cuando han hablado de nosotros. ¡También nos sueñan!

—Me parece muy extraño. —Se lleva un bocado de su crepe de chocolate a los labios y me sorprende mirándolos con un deseo extremo. Muero por morderlos, chuparlos, besarlos, devorarlos... —. Todo este asunto

me da mucho qué pensar porque es algo insólito. Soy un hombre racional, estudié una carrera de ciencias y no me lo explico porque no tiene ningún sentido.

—¿Y si existieron de verdad y somos almas gemelas? ¿Te imaginas? Nos hemos buscado a través de los siglos hasta encontrarnos y por eso nos hemos reencontrado.

Me mira alucinado.

—Llevo tiempo pensando en la posibilidad de que Daniel fuera un antepasado mío. Nos llamamos igual y eso no puede ser una casualidad. Por eso vine a Filipinas, pero todavía no me he atrevido a viajar a Negros para buscar alguna pista de si realmente existió La Carolina ni a Luzón para buscar sus huellas.

—Tiene sentido que Daniel sea tu antepasado. —Asiento llevándome el tazón a los labios—. Se llama como tú y tus rasgos son un poco asiáticos. Una mezcla exótica, la verdad.

—¡Gracias! —Sonríe adulado—. ¿Y qué hay de Eugenia? ¿Podría ser una antepasada tuya? Eso podría explicar de alguna manera los sueños.

—Hasta donde yo sé, todo es posible. No tengo ni idea de quién fue mi padre y tanto Eugenia como yo somos mujeres, por lo que pensar en compartir el apellido es imposible.

—Deberíamos buscar alguna evidencia sobre si Diego Urzúa o su familia vivieron en Bilbao a finales del siglo XIX y trazar nuestros árboles genealógicos para ver hasta dónde se remontan nuestras raíces. —Le da un generoso sorbo a su café—. Pero no sé si quiero hacerlo, sigo sin estar preparado para afrontar una revelación así. Hay demasiado que asimilar y es como si presintiera que no es el momento de unir presente y pasado.

—En el sueño de esta noche, cuando estaban frente a ese cuadro inacabado de Eugenia, he sentido una especie de conexión con ella, como si por un momento nos viéramos de verdad en algún lugar donde la bruma nos acercaba.

—Empiezo a pensar que el alcohol de ayer todavía espesa tu mente.

Bajo la vista al plato con una exhalación audible. La sensación sigue pegada a mí, como si en ese instante Eugenia me hubiera visto con tanta claridad como yo a ella.

—Es todo tan extraño. —Niego con la cabeza dándole un sorbo al café—. Habernos encontrado como ellos, en el mismo momento que lo hacían en nuestros sueños. Compartirlos. Tener las piezas para recomponer sus vidas

hasta el instante en que se cruzaron.

—No tiene una explicación lógica. —Suelta un suspiro—. Desde luego si se lo contamos a los demás pensarán que nos hemos vuelto locos.

—Un poco sí lo estamos... —Fuerzo una sonrisa—. ¡Soñamos con una pareja que vivió hace más de ciento treinta años! Y lo peor de todo es que acabamos de pensar en la posibilidad de ser sus descendientes.

—Lo pillo. ¡Nos falta un tornillo!

Estallamos los dos en unas carcajadas que nos ayudan a destensar el momento.

El resto del desayuno apenas hablamos, nos dedicamos a darle vueltas a la situación sin compartir nuestras conclusiones ni comentarlas en voz alta.

A las ocho en punto empezamos a caminar por la arena hacia el centro de buceo. Dan ha decidido acompañarme para ayudarme a superar la experiencia de ayer. No me atrevo a confesarle que esta noche he soñado en ello varias veces y que no me apetece nada probarlo de nuevo porque la sensación de ahogo me llena el cuerpo como si fuera a morirme allí abajo.

—¿Cómo acabaste haciendo de *stripper*? —pregunta de golpe, sin un atisbo de malicia en su voz—. No es un intento de juzgarte ni nada por el estilo, solo me choca que una mujer como tú terminara metida en algo así, en manos de un tío cabrón.

—Es una larga historia. —Inspiro con fuerza por la nariz entrecerrando los ojos un segundo—. O una demasiado triste para compartirla. Se podría sintetizar con dos palabras: soy idiota.

—No me lo pareces, la verdad. —Se detiene un instante bajo la rama de un árbol que invade la playa para juntarse con una enorme barca típica de Filipinas—. Tampoco es que te conozca demasiado, pero mi impresión sobre ti es muy positiva. Eres luchadora, optimista, divertida, inteligente. Me cuesta imaginarte en una situación tan desesperada para desnudarte por dinero.

—Visto así...

Reanudo la marcha para evitar transmitirle el dolor que me producen sus palabras.

—Quizás no me he explicado bien. —Me alcanza en dos zancadas y me dirige una mirada de arrepentimiento—. No me parece mal ese trabajo, es tan digno como cualquier otro y ayer cuando me lo contaste te dije la verdad, no voy a juzgarte por ello. Pero me cuesta entender cómo una mujer tan maravillosa como tú se metió en algo así.

—Por una estupidez de adolescente. —Suelto aire por la nariz de forma

sonora—. A veces hay un cúmulo de circunstancias que te llevan a un lugar no deseado. Y de repente te ves enredada sin vuelta atrás. Eso es lo que me pasó.

—¡Cuéntamelo! —Vuelve a detenerse para situarse frente a mí y cogerme las manos en un gesto precioso—. Me gustaría conocerte mejor y entender esa parte de ti es importante para hacerlo.

—Está bien. —Asiento tres veces seguidas antes de deshacer nuestro contacto, abrazarme por los codos y reiniciar la marcha de nuevo—. Nunca lo he compartido con nadie, pero me parece cojonudo hacerlo contigo. Total, dicen que la mejor forma de superar las malas experiencias es explicándolas.

—Prometo compensarte. Si te parece podemos hacer un trato, cuando termines tu historia te deberé la mía. —Levanta las cejas un par de veces en un gesto divertido—. Mi secreto es sobre espías cibernéticos, federales, crímenes...

—¡Vale! —Suelto una carcajada para unirme a la suya—. Me has dejado muy intrigada.

—¿Qué tal si esta noche te invito a cenar y te pongo al día?

—Mañana quería irme a Malboal para cambiar de aires... Iba a contratar una barca en el hotel y he quedado con un conductor en Maya Port para el recorrido largo por la isla de Cebú. Le encontré por internet.

—¡Me apunto! ¿Te apetece un compañero de viaje? Ahora que nos hemos encontrado no deberíamos separarnos. Tenemos la misión de rastrear a Daniel y a Eugenia.

Dudo unos segundos. Apenas nos conocemos de dos días, aunque me siento bien a su lado y me apetece continuar teniéndolo como compañero de viaje.

—Me parece una buena idea —acepto con una sonrisa—. Estaba pensando en coger la barca mañana sobre las nueve y media. Hay unos tres cuartos de hora hasta Maya Port y después hemos de atravesar toda la isla de Cebú para llegar a la otra punta. Son alrededor de seis horas de coche.

—Pues ahora que hemos arreglado el tema de viajar juntos, lánzate a explicarme tu historia.

Inspiro por la nariz, suelto el aire por la boca con lentitud, destenso los brazos sacudiéndolos a ambos lados del cuerpo y asiento. Ha llegado la hora de darle vida a ese pasado recóndito que lleva demasiado tiempo anidando en un rincón apartado de mi memoria.

—Cuando mi madre murió yo tenía dieciséis años. —Los recuerdos de ese día me llenan el corazón de tristeza—. No fue una larga enfermedad ni

nada parecido. Simplemente un día estaba preparando un cadáver en la funeraria y se desvaneció, como si un rayo acabara de fulminarla. Un infarto dijeron los médicos. Me costó mucho asimilarlo porque yo estaba con ella cuando sucedió y apenas conté con tiempo para darme cuenta de que mi vida acababa de saltar en pedazos.

—Imagino lo duro que debió ser.

—¡Fue una putada! En el cementerio había una mierda de cobertura de móvil y no sabía qué hacer. Ella estaba ahí tirada en el suelo y yo arranqué a llorar, a vociferar, a pedir ayuda a voz en grito porque el móvil no daba señal, pero nadie venía. No quería dejarla sola ni me atrevía a tomarle el pulso. Sabía que solo faltaba no encontrárselo para derrumbarme del todo. —Me froté los ojos con la mano para desprender de ellos un par de lágrimas rebeldes—. Era toda mi vida, sin ella me quedaba sola.

Me pasa un brazo por los hombros para acercarme a él y me conduce a la arena para sentarnos sobre ella de cara al mar. Apoyo la cabeza en su pecho unos segundos antes de levantarla para mirar a la lejanía.

—Al final fui a buscar ayuda —prosigo—. Las horas siguientes pasaron a gran velocidad, sin darme tiempo a asimilar los sucesos y terminé en un centro de acogida de Bilbao a cargo del estado mientras se decidía qué pasaba con mi custodia. No tenía familiares vivos ni nadie que pudiera ocuparse de mí, así que decidí escaparme. Prefería vagar sin rumbo a vivir en un orfanato. —Suspiro—. Cuando todos dormían me escabullí por una ventana. Antes de marcharme de Ea con la asistente social había preparado una bolsa con cuatro cosas y había metido allí el dinero de mi madre. Era una persona muy recelosa y no se fiaba de los bancos, guardaba hasta el último céntimo en su escondite para cuando yo fuera a la universidad. Con ese dinero podría iniciar una nueva vida lejos de ahí. Jamás pensé en cómo acabaría. Si lo llego a saber...

—Nunca sabemos cuándo nos equivocamos. —Su tono es dulce—. En ese momento pensaste que era tu mejor opción.

—No te imaginas el subidón que me dio cuando empecé a caminar por las calles de Bilbao. Fue como si acabara de realizar la mayor hazaña de mi vida.—Siento cómo su brazo me ciñe más por el hombro y vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho—. Salí de la ciudad caminando. No quería dejar ningún rastro, así que no me subí a ningún transporte público ni busqué un autobús ni nada que pudiera darles una pista de un destino desconocido incluso para mí. Tardé tres horas en llegar a la carretera de salida de la ciudad y detenerme en un recodo a descansar. Entonces las luces de un camión me dieron una idea.

Saqué quinientos euros de la mochila, hice la señal de autoestop y le ofrecí el dinero al camionero para llevarme a su destino.

—¡Te arriesgaste muchísimo! —exclama con alarma—. Es peligroso hacer ese tipo de barbaridades, pueden acabar muy mal.

—Tuve suerte, esa es la verdad. Me llevó hasta Zaragoza sin propasarse ni intentar nada conmigo. Solo quería charlar para mantenerse despierto y entregar la mercancía antes de tiempo. Si lo conseguía le daban un plus y ese tío era muy pesetero, pero buena persona. —Me enderezo de nuevo para dibujar círculos en la arena—. Me fue bien su charla, no quería dormirme con la pasta en la mochila, tenía miedo de que me desplumara.

—Precavida, ¡así me gusta!

—¡Eh! ¡Menos cachondeito! —le regaña sin un ápice de dureza—. Ese dinero era todo lo que tenía y pensaba protegerlo con mi vida si hacía falta.

—Me hubiera encantado conocerte a los dieciséis, debías ser todo un personaje.

—Estaba hecha polvo. Lo de mi madre me dolía muchísimo y estaba buscando la forma de escapar al sistema. No fue un viaje demasiado bonito, la verdad. —Evoco aquellas horas con un dolor punzante en el corazón. Echaba de menos a mi madre, sentía su pérdida perforarme el alma y estaba completamente perdida sin ella—. Pero me sirvió para llegar a Zaragoza sin que nadie pudiera encontrarme. El camionero no me hizo preguntas cuando me encontró ni yo le di ninguna información.

—Así perdían el rastro.

—Exacto. —Asiento dibujando mis iniciales en la arena para borrarlas después—. Una vez en Zaragoza me fui a la estación de autobuses e hice algo de película. Le dije a la cajera que me diera un billete en el primero en salir y el destino afortunado fue Barcelona. Me pasé el viaje luchando para no dormirme, tenía la paranoia de que si lo hacía me iban a robar. Así que cuando llegué a la Ciudad Condal estaba en las últimas. Entre la pena y la falta de sueño no me aguantaba.

—¿Por qué no te quedaste en Zaragoza? Estabas lejos de tu casa.

—Si alguna vez encontraban al camionero por casualidad les diría mi destino y no quería dejar piezas sueltas al azar. Aunque al echar la vista atrás quizás hubiera sido más feliz ahí.

—Eso nunca se sabe, es imposible predecir el futuro si llegas a escoger otro camino. Es mejor intentar ver la parte positiva del que has elegido.

Asiento con la mente enredada en esos instantes de mi vida. Mi interior

estaba devastado, demasiado para percatarme de mis errores hasta que fue demasiado tarde.

—Al llegar a Barcelona me di cuenta de que no podía ir a ningún hotel con mi DNI si quería seguir ilocalizable. Estaba tan cansada... Deambulé un poco por las calles intentando decidir mi próximo paso, pero sin encontrar una salida a mi situación. Y entonces vi un letrero en un bar de *striptease* donde decía: *necesitamos bailarinas*. ¡Adoraba bailar! Durante años aprendí gracias a los juegos de ordenador y a la tele. Pensé que en un local así me ayudarían a conseguir documentación falsa y que desnudarme bailando no era tan deshonoroso. Así que entré. La idea de encontrar a un cabrón como Jesús no entraba en mis planes, ni se me pasó por la cabeza. Tenía intención de bailar solo un tiempo, el necesario para conseguir mi nueva documentación. Quería pedirles un sitio para dormir a cambio. Pero en la vida las cosas no salen siempre cómo una quiere porque ese día conocí a Jesús.

Pasamos unos segundos en silencio. El resto de la historia se perfila con facilidad en su mente. No es tan difícil imaginarla. Aunque no quiero hablar acerca de cómo Jesús se me cameló haciéndose pasar por un buen hombre, cómo me ofreció su casa para pasar la noche y cómo acabó en mi cama con promesas vacías.

—¿Te forzó? —Se atreve a preguntar casi sin voz pasados unos minutos—. Acabaste con él, pero apenas eras una niña.

—Le entregué mi virginidad de forma voluntaria. Le creí, pensé que era un buen hombre que solo quería ayudarme y se había enamorado de mí. —Suelto una carcajada sarcástica—. En realidad era el mayor cabrón con el que me he encontrado. Una vez descubrió mi pasado empezó a amenazarme con llevarme a los servicios sociales si no me doblegaba ante sus peticiones.

Los recuerdos de esos días me agrian el estómago. Su forma de enseñarme a practicar el sexo, la de mandarme a visitar a sus clientes, las noches de degradación progresiva...

—Durante un tiempo nadé a la deriva —admito—. Me sentía sucia y necesitaba salir de esa situación. Hasta la aparición de Esmeralda en mi vida no conseguí empezar a buscar una forma de escapar. Ella me ayudó a darme cuenta de que lo sucedido no era culpa mía. Era una de las bailarinas del local, una de las veteranas. Un día se acercó a mí tras una de las palizas de Jesús y me habló con el corazón en la mano. Ya había cumplido los dieciocho, pero todavía seguía atada a él por miedo. Si no llega a ser por Esmeralda jamás lo hubiera logrado.

—A veces hay personas de tu entorno que te sorprenden positivamente.

El móvil pita para anunciar la hora de la clase. Me levanto de un salto, me desprendo como puedo de la melancolía y empiezo a caminar seguida de Dan hacia el centro de buceo mientras termino la historia explicándole mi plan de fuga, pero omitiendo la cantidad de dinero que le robé a Jesús de la caja fuerte.

Cuando llegamos al centro de buceo mis últimas palabras se diluyen entre los pasos necesarios para preparar el equipo mientras Dan habla con el instructor para arreglar su salida con nosotros, pero Jordi se niega en redondo a dejarle subir a la barca.

Discuten durante un rato, hasta la aparición del jefe de Jordi, quien se pone de su parte.

Acabo subiendo a la barca con mi equipo y sin Dan. Él se queda en la playa muy molesto por la situación. Ha decidido volver al hotel para intentar recuperar su inmersión de hoy.

A medida que nos acercamos al sitio donde he de tirarme con las chicas siento cómo me sube un nerviosismo extremo desde el estómago hasta la boca. Los recuerdos de ayer me bombardean. Pero me armo de valor, me coloco el chaleco y sopro para serenarme.

Veo cómo Jordi salta al agua y le siguen las chicas. Estoy sentada en la parte de arriba de la barca, en el borde, buscando el coraje para dejarme caer en el agua. Respiro con aceleración, me sudan las manos y trago saliva con demasiada frecuencia. Siento los oídos pitarme. Y la mandíbula está tan prieta que es como si las orejas hubieran subido hacia arriba, como si quisieran tocar el cuero cabelludo.

—Geni, te toca —dice Jordi desde el agua.

Inspiro con pesadez, en busca de serenar mi corazón. Exhalo por la boca con muchísima lentitud. Pero cuando termino sé que soy incapaz de tirarme al agua. Los recuerdos de ayer me asaltan de forma indiscriminada.

—No puedo. —Niego con la cabeza bajando al banco de la barca—. Lo siento, no puedo.

La insistencia de Jordi y mis compañeras topa con mi total negación y acabo estirada en la proa de la barca en bikini y con la única compañía del marinero filipino.

No estoy capacitada para mantener una conversación, así que me aíso cerrando los ojos y me rindo al ataque de llorera que me invade al darme cuenta de mi debilidad a la hora de vencer el miedo.

Me da tanta rabia que la saco en forma de lágrimas.

Cuando las chicas vuelven a bordo están excitadísimas por la primera inmersión de hoy. Leo en sus sonrisas su emoción y me derrumbo de nuevo, aunque intento disimularlo con una sonrisa falsa.

Pero tras cambiar las botellas de los chalecos para la segunda inmersión del día vuelvo a sentirme a punto de explotar de ansiedad. Las lágrimas vuelven a humedecerme los ojos por la frustración de no ser capaz de vencer el miedo y de escuchar cómo Jordi me pide que no me quede en la barca.

Una hora después desembarco en la playa enfadada conmigo misma, con la situación, con mis miedos absurdos. Jordi no ha encajado demasiado bien lo sucedido y apenas me habla, se limita a conversar con mis compañeras, pero se muestra un poco ausente y molesto.

Mientras guardo el equipo me recrimino mi forma de actuar. Yo no soy así, no me dejo vencer por las circunstancias sin luchar. Por eso cuando el instructor me ignora a la hora de quedar con mis compañeras para pasar el examen la ira aumenta de intensidad. No pienso dejarlo pasar, yo he pagado el curso entero, no quiero perder a oportunidad de sacarle partido ni de poder obtener mi título cuando me sienta preparada.

Me acerco a él en tres zancadas rápidas.

—Yo también quiero hacer el examen —suelto en un tono serio—. Voy a sacarme el Open Water tarde o temprano.

—Solo tienes doce meses para realizar las inmersiones que te faltan...

—¡Pienso hacerlas cuanto antes! Y he pagado por un curso completo.

—Está bien —acepta sin demasiado entusiasmo—. Vuelve a las seis.

Me despido de las chicas para ir al hotel en busca de Dan.

Le encuentro sentado a una mesa del bar, intentando encontrar la cobertura perdida. Es reconfortante explicarle lo sucedido y no descubrir una expresión desilusionada en su rostro. Mientras comemos juntos le quita importancia y me promete ayudarme a encontrar un mejor instructor para las dos inmersiones que me quedan.

Al terminar caminamos juntos por la arena rumbo a mi centro de buceo para enfrentarme al test con las chicas. Lo pasamos todas juntas, compartiendo las respuestas en voz alta, convirtiéndonos en una piña capaz de aprobar con buena nota.

Encuentro a Dan tomándose una cerveza sentado a la barra que hay frente al centro de buceo cuando salgo del aula con mi nota positiva bajo el brazo.

—¿Preparada para una cena en buena compañía? —Me da un beso en la

mejilla que dispara una ola de calor propagándola por mi cuerpo hasta explotar en medio de mis piernas—. Has aprobado el examen, ahora solo te quedan un par de inmersiones y podremos hacer salidas juntos.

—¡Prometo conseguirlo!

—Confío muchísimo en tus capacidades. —Me guiña un ojo—. He reservado en el restaurante Exotic, al lado de nuestro hotel. Y he pedido la barca para mañana a las nueve treinta. —Le dedico una sonrisa complacida—. ¡Ah! También me he tomado la libertad de reservar en un hotel de Malboal que tenía una pinta increíble. —Baja mucho la voz—. Me queda claro que no tienes tarjeta de crédito, pero yo sí y prefiero ir con reserva.

—Me parece genial. Eres un perfecto compañero de viaje.

La despedida con las chicas se posterga hasta mañana a primera hora cuando nos ha citado Jordo para recoger la documentación acreditativa del curso de buceo y desayunar juntas antes de separarnos.

—¿Lista? —Dan entrelaza sus dedos con los míos en un gesto de lo más natural—. Estoy muerto de hambre.

—Vamos. —Empiezo a caminar—. Yo muero de curiosidad por conocer tu historia.

—Al lado de la tuya no es nada...

—¿Crees que te voy a dejar rajarte? —Suelto una carcajada—. Ni lo sueñes.

Capítulo 20

Dan

Malapascua, agosto 2017

La noche se estropea con una lluvia torrencial y me felicito por haber elegido el restaurante contiguo a nuestro hotel para cenar.

Con el paraguas plegable que llevo en la maleta la recojo en su habitación. Se ha cambiado los shorts y la camiseta por un vestido ajustado que termina a la mitad de los muslos, mostrando sus kilométricas y bronceadas piernas. Le queda espectacular. Le marca los pechos perfectos, su figura escultural, el culo prieto y redondo, el vientre metido y plano...

Observo casi sin aire la melena suelta sobre los hombros, con un par de pinzas pequeñas con brillantitos recogiénola para que no le caiga a la cara. Esos ojos resplandecientes maquillados con un poco de rímel para aumentar su penetrante color. Los labios con carmín muy rojo pasión.

¡Joder! Me pongo duro con una simple mirada.

Una sonrisa de felicidad cruza su cara cuando descubre el paraguas.

—¡Eres un hombre de recursos! —Baja los escalones con los pies desnudos y las sandalias en la mano—. Pensaba que llegaría empapada al restaurante.

—Me alegra ser tu salvador. —La abrazo para mantenerla bajo el paraguas—. No iba a dejar que una dama como tú se mojara. Eso sería muy maleducado por mi parte.

—¿Intentas seducirme? —Su voz aterciopelada me acaricia despertándome fuego entre las piernas—. Porque te advierto que no soy una presa fácil.

—Solo evito morir de hambre.

—Ya...

Se carcajea cuando empezamos a caminar por la arena bajo el aguacero.

A pesar del paraguas las gotas consiguen posarse en nosotros con facilidad, sobre todo en las piernas.

La ciño más a mi cuerpo con la necesidad de sentirla. Esta mañana, mientras me contaba su historia, me he sentido muy cerca de ella y he descubierto cómo me gusta su forma de ser. Es una superviviente con agallas para afrontar su pasado, ha logrado escaparse de cada situación complicada de su vida y ha luchado por mantener la cordura.

Quizás fue *stripper*, pero dentro de su cuerpo anida un alma rebelde, con una fuerza capaz de capear cualquier temporal.

Me atrae.

Me gusta.

La deseo.

Es como si la conociera desde siempre o la hubiera estado esperando durante toda mi vida, Aunque negaré haber pensado semejante ñoñería ante cualquiera, tengo la certeza interior de que ella es importante en mi vida. Por eso le he propuesto seguir el viaje juntos, para no dejarla escapar. Esa idea me ahogaba.

Llegamos al restaurant Exotic entre risas, bastante mojados y con ganas de pasar una velada agradable.

Cuando he de soltarla siento cómo mi cuerpo se queja casi gritándome. Cierro el paraguas, lo dejo apoyado en una silla de la mesa que nos asignan y ocupo un sitio enfrente de ella.

—Suerte del calor. —Se sacude un poco el vestido antes de sentarse—. Si no llega a hacer esta temperatura mañana estaríamos para el arrastre. Soy un poco flojilla con el frío, enseguida se me mete en el cuerpo y me constipo. ¡Odio los mocos! No me dejan dormir, me tapan la nariz, se me pone roja a lo Papá Noel... Creo que nunca más voy a vivir en un lugar con invierno marcado, prefiero el trópico. Sol, calorcito y paz.

—Tarde o temprano me tocará regresar a Sídney. —Tuerce un poco los labios como si esa realidad le molestara y yo me uno a su gesto porque siento lo mismo—. ¿Te imaginas que pudiéramos vivir siempre así? Viajando sin rumbo fijo, solo siguiendo nuestros deseos en un sitio tan maravilloso como Filipinas. Sería un sueño. Pero acabaríamos echando en falta la estabilidad, el trabajo, la familia.

—Yo no tengo nada de todo eso. —Compone una sonrisa tan triste que me duele haber pronunciado la última frase—. Ni familia ni trabajo ni un lugar

al que regresar... Solo un ex cabrón capaz de arrancarme el corazón si me encuentra algún día y el miedo a que lo haga. Aunque está en la cárcel tiene recursos. Mi única forma de sobrevivir es quedarme en un lugar así de por vida, sin identidad, sin papeles y sin dejar rastros. Establecerme en una de las islas, buscar la forma de montar algún negocio o trabajar de camarera con mis papeles falsos. —Sopla por la boca antes de componer una sonrisa y cambiar el tono solemne por uno más distendido—. Porque lo de instructora de buceo va a ser que no. —Coge la carta con las dos manos, crispando los dedos en ella—. No es un mal plan, la verdad.

—Conseguirás una familia algún día. —Le aprieto la mano en un gesto improvisado—. Y estabilidad, ya lo verás.

—Eso espero. —Suspira—. El tiempo es un buen aliado para conseguirlo, pero no me engañe, Dan. Eso sería una estupidez. Jesús no es de los que desisten y le robé mucha pasta. Nunca dejará de contratar a gente para buscarme.

—Él te quitó muchísimo más. —Le salen unas arrugas en la frente cuando tensa los músculos faciales—. Se llevó tu inocencia, tu juventud, la capacidad de decidir a quién amar, tu dignidad durante un tiempo. Te mereces ese dinero más que él.

—Pero yo me entregué a él de forma voluntaria. Nunca me forzó.

—Engañarte y chantajearte para conseguirlo equivale a decir no. —Uno de mis dedos ha empezado a acariciarle la mano que no he soltado en ningún momento—. Él era adulto y tú una niña. Te obligó a acostarte con él con mentiras, te maltrató y te exigió que te convirtieras en *stripper* a los dieciséis. No le debes nada, solo odio.

Se suelta de mi mano en un gesto un poco brusco y desvía la mirada hacia la oscuridad de la noche. Sus ojos muestran algo oculto, como si hubiera una parte escondida en su historia que se guarda y hacerlo la angustiara demasiado.

Durante unos minutos nos dedicamos a leer la carta en silencio, escuchando el repiqueteo de la lluvia que poco a poco amaina.

Tras unos momentos de tenso mutismo me decido a romperlo para proponerle compartir unos cuantos platos y probar diversos guisos hasta reventar. Ella suelta el aire con suavidad por la boca antes de asentir con una sonrisa.

La camarera se acerca para tomarnos nota. Su expresión muestra sorpresa cuando recito los platos elegidos, incluso nos advierte de que es

demasiada comida para dos. Sin embargo, no pone pegas ante mi discurso acerca de nuestra intención de probar la estupenda cocina del chef.

—¡Nos hemos pasado! —Jenny acompaña su exclamación con una carcajada cuando nos quedamos a solas de nuevo. Por fin la intranquilidad ha desaparecido de su rostro—. Si nos acabamos todo eso iremos rodando a la cama.

—Por traspasar los límites una noche no pasa nada. Además, no tenemos ninguna obligación de acabárnoslo todo. La idea es probar nuevos sabores.

—Como mañana no me entre la ropa me acordaré de ti.

—Espero que bien. —Le guiño un ojo—. No me gustaría estar en tus malos pensamientos.

—Gracias por no juzgarme por mi pasado. —Sonríe con intensidad regalándome un calentón en la entrepierna—. Nunca había hablado con nadie de ello ni siquiera con Esmeralda. Ha sido liberador, como si me hubiera quitado un poquito de peso de encima.

—No debes ser tan dura contigo misma. Tu pasado es jodido, pero lo más importante es que lo estás superando. Has luchado para dejarlo atrás y eso demuestra tu valentía, tu coraje y tu verdadera forma de ser.

—Imaginaba que explicarlo en voz alta sería más difícil. Contigo no me cuesta, siento como si te conociera desde siempre. —Espira por la boca y se humedece los labios antes de curvarlos hacia arriba—. Y no es cierto, apenas sé nada de ti.

—Eso me recuerda que te debo mi historia. ¿Preparada para que la realidad supere la ficción? Crímenes, pasiones, robos...

—No quepo en mí de ansiedad. —Acompaña su tono jocoso juntando los labios, lanzándome un beso y apoyando la barbilla entre sus manos, tras descansar los codos sobre la mesa. Parpadea un par de veces con picardía—. Será como estar leyendo una novela de misterio. ¡Dale suspense a la trama!

—Lo intentaré. —Suelto una carcajada—. Vamos a empezar por lo fácil. Mi nombre real es Daniel Tate...

—¿En serio? —Me corta con un fingido gritito de alucinada—. No lo sabía... Solo me has repetido unas seis veces tu apellido para asegurarme que es el mismo del de nuestro Daniel.

—Cierto. —Asiento sintiéndome estúpido. Pero ante una sonrisa de ella me relajo—. Viajé a Filipinas bajo una identidad falsa. En teoría Dan Tate está muerto.

—¡Esto se pone interesante de verdad! Los dos tenemos documentación

falsa y estamos aquí de incógnito.

—La mía es real, pero con nombre falso. Me la proporcionaron los federales de mi país tras fingir mi muerte en un accidente de coche. —Observo cómo abre los ojos con sorpresa—. Era importante para tenderle una trampa a mi madrastra y enchironar a toda su organización. Para eso debía morir y no aparecer en escena en los próximos meses. Aunque te confieso que esa parte es la más jodida de todas porque no quiero estar en la inopia mientras mi familia está en peligro.

Se pasa la lengua por el labio inferior mordisqueándolo a la vez.

—Me he perdido. ¿Por qué querían meter a tu madrastra en la cárcel? ¿A qué tipo de organización pertenece? ¿Y a santo de qué necesitaban alejarte de Sídney? —Niega con la cabeza—. Es un poco complicado entenderte si no me lo cuentas desde el principio.

—El principio... —Tiene razón, debería ordenar mi cabeza antes de hablar porque no acabo de hacerlo en un orden lógico—. Todo empezó cuando Rachel se cruzó en el camino de mi padre. Ese fue el verdadero inicio de esta locura. Si ella no hubiera aparecido de la noche a la mañana en la empresa con un título de Harvard para solicitar un empleo mis padres seguirían juntos, él no estaría muerto, yo continuaría dirigiendo la Tate Enterprises y mi vida sería la de siempre, sin cambios a la vista. —Me acaricio la barbilla con la mirada ausente—. Aunque entonces no habría descubierto lo de Sam ni te hubiera conocido.

—¿Sam? —Obvia mi última frase—. ¿Quién es Sam?

—Me estoy explicando fatal. —Me froto los ojos con una mano. No entiendo por qué estoy tan nervioso, al fin y al cabo ella me ha contado su pasado y el mío no es ni por asomo tan duro como el suyo—. Éramos una familia feliz antes de que Rachel apareciera en nuestras vidas. O como mínimo todo lo feliz que se puede ser. Mis padres tenían un matrimonio estable, la empresa obtenía beneficios más elevados cada año, mi hermana pequeña, Keira, se casó con Bill, mi mejor amigo, la mayor, Samantha, se sacó una carrera de ingeniería informática y trabajaba conmigo en Tate Enterprises, aunque entre nosotros existía una relación tirante. Pero siempre ha sido así, Samantha es una persona complicada. —Inspiro un poco de aire para destensar la mandíbula y los músculos apretados—. En general mi vida era perfecta.

—Siempre deseé tener una familia más amplia —musita ella con una sonrisa—. Eres afortunado. Hablas de tus hermanas con cariño.

—Son importantes para mí. También lo era mi padre, él me enseñó todo lo que sé, fue mi mentor en la empresa y me ayudó a conseguir mi sueño. Desde niño mi única aspiración era ser como él, luché muchísimo para demostrarle mi valía a la hora de dirigir la empresa. Cuando llegué al puesto fue como si acabara de escalar el Everest sin oxígeno. Sentí un subidón increíble.

—Pero si eres muy joven. ¡No tardaste nada en llegar a la cima! ¿No hubo un poquito de tongo? Ser el hijo del jefe debió ayudar...

—Llevaba desde los dieciséis preparándome para conseguirlo. —Intento no imprimir decepción en mi voz. No me gusta lo que insinúa, pero la entiendo, no dejo de ser joven para un puesto así—. Iba a trabajar cada tarde después del colegio, leía libros de economía y de empresa, aprendí a interpretar balances a los diecisiete y me metí de lleno con las cotizaciones en bolsa a los dieciocho. Dos años después sabía preparar un *business plan* con los ojos cerrados y dominaba las finanzas de la empresa. Había estudiado los estados financieros de los años anteriores, los presupuestos, sus desviaciones y las razones por las que una línea de actividad fracasaba o era catapultada a la fama. Adoraba aprender del pasado para proyectar negocios futuros.

La camarera me interrumpe trayendo las bebidas. He pedido una cerveza y me la llevo a los labios para humedecerlos con la cebada.

—Me has dejado sin palabras. —Jenny se llena el vaso con Coca-Cola y le da un sorbito—. No me parecías un cerebritito.

—¡Y no lo soy! No logré aprender sin meterle muchas horas y ganas. Lo único bueno es que me perdía la ilusión de conseguir ser el mejor y no me costaba dejar mi vida social de lado para empaparme de la empresa. Cuando llegué a la universidad me saqué las asignaturas sin esfuerzo porque me sabía la gran mayoría de los temas.

—Así que eras un muermo.

—Tanto como eso... —Una risotada distendida se escapa de mis labios—. Salía alguna vez por ahí, tenía amigos y una que otra chica pasó por mi cama. ¡No era un monje! Incluso tuve una novia durante siete meses.

—Eso me tranquiliza un poco —se mofa—. Pensaba que no te habías estrenado.

—Mi vida era Tate Enterprises desde que mi padre me llevó por primera vez a su despacho a los seis años. Pero también tenía amigos y aficiones. Mientras me sacaba la carrera entré a trabajar en otra empresa del sector como becario para acabar de prepararme. En cinco meses llegué a un puesto

importante dentro del departamento financiero y dos años después me ofrecieron la dirección de una división de la empresa. Entonces mi padre hizo una contraoferta irrechazable. Y fue el momento más alucinante de mi vida. Por fin iba a entrar en Tate Enterprises por la puerta grande, por méritos propios y no por mi apellido.

—Suenan increíble. —Deja el vaso con el que lleva un rato jugando sobre la mesa, se apoya en el respaldo, sube las piernas y se las abraza por las rodillas—. Tener una pasión tan intensa, quiero decir, y una meta clara. Yo todavía no tengo ni idea de qué quiero hacer con mi vida. De niña deseaba ser bailarina y ya ves donde me llevó esa ilusión.

—A veces el destino te sorprende. —Recuerdo mi primera conversación con el agente Mauger y sacudo la cabeza—. Hay situaciones que te muestran la cara amable de alguien en quien perdiste la fe. Y entonces aprendes a soñar de nuevo en recuperar parte de la felicidad perdida.

—Cuando Esmeralda se acercó a mí después de verla a diario durante casi dos años me costó mucho confiar en ella. Pero a medida que pasaron los días descubrí su verdadero interés por mí. Si no llego a darle esa oportunidad seguiría en manos de Jesús. —Aprieta los labios—. A veces debemos confiar en los demás.

Como estamos haciendo ahora...

Desde que ha aparecido no me reconozco. He dejado de lado al Dan sensato y reservado para lanzarme a contarle mi vida. Incluso le di mi verdadero apellido desde el primer instante y apenas me he percatado de ese detalle hasta hace un rato.

Recorro su rostro con los ojos. Mantiene una expresión tierna, como si con ella me alentara a deshacerme de la prudencia para abrirle mi corazón en canal.

—Pensaba que mi padre había muerto de forma natural, pero hace poco los federales me revelaron la verdad. Rachel no se acercó a él por casualidad, fue un acto premeditado para arrebatarse la compañía. Trabaja para una organización que trafica con secretos tecnológicos y Tate Enterprises le parece muy atractiva para expandirse.

—Suenan a peli de espías.

—Cierto. —Sacudo la cabeza—. Pero en realidad se trata de mi vida. Rachel no solo rompió el matrimonio de mis padres y envenenó a mi padre después de seducirle y casarse con él. También me arrebató mi puesto de trabajo con chantaje, fabricando pruebas para probar un desfalco que nunca

hice. Y se asoció con Sam. O es lo que creía.

—¿Sam es Samantha? ¿Tu hermana?

—La misma. No nos llevamos demasiado bien, tiene un carácter difícil.

—Para decirlo de una forma suave, pero no hace falta darle más detalles—. Sin embargo,, si ella no llega a intervenir ahora no tendríamos la posibilidad de cazar a esos malnacidos.

Las palabras de Mauger me vienen a la memoria, junto a cada una de mis reacciones. Tardé un rato en aceptar sus revelaciones y claudicar ante su plan. Y a veces todavía me fustigo en silencio por no dar credibilidad a esa opción por absurdos prejuicios.

—De niña siempre le pedía una hermanita a mi madre. —Le da un sorbo a la bebida—. No quería regalos para Navidad ni para mi cumpleaños, solo deseaba tener una hermana.

—A Sam la juzgué mal durante muchos años y ahora me arrepiento. Ella fue la que detectó el juego sucio de Rachel y la denunció a los federales. Si no lo llega a hacer no habría una empresa que salvar. Se lo contó a mi padre, consiguió hackear a Rachel y obtuvo muchísima información para meterla entre rejas, pero no logró salvarlo ni reunir las suficientes pruebas para trincar a la cúpula de la organización.

—Estamos llegando al meollo del asunto. ¿Te he dicho que adoro los *thrillers*? Siempre me apuesto conmigo misma lo que pasará y es curioso porque acierto en un gran número de ocasiones.

La música que sale de los altavoces reproduce la canción que bailamos ayer. *Despacito*. Curvo los labios en una sonrisa al descubrir cómo empieza a mover los hombros y el tronco del cuerpo a su ritmo. Y me doy cuenta de que tenía razón, es la canción del momento.

—Rachel se enteró de que alguien había entrado en su ordenador — prosigo sin dejar de mirarla con devoción y mis pies empiezan a repiquetear en el suelo siguiendo el compás—. Enseguida sospeché de Sam. Los federales no podían dejar que la investigara porque mi hermana les estaba consiguiendo mucha información y se había hecho amiga de Rachel para infiltrarse en la organización. Estaba a punto de conseguirlo. No podíamos dejarla con el culo al aire.

—Así que te echaste la culpa y te hicieron volar por los aires para protegerla a ella y a ti, porque una organización así no te iba a dejar con vida después de descubrir que les habías hackeado.

—¡Acabo de comprobar tus dotes detectivescas! —Aplaudo con

entusiasmo—. Recordaré toda la vida la rabia de la cabrona de Rachel cuando me llamó por teléfono. Hay micros y cámaras en el despacho de Sam, los dos lo sabíamos y fingí que le entregaba el USB con una parte de la información que ella había recabado para conseguir mi vuelta a la empresa. Rachel lo vio todo en directo.

—Imagino su cara al descubrirlo.

—Pensaba que Sam era una mujer sin escrúpulos. Odiaba su amistad con Rachel, su forma de tratarme, cómo la apoyó cuando quiso sacarme de mi puesto. Nunca imaginé que en realidad estaba intentando cazarla. Eso es lo que de verdad me preocupa, mi falta de fe en ella, el creerla capaz de algo tan horrible como perdonar a Rachel por destruir nuestra familia.

—Es difícil juzgar a la gente. Cuando me escapé del centro de menores de Bilbao no fui a pedir ayuda a ninguna de mis amigas del colegio. Ni se me ocurrió. Y una vez en Barcelona nunca las busqué ni volví a contactar con ninguna ni pensé en acudir a ellas para deshacerme de Jesús.

—Imagino que en tu situación tampoco podías hacer mucho.

Mira hacia el infinito un segundo, se quita un mechón de la cara y compone una sonrisa melancólica acompañada de un suspiro.

—La primera vez que Jesús vino a mi cama solo sentí miedo. No estaba enamorada de él ni quería dar ese paso, pero me había rescatado de la calle, me dio un lugar donde vivir, un trabajo. Me alimentó, me vistió y me colmó de atenciones. —Siento su dolor como si fuera el propio—. Y sus palabras fueron bastante convincentes. Si quería seguir protegida debía darle algo a cambio. Así de simple. —Sus ojos se llenan de unas lágrimas que contiene para no derramarlas frente a mí—. Vendí mi cuerpo, eso es lo que hice. Comercié con lo único que tenía para sobrevivir y no hay día en el que no me sienta sucia. Cada vez que me tocaba era un atentado contra mis principios y al final dejé de sentir. Me entregaba dejando mi mente fuera, actuaba como una autómatas, aprendía todo cuanto me enseñaba como si solo se tratara de un acto frío y exento de sentimientos. —Se limpia los ojos con el brazo y suelta un suspiro—. Era más fácil no volver a pensar en mi pueblo ni en la gente que dejé allí. La inocencia de mi niñez había desaparecido, ya no quedaba nada de esa jovencita que bailaba por las calles, siempre feliz. Me había convertido en alguien despreciable.

—No fue culpa tuya. —Le cojo las manos sobre la mesa—. Apenas tenías edad para decidir, estabas sola, asustada y atrapada. En realidad fuiste valiente porque conseguiste salir adelante a pesar de los abusos, y te has

librado de él.

—¿Hasta cuándo? —Sus ojos reflejan pánico—. A veces me pregunto si va a encontrarme, si Esmeralda le habrá contado algo bajo coacción, si un día me dará la vuelta y me enfrentaré a su mirada. Es un hombre con contactos y no es de los que olvidan.

—Filipinas tiene más de siete mil islas, ¿cómo iba a encontrarte? Aunque tu amiga se lo haya explicado es muy difícil seguirte el rastro si no usas ninguna tarjeta de crédito. Podrías estar en cualquier parte.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza sorbiendo por la nariz—. Estoy a salvo. —Se pasa la lengua por el labio superior, se muerde el inferior por un lado y espira—. ¿Sabes? La primera vez que soñé con Diego forzando a Eugenia lo sentí en mis propias carnes. Fue la noche antes de desaparecer de Barcelona, como si el destino siniestro saltara de la una a la otra.

La camarera se acerca con nuestros platos y ella aprovecha ese impase para recomponerse.

Cambiamos de tema para dejar atrás la seriedad de nuestra última conversación y nos adentramos en terrenos menos pantanosos. Me es sencillo hablar con ella de cualquier cosa. Es una mujer divertida, sensible, entretenida y con un gran sentido del humor.

Antes de regresar al hotel decidimos pasear un poco. Ha dejado de llover y el olor a tierra húmeda nos acompaña cuando nos detenemos en varios recodos a hacernos algunos selfies divertidos, sin dejar de reír como dos colegiales. Ideamos fotos llenas de muecas, ilusiones y carcajadas. Nos acercamos al mar para mojarnos los pies y usamos el flash para darle vida a la escena. Saltamos con el móvil en la mano para immortalizar el momento en que nuestros pies no están en el suelo, usando el flash para iluminar la hazaña. Nos estiramos en la arena para hacernos un primer plano con el mar de fondo, y como todavía está húmeda acabamos llenos de una masa compacta y mojada.

Sin dejar de reír iniciamos el retorno al hotel alejándonos de la orilla.

—¿Nos subimos a la barca? —Jenny señala la enorme embarcación filipina que hay en el camino, sobre la arena—. Podríamos llegar hasta los troncos que hacen de patín y disparar una foto en lo alto. ¡Seguro que queda alucinante!

—Contigo se palpa el peligro. —Asiento sin pensármelo demasiado—. Pero has despertado al intrépido que hay en mí. Nunca había hecho este tipo de locuras.

—Eras un muermo, Dan. ¿Cómo puede uno obsesionarse tanto con el

trabajo como para dejar de lado la diversión? —Sacude la cabeza con una expresión pícaro—. Deberíamos cambiar esa forma tan seria de vivir.

Tardamos lo nuestro en conseguir subirnos a la barca. Lo hacemos carcajeándonos como dos adolescentes mientras trepamos por la parte sólida y reptamos con cuidado por las cañas que crean los balancines de la bangka. Por suerte no están demasiado mojadas. Al fin conseguimos sentarnos en la caña de la punta. Es bastante inestable, así que levanto la mano con el móvil, la alejo al máximo de mí y disparo una foto conservando un precario equilibrio.

—¿Otra? —Jenny junta los moros para resultar graciosa. Mi cuerpo se agita al imaginarme besándolos—. Dame el teléfono y cópiame. Esta foto la sacaré yo.

Cuando el flash inmortaliza el momento el móvil se le resbala un poco de la mano. Se mueve con brusquedad para no dejarlo caer a la arena, se desestabiliza y consigue que la barca se balancee lanzándola al suelo.

—¡Jenny! —grito descolgándome con cuidado para arrodillarme a su lado—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Mañana tendré un morado, pero no me he roto nada. —Se ilumina la cara con la linterna del móvil dedicándome una mueca graciosa. sus labios se curvan en una sonrisa tan radiante que apenas consigo contener mi deseo—. Son gajes del oficio del gamberro. La buena noticia es que tendremos una foto alucinante.

Está boca arriba, con la respiración un poco acelerada por el susto, mirándome con chispas de ansiedad en los ojos y de algo más que no quiero analizar. Baja el brazo dejándonos otra vez en la penumbra y nos quedamos unos segundos en silencio, sin movernos, como si un halo mágico acabara de detener el tiempo para dejarnos suspendidos en un limbo donde solo importamos nosotros dos.

Acercó la cara a la suya por inercia, sin pensar en lo que estoy haciendo. Es como si sus labios fueran un imán para los míos y nada me alejara del magnetismo.

Unos segundos antes de llegar a tocarla leo indecisión en sus ojos, como si no esperara este gesto.

Sin previo aviso se incorpora quitándose la arena de los brazos. Me separo de ella obligado por las circunstancias, con el deseo flotando en el aire, casi electrificándolo.

Se levanta con rapidez, se acaba de sacudir la ropa y se gira.

—Te reto a una carrera. —Su tono de voz esconde inquietud—. El último

paga la comida de mañana.

Empieza a correr sin esperarme. En menos de tres zancadas la he atrapado y la sobrepaso con rapidez. Ella me agarra de la camiseta riendo para evitar mi avance rápido.

—¡Eh! ¡Eso no vale! —Me uno a sus carcajadas dejando atrás el nerviosismo—. No estás jugando limpio.

—No pienso pagar la comida.

Seguimos riendo mientras intentamos ganarnos en nuestra carrera hacia el hotel. La risa nos acompaña hasta llegar frente a su habitación. Entonces nos quedamos callados de golpe, mirándonos uno frente al otro.

Levanto la mano para acariciarle la mejilla con un cosquilleo inusual en los dedos. Ella se muerde el labio inferior con un suspiro ahogado y entrecierra los ojos.

Tras unos segundos acariciándole la piel, Jenny da un paso atrás y compone una sonrisa tensa.

—¿Vas a venir conmigo a desayunar al centro de buceo mañana? —pregunta casi susurrando—. ¿O prefieres quedar aquí a las nueve y cuarto?

—Prefiero quedarme. —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja antes de bajar el brazo—. No me han caído demasiado bien en ese centro. Además, necesito descansar.

—Bien. —Otro paso apartándose de mí—. Te veo aquí entonces. —Se da la vuelta para caminar hacia las escaleras—. Buenas noches, Dan.

—Buenas noches, Jenny.

La observo entrar en la habitación y me quedo unos segundos rebajando la intensidad de mi deseo. Ella me enciende con una simple mirada, su presencia en sí ya es el preludio de la excitación máxima.

Y no lo entiendo.

Apenas nos conocemos.

Capítulo 21

Eugenia

Manila, julio de 1892

La ilusión consigue curvarme la boca en una amplia sonrisa de felicidad.

Durante los últimos años solo he tenido contacto con madre y Cristina a través de las cartas que nos enviábamos con regularidad y ahora por fin voy a verlas de verdad, a poder abrazarlas, a hablar con ellas, a tenerlas un tiempo para mí sola.

El puerto está a rebosar de personas, con la vivacidad de siempre, los sonidos intensos y el olor característico que me obliga a arrugar la nariz cada pocos minutos.

Mis ojos se entretienen en Daniel un segundo y los recuerdos de mi primera visita a este lugar me sacuden. Es como si en estos últimos siete años nos hubiéramos convertido en personas muy diferentes, como si el tiempo se hubiera ensañado con nuestros corazones llenándolos de esperanzas rotas, de sentimientos, de instantes plenos y de otros de dolor inmenso.

Daniel se mantiene a una distancia prudencial, con la mirada perdida en los barcos y un semblante ansioso. Lleva así desde ayer por la tarde, tras regresar de una visita a su amigo Andrés Bonifacio de la que no me ha querido contar nada. Me gustaría saber qué le sucede, acceder a su mente para extraer esos pensamientos llenos de inquietud, pero nada me faculta para hacerlo. Lo nuestro es algo imposible, un amor prohibido, exento de posibilidades de unirnos algún día.

Sin embargo,, tengo el oscuro presentimiento de que esa visita lo cambió todo, como si en poco tiempo nuestra rutina fuera a desaparecer para siempre.

Los últimos años hemos mantenido una relación llena de necesidad y de amor imposible, de sentimientos compartidos, pero somos incapaces de

avanzar por culpa de la situación. Nuestros cuerpos se anhelan desde hace demasiado tiempo. Cuando le tengo cerca siento un fuego arder en mi piel que se precipita hacia mi entrepierna llenándola de avidez. Es como si su presencia me convirtiera en una fogata deseosa de sentir sus caricias.

Si me roza sin querer es como si miles de pequeñas detonaciones se dispararan en ese punto de mi piel para expandirse por cada espacio de mi cuerpo.

Pero no puedo dejarme llevar por mis sentimientos. No tenemos esperanza porque me debo a una promesa y a la extorsión de Diego. Y jamás daré un paso para privar a madre de las comodidades necesarias para proseguir con su vida.

Si lo hiciera, si me permitiera yacer con Daniel y mi marido lo descubriera sería incapaz de enfrentarme a las consecuencias con dignidad. Lo perdería todo, incluso mi cordura. Por eso no me permito soñar ni imaginar un mañana mejor ni traspasar la línea de la amistad con Daniel. Aunque cada una de mis respiraciones son solo para él y muero en el tormento del deseo insatisfecho que me invade al estar a su lado, con una necesidad dolorosa de tocarlo, darle permiso para entrar en mí y apoderarse de cada fibra de mi ser.

Las ausencias de Diego en La Carolina se alargan más con el paso de los años, por eso Daniel y Jaime nunca se han movido de la buhardilla y se han convertido en unas presencias fijas en la casa grande. Mientras mi marido permanece lejos me veo con Daniel cada noche en nuestro árbol o en mi estudio, sin descuidar los encuentros casuales durante el día.

Se lo he contado todo. Cada una de las vejaciones de mi marido, mis sentimientos, sus intenciones, mi pasado, mis ilusiones marchitas, mis recuerdos ocultos, mis penas y mis alegrías. Hace tiempo decidí otorgarle la potestad de conocer hasta la última migaja de mi alma al ofrecerle lo único posible en nuestra situación: honestidad absoluta.

Es lo único que puedo darle sin faltar a mi promesa.

Y cada día me pesa más esta realidad porque pasar horas a su lado sin tocarlo, dormir a pocos pasos sin sentir su calor en la cama, observar cómo nuestros ojos lanzan chispas cuando nos encontramos sin poder besarlos es el peor de los tormentos.

Jamás he probado el sabor de su boca a pesar de imaginármelo mil veces. Nunca le he sentido pegado a mi cuerpo y la necesidad de hacerlo me ahoga dejándome enferma de anhelo.

Estoy maldita por la perversión de mi marido y quizás no logre curar las

heridas de mi alma ni de mi dignidad herida para entregarme algún día a Daniel sin reservas. Sin embargo, pensar en estar con él no me parece doloroso porque sé que jamás me lastimaría. Quizás por eso ardo por él cada segundo.

Huelo el olor de los granos de café que inunda el puerto cuando unos porteadores empiezan a llevar la mercancía a uno de los cargueros atracados cerca de nosotros. Escucho a los vendedores ambulantes ofrecer sus productos, la jauría de voces llenando el lugar, las sirenas de los navíos que transitan por el agua. Siento la humedad del mar calarse en mis huesos. Y observo con emoción el barco que empieza a acercarse a nosotros.

—Ya vienen —musito casi sin voz, apretándole la mano a mi hija—. Tu abuela y tu tía van en ese barco. Traen a tus primos y un montón de historias de nuestra tierra.

Itziar le lanza una mirada emocionada a Jaime. Él se acerca, le da una palmada suave en la espalda y le sonríe mostrando esos sentimientos puros que le unen a mi hija.

Me parte el alma pensar en los planes de Diego para ella de aquí unos años, cuando alcance una edad más madura, porque entre ella y Jaime existe una amistad sincera que les costará dejar atrás. Por suerte todavía es una niña y les está permitido pasar sus ratos libres juntos, aunque él ha empezado a trabajar para aprender el oficio y cada vez tiene menos tiempo para ella.

La sirena del barco anuncia su intención de empezar el ataque. Una oleada de emoción me recorre el cuerpo cuando mis ojos divisan a madre, Cristina y los niños en cubierta.

Agito la mano sobre la cabeza y lanzo un par de exclamaciones llenas de júbilo.

—¿Es la abuela? —pregunta Itziar—. ¿Y la tía?

—Son ellas. —Las señalo sin ocultar mi felicidad—. ¡Míralas!

Ella da un par de palmas y un grito emocionado.

Mientras se acercan no logro contenerme. Pocas cosas me alegran desde mi boda y esta es una de las más intensas porque llevo mucho tiempo sin verlas.

Daniel se arriesga mucho al acercarse por detrás y rozarme el brazo para transmitirme su presencia y compartir conmigo un pedacito de esa emoción que traslucen mis gestos, mis palabras llenas de dicha, los ojos húmedos por la necesidad de gritar mi alegría a los cuatro vientos.

Ese simple roce dispara un cosquilleo en mi cuerpo, como si varias alas

se agitaran despertando el calor que me golpea entre las piernas.

Le dirijo una mirada de agradecimiento y él me responde con una de sus sonrisas más radiantes, las que solo me dedica a mí.

Me cuesta demasiado apartar la atención de él, rebajar el fuego que me consume, apartar a un lado mi necesidad de seguir conectada a su mirada.

El barco sigue con sus maniobras. Itziar reclama mi atención haciendo mil preguntas, como siempre. Es una niña muy despierta, curiosa y alegre. Suele encontrar la emoción en cada instante, interesarse por cualquier detalle e interrogarnos a su institutriz y a mí con sus mil inquietudes.

Al fin los pasajeros empiezan a descender por la rampa. Mi corazón es como un tambor en el pecho, late con fiereza, hasta hacerse oír en las sienes.

Me acerco con rapidez entre la gente para estar en primera fila cuando llegue su turno de desembarcar. No suelto a Itziar en ningún momento y tanto Jaime como Daniel me siguen a corta distancia.

—¡Madre! —Levanto el brazo al verla aparecer junto a Cristina y mis sobrinos en la rampa—. ¡Hermana!

Suelto a Itziar cediéndole mi lugar a Jaime y corro hacia ellas sin contener la necesidad de abrazarlas. La mirada de madre se llena de lágrimas. Está cambiada, las arrugas le han apergaminado un poco el rostro cansado por la travesía, sus cabellos oscuros se han convertido en grisáceos y ha adelgazado muchísimo. Un estremecimiento angustioso me sacude al verla más de cerca. Las bolsas se agrietan bajo sus ojos y la palidez de su piel es preocupante.

Mi mente se traslada al instante en el que recibí su última carta, donde me comunicaba su visita aceptada de antemano por mi marido. Diego lleva en Bilbao desde mayo y accedió a su viaje tras años de súplicas por mi parte. Había algo extraño en la carta, al leerla tuve un presentimiento que en este instante está calando en mi cuerpo para convertirse en una certeza, una que me destroza de dolor.

Observo a Cristina un segundo. Está muy guapa, el paso de los años y el matrimonio la han convertido en una mujer hermosa, con algo más de peso que antaño, una melena negra azabache recogida en un moño a la moda y un cuerpo ágil enfundado en un vestido precioso.

Al cruzarme con sus ojos sé que mi intuición es cierta. Madre está muy enferma, por eso están aquí. Solo me queda averiguar por qué Diego se lo ha permitido.

Las abrazo entre sollozos al tenerlas enfrente. No logro dejar de

estrecharlas contra mi cuerpo con la necesidad de sentirlas tan pegadas que casi les quito la respiración.

—¡Madre, está usted guapísima! —Las doncellas que las acompañan se hacen cargo de mis sobrinos ante tal despliegue de muestras afectuosas—. Las he echado tanto en falta que me parece un sueño tenerlas aquí conmigo. Filipinas les va a encantar. Es un lugar hermoso, ya lo verá madre, no querrá regresar a Bilbao cuando conozca La Carolina.

Ella sonrío sin perder el brillo opaco de sus ojos, como si estuvieran a punto de derramar su dolor. Me envuelve entre sus brazos con poca fuerza, como si le faltara el aliento.

—Mi niña —musita con palpable emoción—. Nunca debiste sacrificarte por nosotras, pero fuiste una bendición del señor al aceptar las condiciones de Diego. ¿Cómo te ha tratado la vida?

—Bien, madre. Bien.

—¿Usted es mi abuela? —La vocécita de Itziar rompe el momento—. Mi mamá me ha hablado mucho de usted. Dice que es una persona muy buena y que me quiere desde siempre. ¿Es cierto?

La mirada de madre se posa en ella con una ternura increíble. Se inclina con mucha dificultad hasta quedar a su altura y le sonrío.

—Apenas eras un bebé cuando te marchaste de mi lado. —Le acaricia la mejilla sin perder el brillo en los ojos—. Te quiero mucho, pequeña. Me hubiera gustado estar a tu lado mientras crecías.

—¡He tenido a Jaime! —Mi niña señala a su amigo con una de esas exclamaciones tan agudas y felices que la caracterizan. Él se retrae un poco al descubrir los ojos de madre posados en los suyos—. Y a madre, a Daniel, a padre y a muchísima gente. ¡Vivir en una plantación es genial!

—Os agradezco que cuidarais de mi nieta. —Se incorpora con visible dificultad, incluso descubro una mueca de dolor críspar su rostro.

Ellos contestan al cumplido con una inclinación de cabeza.

Mis sobrinos se sueltan de la mano de su madre para correr a descubrir a su nueva compañera de juegos mientras vuelvo a abrazar a mi hermana para sentirla cerca.

—Deberíamos partir. —Daniel se inclina un poco para susurrarme al oído y enseguida me sube el rubor desde la entrepierna hasta calentar mis mejillas—. No tardará en llover.

Miro al cielo asintiendo y él da un paso atrás. Hace un segundo sentía mi piel hormiguar por su presencia y ahora se rebela contra la separación

mostrándose gélida.

—No va a tardar en llover y aquí las tormentas son torrenciales — anuncio señalando la calesa que nos espera a la salida del puerto—. Deberíamos ponernos a cubierto mientras Daniel y Jaime se ocupan de vuestro equipaje.

Madre se limita a asentir acompañándome en dirección al coche de caballos, seguida de los niños y Cristina, quien no les quita los ojos de encima.

—¿Está muy lejos la casa? —pregunta madre sentándose dentro de la calesa cubierta—. Estoy cansada y me iría bien asearme.

Los niños se quedan fuera jugando.

—A poco más de cinco minutos. —Repaso su rostro con la mirada con una creciente sensación de ansiedad—. ¿Se encuentra bien, madre? La veo muy pálida.

No me pasa desapercibido el mohín angustiado de mi hermana al escuchar la pregunta.

—Son achaques de la edad, hija.

—¿Por eso ha venido? —No logro contener un par de lágrimas rebeldes—. ¿Para despedirse? —Le cojo las manos que tiemblan en su regazo—. La he echado tanto de menos... Cada uno de los días de estos últimos años pensaba en usted y sabía que valía la pena permanecer lejos de Bilbao si le conseguía una vida digna.

—Nunca debiste empeñar así tu felicidad. —Leo sufrimiento en su mirada—. Jamás me lo perdonaré. Has aguantado un cruel destino para protegerme y eso es muy noble, hija.

Las primeras gotas de agua repiquetean en el exterior con una fuerza colosal, impulsadas por un repentino aire húmedo y lleno de notas de salitre. Daniel y Jaime acaban de llegar con los baúles cargados en la espalda. Me cruzo con sus ojos a través de la ventana y me siento reconfortada enseguida, como si contuviera un bálsamo para mi corazón herido.

—Lo hago con gusto, madre. —Me llevo una de sus manos a la mejilla como solía hacer de niña y apoyo su palma en la piel para sentir su calidez—. Usted se merece una vida llena de comodidades.

—Rodrigo me contó la clase de hombre que es tu marido. —Le tiembla la voz al ritmo de su labio—. He visto las marcas que deja en las pobres chiquillas a las que asalta por las noches. ¿Te trata igual? —Mi boca emite un gemido casi inaudible de forma involuntaria y ella me mira con tristeza—.

Eugenia, hija, necesito saberlo.

Bajo la mirada al regazo, incapaz de aguantar la suya. El coche se mueve un poco cuando Daniel y Jaime colocan los baúles en el techo y los afianzan con cuerdas. Los niños están con ellos, correteando bajo la lluvia, jugando, riendo, disfrutando del calor y de mojarse sin miedo a resfriados.

—¡Ese animal! —Cristina emite un grito de indignación—. Permite que le entregaras tu vida a cambio de la nuestra. Nunca me lo perdonaré.

—Ni yo —corroboraba madre—. Fue un acto egoísta por nuestra parte. Necesitaba pedirte perdón, hija. Nunca imaginé el grado de maldad escondida en Diego Urzúa. Y si no llego a encontrarme por causalidad con su hermano en la consulta del doctor jamás lo hubiera sabido. Agradezco a la Providencia que por la gracia de Nuestro Señor me permitiera descubrir la verdadera naturaleza de mi yerno.

—Debes haber pasado un calvario —añade Cristina—. Hablamos con un par de las chiquillas a las que fuerza con asiduidad en Bilbao. Les costó mucho confiar en nosotras, pero acabaron por relatar sus experiencias. ¡Ese hombre es un animal! ¡Debería pudrirse en el infierno! —Me mira con lágrimas en los ojos—. Perdónanos por dejarte con semejante demonio, Eugenia. Espero que Dios Todopoderoso se apiade de mi alma por no haber visto la clase de alimaña que es Diego Urzúa.

—Por vosotras daría mi vida. —Les agarro las manos a ambas con una punzada de amor en el corazón—. Os quiero mucho. Me habéis acompañado estos años, sin saberos a salvo no lo hubiera soportado, pero me bastaban vuestras cartas para continuar luchando por ofreceros un futuro mejor. Si pudiera volver a empezar no cambiaría nada, ninguna de mis decisiones.

En este instante se abre un segundo la puerta.

—Señora Eugenia. —La voz respetuosa de Daniel logra acariciarme la piel como si fuera su mano. No puedo dejar de observar cómo las gotas de lluvia repican con furia en su ropa y en su pelo. A pesar de mis pensamientos indecorosos me repongo con rapidez para evitar dar alguna pista a mi familia de los sentimientos que despierta Daniel en mí—. El equipaje está cargado. Cojan a los niños. —Los ayuda a subir uno por uno—. Jaime y yo iremos con el cochero. Estamos demasiado mojados para acompañarlas en el interior.

—Gracias Daniel. —La voz me sale demasiado ronca al comprobar cómo la camisola blanca que suele vestir se aprieta contra su torso transparentándose un poco.

No puedo apartar la vista de él.

Cuando los niños están dentro, acompañados de las doncellas, cierra la puerta y da un par de pasos atrás hasta desaparecer. Siento cómo se tambalea el coche un segundo, el movimiento de un par de personas aposentándose al lado del cochero y el *arre* que precede el inicio de la marcha.

Durante los minutos de trayecto me quedo en silencio obligándome a controlar esas muestras de interés por Daniel. Mientras Diego está en casa logro reprimir mejor mis reacciones, ¿por qué con madre y Cristina es distinto? ¿Acaso mi corazón me traiciona?

Quizás han sido los recuerdos y la emoción de verlas de nuevo lo que ha sacudido mis sentimientos disparados.

Llegamos con rapidez a la casa de Manila. Estos años de estancia en Filipinas he acompañado a Diego en varias ocasiones a la capital y he viajado con Daniel otras tantas para pasar unos días en Intramuros mientras él se ocupaba de los envíos del azúcar a España. La idea de no verle a diario me dolía y con la excusa de encargarse de nuevos vestidos más acordes con la moda actual viajaba con Jaime, Itziar y él.

La tarde se escurre entre la siesta, ordenar un poco el equipaje y enseñarles la casa a madre y a Cristina. Apenas tenemos tiempo de hablar con tranquilidad.

Las doncellas se han entendido a la perfección con Naiara desde el primer momento y se ocupan de los niños.

No he visto a Daniel desde nuestra llegada a la casa. Ha vuelto a salir para ver a su viejo amigo. Lleva unos días un poco esquivo cuando le pregunto acerca de Andrés Bonifacio. Le conocí hace unos años en una visita que nos hizo a La Carolina y después le he visto en varias ocasiones al venir a Manila con Daniel.

Los últimos meses se han escrito con más frecuencia, ambos comparten su malestar con los españoles y su forma de tratar a la población local. Y tengo el palpito de que están tramando algo.

Estoy de acuerdo con Daniel en sus ideas de cómo los míos abusan de los tagalos, su forma de imponer cada una de sus órdenes, la necesidad de encontrar otra relación más acorde con la realidad de la situación. He sido testigo de cómo Diego trata a sus trabajadores, he escuchado muchas historias de boca de los hombres que laboran en La Carolina y me duele en el alma pertenecer a la población opresora.

Sin embargo, Andrés Bonifacio me parece una persona con ideas un poco exaltadas y me da miedo que quiera usar las armas para defender su postura.

Si eso sucediera y Daniel le siguiera...

Mi única esperanza para continuar viviendo es verle cada día, compartir con él algunos momentos robados, tenerle cerca. No soportaría perderle. Si pasara mi vida se acabaría porque se llevaría consigo mi única razón de ser.

La imagen de Itziar me cruza un segundo por la mente. No puedo pensar así, ella también constituye la base de mi felicidad, no podría dejarla sola.

A veces mis pensamientos toman caminos funestos. Cuando se refieren a Daniel consiguen desestabilizarme porque siento un amor demasiado intenso por él y sé que si desapareciera me internaría en una pena insondable.

—Es guapo. —La voz de Cristina me sobresalta. Estoy en el salón, mirando al patio por la ventana, con el cuerpo apoyado en el cristal y los ojos perdidos en la lluvia—. Exótico, pero guapo. Entiendo que te guste.

—No te sigo. —Aparto la mirada de la ventana, me separo de ella y camino hasta ocupar un sitio en el sofá—. ¿Quién es guapo?

—De niñas prometimos no mentirnos jamás, ¿recuerdas? —Me lanza un beso con una expresión picarona y avanza hasta sentarse a mi lado—. No vas a romper esa promesa justo ahora. Sé que ha pasado mucho tiempo y entiendo que te cueste compartir conmigo tus sentimientos por un hombre tan alejado de nuestro mundo, pero padre nos enseñó a tratar a todos por igual vinieran de donde vinieran. Era un hombre leal, paciente, compasivo y lleno de deseos de integrar a cualquier persona en su eterno. Le hubiera gustado tu mestizo.

—Daniel. —Suspiro al pronunciar su nombre—. Padre le hubiera abierto su corazón porque es un hombre lleno de virtudes.

—He deseado venir cada día desde nuestra separación. Tu marido te prohibió acudir a mi casamiento y te eché muchísimo en falta ese día. Necesito saber que Daniel te hace feliz, que a pesar de aguantar a un monstruo capaz de destrozar a jovencitas indefensas hay algo en tu vida que te ayuda a soportarlo.

—Recuerdo cuando de niñas hablábamos de los amores de novela, de esos sentimientos que surgían al conocer a la persona adecuada y de cómo nos reíamos de esa posibilidad. —Busco su mirada para contarle mis sentimientos sin necesidad de palabras—. Existen.

—Conocer a mi Aitor fue precioso. Le quiero, incluso me atrevería a decir que le amo, pero jamás he sentido esa fuerza de las novelas. Al leerlas me imaginaba algo más intenso.

—El día que bajé del barco en el puerto de Manila, él me esperaba. No puedo decirte que fuera algo a primera vista, solo que pasados un par de días a su lado no podía dejar de pensar en él. Es una persona con el corazón muy

limpio. Bueno, leal, culto, con un pasado lleno de experiencias duras y sin embargo, muy positivo.

—Te enamoraste de él.

—Es más profundo que eso. Le amo, sí, pero también tengo la sensación de que es mi destino, como si mi alma le hubiera esperado desde siempre.

Una sonrisa ilusionada le curca los labios.

—Me siento feliz por ti, Eugenia. Te mereces tener al lado a alguien que te haga vibrar.

—Lo nuestro es imposible. —Dirijo la mirada a la ventana para observar cómo las gotas caen en el exterior—. Al sellar el pacto con Diego me comprometí a no engañarlo nunca con otro hombre. Si lo hiciera y me descubriera la estabilidad de madre desaparecería.

—¿Y te has mantenido fiel a esa promesa? ¡Pero si Diego pasa más de la mitad del año en Bilbao!

—Los miembros del servicio suelen informarle de cada uno de mis pasos. Si me atreviera a traspasar la línea él podría enterarse. —Niego con la cabeza—. No voy a jugarle la tranquilidad de madre por seguir mis instintos y convertirme en una adúltera y una mentirosa.

—Busca la manera, no le permitas a Diego quedarse con tus ilusiones también.

—Hace unos años le conté a Daniel la realidad, mi promesa, mi miedo a abocar a madre a una vida en la calle. —Rememoro ese día en mi estudio, frente al cuadro inacabado del espejo, con la silueta de dos personas perfilada en él, pero intacto desde la confesión de nuestros sentimientos mutuos. La nostalgia se apodera de mí cuando las palabras pronunciadas esa tarde de tormenta cobran vida en mi mente—. Lo entendió. Fue la única vez que sus labios rozaron los míos y jamás en mi vida he sentido la milésima parte que con ese simple gesto.

—Pronto van a suceder muchos cambios. —En su voz se cuela una nota de dolor—. Y quizás Dios por fin te otorgue la posibilidad de ser feliz con Daniel. No la desaproveches por promesas absurdas ni la dejes pasar. Si alguien se la merece sin duda eres tú.

El corazón se me dispara al interpretar sus palabras. No sé si estoy preparada para escuchar las respuestas, pero igualmente me lanzo a preguntarle.

—¿Madre? —inquiero con el alma en espera para sentir cómo me rompo.

—Está enferma y el doctor no le ha dado demasiadas esperanzas. Tiene

una enfermedad incurable, va perdiendo peso, siempre está cansada y tiene muchos dolores en los huesos.

—¿Lo sabe ella?

—Desde el principio. Me suplicó que si se estaba muriendo se lo dijera. Para ella era importante contar con tiempo para despedirse de ti y de Itziar.

Los ojos se me llenan de lágrimas cuando el dolor me atraviesa como un rayo.

—No puedo perderla.

—Desearía retenerla para siempre, pero los designios del Señor son llevársela y debemos empezar a aceptarlo. —Una sonrisa triste curva sus labios—. Vive con ilusión el regalo de estar contigo porque no sabía si podríamos cumplir su deseo de despedirse de vosotras.

—¿Cómo lo conseguisteis? —La abrazo por los hombros permitiendo que descansa su cabeza en mi hombro—. Diego se ha negado a dejarme viajar o a invitaros a La Carolina durante años. ¿Por qué ahora ha cambiado de opinión? Si conoce el estado de madre no le beneficia vuestra visita. Él es el más interesado en mantener lo de madre en secreto. Sin ella nada me retendrá a su lado.

Se endereza, se suelta de mi abrazo y me dirige una mueca taimada. Cristina es una mujer de recursos, muy sagaz y con la mente despierta. Las enseñanzas de padre nos ayudaron a desarrollar el intelecto, a no dejarnos nunca sobrepasar por las circunstancias.

—Le engañamos. —Siento la emoción en sus ojos—. Madre conoció a don Rodrigo por casualidad en la clínica donde la examinaron. Tu cuñado sufrió una larga enfermedad e iba al mismo doctor en Bilbao. Sin su ayuda nunca hubiéramos logrado subirnos al barco para llegar a tu lado. Es un buen hombre.

—Daniel y él se hicieron amigos durante su estancia aquí. Se escriben a menudo y siempre habla bien de él. No tiene nada que ver con Diego...

—Madre estaba visitando al médico, tenía mal aspecto y apenas comía —explica—. Don Rodrigo le dejó caer a tu marido que tras conocerla en la clínica habían hablado y se había enterado de que madre necesitaba pasar una temporada en un clima más templado para recuperar su salud.

—¡Le odio! —exclamo al comprender la parte oculta en su relato—. Ni ahora quiere dejarme libre. Jamás me perdonará el rechazo. Es el hombre más malvado con el que he tenido el disgusto de encontrarme. Nunca entenderé qué le motiva a la hora de encadenarme a este matrimonio.

—A veces no hay explicación para ese tipo de comportamiento.

—Me alegro de tenerte aquí. —Siento sus brazos envolverme y permito a mis ojos derramar la pena que me consume—. Aunque sea en estas circunstancias. No sabía cuánto te echaba de menos hasta verte en lo alto de ese barco agitando la mano.

—Ni yo, hermana. —Sorbe por la nariz apretando el abrazo—. Crecimos juntas, fuiste mi única amiga durante años y dejaste un vacío al marcharte. Venía dispuesta a ofrecerte mi casa cuando madre ya no estuviera entre nosotras, pero después de tu confesión sé que tu sitio está aquí, con Daniel.

Pasamos unos minutos sin separarnos, sintiendo el peso de nuestra confesión, de la realidad y de lo que se avecina. Por primera vez en años veo una luz al final del oscuro camino, aunque el precio a pagar por disfrutarla será demasiado elevado.

Capítulo 22

Daniel

Manila, julio de 1892 – Isla de Negros julio-agosto 1892

La lluvia repiquetea furiosa fuera del local donde estamos reunidos con Andrés y nuestros compañeros en el número setenta y dos de la calle Azcárraga de Manila. Necesitamos cambiar las cosas, luchar por un mañana mejor y conseguir cada una de las premisas con las que José Rizal, a quien cariñosamente llamamos Pepe, creó la Liga Filipina hace pocos días. Pertenezco a su organización desde el inicio con la intención de aportar mi granito de arena para cambiar la situación.

Después de su llegada desde Hong Kong, Pepe se reunió en casa de Doroteo Ongjungco con un grupo de más de veinte personas entre las que se encontraban varios comerciantes, propietarios, industriales, profesionales y artesanos filipinos. Quería denunciar ante ellos la precaria situación que se vive en el país y propuso los estatutos para crear una organización que luchara por sus idearios: unir el archipiélago en una sociedad igualitaria de Filipinas, la protección mutua en cada deseo y necesidad, la defensa contra la violencia y la injusticia, el estímulo de la educación, la agricultura y el comercio y el estudio y la aplicación de reformas para cambiar la situación. Tras sus alegatos crearon la Liga Filipina con esas premisas.

Para él es importante conseguir una representación más activa de los tagalos en la administración y que nuestro archipiélago deje de ser considerado una colonia para convertirse en una provincia española. Sus argumentos siempre son a favor de emplear el diálogo, la política y la sensatez.

Sé que tiene razón, la violencia es la última arma en cualquier situación, aunque a veces es necesaria.

Comparto el ideario de Rizal porque quiero cambiar la forma en la que los españoles y el clero nos tratan y estoy de acuerdo en que la vía más limpia es a través de la política, pero desde su encarcelamiento en el Fuerte Santiago pocos días después de su llegada a Manila y el decreto pronunciado hoy para deportarlo a Dapitán estoy de acuerdo con Andrés, hay que encontrar la forma de revivir nuestra lucha. Por eso no he dudado en acudir a esta reunión secreta y en ser parte activa en ella.

No le he hablado a Eugenia del contenido de mis conversaciones clandestinas con Andrés y a veces me siento tentado a explicárselo para no faltar a nuestra promesa de ser sinceros el uno con el otro. Pero si hablara traicionaría a los míos. Aunque sí le he contado mis inquietudes, compartidas por mi amigo.

—¡Las órdenes religiosas son las propietarias de la mayoría de tierras de nuestro pueblo! —se exalta Andrés—. Las han conseguido gracias al sistema fiscal que les favorece a ellos mientras los nuestros han de hacer frente a los arriendos.

—Es un abuso —secunda Deodato Arellano—. Las grandes fincas se arriendan a los campesinos filipinos en pequeñas porciones a cambio de un alquiler y de una parte de las cosechas, pero no les rebajan el canon cuando hay un mal año. ¡Se saltan las leyes! ¡No nos respetan!

—Lo peor es cuando la tierra se les ha arrebatado con malas artes para obligarlos a arrendarla después —interviene Teodoro Plata—. Y a veces incluso les desposeen de la tierra cuando quieren a pesar de haber pagado religiosamente los impuestos.

—¡Los frailes son unos tiranos con los trabajadores y unos mansos con los terratenientes y los hombres poderosos! ¿Dónde está su religión?

—También hay españoles déspotas que maltratan a sus trabajadores —apunta Ladislao Diwa—. En sus plantaciones se debe obedecer aunque no seamos esclavos. Y si se nos ocurre marcharnos no nos es fácil escaparnos a su ira.

—¡Debemos luchar por una Filipinas libre! —Andrés levanta el brazo para enfatizar su decreto—. Vamos a hacer resurgir la Liga, pero con una visión más realista a la hora de abordar los temas. Pepe es demasiado pacífico y a veces una revolución es necesaria. ¡Debemos ser independientes!

Todos coreamos las afirmaciones de nuestro amigo. La determinación se lee en los rostros de los presentes, así como en el de Andrés se palpa su intención de luchar hasta el final.

Tras una larga y tensa discusión se llega al acuerdo de llamar a nuestra asociación *Kataas-taasang, Kagalang-galangang Katipunan ng mgá Anak ng Bayan* (La Soberana y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo), Katipunan en su versión más corta.

—Conseguiremos erradicar la injusticia. —Es el grito de nuestro nuevo presidente, Deodato, al que se unen varios en la misma línea.

—Es importante guardar el secreto —interviene de nuevo Andrés, ya nombrado secretario, cuando los ánimos se calman un poco—. Nos vamos a organizar en tres escalones: el municipal, el provincial y el nacional. Cada uno de los ellos será dirigido por un Consejo. Los que estamos aquí constituiremos el Supremo o nacional. Es importante contar con la ayuda de nuestro pueblo. Debéis buscar alianzas y miembros en cada una de vuestras provincias formando grupos de seis. Cuando una localidad cuente con treinta y dos miembros se organizará el Consejo Popular. Los Consejos Provinciales agruparán los Populares de cada provincia.

—Es una idea ambiciosa, pero posible —apunto—. Podríamos establecer tres tipos de miembros según su clase e instaurar un santo y seña propio de cada estamento.

—Los katipun serán los asociados de nivel bajo. —Andrés se mesa el mentón con la mirada perdida, como si estuviera calibrando su respuesta a medida que la exterioriza—. Los kawal los soldados de nivel intermedio y los bayani los héroes del nivel superior.

—¡Nos falta una bandera! —Uno de mis compañeros blande un papel entre sus dedos—. Es importante tener un distintivo.

—La idea de una bandera común me gusta. —Deodato asiente—. Pero preferiría que cada grupo acabara de llenarla con sus propias insignias.

—Podemos poner tres K sobre una superficie roja que represente la sangre que nos une. Y dejar espacio para adoptar distintivos propios de cada jefe.

La idea cuaja enseguida porque la cohesión entre los presentes es firme.

Durante la hora siguiente acabamos de delinear los aspectos fundamentales del Katipunan, adentrándonos en cada uno de los terrenos más pantanosos para no descuidar nada al azar.

Algo clave para lograr nuestro propósito es el secretismo acerca de nuestra existencia y por eso pasamos un buen rato valorando cómo conseguir un hermetismo total fuera de los miembros de la organización. Como ha insistido en señalarnos varias veces mi amigo Andrés, a nadie le ha pasado

desapercibido el ensañamiento que los españoles han mostrado con Pepe Rizal al querer dirigir una organización de índole pacífica. Si queremos triunfar deberemos permanecer ocultos hasta el momento preciso.

También se presentan los aspectos económicos para financiar la asociación fijando la cuota de entrada en un real fuerte y la mensual en medio real. Nuestra consigna es luchar por el nacionalismo hasta conseguir una Filipinas libre.

Sellamos el acuerdo con un pacto de sangre. De momento se establecerán sucursales en Tondo, Santa Cruz, Noveleta, Imús, San Isidro y Gapán. En Cebú no hay prevista una expansión a corto plazo y la necesidad de cambiar mi residencia se hace patente en mi última conversación a solas con Andrés.

La decisión de encriptar todas nuestras comunicaciones tarda un rato en asentarse de una forma ordenada, pero al final decidimos el código y cada uno de nosotros regresa a su casa con una idea clara de cuáles serán nuestros próximos pasos.

Es oscuro cuando recorro a pie las calles de Manila bajo la fina llovizna que cala en las calles y en mi ropa. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos desbocados. Deseo luchar por mi pueblo, intentar encontrar la forma de convivir en igualdad con los españoles o de hacerlo sin ellos, pero no sé hasta dónde deberemos llegar para conseguirlo ni cuánto voy a sacrificar para lograrlo.

Llego a la casa en medio de un fuerte aguacero. La llovizna se ha convertido en una tormenta de enorme magnitud. Las gotas se ensañan con la ropa calándome completamente. Abro la puerta y me sacudo bajo el tejadillo para no llenar el suelo de charcos.

Ha pasado la hora de cenar y la casa parece dormir. Apenas se escuchan sonidos ni hay ningún candil prendido en el rellano.

Cuando me convenzo de mi soledad me quito la camisa para escurrirla en el exterior y caminar con ella en la mano hacia las escaleras que bajan a las dependencias del servicio.

—Has tardado mucho. —La voz susurrante de Eugenia surge de la oscuridad en medio del pasillo—. Estaba preocupada.

—La reunión se ha alargado.

Está apoyada en el marco de la puerta del salón, vestida solo con su ropa de cama.

La luz de la noche se recorta en la distancia, entrando por la ventana del salón para mostrarme su silueta casi etérea.

Doy un paso hacia ella atraído por esa fuerza que emana de su interior cada vez que estamos cerca. Es como si me magnetizara para llevarme a sus brazos.

—No me dejes nunca, Daniel —susurra acercándose tanto que mi respiración está a punto de colapsarse—. Sin ti no podría soportar esta vida. Eres mi ancla, sin ella nadaría a la deriva.

—¿Estás bien? —Levanto el brazo para acariciarle el rostro y no tardo en descubrir las lágrimas que se lo humedecen.

—No mucho. Madre...

Siento un movimiento antes de ver cómo camina hacia el salón y se apoya en el ventanal por el que se sale al jardín. La sigo acostumbrándome cada vez más a la exigua luz para descubrir mejor sus rasgos contraídos con dolor.

—Madre está enferma —murmura con miedo a que alguien nos descubra—. Se está apagando como una vela cuando se queda sin mecha. Y no puedo hacer nada para salvarla.

—No me voy a ir a ningún sitio. —Avanzo hasta quedarme a tres centímetros de ella para mantener nuestra conversación en susurros—. Tú también eres mi ancla.

Estoy tan cerca...

Miro hacia todos los lados para cerciorarme de que estamos solos y le paso un brazo por los hombros para permitirle apoyar la cabeza en mi torso.

La escucho sollozar y no logro contener el fuego que me consume al sentir su piel del rostro contra la mía. Mi cuerpo se rebela con una necesidad imperiosa de tenerla. Mi miembro se endurece, se me seca la boca y me cuesta respirar sin jadear.

—Algún día seremos felices —musita paseando una mano por mi espalda y desatándome una lujuria incontrolable—. No falta tanto, Daniel. Cuando madre ya no esté mis compromisos con Diego terminarán. Entonces podremos estar juntos para siempre.

—Es triste que solo la muerte de alguien tan importante para ti nos ofrezca esa posibilidad. —Le deposito un beso suave en el pelo—. Me gustaría encontrar la forma de tenerte sin que perder a tu madre fuera una parte del trato.

—Voy a pasar el tiempo que le quede a su lado. —Su voz se quiebra—. Nunca la olvidaré y una vez nos deje la recordaré como la única capaz de unir nuestros destinos. Pero no puedo renunciar más tiempo a ti, Daniel. Te necesito a mi lado para siempre.

La abrazo más fuerte y ella baja más la cabeza en mi torso consiguiendo una descarga de necesidad en mi cuerpo que se concentra en la entrepierna.

—Estaremos juntos toda la eternidad.

Levanta la cabeza despacio hasta quedarse mirándome. Sus ojos brillan en la oscuridad como dos luceros colmados de dolor e ilusión, como si fuera posible tener ambos sentimientos a la vez.

—El destino nos encontrará siempre, Daniel. —Se endereza poco a poco sin perder mi abrazo—. Somos almas gemelas, nos hemos cruzado y ya no hay vuelta atrás. Tú siempre serás mi amor y yo siempre seré el tuyo. Es nuestro sino.

—Te amo tanto que a veces creo que el corazón me estallará en el pecho de tanto quererte. —Sonrío cuando nuestros labios quedan a escasos milímetros—. Pero me duele que debas perder a tu madre para entregarte a mí.

—Juntos venceremos mi dolor, curaremos la heridas y sanaremos mi corazón. —Sus labios hablan pegados a los míos—. Te necesito, Daniel. Te necesito tanto.

La envuelvo entre mis brazos acercándola mucho a mí, estrechándola hasta casi dejarla sin respiración. El tacto de sus labios es como si estuviera en medio de una hoguera que me abrasa por dentro. Son finos, suaves, llenos de una promesa de calidez.

—Me tienes —susurro sintiendo su respiración jadeante—. Soy tuyo.

Siento su beso suave y me derrito. Es casi una caricia tímida antes de apartarse para romper el contacto. Lo hace despacio, como si le costara separarse de mí.

—Para siempre —susurra caminando hacia la puerta.

—Para toda la eternidad —repito como si fuera un mantra entre los dos.

No tenemos más que estos breves encuentros donde podemos pronunciar nuestros sentimientos sin explorarlos y nos queman dentro desatando una necesidad casi voraz.

Es la primera vez que he tocado sus labios con los míos, que he sentido el cálido tacto de sus manos en la piel, que he saboreado de verdad su elixir. Y quiero mucho más. Anhele perderme entre sus caricias, hundirme en ella, hacerla mía.

—Te he traído algo, pero está prohibido. —Saco un paquete de mi fardo—. Es *Noli me tangere*, la novela que escribió José Rizal mientras se instruía en España y que no se ha publicado en nuestro país. Quiero que la leas para saber cómo me duelen los abusos de tu gente a la mía.

—No hay diferencias entre nosotros —musita tomando el libro envuelto entre sus manos y acercándose al corazón—. Para mí todos somos iguales.

—Te amo por estas pequeñas cosas, Eugenia. Eres mi corazón.

—Leeré el libro. Me gustaría conocer ese secreto que me ocultas hace un tiempo y estoy convencida que entre estas páginas encontraré una razón.

Nos despedimos en la oscuridad con un simple gesto callado. Nuestras manos se rozan un segundo antes de caminar cada uno hacia su escalera.

La mía de bajada, la suya de subida.

Los sueños de esta noche son movidos. Dan parece lleno de deseo por Geni y en algunos instantes cruzo su historia con la mía, como si fuéramos la misma persona. Me da la sensación de que poco a poco surgen sentimientos entre ellos que los van acercando.

Despierto con las primeras luces del alba. La reunión de ayer se repite en mi cabeza como un pensamiento molesto. Quiero pertenecer al Katipunan, creo en la causa, pero si sigo adelante deberé romper la promesa de permanecer para siempre al lado de Eugenia porque quizás llegue el momento de tomar las armas y de establecerme cerca de Manila.

Le doy vueltas a la situación todo el día, mientras acompaño a las señoras a visitar la ciudad. La madre de Eugenia está muy desmejorada a causa del viaje, apenas puede salir de la calesa para caminar un poco sin quedarse sin aliento. Su dolencia es de los pulmones y el reposo es imperativo.

Decidimos quedarnos una semana en Manila como mínimo para que se reponga antes de embarcarnos rumbo a la isla de Negros. El doctor al que han llevado a la madre de Eugenia para asegurarse de su estado les ha corroborado el diagnóstico de su colega de Bilbao y ha aconsejado reposo antes de proseguir el viaje.

Durante los días siguientes observo cómo el dolor y la alegría se manifiestan en Eugenia. Vive feliz este reencuentro con su madre y su hermana, pero sufre por el inevitable final que no parece demasiado alejado de nuestro ahora.

Los niños corretean por la casa. Jaime se ocupa de ellos sin separarse de su adorada Itziar. No puedo evitar pensar en que pronto deberán separar sus caminos para que Jaime se dedique de pleno a su trabajo en la plantación y ella pueda atender a sus deberes de señorita.

Eugenia me ha hablado mucho de los planes de don Diego para su hija y

temo que hiera el corazón sensible del mío.

La quiere, estoy convencido de ello. No me pasa nunca desapercibida la adoración en su mirada ni cómo la añora cuando se separan ni la forma en la que le habla. Sus sentimientos hacia Itziar son peligrosos porque lo suyo parece un imposible.

Estos días Eugenia los dedica por entero a su familia. Ha aparcado su rutina de pintar cada mañana para no perderse un segundo con su madre. Apenas cuento con tiempo para verla a solas y me duele esta lejanía impuesta por la situación, pero no la culpo por querer aprovechar cada instante, aunque siento cómo le afecta no dedicar una parte de su tiempo a los lienzos.

Aprovecho sus ausencias para reunirme con Andrés y los demás miembros secretos del Katipunan. Mi amigo está decidido a visitar a Rizal en su exilio para pedirle que se una a nuestra causa. Quiere radicalizar un poco sus ideas para alcanzar la independencia del pueblo filipino, aunque sea necesario recurrir a la violencia.

No acabo de comulgar del todo con esa idea, pero tampoco puedo quedarme inactivo mientras la administración española y las órdenes religiosas abusan de mi gente. Creo en una Filipinas libre, en proteger la raza de tagalos que vivimos en esta tierra, en cambiar la cosas.

Cada vez que hablo con Andrés nos queda más patente la necesidad de establecerme en Manila cuanto antes. Ahora pertenezco a una asociación secreta, mi lealtad está con ellos y debo encontrar la manera de seguir adelante con mi compromiso.

Solo me retiene Eugenia.

Ella es mi vida, alejarme de su lado sería el peor de los castigos.

Entiendo su necesidad de permanecer al lado de su madre y mantener la promesa hecha hace años a su marido para no dejar que su familia se quede sin el sustento. Es una de las virtudes que me enamoran cada día más de ella, esa bondad, su ilusión, la forma en la que se sacrifica por el bien de los demás.

Pero mi corazón sangra por la situación y anhela encontrar la forma de no renunciar a ninguno de mis dos mundos.

Tras diez días en Manila por fin decidimos poner rumbo a La Carolina. El doctor ha corroborado la mejoría de la madre de Eugenia.

Tardo una mañana en preparar el viaje para el día siguiente. Antes de

regresar a casa me despidió de mi amigo y aprovecho para recordarle que tiene un aliado en mí. Andrés insiste en que traslade mi residencia de forma definitiva y le prometo no tardar demasiado en acceder a su petición. El Katipunán me necesita.

Embarcamos a mitades de julio en un barco que nos llevará hasta nuestro destino en un día. La madre de Eugenia se pasa casi toda la travesía echada en una hamaca de cubierta, donde puede tomar el aire. Ella no se separa de su lado en ningún momento, se convierte en su sombra y la vela para recuperar el tiempo perdido tras años de separación impuesta.

Mis deseos de acercarme a mi amada me acompañan en todo momento. Son como puntas de puñal afiladas que a veces me rasgan la piel hasta hacerla sangrar porque la necesidad de poseerla es demasiado intensa ahora que mi destino se perfila lejos de la plantación.

Al llegar a La Carolina se suceden los mismos patrones. No encontramos instantes para hablar a solas, solo cruzamos miradas, algún roce disimulado, encuentros fortuitos en la casa sin profundizar en ellos.

El mes de agosto trae consigo unos largos y calurosos días de sequía. La madre de Eugenia empopara con rapidez, cada vez sale menos de la alcoba y sus dos hijas se desesperan por momentos.

Don Diego debería regresar a finales de mes para quedarse un semestre, pero ha mandado un telegrama avisando que los negocios le retienen en Bilbao y no podrá embarcarse hasta bien entrado el otoño.

Al recibir las nuevas he respirado tranquilo por la tregua otorgada por el destino porque la vida de la madre de Eugenia se extingue día a día y si él llega antes de su fallecimiento no conseguiremos ser felices.

Todavía no le he hablado de mis planes.

Debería partir a Manila y empezar mi colaboración activa con el Katipunán, aunque mi corazón intenta retenerme en esta casa donde puedo verla, sentirla, incluso escucharla y observarla a hurtadillas. Sin embargo, el deber pesa demasiado. Quiero luchar por mi país, por la justicia, por un mañana mejor para mi hijo.

Son las seis de la tarde cuando emprendo el regreso a la casa grande tras pasar unas horas en el cañaveral con los jornaleros. Jaime ha empezado a trabajar a jornada completa en la plantación hace unas semanas y me gusta estar cerca por si necesita algún consejo. Es un buen chico que está dispuesto

a convertirse en un experto. Trabaja bien, sin quejarse de las horas bajo un sol impertérrito ni del cansancio de las largas jornadas.

Al pasar por el estudio de Eugenia descubro un poco de luz colarse por las rendijas de la puerta cerrada. Parece la de una candela ardiente por sus sinuosos movimientos.

Mi corazón se dispara cuando me acerco con sigilo, abro la puerta y la descubro frente al cuadro del espejo, con un pincel en la mano y varios sollozos acompañando el temblor de sus dedos. Está de espaldas a mí, por eso no me ve acercarme poco a poco hasta quedarme a escasos centímetros de su cuerpo.

Durante unos segundos permanezco quieto, con la mirada puesta en ella. Solo se escuchan sus lloros callados y nuestras respiraciones jadeantes.

—No le queda mucho tiempo —susurra sin dar muestras de que me ha sentido llegar—. Va a morirse muy pronto... Hace unos días me dijiste que era injusto esperar la muerte de alguien para ser felices. —Se da la vuelta para quedarse mirándome con lágrimas en unos ojos anegados de tristeza—. Hoy me ha hablado de ti, de nosotros. Lo entiende, conoce mis sentimientos y los tuyos. No le parece mal ser ella quien nos conceda la posibilidad de vivir nuestras ilusiones y recuperar la esperanza. Dice que es su regalo por mi sacrificio.

—Es una gran mujer. —Doy un paso para envolverla entre mis brazos—. Me hubiera gustado encontrar otra manera de tenerte.

—Cada vez que me abrases la recordaré. —Levanta la cabeza que tenía apoyada en mi pecho para mirarme con una intensidad que atraviesa mi cuerpo como un rayo—. Tus besos serán sus besos, tus caricias serán sus manos y tus palabras las pronunciarán también sus labios.

—¿Vendrás conmigo? —Todavía no le he contado que me voy y ya le suplico que me acompañe—. Itziar y tú sois mi familia. Os necesito a mi lado. Sus ojos se llenan un instante de esperanza y anhelo.

—Leí el libro de Rizal. —Su voz es más suave que hace un instante—. Estoy de acuerdo con él en muchos aspectos y quiero unirme a la causa tagala. No podemos consentir que se sucedan estos abusos ni permitir a los de mi nación que sigan maltratando a los filipinos.

—Es una causa justa.

—Vendré contigo, te apoyaré, te acompañaré donde vayas, me convertiré en tu mujer aunque no a ojos de Dios. Pero no voy a hacerlo sin hablar del peligro que esconde para ti. —Cierra un segundo los ojos con una inspiración

por la nariz—. Si Diego nos encuentra nos matará, Daniel. No es un hombre piadoso.

—Te llevaré lejos. Nos esconderemos. Buscaremos la forma de establecernos sin dejar constancia de nuestra identidad. Los míos nos ayudarán a mantenernos ocultos. —Bajo la cabeza hasta apoyar mi frente en la suya—. Vale la pena el riesgo cuando la recompensa es tenerte para siempre a mi lado.

—Por toda la eternidad.

Bajo los labios despacio, hasta rozar los suyos. Ella suelta un gemido al sentir mi boca pegada a la suya, el calor de mi beso suave, de un contacto sutil. Me rodea por la cintura con las manos y me acerca un poco más a ella, hasta que nuestras pieles solo están separadas por la tela de nuestros ropajes.

El calor se propaga por mi cuerpo a una velocidad vertiginosa y se concentra en mi miembro, endureciéndolo.

Me aprieto más contra ella, la estrecho fuerte entre mis brazos y reclamo más. Necesito sentirla, apoderarme de su boca, ser el dueño de su destino.

Le cojo su labio inferior entre los míos y su gemido me da alas para lamerlo despacio.

Ella entreabre más la boca para darme mejor acceso.

Mi lengua se pasea con lentitud por ese labio carnoso al ritmo de sus jadeos.

Con las manos recorro su espalda sintiendo la calidez de su piel a través de la tela de su vestido. Ella me levanta un poco la camisola para tocarme directamente en el torso desnudo consiguiendo que mi temperatura corporal desboque la ferocidad con la que me adentro en su boca con la lengua para devorarla.

Ella se entrega con pasión.

Nuestro baile de lenguas aumenta de intensidad desatando una vorágine de deseo en mi cuerpo que arrasa con las últimas hebras de cordura que me quedaban.

Siento sus pechos apoyados en mi torso, sus manos en la espalda y cómo mi erección se apoya en su vientre.

Le desabrocho los botones de la espalda con la necesidad de tocar la suavidad de su piel mientras dejo un reguero de besos por su cuello.

—¿Eugenia? —La voz de Cristina nos alcanza con una furiosa sensación de ansiedad—. ¿Estás ahí?

Nos separamos de golpe, mirándonos con el deseo flotando en el aire cuando Cristina abre la puerta y se acerca a ella descompuesta en lágrimas.

—Es madre —dice—. No le queda mucho y nos necesita a su lado.

—No quiero perderla —musita Eugenia entre sollozos abrazándose a su hermana—. La quiero demasiado.

Capítulo 23

Geni

Malapascua - Malboal, agosto 2017

Me siento en la cama tras abrir los ojos. La luz se cuela por la ventana parcialmente cubierta con la cortina. No se escucha el sonido del repiqueteo de la lluvia que me ha acompañado gran parte de la noche, entre sueños subidos de tono que se entremezclaban con la vida de Eugenia y sus sentimientos desbocados.

Parpadeo un par de veces con la mirada ausente, perdida en la despedida de ayer, en mi deseo de lanzarme a los brazos de Dan, de permitirle a sus labios acceder a mi boca, de entregarle cada pequeño pedazo de mi cuerpo.

El miedo se coló por las rendijas de mi piel para irrumpir con fiereza en mi corazón. Mientras le miraba con deseo y sentía cómo sus dedos me acariciaban la mejilla convirtiendo mi piel en llamas el pánico me invadía lenta, pero inexorablemente. Fue como si de repente fuera consciente de mi inexperiencia en el terreno de las relaciones de igual a igual, de las carencias afectivas de mi vida amorosa hasta el momento, de que nunca he besado a un hombre por propia voluntad, empujada por unos sentimientos. Y estaba aterrada ante la posibilidad de empezar en ese instante.

Me levanto despacio, todavía abstraída.

He quedado con las chicas en el centro de buceo en un cuarto de hora y no hay tiempo para darle más vueltas a la situación, debo ponerme en marcha.

Paso un segundo por el baño, me visto con un bikini, unos shorts y una camiseta cortita, acabo de meter cuatro cosas en la maleta que preparé ayer al llegar, tras darme cuenta de que sería incapaz de conciliar el sueño con rapidez, me peino con un moño mal hecho sobre la coronilla y salgo al

exterior para caminar por la arena bajo un sol resplandeciente.

Hace mucho calor. Es un calor espacial, lleno de notas de serenidad, con un aire suave repleto de olor a mar y el silencio como compañero, solo roto por el rumor de las olas sobre la orilla.

Avanzo con pasos lentos y la mente enredada en los últimos días. Es curioso cómo la irrupción de alguien en una vida de forma casual puede alterar el curso de los sentimientos.

Dan me atrae. A su lado me siento serena, feliz, con deseos de profundizar en su vida, de encontrar la forma de ser parte de ella. Hay instantes en los que no puedo parar de mirarle con una sonrisa boba en los labios, con un anhelo insano de lanzarme a sus brazos para devorarlo. Entonces me paralizó durante unos segundos al pensar en el significado de esos deseos porque es la primera vez, aparte de un amor adolescente que acabó en nada.

Las chicas están esperando junto a la barra del bar del centro de buceo, riendo felices. Las saludo con una sonrisa y me uno a ellas.

—¿Cuándo os vais? —pregunto encargando un desayuno potente.

—En un par de horas cogeremos un barco rumbo a Cebú. —Marisol, la más resuelta de todas, señala el mar—. Nos vamos a Palawan a mojarnos. Nos hemos encontrado a un montón de gente que viene de allí y ha tenido un tiempo de mierda.

—Es el riesgo de viajar a esa parte del país en agosto —comento—. Consulté varios blogs antes de venir y la mejor zona ahora son las Bisayas Centrales. Desde mi llegada ha llovido poquito.

—Lo sabemos —interviene Sandra—. Dudamos muchísimo si ir o no, pero al final nos pudo la ilusión de ver El Nido, Corón, Port Bartón... Nos apetece un montón visitar esos lugares. Irnos de Filipinas sin verlos es un sacrilegio.

—Al final la lluvia da igual. —La tercera del grupo, Elisenda, sonrío con picardía—. Hace calor y no corremos riesgo de resfriarnos.

—Lo pasaréis genial, seguro.

—¿Y qué hay de ti? —Marisol me guiña un ojo—. ¿Vas a pasar del macizo o te quedarás un tiempo con él? Está para mojar pan, tía. ¿Has tenido una suerte de narices!

—Me voy con él a Malboal —explico con un poco de timidez—. Como amigos.

—A ese le hacía yo un favorcito. —Elisenda compone una expresión un

poco lasciva—. Date un meneo al cuerpo con ese buenorro. ¡Te lo mereces!

—No es tan fácil. —Aparto la mirada perdida un segundo en mis reparos—. No le he contado todo mi pasado y no sé si estoy preparada para dar ese paso.

—Tía, déjate de pasados y gilipolleces. —Sandra me da un golpe flojito en el brazo—. Estás de vacaciones, él es de Australia, tú de España. De aquí a unas semanas os separaréis y no volverás a verle. Está bueno, te vas con él a Malboal. ¿Qué hay de malo en pasarlo bien juntos?

—Nada. —Niego con la cabeza—. Todo. No sé.

—Déjate estar de vacilaciones absurdas —insiste Marisol—. Ese tío te gusta, he visto cómo le miras y a mí no me engañas. Estás coladita.

—Solo hace tres días que le conozco...

—¿Y cuánto tiempo se necesita para encapricharte de un tío? —Elisenda suelta una carcajada—. Con un par de horas basta para saber si te atrae o no. Después es fácil, solo hay que dejarse llevar para acabar en la cama. El tiempo decide el resto.

No es para nada algo sencillo porque tengo un pasado demasiado duro como para aceptarlo sin más o para compartirlo. Y no me gustaría faltar a la confianza de Dan ni empezar algo sin ser sincera con él.

Además, también está el miedo que me asalta al pensar en besarle, tocarle o hacer el amor con él. ¿Qué sentiré? ¿Podré dejar atrás las otras veces para disfrutar de verdad? ¿O volveré a olvidar mi alma fuera de la habitación mientras entrego mi cuerpo?

¿Conseguiré alguna vez disfrutar de la compañía de un hombre?

Observo a mis compañeras de mesa. Parecen desinhibidas, acostumbradas a hablar acerca del sexo con normalidad. Para mí nunca ha sido algo natural, solo una consecuencia de mi capacidad de supervivencia y no sé si alguna vez estaré preparada para lanzarme al vacío de desear de verdad dar el paso por atracción y no por obligación.

—Nunca he estado con un tío por el que sintiera algo. —Mis labios van por libre y han decidido sincerarse con ellas sin pararse a pensar en las consecuencias. Es como si necesitara exorcizar mi realidad dándole consistencia con palabras—. El único novio que he tenido, por llamarle de alguna manera, era un proxeneta hijo puta que me destrozó. No sé si puedo hacerlo con Dan sin que esa mierda me salpique. Ayer estuvo a punto de besarme y me aparté. Me asusta no estar a la altura, no ser capaz de sentir más que asco de mí misma.

—¡Joder!

Sus mandíbulas casi a punto de desencajarse muestran cómo les ha afectado mi confesión. Me reprendo por hablar demasiado y ser una bocazas. ¿Qué necesidad tengo de hablarles de Jesús? ¿O de mi etapa de puta? Porque ya he aceptado esa palabra. Puta. Es importante hacerlo, no esconder esa realidad porque vender mi cuerpo por un dinero que se quedaba el cabrón de mi chico era lo que hacía aparte de bailar en un club de *striptease* enseñando demasiadas partes de mi cuerpo.

Traficaba con el sexo. Me prostituía. Daba placer a otros tíos por pasta.

Y no quiero ocultar mi pasado ni esconderme tras él.

Lo hice para mantenerme con vida porque si llego a decirle no a Jesús estoy convencida de que mi destino hubiera sido peor a la muerte.

Lo que no acabo de entender es la razón para soltarlo así a bocajarro ante unas chicas a las que apenas conozco.

Suelto un suspiro casi callado.

Me sudan las manos y las arcadas luchan por atormentarme. Pero no pienso dejarme vencer por los recuerdos ahora que por fin he salido de esa mierda. Batallaré hasta mi último aliento por redimirme.

—¡Es la hostia! —Elisenda le da un largo trago al café que acaban de traernos.

—Lo sé, es una bomba. —Una que me ha ido de película soltar porque ahora me siento un poco más ligera, como si dejar salir esa mierda por la boca consiguiera rebajar un poquito mi ansiedad—. Pero es la verdad y no me gustaría estropear mi amistad con Dan por culpa de ese pasado. No tengo claro cómo reaccionaré con él si llegamos más lejos.

—¿Cómo acabaste con un tío así? —Sandra niega con la cabeza—. No lo entiendo, pareces una tía cojonuda, no tenías necesidad de liarte con un cabrón.

—No tuve elección. Me escapé de un centro de acogida a los dieciséis años y Jesús me encontró al llegar a Barcelona. —Dicho así parece tan simple—. Si no llego a escaparme...

Suelto un suspiro mientras bebo un poquito de café.

—Quiero la historia completa. —Elisenda me pasa un brazo por los hombros para reconfortarme al descubrir mi mirada húmeda—. A los dieciséis me parece una edad muy jodida para empezar a tomar malas decisiones.

Les cuento una versión resumida de lo sucedido sin omitir la parte escabrosa, esa que no he compartido con Dan. Al exteriorizarlo me rompo en

algunos instantes, pero logro dominarme para no mostrar vulnerabilidad frente a las chicas. A pesar de haber compartido unos días no dejan de ser unas extrañas a las que perderé de vista en unos minutos para no volver a cruzarme con ellas jamás.

Quizás por eso he decidido lanzarme al vacío y dar rienda suelta a mi necesidad de exteriorizar mis miedos y mis angustias, de no quedarme para siempre en mi interior este peso que me ahoga hasta casi dejarme yerma al pensar en mi deseo por Dan y en el miedo a avanzar hacia una dirección sin retorno.

Ellas me escuchan sin perderse ni un detalle, en absoluto silencio y con un rictus un poco desencajado.

—¿Cómo escapaste de semejante cabrón? —se interesa Sandra—. Ese tío se merece estar en la cárcel. ¡A eso se le llama perversión de menores!

—Simplemente me largué. —No quiero entrar en detalles. No les he contado esa parte del plan para evitar que lo relacionen alguna vez con la noticia—. No fue fácil, pero conseguí cambiarme el nombre, volar aquí y empezar de nuevo. Si alguna vez me encuentra será el fin porque no es de los que perdona, pero ha valido la pena salir de ahí para sentirme libre por una vez en seis años.

—Tírate al macizorro. —Elisenda me dirige una sonrisa un poco impactada todavía—. A veces los traumas es mejor encararlos con rapidez, como si fuera sacar una tiritita. Y estoy segura de que si te dejas llevar podrás disfrutar de una noche de pasión.

—No le hagas caso. —Sandra menea la cabeza poniendo los ojos en blanco—. Eli es una bruta y no puede ni imaginarse lo que es un trauma. Lo ha tenido todo muy fácil en esta vida.

—Lo dices como si en tu caso fuera diferente —replica la interesada.

—¡Estudio psicología! —Sandra arruga la nariz—. Y entiendo que no debe ser fácil pensar en sexo cuando solo lo has hecho por dinero o por miedo.

—Si la cosa va a más con Dan quizás deberías contárselo —interviene Marisol—. O como mínimo insinuarle que tienes un pasado turbulento en el sexo.

—¡No le hagas caso! —Elisenda se pone las manos en la cabeza y niega con contundencia—. A no ser que busques una relación no debes abrir la boca. Los tíos se van corriendo cuando solo buscan un polvo y les sales con traumas.

—Me da miedo no estar a la altura, no ser capaz de dejarme llevar y

actuar como hacía con los otros, como una autómatas sin sentimientos.

—¿Nunca has tenido un orgasmo? —Marisol abre mucho los ojos.

—Con Jesús —admito un poco avergonzada—. Era un cabrón, pero sabía cómo ponerme a tono. Con él no trabajaba, teóricamente era mi novio y lo nuestro era diferente. O como mínimo eso me gustaba creer. Me enseñó a hacer felices a los tíos, me explicó todos los secretos del sexo y en ese terreno solía preocuparse por mi satisfacción.

Callo con una sensación extraña. Es la primera vez que explico algo tan íntimo a otra persona y las mejillas se me tiñen de rojo mostrando cómo me afecta este cambio de forma de comportarme.

A pesar de mi coraza sigo sintiéndome insegura en temas de amistad.

No sé si quiero sincerarme del todo, explicarles que meterme en la cama con Jesús nunca me gustó porque me abandonaba al placer sin pensar en lo asqueroso de la situación. Le permitía llevarme al límite y disfrutaba de esos pequeños instantes de liberación del orgasmo como si realmente pudiera sentir, pero mi único anhelo era convertirme en un recipiente exento de emociones, en alguien que actuaba de forma mecánica y no con su cuerpo y su alma en consonancia.

—Inténtalo. —La sonrisa de Elisenda es sincera y llena de seguridad—. Has de dejar atrás a tu ex, olvidarte de lo que pasó y lograr disfrutar de la vida. Ya no estás con él, ahora tienes la oportunidad de ser feliz y nada te lo impide. Te gusta Dan y tengo clarísimo que él también se siente atraído por ti. ¿Qué puedes perder? Sois dos desconocidos en Filipinas y si las cosas no funcionan puedes seguir tu camino en solitario.

—Eli tiene razón —coincide Sandra—. Ahora te sientes vulnerable porque lo de tu ex todavía es reciente, pero la mejor manera de superar un miedo es enfrentarse a él. Acuéstate con Dan, descubre qué sientes y luego confróntalo con la cabeza bien alta. Nos conocemos poco, pero lo suficiente para darme cuenta de tu fortaleza. Otra en tu situación estaría echa una mierda y tú sigues adelante con tu vida, luchas por ser feliz y tarde o temprano lo conseguirás.

—¡Tía! ¡Qué profunda! —Marisol suelta una carcajada—. Pero tienes razón, he de admitirlo. Geni, no seas tonta y vive a tope, no cada día se tiene la oportunidad de vencer tus miedos con un tío como Dan. Lánzate a sus brazos y ya verás cómo te sorprendes.

Jordi llega en este instante con los papeles necesarios para firmar y tramitar nuestros libros de buceo. Me explica cómo proceder para continuar el

curso en otro lugar, pero sigue igual de distante que ayer. Es como si lo sucedido le hubiera molestado.

Desayunamos sumergidas en una interesante conversación sobre las experiencias sexuales de las chicas. Intentan ayudarme a encontrar la confianza perdida y consiguen relajarme bastante. Es agradable sentir unos lazos de amistad aunque sean efímeros.

Antes de la despedida llena de abrazos y promesas de seguir en contacto, me dan sus teléfonos, sus redes sociales, sus e-mails... Son de Barcelona y decidimos que si alguna vez regreso a la ciudad quedaremos para tomarnos algo. Prometo enviarles noticias pronto y el adiós se tiñe con un pozo de tristeza.

La vida es curiosa porque en pocos días he sentido demasiadas emociones vedadas hasta el momento. Amistad, aunque fugaz e incipiente, atracción, miedo, ilusión, deseo. Quizás el destino realmente me tiene preparada una sorpresa agradable para variar.

Guardo mi libro de buceo en el bolso y ando por la arena de vuelta al hotel. El sol se abre paso en el cielo venciendo a las nubes para acompañarme en mi caminata solitaria. Escucho el rumor de las olas, el silencio de los días claros, la serenidad del trópico.

Una vez en la habitación acabo de guardar mis cosas en la maleta, junto al dinero. Mientras lo saco de la caja fuerte recuerdo a Jesús, nuestra relación, el miedo y la degradación sistemática que sentía a su lado. Durante los primeros años me sentía morir cada vez que me tocaba y cuando llegaba al orgasmo me odiaba por entregarle esa parte de mí.

Con el tiempo fui aprendiendo a convertirme en una mujer fría y racional. Decidí no darle tantas vueltas, aceptar el placer como una liberación y no dejar de buscar una forma de insensibilizarme en esos instantes.

Sin embargo,, cuando Jesús me ofrecía a otros hombres a cambio de dinero nunca llegaba a dejarme llevar. En esas habitaciones solo estaba una mujer sin alma, una profesional en dar placer sin recibirlo. Ponía el piloto automático, hacía mi trabajo y me iba con una sensación de suciedad pegada a mi piel.

Salgo de nuevo al exterior para encontrarme con Dan en recepción. Está impresionante con unas bermudas azul claro, una camiseta ceñida a juego y la piel bronceada. Lleva las chanclas en la mano y me sonrío con esa mezcla de rasgos asiáticos y occidentales tan atractiva.

—Buenos días —saludo colocándome a su lado en el mostrador—. ¿Qué

tal has dormido?

—Como un bebé. —Ensancha la sonrisa—. He tenido sueños interesantes... Eugenia y Daniel me han sorprendido, ¿sabes? No los imaginaba capaces de dejarse llevar por la lujuria en un momento así. Pero ya era hora. Me parece muy fuerte que lleven tantos años deseándose sin ni tocarse.

—A veces las circunstancias no son las mejores para dejarse llevar.

—No han tenido una vida fácil ninguno de los dos. —Se acerca para hablarme casi en un susurro—. Y cuando eso sucede es mejor buscar la forma de pasarlo bien, encontrar la esperanza en cualquier instante y aprovecharla.

Se me dispara el corazón y una electricidad de miles de voltios de potencia se concentra en mi entrepierna e irradia chispas en todas direcciones, calentándome la piel y haciéndome olvidar mis reparos por unos segundos.

Doy un paso para apartarme de su cercanía cuando el miedo regresa con una sacudida de realidad. El anhelo de besarlo solo crece con ese gesto y mi cuerpo se rebela, quejándose.

Unos minutos después pagamos el trayecto a medias, tal como decidimos ayer, y caminamos por la arena rumbo a la barca enorme que nos espera en la orilla. No hablamos ni nos tocamos, pero al estar tan cerca de él, con nuestros brazos casi rozándose, siento crecer esa bola de fuego que arrasa con mi cordura.

Subo por una escalera diferente a las habituales. Es una plancha de madera forrada con una goma azul para no resbalar y con pequeños listones colocados cada pocos centímetros para ejercer de escalones. Es un poco inestable y me cuesta bastante llegar arriba sin desestabilizarme varias veces.

Unos porteadores traen nuestras maletas al hombro cuando estamos los dos sentados en uno de los bancos del interior, bajo el enorme toldo rígido. Es alucinante la facilidad con la que cargan el equipaje y suben por la escalera sin mostrar ni una pizca de desequilibrio.

La barca es enorme, tiene hasta dos baños y los característicos balancines a los lados. Tenemos al capitán y a dos marineros a nuestro servicio, junto con un par de tagalos que van a acompañarnos hasta Maya Port.

Observo con emoción cómo la orilla se desdibuja al avanzar hacia alta mar. Los colores turquesa del agua se entremezclan con la arena blanca y algunas palmeras salpicando la playa. Hay barcas en ciertos puntos de la arena y un grupo de niños locales jugando en la orilla. Sus caras llenas de felicidad se convierten en manchas lejanas.

—Vamos a proa —propone Dan—. Con la brisa aguantaremos mejor el sol y estaremos solos. La travesía no es demasiado larga.

—Me parece una idea genial. —Le echo un vistazo al equipaje colocado frente a nosotros—. Pero no sé si debemos dejar las maletas solas.

—No seas desconfiada. —Me guiña un ojo—. Son del hotel, si se les ocurre robar algo tendrían un problema grave.

—Está bien. —No sueno demasiado convencida. El dinero está en mi maleta y no me gustaría desprenderme de él. Pero tiene candado, es difícil de abrir y Dan tiene razón, no nos van a desvalijar. Soy una desconfiada—. Vamos.

Nos sentamos en un saliente cuadrado que está forrado con el mismo material de la escalera. El sol nos acaricia mientras mantenemos una conversación intrascendente acerca de las travesías de Dan por la costa australiana. Me alucina descubrir que su familia es dueña de un yate, no imaginaba para nada que su fortuna fuera de semejante tamaño.

Yo le cuento algunas correrías juveniles de cuando mi vida era un cúmulo de días felices. Le hablo de mi madre, de cómo nos compenetrábamos a pesar de las inevitables peleas producidas por mis hormonas disparadas en plena adolescencia, de mi amor por los paseos entre la naturaleza, de cómo repelíamos el frío en pleno invierno, de cada uno de mis sueños de esa época.

Al llegar a puerto estamos animados. Reímos al descubrir algunas partes interesantes del otro, con la emoción de conocernos un poquito más a cada segundo sin perder esa conexión arrolladora que se llena de miradas ávidas, de tensión sexual, de una necesidad cada vez más absorbente de tocarnos.

Pagamos a los porteadores, tal como nos han informado en el hotel, y usamos la misma escalera de antes en forma de pasarela para llegar al espolón. El puerto no es más que un enorme malecón de piedra donde se distribuyen varias zonas preparadas para el desembarco.

Una vez en tierra caminamos por el sendero de arena que compone el muelle hasta llegar a una zona donde hay una tienda a un lado y unas sillas de plástico bajo un tejadillo de metal al otro, junto a la taquilla donde venden los billetes.

—He quedado aquí con el conductor —explico al quedarnos solos con las maletas bajo el tejadillo de la terminal, señalando la carretera que empieza pocos metros frente a nosotros, tras una valla—. No creo que tarde demasiado.

De la tienda de enfrente sale música a todo volumen. Levanto la mirada para descubrir a dos jóvenes filipinos riendo en el exterior, acompañados del

calor abrasador de este día soleado. Se mantienen bajo el pequeño tejadillo que se encuentra sobre los tres escalones que conducen a la puerta de entrada al pequeño local.

Cuando las primeras notas del famosísimo *Despacito* empiezan a sonar me levanto con un impulso absurdo, le doy la mano a Dan y le miro con diversión.

—Vamos a acompañarles. —Señalo hacia los chicos—. Podemos menear un poco el cuerpo.

—Prefiero mirar. —Me guiña un ojo—. Ya viste lo negado que soy para el ritmo, no me apetece hacer el ridículo.

—¿Qué más da? ¡Nadie nos conoce! Y puede ser divertido.

La idea de pasarlo bien durante unos minutos es tentadora. Quiero dejar a un lado mis pensamientos inquietos, la ansiedad, el miedo a avanzar en algo que podría acabar mal y la devastación causada en mi interior por los años compartidos con Jesús.

Empiezo a moverme siguiendo la música, cierro los ojos y me imagino en un escenario frente a miles de espectadores. Cambio el interior del club donde solía desnudarme por un teatro, la barra por un decorado y mi falta de decoro por un cuerpo de baile. Y me muevo sin dejar de reír, con la emoción del instante.

Los chicos me ven, lo sé porque empiezan a aplaudir y a corearme con silbidos. Las carcajadas de Dan me alegran el momento. Abro los ojos y le veo disfrutar, con esa aura de felicidad tan particular, como si quisiera mostrarme la verdadera esperanza de superar todos y cada uno de mis miedos.

El conductor llega unos minutos después con un coche bastante nuevo.

—¡Bendito aire acondicionado! —exclama Dan una vez estamos en marcha—. Este calor es sofocante. En Malapascua se estaba mejor.

—Seguro que en Malboal también estamos bien. He visto las fotos del hotel y tiene una pinta espectacular. La piscina es alucinante. Y las vistas desde allí parecen geniales.

—Me gustó por su ubicación, está un poco apartado del centro y es muy tranquilo. —Sonríe mirándome con una mueca traviesa—. Cogí un par de villas, una al lado de la otra.

El trayecto es muy largo. Nos lo pasamos hablando de mil cosas interesantes y Dan me cuenta varias de sus experiencias con el buceo para animarme a continuar mañana con el curso. Sus argumentos son tan sólidos que no tardo demasiado en aceptar.

Paramos en un MacDolands de camino para comer algo. Es el primer puesto de comida rápida e internacional que veo desde mi salida de Manila y, aunque no me apetece demasiado una hamburguesa, la disfruto por la compañía.

Llegamos al hotel Dolphin House a media tarde. Estamos muy cansados del viaje, pero aguantamos el tipo mientras terminamos nuestro *check in* con la ayuda de la recepcionista, una chica muy agradable.

—Podríamos descansar un poquito en la piscina —propone Dan—. Dejamos las maletas, nos instalamos en una hamaca, lees un rato, te relajas y yo te busco un buen sitio para terminar el curso de buceo. Si pudiera hacerte yo de instructor... Pero seguro que te encontraré uno español que me permita ir con vosotros.

—Voy a conseguirlo. —Asiento decidida—. Después de tu charla en el coche estoy convencida de que quiero bucear contigo en mil sitios interesantes.

Su sonrisa me demuestra lo feliz que está de mis palabras.

La villa es muy agradable. Tiene un pequeño porche delantero con unos muebles de terraza contruidos con cañas de bambú. La cama sigue ese mismo patrón. Es de matrimonio y al estirarme un segundo en ella para probarla me doy cuenta de que es bastante dura. Hay otra cama individual en una esquina, un mueble de bambú abierto para guardar la ropa, con una caja fuerte donde deposito todo mi dinero, y un baño con las comodidades propias de un cuatro estrellas.

Pasamos una hora en la piscina, escoltados de la serenidad de este paraje, con poca compañía.

Mientras Dan me busca un instructor cualificado yo me sumerjo otra vez en la lectura. Desde su aparición apenas he avanzado y me apetece muchísimo acabar esta trilogía.

Una ducha de agua fresquita es perfecta antes de salir a la oscuridad de la tarde que empieza a traernos una suave brisa. Me reúno con Dan frente a las villas para ir al pueblo a cenar y a hablar con el chico del Savedra Dive Center, con quien ha quedado en veinte minutos.

Nos montamos en un Tuk-Tuk, uno de esos triciclos tirados por una moto con un sidecar construido en hierro, donde nos sentamos.

Observo el camino con una creciente emoción. Es bonito a pesar de la falta de luz, estamos en medio de una naturaleza exuberante, con casas desiguales en sus materiales, personas comiendo al raso, poca circulación y un aroma lleno de salitre.

El conductor nos deja frente al centro de buceo, donde conocemos a Óscar, un catalán que me parece muy simpático y competente. Me solicita mi libro de buceo para corroborar mis palabras y entonces Dan y él se quedan alucinados.

—¡Increíble! —exclama Óscar señalando las páginas—. ¡No te ha sellado las inmersiones! ¿En serio te lo dio así? ¿Vacío? Alucino, la verdad.

—¿Por? ¿Qué pasa? —Le miro un poco consternada.

—Debería haberte explicado cómo rellenar tus datos y sellar las inmersiones —explica Dan negando con la cabeza—. Entregar el libro en blanco es una falta total de profesionalidad. Ese chico no me gustó cuando lo conocí y esto solo reafirma mi intuición.

—Voy a hablar con el centro de Malapascua —promete Óscar—. Conozco al dueño y quizás pueda arreglarlo. Porque necesito el *pic* online para entrar las inmersiones y conseguirme el título.

Los minutos siguientes son un poco tensos. Ambos chicos se enredan en una conversación acerca de la ausencia de consideraciones de algunas personas.

Tras varias gestiones conseguimos lo que Óscar necesita y nos vamos a cenar a un restaurante que nos recomienda, el Lantaw, un pequeño local sobre unas escaleras de caña de bambú donde nos piden que nos saquemos los zapatos para entrar. No hay demasiadas vistas al mar, que se extiende a nuestra izquierda, tras las construcciones de una calle estrecha y no muy larga.

Pedimos las especialidades recomendadas por Óscar y mientras esperamos a que el lento servicio filipino nos traiga los platos nos dedicamos a repasar lo acontecido en Malapascua con mi instructor y cada uno de los pasos para vencer mi miedo mañana.

La cena es muy agradable. Terminamos hablando de temas más personales y descubro un poco más de la vida de un millonario. Porque tras unos días a su lado me ha quedado claro ese punto. Dan y su familia tienen mucho dinero, más del que jamás podría soñar.

Cuanto más ahondo en él más atraída me siento. Es un hombre atento, agradable, lleno de buenos sentimientos y muy positivo. Me gusta su forma de luchar por lo que cree justo, cómo habla acerca de sus hermanas, el amor hacia ellas y hacia su madre, su compromiso con la empresa y la pasión que imprime a cada palabra al hablar de ella.

De vuelta al hotel nos enfrentamos al conductor del triciclo. Quiero cobrarnos más de la tarifa preestablecida en el hotel antes de partir. Tras una

breve discusión Dan consigue llegar a un acuerdo y caminamos por el sendero empedrado rumbo a nuestras cabañas, situadas una al lado de la otra.

Nos paramos frente a mi porche mirándonos en silencio. Mi corazón se dispara y apenas logro respirar con normalidad. Sus labios son un imán para los míos. Los deseo, los ambiciono, ansío probar su sabor, pero me asaltan las dudas.

¿Qué sentiré? ¿Cómo conseguiré avanzar con él sin explicarle mis miserias? ¿Podré dejar atrás el pasado?

Siento sus ojos llenos de anhelo posados en los míos, cada uno de sus lentos movimientos para unir nuestros rostros, sus manos buscar las mías para entrelazar los dedos y su tacto cálido despertar una fogata en mi cuerpo.

Respiro a resuellos, apenas soy capaz de pensar con claridad cuando sus labios se posan en los míos con tanta suavidad que emito un gemido. Pero no puedo seguir adelante. Si lo hiciera sería una mala persona.

Doy un paso atrás, separo nuestras manos y me doy la vuelta.

—Hasta mañana —musito caminando hacia las escaleras—. Gracias por esta noche.

Capítulo 24

Dan

Malboal agosto 2017

Alargo la mano para atraparle el brazo e impedir que se vaya. Necesito encontrar una razón para entender su forma de esquivarme cada vez que intento acercarme a ella para besarla porque sus labios me parecen el mejor destino para los míos y despierta una cantidad de sensaciones en mi interior que deseo explorar.

Ella se detiene sin darse la vuelta, a medio camino entre yo y las escaleras que acceden a su villa privada.

El sonido de la naturaleza nocturna se hace eco sobre los latidos acelerados de mi corazón que repiquetea furioso en las sienas, en los oídos, en las muñecas, en mi estómago, en mi cuello. Parece como si miles de tambores hubieran invadido mi cuerpo para despertar esa ansiedad anhelante de perderme entre sus brazos.

—No te vayas a dormir todavía —susurro acercándome a ella—. Podríamos sentarnos un rato en los sillones para ver las estrellas. Me apetece estar más rato contigo.

Le rodeo la cintura con mis brazos desde su espalda y avanzo un poco mi cabeza hasta apoyar mi frente en su cabello. Siento cómo su corazón late tan desenfrenado como el mío al entrar en contacto con su vientre y escucho con facilidad sus resuellos.

—Apenas nos conocemos —susurra casi sin voz, como si tuviera los ojos anegados en un mar de lágrimas—. En poco tiempo te marcharás para regresar a esa vida de lujo a la que estás acostumbrado y yo me quedaré aquí, intentando superar el pasado. No deberíamos llegar más lejos. Es demasiado complicado.

—Nos encontramos por una razón, Jenny. —El tacto de su piel bajo la camiseta enciende chispas en mis manos que se propagan con rapidez al resto de mi cuerpo—. Bastan dos para querer intentarlo. Quizás descubrimos que hay algo más entre nosotros o al final quedamos en nada y nos despedimos sin darnos ni los teléfonos. Pero forjarse un destino significa apostar fuerte, no dejarse vencer por el miedo y dar un paso tras otro.

—A veces no es tan sencillo —murmura un jadeo cuando le doy un suave beso en la cabellera suelta—. Estos días a tu lado han sido perfectos. Hemos hablado, confiado el uno en el otro, aprendido a conocernos contándonos retazos del pasado. Pero ir más allá significa arriesgarme a perderlo todo después. Quizás si no compartiéramos a Eugenia y a Daniel, si no hubiéramos ahondado tanto en el pasado, si solo intentáramos pasárnoslo bien podría funcionar. —Coloca sus manos sobre las mías—. Pero hay más. No sé cómo ni por qué me siento tentada a explorar la atracción que despiertas en mí como si se tratara de un inicio de algo grande, pero lo hago. Constantemente. Y no puedo ni debo avanzar más en ese sentido. No sin antes confesarme cada una de mis miserias, a pesar de mi miedo a perderte después.

—Explícamelo, confía en mí, dame la oportunidad de demostrarte que a mí también me interesas lo suficiente para conocer todos tus secretos, por muy horribles que sean.

—Si fueran solo horribles...

Deshace mi abrazo y camina hacia las escaleras sin darse la vuelta. Intuyo lágrimas derramándose de sus ojos e intento encontrar una explicación a su forma de comportarse. ¿Qué más puede esconder su pasado? ¿Es tan terrible como lo pinta? ¿O solo es miedo?

—Estoy dispuesto a escucharte y a entender lo que sea. —La sigo hasta detenernos frente a la puerta—. Me importas, Jenny. Aunque solo te conozca hace cuatro días nuestro encuentro ha conseguido acercarme mucho a ti. Y quiero dar un paso más allá, quiero conocerte y permitirte descubrir hasta la última anécdota de mi vida. Deseo avanzar contigo y ver a dónde me conduce la atracción que siento por ti. Sé que tú quieres lo mismo porque lo leo en tus gestos, en tus expresiones, en tus ojos. Cuéntame lo que te preocupa y veremos cómo lo solucionamos juntos.

—Si lo hago quizás cuando me despierte mañana habrás desaparecido de mi vida para siempre. —Se da la vuelta muy despacio y apoya la espalda en la puerta—. No estoy preparada para eso.

—¿Y si sigo aquí? —Sus ojos húmedos y heridos son un espejo de un

dolor sin precedentes que se tiñe de algo parecido a los remordimientos—. No puedes prever qué va a suceder ni cómo voy a tomarme tus palabras. Jenny, en la vida hay que apostar fuerte para ganar o poderlo todo. Puedes buscar un riesgo moderado, incluso ser conservador, pero si no apuestas nunca vas a conseguir tus metas. Quedarte en un rincón asustada no te va a dar beneficios.

Cierra los ojos dejando escapar de ellos varias lágrimas.

—No hace demasiado tiempo estaba con Jesús, atrapada en una situación horrible y escapé, logré salir de ahí, darme la oportunidad de rehacer mi vida.

—Cuando abre los ojos brillan con un padecimiento palpable—. Apareciste sin llamarte, sin buscarte, como si fueras una estrella en el firmamento de mi dolor. Quizás es demasiado pronto, necesito tiempo para asimilar mi pasado y construir un presente. No creo estar preparada para asumir un rechazo ni para hablarlo ni para buscarle una explicación coherente.

—Solo has de intentarlo. —Le acaricio la mejilla con un dedo, recogiendo una de las lágrimas—. Lo curioso del destino es que no podemos decidir cuando nos atrapa. ¿Y si nos hemos encontrado por una razón? Darle vueltas al porqué no nos va a ayudar a forjar nuestro futuro juntos. No se trata de comprometernos de por vida ni de dar un paso de gigante, solo de caminar hasta descubrir que hay al final de este sendero.

Se muerde el labio inferior con un suspiro profundo y baja la mirada al suelo.

—Las chicas me dijeron que olvidara lo sucedido con Jesús y me lanzara a tus brazos para dejarlo atrás sin hablarte de mi vida anterior. —Sacude la cabeza—. Pero no puedo. He descubierto algo importante acerca de mí. No soy así, no puedo obviar lo que era, lo que fui, lo que hice, en lo que me convertí. Si lo hago me transformaré de nuevo en alguien que no quiero volver a ser.

—No voy a juzgarte, te lo prometo.

—Es difícil prometer sin saber qué vas a escuchar.

—Inténtalo. Por favor. Dame una oportunidad de demostrarte cómo soy de verdad.

Levanta la mirada con lentitud hasta posarla en mis ojos y mostrarme sin pudor su miedo, angustia y desesperación. Asiente, suelta un largo y profundo suspiro con los ojos cerrados y camina hasta ocupar uno de los sillones de cañas de bambú con las piernas levantadas y envueltas entre sus manos. Coloca la barbilla sobre sus rodillas con la mirada perdida en la lejanía.

—Está bien —acepta—. Voy a explicártelo, me arriesgaré a abrirte mi

corazón en canal, a no olvidar ni una de mis miserias, a mostrarme desnuda ante ti. Solo prométeme que si después no puedes volver a mirarme de la misma forma te levantarás y te irás sin pronunciar una palabra. No estoy preparada para romperme frente a ti ni para soportar tu mirada asqueada.

—Tienes mi palabra.

Ocupo un asiento en el sillón contiguo al suyo. Su postura muestra necesidad de espacio y no soy quien para negárselo.

Tarda unos instantes en reunir el valor para hablar. No sé qué puede atormentarla de esa forma. Me ha explicado cómo su antiguo amante, jefe o novio – no tengo muy claro cómo etiquetar al cabrón de Jesús – la obligaba a desnudarse mientras bailaba frente a varios tíos salidos. También conozco sus andaduras con él, su relación, incluso que la instruyó en el sexo acostándose con ella cada noche.

¿Qué más puede ocultar?

—Cuando conocí a Jesús era virgen. —Sus labios dejan salir las palabras sin otorgarles inflexión, casi las susurra, como si le costara pronunciarlas, y mantiene la mirada alejada, sin hacer contacto visual con mis ojos—. Solo había tenido una experiencia con un chico y acabó mal. Nos besamos, eso fue todo. No tenía ni idea de sexo real. Aparte de algunas conversaciones con mis amigas y lo aprendido en las películas, me faltaba mucho para considerarme una experta. Quizás por eso tardé más de la cuenta en entender la realidad.

Se calla un segundo. Sus dedos trazan dibujos en la piel expuesta de sus pies mientras respira con lentitud en busca de la serenidad necesaria para encarar la siguiente parte de su relato.

—La primera vez que Jesús vino a mi cama llevaba apenas una semana viviendo en su casa. Tenía tanto miedo. —Suelta una exhalación abriendo mucho los ojos—. No sabía cómo mantenerme cuerda, bailar en el club era muy duro, lo había hecho siete noches y sentía asco de mí misma. Todos esos tíos mirándome, poniéndome billetes en el tanga con la lascivia escrita en su cara... Era difícil no sentir repugnancia. Y Jesús se preocupó por mí, fingió una bondad de la que carecía porque solo buscaba una cosa.

—Ese tipo de tíos deberían pudrirse en la cárcel.

—Se aprovechó de mi inocencia en temas del amor, del sexo, de la vida. Haber crecido en un pequeño pueblo no era demasiado alentador para ser experta en esos temas. Por eso le permití entrar en mí, acceder a mi cuerpo, llevarme a mi primer orgasmo y pasarse un tiempo dándome lecciones de

cómo follar mejor. —Suelta un pequeño gemido antes de volver al tono monótono, casi exento de sentimentalismo, como si quisiera mostrar una asepsia emocional—. Me entregué a él porque era bueno conmigo. ¿Cómo podía imaginar sus intenciones? Si lo hubiera sabido... A veces me miento diciéndome que entonces hubiera actuado diferente, pero luego me doy cuenta de que jamás hubiera logrado escapar de él con esa facilidad. Quizás agarrarme a mi inocencia fue lo mejor porque logré creérmelo un tiempo, el suficiente como para tener un despertar al sexo más dulce de lo esperado en manos de un depravado como Jesús.

Una nueva pausa en la que noto cómo lucha para mantener las lágrimas y sus sentimientos fuera de su explicación.

Sus dedos siguen moviéndose por los pies y los tobillos y mantiene la mirada lejos de mí, como si se hubiera perdido en los recuerdos de ese doloroso pasado.

—La primera vez que me arregló una cita con otro tío me rebelé. —Esa frase me sacude con fuerza y empiezo a vislumbrar el alcance de las siguientes—. Quería que me presentara en su habitación para hacerlo feliz. ¡Esas fueron sus palabras! ¡Hazle feliz! —Las lágrimas manan con facilidad de sus ojos a la vez que le da una entonación angustiada a su discurso—. Solo tenía dieciséis años y estaba tan indignada... Aquel día recibí mi primera paliza. Fue muy cauto para no estropear la mercancía, solo me pegó donde se pudiera ocultar, sin dejarme marcas visibles y luego soltó la amenaza de mandarme al centro de menores. No tardó demasiado en doblegarme.

—¡Hijo de puta! —Le doy un golpe al colchón del sillón—. Te juro que si algún día me lo encuentro le haré pagar cada una de las humillaciones.

—Fui a esa habitación de hotel temblando —prosigue con monotonía otra vez, como si para hablar necesitara no transmitir sus sentimientos a las frases—. Jesús me había vestido con ropa arrapada y no estaba cómoda dentro de ella. El tío era un capullo cargado de pasta. Estaba en el Hotel Ars y su idea de pasarlo bien fue aterradora. —Una sonrisa cargada de amargura se cuelga en sus labios—. Pasé por la experiencia más dura de toda mi vida. Bailar en el club era una cosa, pero doblegarme ante ese hombre me abrió heridas demasiado profundas. A veces todavía me pregunto cómo sobreviví a sus mordiscos, a sus exigencias, a sus deseos perversos. Las lágrimas fueron mis compañeras todo el rato y cuando salí de allí me sentía sucia, asquerosa, destrozada.

Le permito un instante de silencio para recomponerse mientras interiorizo

cada una de las connotaciones de su confesión.

Me levanto de mi sillón para sentarme a su lado y rodearla con un brazo por los hombros. Tiembla a pesar del calor. Ella baja las piernas, las dobla a un lado, sobre el colchón, y apoya la cabeza en mi pecho.

—Nadie debería pasar por algo así. —Le acaricio el cabello—. Fuiste valiente al escaparte, Jenny. Ya te lo dije la otra vez. Ese tío se merece la cárcel.

—A partir de ese día todo cambió —continúa con su narración sin apartarse de mi pecho—. Pasé seis meses sumida en la mierda. La idea de volver a pasar por una paliza me acojonaba, por eso acepté cada trabajo sin quejarme. Cada vez que esos tipos me tocaban me sentía morir, pero si quería mantenerme cuerda debía dejar mis sentimientos fuera de la habitación. Los clientes eran ricos, estaban en hoteles caros o en mansiones lujosas. Por lo general no me hacían daño, incluso los había amables. Hasta uno que me abrió los ojos. Era árabe, guapo, millonario, con un cuerpo impresionante. Cuando le vi pensé que se había equivocado. ¿Qué tío con ese aspecto necesitaba pagar para follar? No tardé demasiado en entenderlo. Era un sádico, le gustaba golpear a las mujeres para sentir placer y no era fácil encontrar a muchas dispuestas a acabar en el hospital tras acostarse con él.

—¡Joder! —La estrecho más contra mí sintiendo cómo se rompe.

—Me tuvo en su casa una semana, es lo que le pagó a Jesús, una jodida semana de torturas para correrse sintiendo orgasmos cada vez mayores. — Ahora su tono se tiñe de un dolor demasiado intenso como para no apreciarlo —. Acabé en una cama de hospital durante cinco días para recuperarme. Cuando vino la policía quise decir la verdad, explicarles la clase de hombre que era Jesús, pero él se encargó de demostrarme donde acabaría si lo hacía. No era la única mujer a la que prostituía, tenía montada una red por todo el país, muchas de las chicas vivían en unas condiciones infrahumanas, las mantenía encerradas y sus hombres se encargaban de ellas. Tenía demasiado poder para mandarlo a la cárcel sin un plan perfecto. Desde allí sus tentáculos podían alcanzarme con demasiada facilidad.

—Eres una mujer increíble, Jenny. —Mi voz suena afectada por el shock en el que me encuentro—. Superar algo así no es fácil.

—Creo que nunca lo superaré del todo. —Sorbe por la nariz antes de volver a componer un tono neutro—. A partir de ese momento empecé a rebelarme contra Jesús. Me daban igual sus golpes, sus amenazas, su forma de doblegarme. Siempre acababa cumpliendo sus órdenes, pero sin dejar de

luchar ni un instante por mantener mi dignidad y recuperarme de los sentimientos adversos que me producía la situación. Con fuerza de voluntad logré rehacer los pedacitos fragmentados de mi alma, encontrar la forma de no culparme y de dejarla fuera cada vez que Jesús vendía mi cuerpo. Intimar con Esmeralda me ayudó a cambiar mi percepción del asunto, a empezar a culpar a Jesús en vez de a mí, a odiarle y a desear escapar. Gracias a ella estoy aquí porque sin sus consejos jamás hubiera batallado por salir de esa situación.

—Lo hiciste, escapaste.

—Pero le di demasiado de mí y si algún día me encuentra sus amenazas se convertirán en realidad. —Se endereza para mirarme a los ojos por primera vez desde que ha empezado su relato—. Esmeralda y yo fingimos una disputa hace un año, nos mostramos frías la una con la otra, interpretamos un papel mientras nos veíamos a escondidas para preparar mi huida. Ella me ayudó. Y si algún día Jesús lo descubre podría acabar llegando a mí. Eso me asusta y también la ansiedad de no saber si mi amiga está bien. —Levanta la mirada hasta encontrarse con mis ojos—. Esa es mi vida, Dan. Miedo, asco de mí misma. Me largué con su dinero, no le he dejado demasiadas pistas, lo mandé a la cárcel, he usado otro nombre para viajar, incluso conseguí documentos nuevos con otra identidad mientras estuve en Manila para no dejarle miguitas de pan a los hombres que envíe Jesús. —Su expresión se contrae con dolor—. No puedo iniciar una relación contigo sin saber si soy capaz de sentir algo con un hombre. Algo de verdad.

—No me voy a ir —musito con el corazón a punto de explotar—. Te he prometido que si no podía asumir tu confesión desaparecería de tu vida. Y no lo voy a hacer. Tú no tienes la culpa de que ese animal te obligara a prostituirte ni de nada de lo sucedido. Solo intentabas sobrevivir y al final lograste salir de allí. Eres una persona loable, Jenny.

—Me gustaría creerte. De verdad. —Se enjuga las lágrimas con los bajos de la camiseta dejando al descubierto su vientre plano un segundo—. Pero no te das cuenta de lo que esconde mi confesión. Luché, sí, pero acepté muchos de los trabajos sin chistar para ganar las batallas importantes. Empecé a decidir cuándo rebelarme y cuándo mostrarme sumisa para encontrar un equilibrio capaz de mantenerme cuerda. Me acosté con muchos clientes sin sentir nada, solo dándoles el placer que solicitaban. Incluso llegué a correrme en algunas ocasiones. ¡Lo disfruté!

—¿Y piensas castigarte por ello? —Le acaricio la mejilla con suavidad—. Hiciste lo que debías para no perder tu vida e intentaste sacar lo mejor de

cada situación. Castigarte por ello es una estupidez, Jenny.

—¡Era una puta! —se exalta de repente, separándose mucho de mí—. ¿Lo entiendes? ¡Una jodida puta! ¡Me metía en la cama de los tíos por dinero! ¡Y luego me desnudaba en un escenario frente a un puñado de cabrones muertos de deseo! —Baja la cabeza adoptando un tono afectado—. Disfrutar no era parte del trato. No debería haberlo hecho nunca. Jesús solía darme varios orgasmos épicos y yo le dejaba hacerlo. Eso me hace sentir asquerosa.

—Pues no debería. —Tengo muchos sentimientos pululando libres por mi interior. Sus palabras se clavan en mi corazón haciéndolo sangrar porque a pesar de entender las connotaciones de su confesión no puedo condenarla por tomar esas decisiones. A mis ojos el único culpable de lo sucedido es Jesús —. Eres una mujer increíble. Honesta, divertida y con una larga vida por delante. Has decidido contármelo todo antes de enredarte conmigo porque no querías empezar con mentiras, arriesgándote a perderlo todo. Podrías haberte acostado conmigo sin más, pero has preferido ser sincera y no empezar con mentiras o medias verdades. Eso demuestra el tipo de persona que eres y cuenta mucho más que tu pasado.

—¿Y si no soy capaz de tener una relación normal con un hombre? — Permite que pase mi brazo por su hombro y la acerque de nuevo a mi pecho—. Podía sentir deseo con los clientes y con Jesús, era capaz de disfrutar en algunos momentos porque los orgasmos eran como una liberación que me ayudaba a deshacerme de la ansiedad. Pero nunca lo he intentado con sentimientos de por medio. Solía vaciarme de ellos antes de empezar para mantener al máximo mi integridad mental.

—Podemos probarlo. —Coloco la cabeza sobre la suya para darle un suave beso—. No se trata de comprometernos de por vida ni de jurarnos un amor imposible con cuatro días de relación, solo de avanzar juntos y descubrir qué nos depara el mañana. Quizás un día nos despertemos con la certeza de que se ha terminado o podríamos acabar locamente enamorados. —Ella levanta la mirada hasta perderse en mis ojos con un conato de esperanza—. No hay nada escrito, Jenny. Podemos ir despacio, esperar a que te sientas segura para dar un paso nuevo una vez afianzado el anterior. Una relación es cosa de dos.

—¿No te importa que fuera una puta? —insiste—. ¿Puedes perdonarme lo que hice?

—Deja de usar esa palabra para describirte. Y no vuelvas a hablar de perdón porque a mí nunca me has herido, solo me has abierto tu corazón de par

en par para que te conozca. Ya es hora de que te perdones por haber sobrevivido y empieces a vivir de verdad.

Sonríe sin un atisbo de dolor y ese gesto me ilumina, como si pudiera penetrar en mi cuerpo para llenar de alegría los recovecos de mi corazón.

—Gracias por aparecer, Dan. —Se endereza hasta quedarse a pocos centímetros de mi cara—. Eres un hombre alucinante.

—Quiero besarte —musito acariciándole el labio con delicadeza—. Podríamos empezar a probar tu capacidad de sentir con un beso.

—Estaría bien. —Asiente acercándose—. Será mi primer beso en serio y es un paso muy importante. Estoy preparada para darlo si es contigo.

—No esperes fuegos artificiales ni nada por el estilo —bromeo para aligerar un poco la tensión que transmite su voz—. Solo cierra los ojos y permítete sentir. A veces el primer paso es el más difícil, pero también el más gratificante.

—Las mujeres de tu vida han sido unas insensatas al dejarte escapar. — Sus labios están tan cerca de los míos que un estremecimiento me sacude el cuerpo—. Eres demasiado perfecto para no querer pasar la vida a tu lado.

—Me has conocido en un buen momento. —Hablo con el roce de su boca haciéndome gemir—. Antes solo me importaba el trabajo.

—¿Y ahora? —La vibración de su voz reverbera por nuestros labios pegados llenándome de fuego. La estrecho entre mis brazos para sentirla pegada a mí—. ¿Cuál es tu mayor interés en estos momentos?

—Besarte.

Abro la boca despacio tomando el control. La siento temblar entre mis brazos mientras realiza un tímido movimiento con su lengua. Al unirse a la mía jadea con una escalada de pasión, como si no pudiera contenerse. Se destensa, se entrega y empiezo a devorarla con la necesidad de sentir su piel bajo las palmas de mis manos.

Sin separarse de mi boca se coloca a horcajadas sobre mí. Sus manos buscan mis costados, los recorren al ritmo de los gemidos que suelta sin detenerse. Las mías palpan su espalda bajo la camiseta y se llenan de esa corriente ardorosa que alcanza cada rincón de mi cuerpo hasta concentrarse en mi entrepierna, endureciéndome, colmándome de avidez.

El beso se vuelve fiero. Los ruiditos de Jenny se intensifican, junto a sus caricias. Ha dejado de temblar, ya no está alterada ni tensa ni asustada, ahora solo parece disfrutar del momento.

Su sabor es delicioso, sentir sus pechos en el mío un atentado contra el

decoro, su pelvis pegada a mis piernas, casi tocando mi miembro es la peor de las torturas y esos besos codiciosos consiguen llevarme al Nirvana.

Pasados unos minutos de besos ansiosos Jenny rompe el contacto y se retira hacia atrás.

—Puedo sentir —murmura acariciándome los labios con un dedo—. Soy capaz de dejar atrás el pasado para entregarme a un beso. Ha sido alucinante. ¿Qué paso viene después?

—No vamos a correr. —Le coloco las manos en las mejillas sonriéndole—. Hoy nos dedicaremos a los besos.

—Suenan bien. —Me guiña un ojo mordiéndose el labio—. ¿Podemos empezar?

—Soy todo tuyo.

Encajo mis labios sobre los suyos y empiezo a darle pequeños besos muy suaves, sin profundizar. Sus gemidos son música para mis oídos, muestran su total entrega, su deseo de seguir adelante con esto, sea lo que sea.

Tercera parte
Destinos encontrados

*A veces nuestro destino semeja un árbol frutal en invierno.
¿Quién pensaría que esas ramas reverdecerán y florecerán?
Más esperamos que así sea, y sabemos que así será.*

Goethe

*El odio como el amor se apaga en la tumba.
Sólo una cosa permanece invariable en la vida,
como después de la muerte:
nuestro destino.*

Henrik Ibsen

Capítulo 25

Eugenia

Isla de Negros, septiembre 1892 – Isla de Luzón, abril de 1895

Hace calor, pero yo siento el vello del cuerpo levantándose mientras me abrazo frente a la lápida donde pedí cincelar las fechas de nacimiento y muerte de madre antes de enterrarla hace dos días.

Cristina está a mi lado abrazándome con lágrimas de dolor en los ojos y una expresión destrozada. Nuestras miradas se pierden en el relieve de la lápida, en la inscripción, en la agonía de sus últimos días.

«Esposa, madre y querida abuela. Te recordaremos siempre».

—Ya nada será igual en Bilbao cuando regrese —musita mi hermana apoyando su cabeza en mi hombro—. Sin madre no podré seguir adelante — Las lágrimas acuden a sus ojos de nuevo—. Ella era mi fuerza, Eugenia. Siempre estaba ahí, en cada peldaño del camino.

—Tienes a tu marido y a tus hijos. —La ciño contra mi cuerpo para transmitirle calor—. Y sabes tan bien como yo que madre hubiera deseado tu felicidad.

—La tuya también la anhelaba. —Levanta la cabeza y me sonrío con lágrimas en los ojos—. Fue doloroso ver cómo entregabas tu vida a cambio de la nuestra.

—Jamás me hubiera perdonado dejarnos sin un sustento.

Levanta la cabeza para mirarme con ternura.

—Ya no le debes nada a Diego. —Me da un beso suave en la mejilla—. Te sacrificaste por nosotras, aguantaste a ese animal para que tuviéramos estabilidad. Ahora te toca ser feliz, Eugenia.

—Me iré con Daniel cuando subas al barco de regreso. —Asiento—. Me llevaré a Itziar y empezaremos una nueva vida lejos de aquí. Voy a ser feliz, te

lo prometo.

—A partir de ahora serás una mujer afortunada. —Me da un beso suave en la mejilla—. Al fin puedes tener al hombre al que amas.

—Si mi marido nos encuentra nos matará.

—Será un riesgo que deberéis correr. —Su voz se vuelve más serena—. Pero es mejor arriesgarte que seguir atada a un hombre como Diego y no ser capaz de sentir la fuerza del amor creciendo cada día a tu lado. Daniel es tu destino.

—Para toda la eternidad —susurro casi sin voz.

Pasamos media hora allí quietas despidiéndonos de madre con un llanto silencioso mientras buscamos la fuerza para emprender el resto de nuestras vidas.

Cristina regresará a Bilbao y yo iniciaré un nuevo rumbo de la mano de Daniel. Estaremos separadas, puede que para siempre. Me rompe el corazón dejarla marchar a ella también, pero es el precio a pagar si quiero reconstruir mi vida.

De regreso a la casa nos encontramos a los niños preparados y a Daniel cargando el equipaje en la calesa. Estoy convencida de que sin él a mi lado no hubiera conseguido soportar estas semanas ni encontrar el valor para abandonar la plantación.

El viaje se me hace largo y pesado. Debemos mantener las formas y mi corazón palpita con la necesidad acuciosa de tocarle, besarle, sentirle dentro de mí. Es como si el peso de la separación fuera mayor ahora que lo nuestro está a punto de ser posible.

Dormimos en la casa de Manila a la espera de que zarpe el barco que se llevará a mi hermana a España. Debemos actuar rápido y de forma silenciosa para evitar que alguien nos delate o nos detenga. La noticia de la muerte de madre habrá llegado ya a Bilbao y Diego no tardará en aparecer por Filipinas.

El recuerdo de mi único beso con Daniel me asalta al entrar por la puerta de la casa de Manila y me acompaña en una larga noche en vela, deseando bajar las escaleras para entrar en su alcoba, pero no podemos arriesgarnos a una traición del servicio, Diego tiene ojos en todas partes y personas capaces de impedir nuestros planes.

La irrupción de Geni en mis cortos sueños me muestra las huellas de los actos atroces de Jesús en su alma. Quizás Diego ha creado las mismas muescas en mi interior y ha erosionado mi capacidad para entregar mi cuerpo a un hombre...

Un conato de miedo me posee durante unos minutos al despertarme de golpe en mitad de la oscuridad. Me levanto para ir a la cocina a por un vaso de agua y al bajar las escaleras me encuentro a Cristina sentada en una silla frente a la mesa, con una infusión humante entre sus dedos.

—No podía dormir —explica cuando ocupo un sitio a su lado—. Sabía que traer a madre aquí acabaría con una vuelta a casa en solitario, pero me duele demasiado.

—Ella lo sabía. Morir aquí fue su regalo para ofrecerme una vida mejor y poder despedirse. Me parece un acto precioso.

—Te echaré de menos, hermana.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquiero pasados unos minutos en absoluto silencio. Ella asiente—. Solo he estado con un hombre y lo nuestro no se puede considerar voluntario. Con Diego es todo dolor, obediencia, asco, repugnancia. Y no sé si seré capaz de cambiar esa realidad con Daniel. Cuando estoy con él siento cosas que nunca imaginé posibles. Me sube un fuego por el cuerpo, se me acelera el corazón, me arde el alma. Pero no sé si reaccionaré bien ni si voy a lograr vencer el miedo a que me toque.

—Tu marido es un animal. —Aprieta los dientes y sopla por la nariz—. Los hombres tiernos como Daniel suelen ser pacientes y cariñosos. El acto puede convertirse en placentero si tienes un buen amante. Confía en Daniel, explícale cómo te sientes e id despacio. Seguro que consigues sentir.

—¿Es cariñoso tu marido?

—Nunca me haría daño y me trata bien. Le quiero, Eugenia y él también me quiere. ¿Qué mayor dicha puede existir?

—Amo a Daniel. Creo que le amé desde el primer momento, cuando lo vi esperarme en el puerto. Fue como si mi mirada se conectara a él de una forma extraña. Se me aflojaron las piernas y cuando escuché su voz por primera vez casi gemí. El tiempo solo me ha ayudado a darme cuenta de que mi corazón se altera con su presencia y quizás tantos años amándole en silencio han aumentado mis emociones. —Me vienen a la cabeza las preguntas que se hacía Geni en mi último sueño—. Tengo miedo de no ser capaz de olvidar lo que Diego lleva años haciéndome.

—El amor es lo único importante, Eugenia. Ten fe en tu hombre, él te ayudará a vencer los miedos. Te lo prometo.

—Te voy a echar tanto en falta.

Me coge las manos sobre la mesa.

—Tienes derecho a ser feliz y no voy a ser yo quien lo evite.

—Una vez te deje en el barco no podré volver a escribirte. —Aguanto la lágrima y fuerzo una sonrisa—. No volveremos a vernos.

—¿Sabes cómo me lo compensarías? —Niego con la cabeza—. Dejando atrás la tristeza para siempre. Prométemelo, por favor, Eugenia. Prométeme que lucharás para ser feliz.

—Lo haré. —Asiento con lágrimas resbalando por mis mejillas—. Viviré cada día al lado de Daniel como si fuera un regalo.

Tardamos una eternidad en irnos a dormir. Pasamos el rato contando anécdotas de nuestra niñez que nos acercan un poco a madre.

Las luces del alba me sorprenden en la cama, despertando de un sueño profundo. Ha llegado el día de tomar un camino diferente al emprendido estos últimos años. Hoy dejaré atrás mi matrimonio con Diego, la plantación, las heridas y el alma despedazada y le entregaré mi corazón al único hombre poseedor de él.

La emoción me invade llenándose de ansiedades e ilusiones.

Cuatro horas más tarde veo cómo el barco zarpa con mi hermana y sus hijos a bordo.

Conocí a Daniel en este mismo puerto. Recuerdo ese día, mi venida a este país que he llegado a adorar, mi mirada fijándose en él, nuestras primeras conversaciones, su forma de tratarme, los años de deseos frustrados. Y sonrío al pensar que por fin ha llegado nuestro momento.

—Deberíamos irnos —susurra en mi oído cuando el barco apenas es una mancha en el horizonte—. Se hará de noche en pocas horas y me gustaría estar lejos de aquí cuando eso suceda.

—Hoy es el primer día de nuestra nueva vida —musito—. Nunca dejaré de estarle agradecida a la Providencia de que me llevara a tus brazos.

Su sonrisa eclipsa la ansiedad para llenarme el cuerpo de chispas de felicidad.

Caminamos de regreso a la calesa sin perder las formas, aunque mis deseos son los de lanzarme a sus brazos para besarle hasta que no quede ni una migaja de deseo en mi cuerpo.

Pero debo contenerme. Queda poco para ejecutar nuestro plan.

Suelto un suspiro largo y lleno de expectación. Por fin voy a poder disfrutar de él, de nuestro amor, de ese contacto que me atemoriza y me emociona a partes iguales.

Tenemos la fuga planeada al milímetro. A los sirvientes de la casa de

Manila les hemos asegurado nuestra partida para La Carolina esta misma mañana para darnos tiempo a escapar en una calesa de un miembro del Katipunán.

Nuestro destino es la plantación del padre de Daniel, un lugar ajeno a su identidad actual y donde podremos rehacer nuestras vidas sin miedo a que Diego nos encuentre.

Su progenitor falleció hace tres años sin que la justicia hallara al heredero legítimo y ahora la finca está abandonada. Andres Bonifacio nos ayudó a descubrirlo gracias a sus amistades en el lugar y la reclamó para Daniel.

Tras tres días de viaje llegamos a Ilocos. Estamos cansados y sucios, pero la ilusión es nuestra compañera al bajar del carro y encontrarnos con los restos de una majestuosa casa de columnas blancas.

Naiara se ha venido con nosotros. Los chicos conocen un poco la realidad y parecen entusiasmados con la idea de empezar de nuevo lejos de La Carolina. Itziar es una niña intuitiva que adora a su padre y quizás en poco tiempo empiece a preguntar por él, pero a la larga me agradecerá esta decisión.

La madre de Daniel, junto con José, tiene previsto acompañarnos en breve. No podíamos irnos todos de golpe para evitar llamar la atención de los trabajadores fieles a Diego. Mi marido tiene hombres en todas partes que podrían habernos impedido huir.

—Está peor de lo que imaginaba. —Daniel entra en nuestras escasas pertenencias a la casa y la observa con interés—. Pero podemos convertirla en un hogar.

Me acerco a él despacio, casi saboreando el momento. Los chicos se han quedado fuera investigando un poco los alrededores y Naiara ha bajado a las cocinas para reconocer su estado. Siento cómo me pasa su brazo por los hombros y me acerca a él dándome un beso casto en la frente. Me estremezco. Su contacto es como un huracán arrasando con mis miedos y ansiedades. Enciende fuego en mis entrañas.

Recuesto la cabeza en su pecho y descubro cómo su corazón bombea con fiereza. El mío corre la misma suerte, se acelera, late a mil por hora al saberme libre para estar entre sus brazos por primera vez.

—Lo haremos —sentencio—. Los muebles están abandonados, pero con una buena limpieza estarán como nuevos. Y solo necesitamos fregar y realizar algunas reparaciones para adecentarla.

—Estoy dispuesto a todo.

Trabajamos toda la tarde en las alcobas del primer piso y la cocina. Llevamos bastantes provisiones, junto a algo de dinero que nos ha cedido el Katipunan. Mañana vendrán un grupo de trabajadores para poner en marcha de nuevo la plantación, debemos conseguir ser autosuficientes cuanto antes.

Cuando cae la noche estamos exhaustos, pero felices. Todavía queda mucho trabajo para arreglar la casa, hay reparaciones a las que atender, suciedad que rascar, muebles que lijar, barnizar y rehacer, ventanas que limpiar, pero hemos conseguido adecentar la cocina y tres alcobas del primer piso. Mañana empezaremos a repartirnos el trabajo para terminar con el resto cuanto antes.

Tras una cena rápida en la cocina subimos al primer piso. Me tiemblan las piernas y siento cómo mi corazón está a punto de salirse por la boca de ansiedad.

Ha llegado la hora de entregarme a él y las emociones se amotinan en mi interior.

Daniel me toma de la mano tras despedirse de los chicos para llevarme a la alcoba más apartada, justo en el otro lado de la casa. Esta tarde la ha elegido tras susurrarme al oído su intención de tener intimidad esta primera noche juntos.

La última parte de la frase se repite incesantemente en mi mente.

Noche juntos...

Me limpio la mano libre en el vestido para deshacerme del sudor y obligo a mis pulmones a respirar con mayor normalidad, en busca de una brizna de aire.

Me tiemblan las piernas, apenas me sostienen.

Entramos en la alcoba a oscuras, acompañados de una vela que sujeta Daniel. Mi corazón está a punto de entrar en colapso. Siento su tacto suave en la mano, escucho sus resuellos acelerados, respiro su aroma y casi no consigo caminar sin sentir el peso de un deseo acuciante mezclado con miedo.

¿Podré entregarme a él sin sentir repugnancia?

Enciende un par de candiles soltándome un segundo la mano. Enseguida mi cuerpo se rebela contra la falta de su tacto, desea tenerlo otra vez junto a mí y me invade una frialdad difícil de superar sin tenerle cerca.

Mi mirada se pierde en su cuerpo ágil, en ese brazo levantado hacia el candelabro para dar algo de iluminación a la alcoba, en cómo la camisola blanca se engancha a su costado, transparentándose con la vela recién

encendida.

Cuando camina de nuevo hacia mí siento cómo sus últimos movimientos me han hechizado dejándome quieta en medio de la estancia.

—Llevo tanto tiempo esperando este momento... —Se detiene a pocos centímetros de mi cuerpo, alza un brazo y me acaricia la mejilla con un dedo. Lo baja hasta mis labios—. No he dejado de soñar en besarte desde esa primera vez en el puerto, Eugenia. Y ahora por fin vamos a tener una vida juntos.

—Sin Diego, sin miedo, sin dolor. —Sonríó con un gemido—. Solos tú y yo.

—Para siempre.

—Por toda la eternidad.

Acerca la cara con mucha lentitud. Tiene ambas manos en mis mejillas y su cuerpo emana calor. Escucho con facilidad los jadeos sordos de su boca, las palpitations de su corazón, las palabras calladas que llenan de deseo la atmósfera. Huelo su aroma, uno lleno de notas de mis recuerdos más felices a su lado. El tacto de su cuerpo cerca del mío me dispara la taquicardia y una necesidad imperiosa de perderme en él.

Su boca llega a mis labios.

El primer contacto es vibrante, todo mi cuerpo recibe una sacudida, como si varias fogatas explosionaran en él a la vez colmando mis terminaciones nerviosas de anhelo.

Al principio el beso es tímido, casi casto. Pero a los pocos segundos abre la boca para invadir la mía con su lengua y sube de temperatura, volviéndose fiero, ardiente, carnal.

Suelta mis mejillas para abrazarme por la cintura y ceñirme mucho a él.

Al sentir su torso sobre el mío gimo dentro de su boca y le rodeo con los brazos tocándole la espalda, deseando llegar a su piel, sin dejar de devorarlo con los labios, entregándole hasta la última migaja de mi ser.

Sus manos empiezan a desabrochar la espalda del vestido con avidez. Las mías le levantan la camisola para acceder a su espalda. Cuando la toco vuelvo a sentir esa centella de placer recorriendo mis venas e inflamándome entre las piernas, como si un fuego ardiera entre ellas y solo él pudiera apagarlo.

Sin apartarme de sus labios más de lo necesario, logro quitarle la prenda.

Deslizo las manos por su torso desnudo. Lo tiene duro, musculado, prieto. Al llegar al corazón lo noto latiendo a máxima potencia y sus gemidos

ahogados me muestran el estado de excitación en el que se encuentra.

Mi vestido se desliza hacia el suelo. Me quedo apenas tapada con una pequeña y vaporosa combinación que no tarda en desaparecer.

Cada uno de sus besos me sorbe el aire, me colma de necesidad, me convierte en un ser ardiente, deseoso, ávido.

Solo llevo los zapatos, el resto de mi ropa está apilada en el suelo cuando me levanta en brazos para posarme con delicadeza sobre la cama. En este instante tomo conciencia de lo que está sucediendo, de sus manos recorriendo mis piernas para quitarme los zapatos con suavidad, de su cuerpo casi desnudo, de su calor, de mi deseo.

No tengo miedo.

Me siento preparada para dar el paso, llena de una avidez que me abrasa. Le necesito, le anhelo, le deseo. Sus manos no agraden mi piel, la colman de una grata sensación. Sus labios no me hieren, me excitan. Y su cercanía no me repugna, me enciende.

Se levanta para deshacerse del pantalón y me dirige una mirada cargada de pasión.

—He soñado demasiado en este momento.

Sonrío cuando se estira sobre mí para volver a besarme. Sus labios descienden por el cuello con lentitud, creando un reguero de besos hasta mis pechos. Le recorro los hombros con las manos cuando se dedica a lamer uno de mis pezones, consiguiendo que me arquee de placer al ritmo de mis jadeos.

Repite la operación con el otro pecho y baja una de sus manos por mi vientre hasta pararse en mi sexo ardiente. El deseo de sentir su dulce caricia allí me consume. Pensaba que llegado a este punto temblaría de pánico y lo hago de urgencia.

Cuando al fin desciende la mano acariciándome el vello púbico suelto un gemido y me muerdo el labio para ahogar un grito extasiado.

Los besos se deslizan por mi vientre, acercándose peligrosamente a su mano que se ha colado por mis pliegues hasta despertar un botón que desconocía hasta ahora, pero que se desata con una fuerza poderosa. Los toques suaves e intermitentes de uno de sus dedos me arquean. Agarro la sábana con fuerza con ambas manos. El placer sacude mi cuerpo lanzando punzadas de necesidad a las terminaciones nerviosas.

Su boca se abre paso y la mano le cede enseguida el sitio.

—Daniel —susurro con un conato de ansiedad.

—Tranquila. —Esas palabras reverberan en mi sexo y gimo de nuevo—.

Confía en mí.

Asiento estirándome hacia atrás al sentir su lengua en ese botón lleno de terminaciones nerviosas. Traza círculos pequeños y cada uno de ellos consigue enviar nuevas oleadas de sensaciones a mi cuerpo.

Siento la urgencia de explotar. Mi cuerpo se tensa de repente, a punto de alcanzar una cima extraña, como si necesitara dejarme ir.

Y de repente llega la explosión.

Jamás había sentido algo igual.

Es como si cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo acabara de sufrir una descarga de placer y fuera expandiéndose por las fibras, los músculos, la piel, tensándome y destensándome una o y otra vez.

Mis puños vuelven a agarrar la sábana con fiereza. Grito su nombre acompañando el sonido con varios gemidos.

Su lengua deja de moverse y asciende por mi cuerpo con la boca creando una cadena de besos hasta llegar a mis labios. Entonces introduce su miembro en mi interior con lentitud, casi como si intentara no invadirlo de golpe.

No me duele, no me disgusta, no me aterra. Quiero sentir cómo se hunde en mí, cómo me posee.

Enrosco mis piernas en su cintura y marco un ritmo más fuerte. Daniel se interna en mi cuerpo con un poco de precaución, pero al final cede a ese empuje por mi parte y empieza a moverse con ímpetu dentro de mí.

Por primera vez en mi vida siento la fogosidad del acto. No me repugna ni me horroriza ni me siento invadida. Quiero tenerlo ahí, sentir esas embestidas que me llenan de un placer inconmensurable.

Grito, gimo, resuello y me muevo un poco para acoplarme a él.

La segunda oleada del éxtasis me sorprende de repente. Él tarda unos segundos en acompañarme y gime mientras se vacía en mi interior.

Al terminar me coloca las manos en las mejillas mirándome con una sonrisa de felicidad. Sus ojos refluyen chispas de emoción.

—Por fin estás entre mis brazos —musita antes de besarme—. Para siempre.

—Por toda la eternidad

Pasamos el resto de la noche abrazados, desnudos, tocándonos y hablando del futuro con una ilusión desconocida hasta el momento.

Durante los meses siguientes adecentamos la casa, el cañaveral, el molino, la casona donde la caña se convierte en azúcar, los carros con los que

transportar las cañas y la casa de los trabajadores con ayuda de los jornaleros que han venido para trabajar en nuestra nueva propiedad. Son jóvenes, fuertes, vigorosos y con mucha energía positiva.

La madre de Daniel llega junto a José al cabo de dos meses y no tarda en integrarse en nuestra nueva rutina para llenarla de serenidad.

Poco a poco construimos una relación carente de dolor, recuerdos o remordimientos.

Se empieza con la siembra enseguida para conseguir la primera remesa de azúcar cuanto antes y convertir la plantación en autosuficiente.

Cuando al fin está todo en marcha vuelvo a pintar. Las noches en compañía de Daniel avivan mi creatividad y, tras realizar tareas del hogar, salgo al jardín a darle vida al los cuadros.

Vuelvo a sacar el del espejo, aquel que he abandonado durante años. Aunque no tengo ninguna prisa por acabarlo, lo voy intercalando con otros, dándole brochazos cada bastante tiempo, retrasándolo hasta el momento propicio su final.

Las semanas se convierten en meses y los meses en años, ofreciéndonos un pedazo de cielo. Nuestra vida es pausada, feliz, llena de intensidad.

Cada mes asistimos a reuniones del Katipunán en la zona. Daniel es uno de los integrantes de la cúpula y va preparando el terreno para conseguir cada una de las metas trazadas. Hace tiempo me lo contó y yo acepté ser parte de la revolución si algún día llega.

En marzo de 1893 la boda de Andrés Bonifacio con Gregoria de Jesús en la iglesia de Binondo nos acerca un poco más a él. Nos quedamos hasta el rito del Katipunán para unirlos de nuevo en matrimonio una semana después según nuestras tradiciones.

Poco a poco la organización va creciendo, aunque se necesitan más miembros, por lo que en enero de 1894 nuestro amigo redacta las normas de reclutamiento para aumentar el número de seguidores. Siempre con ese sentido del honor que le caracteriza, se preocupa de dejar fuera del Katipunán a cualquier persona de dudosa moral.

Un año después, en enero de 1895, Andrés asume el mando de la organización y empieza su mandato decidiendo cambiar un poco la política de ampliación de los miembros. Tras hablarlo en uno de los Consejos Supremos decide reclutar más a obreros y artesanos, dejando al margen a los de clase media, ya que no aportan nada a la lucha.

Con la elección de Bonifacio como Supremo hay más movimiento. Se

intensifica la propaganda y también se crea una rama femenina a la que pertenezco. Lo importante es encontrar financiación subiendo las cuotas para conseguir armas y aumentar los miembros y expandirnos.

Abril de 1895 arranca con la reunión de los miembros del Katipunan liderados por Andrés en la cueva de Pamintinan en Montalban, Morong, para un acto que les llena de emoción. La inscripción en la pared de la cita *¡Viva la Independencia Filipina!* es el pistoletazo de salida para empezar a subir sin medida los miembros, ya que solo contamos con trescientos y se necesitan muchos más para lograr nuestra meta.

El tiempo pasa con rapidez.

Soy feliz.

Es extraño afirmar esto tras tantos años bajo el yugo de Diego, pero vivir con Daniel es un sueño hecho realidad. Con él la ilusión colma cada uno de mis días y a pesar del miedo latente en mi interior a que mi marido nos encuentre, he decidido exprimir hasta la última gota de felicidad de estos momentos.

Capítulo 26

Daniel

Isla de Luzón, agosto de 1896

El año ha empezado con una actividad intensa en el núcleo del Katipunan y cada vez nos sentimos más cerca de un conflicto armado. Muchos de nosotros deseamos encontrar la manera de liberar al pueblo de los abusos de los españoles, de la iglesia y de nuestros compatriotas ilustrados y acomodados, quienes no han querido apoyarnos.

A veces me despierto en medio de la noche empapado en sudor, sin capacidad para detener el acelerado latido cardíaco ni las imágenes que deambulan por mi mente. Se acerca una revolución, una acompañada por las armas que hemos adquirido en Japón y secundada por las más de veinte mil personas apuntadas con su sangre a nuestra organización clandestina.

Hay instantes en los que me asalta la ansiedad al observar la figura de Eugenia acostada a mi lado en mi cama, casi sin ropa, con su melena apoyada en las almohadas. Los años amándola en la distancia me llenaron de grietas y ahora por fin se han llenado con su presencia, con su cuerpo, con nuestra capacidad de crear un hogar juntos. La idea de perderla por culpa de la lucha me angustia, pero estoy convencido de mis ideas y necesito defenderlas.

El pasado quince de junio Pío Valenzuela, uno de los miembros más ilustres de la Cámara Secreta del Katipunan, se reunió con Rizal en Dapitan para intentar que liderara nuestra batalla, pero José se negó a participar. Para él valen más las palabras y no quiere conseguir la libertad de los tagalos con violencia.

Tiene razón, lo sé, hay que intentar negociar, convencer con palabras, encontrar la forma de entendernos, pero, ¿cómo hacerlo cuando nadie nos escucha? Los españoles siguen oprimiendo a nuestro pueblo, igual que los

frailes, y necesitamos revertir la situación.

Andrés se sintió muy ofendido por la respuesta de Rizal y llegó incluso a pregonar su desprecio hacia el Gran Tagalo. A partir de ese instante programó el alzamiento para los últimos días de septiembre empujado por su rabia.

Quizás esa declaración fue el detonante para que la existencia de nuestra organización alcanzara a la gobernación. Todavía no hemos podido descubrir cómo llegó a oídos del primer teniente Manuel Sityar de que en Mandaluyong y San Juan del Monte se reclutan miembros, la única evidencia clara es que el cinco de julio informó al Primer Ministro de estos indicios y de la compra de armas en Japón.

La denuncia acerca de nuestra existencia, realizada por Teodoro Patiño ayer, diecinueve de agosto, ante Mariano Gil, coadjutor de Tondo, ha desbaratado todos los planes de Andrés. Es triste que después de tantos años formando un grupo cohesionado y secreto una simple disputa por dinero entre dos katipuneros haya terminado así. En muchos momentos desearía no enfrentarme a esa realidad, a la capacidad de la raza humana para destruir cualquier cosa por ambición.

Teodoro consiguió un registro al Diario de Manila por parte de las autoridades españolas. Allí encontraron varios de nuestros documentos importantes, descubriéndonos así ante el mundo entero.

Observo el paisaje desde la calesa cogiéndole la mano a Eugenia. Llevamos muchas horas de viaje a nuestra espalda para llegar cuanto antes a Kangkong, en Caloocan, donde asistiremos a la reunión convocada por Andrés para tratar el futuro del Katipunan. Hemos dejado a Itziar con Jaime y Naiara en la plantación para evitarles el viaje y las complicaciones. Madre y José se ocuparán de ellos mientras decidimos nuestro destino.

Mi mirada vuelve a mi mujer. Recorro las líneas de preocupación bajo sus ojos, esas arrugas que le llenan el rostro mostrando el tormento real de su alma, y me parto en dos. Solo hemos gozado de tres años de felicidad. Diego Urzúa no nos ha encontrado, la finca va bien, nuestra producción de azúcar nos ha convertido en autosuficientes y podríamos seguir así para el resto de nuestras vidas. La idea de dejarlo todo atrás por la lucha es difícil de asumir, aunque nuestros sentimientos sean propicios a seguir adelante.

Necesitamos una Filipinas libre.

Llegamos a la reunión en silencio. Llevamos callados desde nuestra salida de la plantación. Escuchamos a Andrés con el corazón a punto de desintegrarse porque sus palabras nos instan a iniciar una revolución armada y

sabemos que con ese gesto terminará para siempre la serenidad de la que hemos gozado estos últimos años.

Durante la noche compartida con otros compatriotas al raso de camino hacia Pugad Lawin, donde hay prevista una nueva reunión el veintitrés en el granero de Melchora Alquino, una de nuestras mayores aliadas, nos abrazamos sin decir palabra y siento la ansiedad de Eugenia como propia.

Ser parte de la cúpula de la organización puede revelarles nuestra ubicación a Diego. Sabemos por Andrés que nos busca desde hace años y a pesar de las precauciones que hemos tomado, si participamos de forma activa en la revolución podemos dejar pistas claras de nuestra nueva identidad.

Los días siguientes apenas tenemos tiempo de estar a solas. La situación es complicada, entre nosotros hay tensión y, a pesar de la necesidad de actuar con inteligencia, Andrés parece decidido a dejarse llevar por sus sentimientos.

Intento explicarle la necesidad de trazar una estrategia, pero él no atiende a razones.

En el granero de Melchora, también conocida como Tandang Sora, los ánimos se avivan. Nuestros compañeros están decididos a tomar las armas. Quemamos nuestras cédulas personales al grito de *¡Viva Filipinas!*, simbolizando nuestra intención de liberar al pueblo. Se aprueba el levantamiento en armas y se fija el veintinueve como el día elegido para iniciar nuestra revuelta.

Por la noche siento cómo Eugenia se revuelve en la cama. Está inquieta y no puedo reprochárselo. Nuestra vida no ha sido fácil. Pasar demasiados años en manos de un sádico capaz de arrebatarnos la dignidad y el alma, amándome en silencio, llena de los mismos deseos que yo de dejar atrás cualquier rastro de violencia en su cuerpo, la llenaron de heridas que estos últimos tiempos hemos cicatrizado juntos. Entregarnos a una lucha armada solo conseguirá abrimos de nuevo.

Me despierto en mitad de la noche y no la encuentro a mi lado. La busco con la mirada entre nuestros compañeros, pero no hay rastro de ella.

Estamos en medio del bosque, protegidos por cuatro hombres de guardia, durmiendo al raso. Es extraño no verla en las proximidades, dentro del círculo de protección.

—¿Has visto a mi mujer? —Me acerco a uno de los hombres armados—. No la encuentro.

—Está ahí. —Señala en dirección al río Pasig, que se escucha a pocos metros—. Necesitaba aliviar la vejiga. No tardará.

—Gracias.

Me callo la rabia de saber que la ha dejado ir sola a pesar de los peligros. No es el momento ni el lugar de enzarzarme en una pelea que no acabará bien. Los hombres están nerviosos y cualquier intento de razonar con ellos podría ser explosivo.

Camino por la espesura de la naturaleza en busca de Eugenia. La luna se refleja en el cielo con ausencia total de nubes. Me ilumina un poco en mi avance hacia la rivera del río. Escucho con claridad el discurrir del agua, ese melódico sonido de vida.

El olor de los árboles y los arbustos me llena las fosas nasales. Hace mucho calor y todavía se nota la humedad de las últimas lluvias, abundantes en las horas previas a irnos a dormir. Hay gotas almacenadas en algunas hojas y se huele ese aroma especial del suelo mojado, donde el musgo se hace vigoroso.

La encuentro sentada frente al agua, con la mirada perdida en el otro lado. Su postura refleja dolor, como si llevara un tiempo dándose cuenta de que quizás estamos a las puertas de un momento delicado.

—Podremos con las consecuencias. —Me siento a su lado y la envuelvo con un brazo acertando en mis palabras porque ella enseguida asiente—. Estamos metidos en esto y no vamos a dar marcha atrás.

—Lo sé. —Se apoya en mi pecho—. Nuestra causa es justa, debemos luchar por ella aunque nos cueste la vida. Pero no podemos ser ingenuos, Daniel. Este puede ser nuestro final. Ya no somos dueños de nuestro destino, solo el Señor Todopoderoso puede designar los caminos por los que transitamos y ahora nos ha puesto en un sendero demasiado intrincado para caminar sin miedo.

—Te quiero, Eugenia. Si me pides que lo abandone todo para hacerte feliz, lo haré.

—Jamás te pediría algo así. —Se incorpora para mirarme con amor—. Si lo hiciera no sería justa contigo ni conmigo porque amar significa permitir el crecimiento personal de la otra persona, apoyarla sea cual sea su ideología y no hacerle renunciar nunca a sus principios. —Su mano acaricia mi mejilla—. Hemos gozado de tres años de felicidad. Quizás ese es el deseo de Dios, concedernos esta tregua para después volver a agitarnos. Pero estoy dispuesta, Daniel. Vamos a hacer realidad el sueño de ver una Filipinas libre o moriremos en el intento.

—Podríamos perderlo todo.

Su mirada se vela con dolor, como si le costara asumir sus próximas palabras. Arquea los labios en una fina sonrisa llena de delicadas arrugas de tensión. Alarga el brazo para coger mis manos sobre mi regazo. Y las aprieta.

—Conocerte fue mi mayor suerte en esta vida. Estos años a tu lado han sido perfectos y nada empañará esa felicidad plena. —Suspira cerrando los ojos un segundo—. Creo en nuestra lucha, jamás he juzgado a los tagalos como una raza diferente, mi padre no nos educó así y ya viste cómo te trataron madre y Cristina. No consiento la forma en la que os oprimen mis compatriotas, esa clara superioridad que muestran frente a personas con sentimientos iguales a los suyos ni quiero formar parte de esa atrocidad.

—Siempre me ha sorprendido tu abertura de mente. —Acerco mi cuerpo al suyo necesitado de uno de sus besos—. Conocer a tu madre me acabó de enseñar que no todos los españoles sois iguales y me alegró saberlo.

—El día veintinueve vamos a iniciar una nueva era, una revolución que podría llevarnos a ser libres. Quiero vivir todo eso a tu lado, Daniel. Pero me atormenta mi necesidad de hacerlo como esposa y no como amante. Desearía tanto ser tuya.

—Eres mía desde nuestra primera mirada. —Poso mis labios en los suyos poniéndole las manos en las mejillas—. Ese primer instante marcó nuestro destino porque unos papeles o un juramento ante Dios no va a cambiar nuestro amor. En mi corazón eres mi mujer, la única. Y me niego a creer que un ser bondadoso como Nuestro Señor te condene a vivir con un animal. Te amo Eugenia. Esa es mi única verdad.

La beso con necesidad, pasión y anhelo, sellando esa última declaración porque solo constata una verdad y no voy a permitir que nadie nos la arrebatte.

Regresamos al campamento unos minutos después, tras yacer sobre la hierba, entregándonos la pasión y el amor de nuestros corazones. Jamás había sentido un placer similar al poseer a una mujer, solo Eugenia tiene ese efecto en mí, es capaz de traspasar mis límites conocidos para sumergirme en la capacidad de amar cada porción de su cuerpo.

Pasamos la noche abrazados, sintiéndonos cerca de una realidad que es difícil de asumir, pero con la decisión tomada acerca de nuestra posición en la revolución.

El día veinticuatro despierta con varios conflictos entre la Guardia Civil y efectivos katipuneros en lugares cercanos a Manila, tales como Pasong Tamo,

Balara, Krus na Ligas, Manda- luyong y Pandacan. Gran parte de las tropas españolas se pasa a nuestro bando y las disputas son enérgicas.

Mientras varios de los miembros de la organización, provistos con más de quince mil armas, se enredan en las disputas, nosotros nos dedicamos a redactar cartas comprometiendo a la clase ilustrada. Falsificamos sus firmas para confundir todavía más a las tropas españolas que se están enfrentando a la sublevación de multitud de sus efectivos.

Los días se suceden con enfrentamientos. Varios españoles que moran en nuestro país desde hace tiempo se unen a su causa como voluntarios y se enfrentan a nuestras gentes con arrojo y valentía, atenuando la escasez de efectivos de las tropas enemigas.

Cuando despunta el día veintiocho de agosto Andrés decide proclamar un manifiesto de guerra para dejar claras sus intenciones.

Ya no hay vuelta atrás, mañana empezará la verdadera lucha armada que puede conducirnos al desastre o a la victoria.

Escucho sus palabras junto a Eugenia, sentados en círculo junto a nuestros compañeros en un campamento que hemos levantado en el bosque. Nuestro líder se pone en pie y declama las palabras que deja escritas. Estos últimos días los desertores de las filas españolas se han unido a nuestros campamentos y ahora hay muchísima gente reunida para oír las palabras de nuestro Supremo.

—Nos es absolutamente necesario detener, en el plazo más breve posible, las incalificables opresiones que se vienen perpetrando contra los hijos del pueblo, que ahora están sufriendo castigo brutal y torturas en las cárceles, y por ello, por favor, hacen saber a todos los hermanos que el sábado, veintinueve de mes en curso, la revolución dará comienzo según nuestro convenio. A este fin, es necesario que todos los pueblos se alcen simultáneamente y ataquen Manila al mismo tiempo. Cualquiera que obstruya este sagrado ideal del pueblo será tenido por traidor y enemigo, salvo si estuviere enfermo o estuviese físicamente incapacitado, en cuyo caso será juzgado de acuerdo con las reglas que hemos puesto en vigor.

Mañana vamos a empezar una guerra. Ya es oficial. Y me asusta saber que quizás no volvamos nunca a ver el rostro de nuestros hijos, a sentir la brisa suave acariciar nuestras mejillas mientras trabajamos en el cañaveral, a vibrar con la cosecha, a llenar los carros con las cañas para llevarlas al molino donde las convertimos en azúcar refinado, a tener la intimidad de nuestra alcoba.

—Vamos a dejarlos allí —musita Eugenia siguiendo el hilo de mis pensamientos—. No podemos exponerlos. Están a salvo y si nosotros no regresamos tendrán una forma de ganarse la vida sin sufrir. Tu madre y José están con ellos.

—Me gustaría verlos de nuevo. —Aprieto los labios—. Tener la potestad de envolverlos en mis brazos una vez más, pero solo Dios conoce el devenir de nuestro destino.

Permanecemos cogidos de la mano escuchando cada una de las reacciones de la cúpula del Katipunán, seguros de nuestros próximos pasos.

Al inicio del día siguiente los desórdenes se extienden desde Manila hasta Cavite y Nueva Écija y nosotros nos preparamos para la Batalla de San Juan del Monte.

Decir que no estoy nervioso sería faltar a la verdad. Me aterra entrar en combate.

A las nueve de la noche, mientras repica la campana de la iglesia marcando la declaración de guerra, empiezo a sentir cómo la inquietud se apodera de mi interior. Sigo a Andrés y a Emilio Jacinto hacia *El Polvorín*, aferrándome al *bolo* con el que voy a luchar, y mi corazón parece querer correr frente a mí. He dejado a Eugenia en el campamento, incapaz de guerrear sabiéndola a mi lado, y apenas soy capaz de asumir lo que se avecinaba.

En *El Polvorín* varios efectivos del ejército español armados con rifles alemanas *Mauser* protegen sus reservas de pólvora.

Nuestras armas consisten en cuchillos *bolo*, lanzas de bambú, armas surtidas y *aning-antings*, amuletos que nos protegen de los peligros.

Nos unimos a más de tres-cientos efectivos en Santolan y más tarde se nos acopla un grupo de unos cien hombres bajo el mando de Sancho Valenzuela, procedentes de Santa Mesa, entre los que destacan dos mujeres muy valientes, Luisa Lucas y Segunda Fuentes Santiago.

Las horas posteriores son un sinfín de ansiedades para mí. Me preparo lo mejor posible para la contienda, busco la fuerza en mi interior para no temer la realidad de nuestra falta de armas de fuego y recupero la fe en nuestra fuerza interior.

Cuando a las cuatro de la madrugada Andrés decide iniciar el ataque sorpresa mi corazón recibe una descarga. Siento el estómago agarrotado y el vientre a punto de explotar de ansiedad. Pero le sigo con determinación. O

conseguimos un país libre o muero en el intento.

Batallo con tanto ímpetu que apenas soy capaz de captar los instantes ni de sentir cómo las armas me hieren en algunos momentos. Me enfrento a varios hombres, les clavo mi *bolo* sin pararme a pensar en ese acto vil y despiadado de despojarles de su vida. Recibo sus puñaladas o sus golpes con entereza, esquivo sus balas y veo caer a muchos de mis compañeros, pero al final me uno al grito de victoria cuando los españoles se retiran a *El Depósito*, la oficina de depósito de agua de Manila, un edificio cercano, tras perder a su comandante.

Nos permitimos relajarnos un poco frente a la victoria, pero no contamos con la aparición al mediodía del 73º regimiento del ejército español, comandado por Bernardo Echaluze y Jáuregui, dispuesto a recuperar el lugar. Está compuesto casi en su mayoría por tagalos a las órdenes de oficiales españoles y sus rifles Remington Rolling Block son un reclamo a mi serenidad.

Me cuesta entender cómo algunos de mis compatriotas siguen apoyando la supremacía y la opresión de los españoles. Me duele verlos luchar contra nosotros, sus verdaderos paisanos.

Nos replegamos en Santa Mesa antes de entrar de nuevo en combate. Mis rezos incluyen a Eugenia, José, Itziar, mi madre y Jaime. No estoy preparado para morir ni para enfrentarme a la cruel batalla que empieza a desarrollarse a mi alrededor.

Nuestras armas son total y absolutamente ineficaces contra las suyas. Son demasiados hombres y parecen entrenados para matar. Mientras que nosotros solo tenemos nuestra voluntad para arremeter contra ellos.

Muerte, tiros, desolación, dolor y gritos se suceden a mi alrededor. Es como si no fuera yo quien estuviera allí rodeado de la cruel cara de la lucha, como si otro hombre se ocupara de intentar defender sus ideales sin ser capaz de ganar.

Veó cómo capturan y matan a mis compañeros, cómo nos aniquilan, cómo casi no somos capaces de avanzar unos metros y siento cómo se tambalean todas y cada una de mis convicciones. Deseo una Filipinas libre, pero no al precio de las vidas de mis amigos, de mis compañeros, de mis conciudadanos.

Cuando Andrés grita la retirada me cuesta andar con facilidad. Tengo heridas sangrantes en casi todo el cuerpo, una bala alojada en algún lugar de mi brazo izquierdo y mi determinación mermada. No quiero aceptar la derrota ni los cerca de ciento cincuenta muertos que se cuentan al llegar al

campamento situado en el río Pasig ni los más de doscientos hombres capturados por el enemigo.

Veo a Eugenia al llegar. Está junto a otras mujeres y niños esperándonos en las lindes del campamento. Su rostro sufre una cantidad demasiado inmensa de emociones en el transcurso de mi avance hacia ella. Alivio al descubrir que he sobrevivido, angustia al enfrentarse a mi forma renqueante de caminar, terror al ver cómo me aguanto el brazo izquierdo con la otra mano para impedir la hemorragia y miedo al abrazarme por fin.

—Has sobrevivido —susurra en mi oído—. He pasado tantísimo pánico. Si no llegas a volver mi vida se habría acabado. No quiero continuar sin ti.

—Estoy aquí. —Le permito estrecharme entre sus brazos—. No voy a dejarte.

Sus labios ansiosos buscan los míos para saquearlos. Es un beso lleno de palabras calladas, de ansiedades, de angustias, de consuelo.

Se ha improvisado un hospital de campaña donde los pocos camaradas con conocimientos médicos nos atienden. Me estiro en la camilla sin soltarle la mano a mi mujer y permito que me extraigan la bala sin otro medicamento que un poco de licor.

—El gobernador Ramón Blanco y Erenas ha decretado la Ley Marcial en Manila, Bulacan, Laguna, Batangas, Cavite, Tarlac, Nueva Ecija, y Pampanga, las ocho provincias de Manila —explica Eugenia cuando cae la noche—. Quiere darnos una lección. —Se cubre los ojos con las manos para ocultar las lágrimas—. Nuestros compañeros capturados han sido juzgados y ejecutados. Ha sido una masacre, Daniel. Es duro descubrir cómo mis compatriotas destrozan cada una de nuestras expectativas de libertad.

—Vamos a superarlo, te lo prometo. Les dejaremos un país mejor a nuestros hijos.

—Blanco ha prometido perdonar a cualquiera de los katipuneros que deponga las armas y se rinda a las autoridades españolas. Quizás...

Deja la frase a medias y mi mente la completa.

—Nunca dejaré de luchar.

—Lo sé. —Baja la mirada avergonzada por la intención de sus anteriores palabras—. Vamos a quedarnos hasta el final.

—Para siempre, Eugenia. Somos luchadores.

—Para toda la eternidad.

El doctor Pío Valenzuela es el primero en traicionarnos y le siguen bastantes más en el trascurso de los días posteriores. Debemos trasladar el

campamento varias veces para impedir que los compañeros que se adhieren a la amnistía puedan delatar nuestra posición.

Hay nuevas detenciones, se juzga y se ejecuta a algunos hombres clave en la organización y los ánimos empiezan a decaer.

Quizás la vida nos acabe de dar una lección dolorosa y ya no podamos reconstruir nuestras vidas. Solo espero que el tiempo hasta mi muerte lo recorra acompañado de Eugenia.

Capítulo 27

Geni

Malboal, agosto 2017

Abro los ojos despacio, llenándome con la luz de primera hora de la mañana y no tardo ni dos segundos en arquear mis labios en una sonrisa llena de emoción. Toco mis labios con la punta un dedo recordando cada beso, cada caricia, cada instante de anoche y siento que por primera vez soy capaz de emocionarme al estar con un hombre.

Me desperezco en la cama sin perder el buen humor a pesar de la profundidad de mis últimos sueños sobre Eugenia y Daniel. Brillo con una luz especial, el espejo me devuelve una imagen muy distinta de mí misma, es como si por una vez fuera capaz de ser feliz sin pensar en las consecuencias.

El molesto sonido de mi móvil sigue repitiéndose con la intención de despertarme. Apenas lo he escuchado hasta ahora, aunque tengo claro de quién es la culpa de estar de pie frente al armario para rebuscar entre mi ropa la adecuada para vencer mis miedos y bucear con el instructor y Dan.

Pensar en él me sonroja. ¿Puedo sentirme como si realmente fuera la primera vez? Ayer, mientras me besaba, fue como si nadie lo hubiera hecho antes. Había una pasión distinta a otras veces, no experimentaba esa frialdad de siempre ni la distancia autoimpuesta ni el rechazo tácito a cualquier muestra de cariño. No era una transacción comercial, no estaba obligada a darle placer, no debía ir más lejos si no lo deseaba y eso me hizo disfrutar de cada instante con una fuerza especial.

Por suerte no sentí miedo ni repugnancia en ningún momento y la excitación de mi cuerpo fue constante, aumentando incluso de temperatura a medida que sus labios me devoraban y sus manos palpaban mi piel sobre la camiseta.

Quizás solo necesitaba lanzarme con una persona elegida por mí para disfrutar de los besos y de las caricias. Quizás con Dan pueda dejarme ir del todo en algún momento para llegar al final quitándome la suciedad que acumula mi cuerpo. A su lado es como si mantuviera intacta mi virginidad, como mínimo en el sentido figurado.

Me decido por un bikini de cortinita color coral, una falda ceñida y una camiseta con un poco de vuelo bajo los pechos. Utilizo el peine para desenredarme el pelo antes de recogérmelo en un moño alto, me doy un toque de crema hidratante en la cara y decido usar el pintalabios por primera vez desde mi llegada a Filipinas. Lo compré en el aeropuerto dispuesta a cambiar el carmín rojizo de siempre por uno más suave y rosado, como si ese simple gesto pudiera borrar a la mujer que era antes, pero no conté con los remordimientos ni con la realidad de mi situación. El pasado no desaparece con un nuevo color de pintalabios, se queda ahí hasta que eres capaz de dejarlo marchar.

Me cuelgo el pequeño bolso en bandolera con mi Kindle y unos cuantos billetes dentro y camino hacia el bar para tomar un desayuno bien merecido.

He dudado unos segundos si hacer uso del perfume que sigue intacto en mi neceser. Lo adquirí junto a la barra de labios. Pero sé que no estoy lista todavía. Es una fragancia más fresca que la elegida por Jesús, no tiene ese feroz aroma felino que me asqueaba, pero el olor a un cuerpo perfumado quizás me devuelva a la antigua Geni y no deseo tentar a la suerte.

Camino por el sendero de arena observando la belleza que me rodea. El jardín del hotel está cuidado, se llena de vegetación selvática frente a una preciosa piscina donde varias hamacas se distribuyen bajo los árboles.

El bar está al final del camino. Es una larga extensión de mesas bajo un tejado de juncos que se abre sobre la terraza con vistas al mar.

Antes de entrar me detengo un segundo a escuchar el silencio acompañado del sol y el calor. Es tan diferente al que rodeaba Barcelona... Es como si la cadencia del trópico fuera más pausada, más serena, más llena de ilusiones.

Cierro los ojos un segundo, aspiró una bocanada de aire y entro sin perder la sonrisa.

Dan está bajo el escalón, sentado a una de las mesas más cercanas a la barandilla. Apenas hay cuatro personas más que casi hablan en susurros, como si hacerlo en voz alta fuera un sacrilegio contra la paz del lugar.

—Buenos días. —Se levanta, me abraza por la cintura y me planta un

beso en los labios—. Estás preciosa esta mañana.

No abro la boca para evitar mostrarle con mi aliento matutino, pero aspiró su olor a café y escucho enseguida cómo mis tripas se quejan emitiendo un gruñido.

—Te he pedido uno. —Señala mi taza llena de café—. No podía dejarte sin tu brebaje matutino favorito. ¿Qué te apetece para comer? Ayer pediste huevos.

—Creo que hoy me apetece crepes de chocolate para variar un poquito. —Me siento mirando la carta—. Aunque también estaría bien acompañarlas con unas cuantas tostadas con mantequilla y mermelada.

Su sonrisa maliciosa me encanta. Levanta la mirada para buscar al camarero y no tarda en ordenarle el pedido.

—Voy a por más zumo. —Señala su vaso vacío—. ¿Te apetece uno?

—De lo que te sirvas tú. —Asiento—. Me apetece algo un poco dulce.

Le observo mientras se acerca a la barra donde se instala un pequeño buffet cada mañana repleto de jarras de zumos naturales de diferentes frutas y de un surtido de mantequilla y mermeladas caseras.

Me parece sexy su forma de moverse. Emito un suspiro al darme cuenta de que mi mirada se ha quedado en su trasero perfecto. Las bermudas se ciñen mostrándolo sin pudor.

Cuando se da la vuelta me sonrojo al enfrentarme a sus ojos juguetones, como si me hubiera pillado en una falta.

Deja los zumos sobre la mesa en silencio antes de sentarse.

—Ocurrió —dice de pronto y ante mi mueca de confusión añade—. La batalla de San Juan del Monte con la que supongo tú también has soñado. Lo he buscado en Google mientras te esperaba y he descubierto que fue real, tanto como en el sueño.

—¿En serio? —Levanto las cejas para enfatizar mi desconcierto—. Cada vez me es más difícil negarme la posibilidad de que Eugenia y Daniel vivieron de verdad hace más de ciento veinte años.

—Y a mí. —Me muestra su móvil—. No ha sido fácil encontrar documentación contrastable sobre el Katipunan y las fechas en las que sucedió todo, me he enfrentado a mucha información contradictoria, pero a pesar de esas confusiones, me he formado una idea general de lo sucedido. Y los pocos detalles que he encontrado concuerdan demasiado bien con nuestros sueños.

Intento leer el artículo del móvil que me tiende, pero me rindo tras la cuarta línea. Por suerte en este hotel la cobertura del Wifi es más que decente.

—No entiendo el inglés. —Le devuelvo el teléfono—. Nunca sacaba buenas notas en lengua.

—¡Cada día se aprende algo nuevo! —Suelta una carcajada—. Tranquila, no hace falta que lo leas si te fías de mi palabra. Explica lo mismo que mi sueño de esta noche.

—Es escalofriante. —Doy un sorbo al zumo para refrescarme la boca—. Me parece increíble que Eugenia no sea fruto de mi imaginación. De niña incluso pensaba en escribir un libro basado en ella, pero soy incapaz de conseguir que las frases suenen bien cuando las ordeno en un folio, así que no imagino cómo sería capaz de traspasar los sentimientos de las páginas al lector.

—Siento que hay una razón para que nos hayamos encontrado, como si fuera algo escrito desde hace tiempo. —Menea la cabeza, coge la taza de café y se la lleva a los labios—. ¿Qué probabilidades había? ¡Poquísimas! A no ser que haya más gente soñando con ellos, aunque por alguna extraña razón estoy convencido de que somos solo tú y yo.

Avanza la mano para tomar la mía entre sus dedos y siento cómo unas cosquillas se apoderan de mi vientre propagándose por todo mi cuerpo. Sonríe como una boba, feliz e ilusionada por un hombre.

Tras unos minutos mirándonos en silencio empezamos a hablar acerca de las inmersiones de hoy, dejando los sueños en un segundo plano porque seguir ahondando en ellos solo incrementaría nuestra necesidad de encontrar respuestas. Y algo en nuestro interior nos indica que todavía no es el momento, como si hubiera uno específico marcado por el destino.

Ambos tenemos la extraña certeza de que llegará el momento de ir en busca de indicios de la existencia de Daniel y Eugenia en este país a finales del siglo XIX, de enfrentarnos a la realidad y de alguna manera ligarnos a ella.

Pero que todavía es pronto para hacerlo.

Al terminarnos el desayuno paso un segundo por la habitación para lavarme los dientes e ir al baño. Mis pensamientos siguen repasando la historia de mis sueños, la capacidad del destino por llevarme ante Dan y unirme a él en el momento propicio.

Quizás la Providencia es más cierta de lo que creía.

Salgo al exterior dejando esos pensamientos atrás en infundiéndome valor para sacarme el Open Water Padi de una vez.

Dan me espera frente a mi porche. Tiene esa sonrisa radiante que le saca unos hoyuelos maravillosamente sexys en las mejillas. Me muerdo el labio al

encontrarme con su mirada llena de deseo recorrerme el cuerpo.

Conozco a los tíos y sé reconocer los signos de la lujuria en sus ojos.

—¿Preparada? —pregunta cuando llego junto a él.

—Totalmente. —Me acerco un poco más, le rodeo con el brazo por la cintura y pego mis labios a los suyos—. Y más con un segundo instructor tan guapo.

—Ven aquí. —Responde a mi gesto con pasión—. No he dejado de pensar en tus labios en toda la noche.

Mi se ensancha, como si nada pudiera moverla de la cara mientras me subo al jeep que nos ha enviado el centro de buceo para recogernos en el hotel.

La selva me parece más verde, el cielo más azul, el camino más lleno de color. Es como si viera por otro prisma y pudiera reflejar un arco iris por cualquier recodo.

Dan me abraza por los hombros al descender. Su contacto enciende cada uno de los sistemas de mi cuerpo, ávidos de sentir su calor propagarse por mi piel.

Apenas soy capaz de hablar cuando llegamos frente a Óscar. Tardo unos segundos en calmarme lo suficiente para soltar a Dan y seguir a mi instructor hasta la parte trasera del centro de buceo para proceder a vestirme.

Los nervios no tardan en aparecer al ponerme el neopreno. No he vuelto a pensar en mi mala experiencia en Malapascua, pero ahora regresa con fuerza. Me evoco casi sin aire, tosiendo en medio del mar, angustiada...

—¿Todo bien? —Dan me abraza por la cintura situándose frente a mí—. No le des demasiadas vueltas a lo que pasó. Hoy será diferente, ya lo verás.

—Debes tener una bola de cristal escondida en algún lugar porque acabas de leerme el pensamiento.

—No hace falta ser adivino para saber qué te preocupa. —Me coloca las manos en las mejillas—. Te aseguro que vas a sacarte ese título y a amar el buceo a partir de ya. Vamos a salir desde la orilla y bajaremos poco a poco por una pared vertical. Eso ayuda muchísimo a no estresarse. Además, tendrás a dos instructores a tu servicio, uno delante y otro detrás.

—Vamos allá. —Le doy un suave beso en los labios—. Estoy lista.

Acerca mi cara a la suya para profundizar un poco más en un segundo beso que me convierte las piernas en gelatina.

Cuando rompe el contacto separándose de mí con una sonrisa mi mirada no puede apartarse de su cuerpo cubierto con el neopreno. Cada vez que me

besa consigue aumentar varios grados la temperatura de mi cuerpo.

—Os voy a llevar a ver los bancos de sardinas —anuncia Óscar ayudándome a ponerme el chaleco con la botella—. Es una de las inmersiones más bonitas de este lugar.

—Lo he leído. —Dan no tarda ni dos segundos en prepararse para bajar, parece que no acabara de colocarse diez kilos a la espalda—. Esta zona tiene bancos de sardinas espectaculares. Seguro que te gustan, Jenny. Será un espectáculo inolvidable.

—Estoy lista. —Me levanto del banco con mucha dificultad. La ayuda de Óscar es inestimable, ya que el peso de la botella en la espalda me impide moverme con agilidad—. Las sardinas nos llaman.

Caminamos hasta el mar bajando cuatro escalones. El agua cubre la orilla llena de rocas resbaladizas. Me cuesta avanzar con las aletas porque se deslizan en algunos momentos por las rocas y me siento un poco inestable.

A medida que nos alejamos de la orilla el agua cubre más partes de mi cuerpo, hasta que al final logro nadar en vez de caminar. Es un alivio dejar la zona deslizante, flotar me parece mucho más seguro.

Escucho las instrucciones de Óscar. Antes me ha explicado un poco los ejercicios de esta inmersión y, aunque no me apetece volver a quedarme sin las gafas bajo el agua ni realizar otras acciones necesarias para sacarme el título, saber que Dan estará conmigo me da coraje para no mostrar cómo me aterra mantener los ojos cerrados bajo el mar.

Me coloco el regulador en la boca, empiezo a respirar como Darth Vader y me insufla una cantidad necesaria de energía positiva para descender con ellos.

La pared aparece frente a mí. Está llena de vida. Corales, peces, colores, intensidad... El espectáculo me tiene absorta durante un rato, apenas me percató de que estamos bajando a bastante profundidad. Cada pocos metros Óscar junta el índice y el pulgar de la mano derecha haciendo una O para preguntarme si estoy bien. Contesto con el mismo gesto y después miro a Dan.

Este fondo es precioso, ¡y estoy buceando! La emoción me embarga a pesar de sentir un poco de mareo por culpa de los nervios de hace un rato.

Realizo los ejercicios con soltura. Aguanto el rato necesario sin máscara bajo el agua y recibo unos aplausos insonoros de Dan.

Cuando Óscar nos señala los bancos de sardinas abro muchísimo los ojos con asombro. Es como si hubiera aterrizado en un reportaje de National Geographic. No son cuatro peces solitarios sino una colonia entera que se

mueve junta creando ondas y figuras en el fondo del mar. Dan avanza hasta llegar a ellos con su cámara submarina en la mano. Los peces se apartan con una coreografía perfecta y él saca unas cuantas fotografías del espectáculo y después de mí.

Una familia de tortugas aparece en ese instante. Durante unos minutos me uno al juego de seguirlas en su nado hacia las profundidades. Son preciosas. Dan dispara su cámara varias veces para inmortalizarme al lado de las tres y acabamos por hoy tras comprobar que el aire está en el punto necesario para ascender.

—¡Solo me queda una inmersión! —exclamo al llegar a la superficie—. ¡Me ha encantado! ¡De verdad, hoy he disfrutado un montón!

—Las sardinas han sido increíbles —corroboraba Dan caminando con cuidado por las rocas resbaladizas—. Y las tortugas han molado mucho. Lo has hecho genial, Jenny.

—Esta tarde te sacas el título seguro —añade Óscar felicitándome con una sonrisa—. Os llevaré al jardín de coral y veréis especies que nunca antes habríais imaginado que existen.

No pierdo mi sonrisa durante los minutos siguientes. Me quito el neopreno, lo coloco en las tinas de agua dulce y guardo mi equipo para la tarde.

Seguimos las indicaciones de Óscar para comer en un restaurante buenísimo frente al mar. Nuestra conversación es distendida, con momentos divertidos. Dan me hace reír con sus anécdotas de buceo contadas de forma muy graciosa. Estar con él es un soplo de aire fresco en mi vida, como si pudiera ofrecerme una felicidad exenta de obstáculos.

Por la tarde la segunda inmersión es desde un barco al que llegamos por las malditas rocas asesinas. En esta incursión resbalo una vez cayéndome hacia atrás. La risa de Dan me acompaña mientras me vuelvo a enderezar para subir por la escalera.

Al llegar al punto elegido tardo unos segundos en decidirme a dar el salto desde la barca. Debo colocarme en la punta de la pasarela, dar un paso y dejarme caer. Siento un vacío inmenso en el estómago cuando lo hago, pero acabo en el mar sin ningún problema.

Los corales de esta zona son una pasada. No dejo de proferir exclamaciones mentales mientras dura la aventura submarina.

Llegamos bajo una nueva pared donde hay una cueva. Óscar y Dan entran, pero cuando lo hago yo siento una claustrofobia desmedida para

permanecer demasiado rato allí.

Ascendemos a la superficie tras la parada obligatoria de tres minutos a cinco metros. Estoy eufórica al quitarme el regulador y nadar hacia la barca para subir a bordo porque lo he conseguido, ¡por fin tengo mi título!

Durante el trayecto de vuelta Dan me saca mil fotos sonriendo como una tonta.

Quedamos con Óscar mañana por la tarde para tramitar los papeles del carnet y el jeep nos deja de nuevo en el hotel.

Caminamos hacia las cabañas extrañamente callados, como si las risas y la complicidad de las últimas horas se hubieran fundido en nerviosismo. Dan me ha propuesto quedarnos en el hotel a cenar esta noche. Es un restaurante caro, pero con muy buenas críticas.

La idea me seduce. Una ducha, un ratito de piscina leyendo, cena frente al mar y después...

Mi imaginación pinta de mil colores ese después.

Ayer los besos de Dan me hicieron sentir que quería llegar más lejos, me sentía preparada. Y el sueño sobre la primera vez de Eugenia y Daniel ha acabado por convencerme de que soy capaz de pasar la noche con Dan sin pensar en el pasado.

Le deseo.

Pero tengo miedo.

No me atrevo a mirarle. Siento como si el aire se llenara de electricidad a cada paso, como si nuestro deseo ocupara la atmósfera que nos rodea.

Dan tiene la mirada puesta en el suelo y una expresión hermética. Yo cruzo los brazos en la espalda y le lanzo alguna que otra mirada furtiva.

Llegamos frente a mi porche. Él se detiene tras golpear una piedra con el pie. No levanta la mirada, solo se queda allí parado, a pocos pasos de mí.

Le recorro el rostro con los ojos ávidos de conectarse con los suyos. Tiene todavía algunas gotas de agua en el pelo rubio.

—¿Una ducha? —musito casi sin voz.

Asiente mientras su mirada me repasa con lentitud desde las piernas hasta mis ojos, parándose más de la cuenta en el escote. Me paso la lengua por el labio superior al comprobar esa expresión de feroz deseo de su rostro.

—Podríamos ducharnos. —Son dos exhalaciones ansiosas.

—Nos vendría bien para sacarnos la sal.

Doy un paso hacia él.

—Y después a la piscina a leer. —Ahora es Dan quien avanza hasta

quedarse a pocos centímetros—. Tal como teníamos planeado.

—Hasta la hora de la cena. —Su cuerpo me roza y me estremezco.

—Exacto. —Me rodea la cintura con uno de sus brazos y me estrecha contra su torso, abrazando el mío—. Se ha de celebrar lo de tu título.

—Con champagne.

Nos quedamos mirándonos un segundo con varias centellas chisporroteando en nuestros ojos. Mi corazón parece frenético y la respiración se convierte en resuellos.

—Has vencido el miedo, eres una heroína. —Levanta la otra mano para acariciarme la mejilla—. Podríamos intentar superar algún otro. ¿No te parece?

—Podríamos...

Poso mi boca en la suya y durante un segundo permanecemos quietos, solo unidos por el cuerpo y los labios, sin realizar ningún movimiento.

—Sí. Podríamos.

La voz ronca de deseo de Dan precede a su invasión feroz de mi boca. Su lengua no tarda en deslizarse por mi interior mientras su agarre en mi cuerpo se convierte en caricias feroces por mi espalda. Mis manos siguen el mismo camino mientras nuestros besos se llenan de jadeos y pasión.

Caminamos sin romper el beso, deshaciéndonos de la ropa de rumbo a la habitación.

Cuando traspasamos la puerta apenas llevo la falda y la parte de abajo del bikini, todavía húmeda de la inmersión.

Le quito la camiseta para apoyar los pechos sobre su torso desnudo. Ese contacto es electrizante, como si mi cuerpo se hubiera convertido en un sistema de alto voltaje recién conectado a la corriente.

Seguimos avanzando sin dejar de despojarnos de la ropa camino a la cama. Sus manos me suben la falda y exploran mi trasero colándose bajo las braguitas del bikini.

La humedad me invade. Cada una de sus caricias y sus besos se concentra entre mis piernas descargando un millar de sensaciones desconocidas. Son una paleta entera de deseos, una intensa sucesión de necesidad y anhelo de entregarle hasta la última brizna de mi cuerpo.

Le separo un poco para arremeter con su cinturón. Necesito sacárselo cuanto antes para bajarle el pantalón. Siento urgencia por dejarle entrar en mi interior y ofrecerle cada una de las partículas de mi ser.

Sus besos húmedos y calientes consiguen excitarme como nunca me creí

capaz. Sus manos acariciando mis pliegues bajo la ropa interior me llenan de una cantidad inmensa de placeres que exteriorizo con ruiditos de mi boca y se entremezclan con los gemidos ardientes.

Consigo sacarle las bermudas y descubro que no lleva nada debajo. ¡Oh Dios! Su erección se frota contra mi vientre. Apenas soy capaz de respirar sin gemir una y otra vez.

Uno de sus dedos se cuele en mi hendidura. Lo siento entrar y salir con lentitud. Me deshago, casi me dejo ir gritando su nombre cuando lo saca y lo sube hasta el punto de placer, ese botón con el que juego algunas noches a solas.

—Oh Dan... Dan.

No logro dejar de susurrar su nombre una y otra vez.

Él sale de mí, me levanta a un poco del suelo y me lleva a la cama sin dejar de saquear mis labios. Me estira con él encima y su mano vuelve a levantarme la falda para continuar con ese movimiento rítmico en mi cima inflamándola cada vez más.

Estoy cerca, muy cerca.

Me muevo con él para acelerar su movimiento que al notar mi momento álgido se ha vuelto lento, como si quisiera retrasar la inevitable explosión. Ahora su dedo traza círculos alrededor y pasa por mi botón en instantes puntuales que lanzan descargas de placer y necesidad a cada una de mis fibras nerviosas, provocando pequeños tsunamis que invaden mi interior en cadena.

Mis manos recorren su espalda hasta pararse en el trasero, donde amasan la piel con fiereza. Se separa a un lado sin dejar de besarme. Le rodeo el miembro con la mano para darle placer. Sé cómo hacerlo y no tardo ni dos segundos en escuchar su primer gemido.

Aumenta el ritmo de su dedo llevándome al clímax. La sacudida inicial se expande desde el vientre hasta cada pequeño pedazo de mi ser. Grito su nombre y gimo acompañada de varias blasfemias mientras me convulsiono al son de las oleadas de placer.

Entra en mí tras ponerse un preservativo con rapidez.

No me siento invadida ni aterrada ni vulnerada, solo deseo que empiece a moverse con fiereza, que llegue más dentro de mi interior, que sea parte de mi cuerpo durante unos minutos.

El movimiento es cada vez más frenético, bombea con una ferocidad intensa mientras jadea y grita mi nombre en algunos instantes. Le rodeo el trasero con las piernas para ayudarle a marcar un ritmo cada vez más duro,

aumentando de manera exponencial mis sensaciones.

Cuando se vacía en mi interior escucho sus gemidos de placer y abro los ojos para contemplarlo, justo unos segundos antes de una nueva escalada al cielo de mi orgasmo particular. Es distinto a cualquiera experimentado hasta la fecha, me arrastra por un terreno lleno de placer.

Me dejo ir, sucumbo a las mil explosiones que me recorren y vuelvo a decir varias veces su nombre entre jadeos de absoluto goce.

Capítulo 28

Dan

Malboal, agosto 2017 – Siquijor, septiembre 2017

Llevamos una semana sin movernos demasiado del hotel. Hemos anulado una de las dos cabañas para dormir juntos y aparte de un par de escapadas a unas playas cercanas con unas motos alquiladas nos hemos pasado los días disfrutando de la cama, la piscina, las vistas y la tranquilidad de este establecimiento.

Jenny es una mujer apasionada, con gran sentido del humor y muchísimas cualidades que voy descubriendo día a día. Me gusta hablar con ella de cualquier cosa, sacarle punta a las situaciones cotidianas, descubrir algún secreto de Eugenia gracias a sus sueños, compartir con ella los de Daniel y conocer anécdotas de su infancia y primera juventud, cuando todavía no había caído en las garras de Jesús.

Hay momentos en los que la conversación nos lleva a sus años en Barcelona, entonces su rostro se ensombrece y en sus ojos leo la devastación total al enfrentarse a la persona en la que se convirtió. No es fácil olvidar ni lidiar con ese pasado, pero juntos lograremos dejarlo atrás para construir un nuevo futuro exento de dolor.

Juntos...

Solo hace unas semanas que nos conocemos y no concibo despertarme una mañana sin ver su sonrisa a mi lado. Asumir esa realidad me asusta muchísimo. Nunca había tenido esta necesidad de permanecer con una mujer ni un instinto de posesividad parecido. La quiero para mí y la idea de perderla, compartirla o cederla a cualquier otro hombre me agría el estómago.

Ayer decidimos empezar a movernos de una vez y en una hora nos vendrán a buscar para emprender una nueva aventura. Quedarnos para siempre

en la habitación no es un buen plan cuando Filipinas nos ofrece un sinfín de lugares preciosos para visitar, pero estos siete días de exploración de nuestros cuerpos nos han acercado muchísimo.

Llevo un buen rato despierto cuando abre los ojos. Verla dormir es uno de mis mejores momentos de la mañana, minutos antes de descubrir el brillo en sus ojos al abrirlos, la sonrisa iluminar su rostro y cada uno de sus gestos al despertar.

—¿Ya son las ocho? —Parpadea desperezándose—. Estoy acojonada por ese salto de varios metros. ¿Cuántos dijiste? ¿Quince?

—¡Exagerada! —Suelto una carcajada abrazándola—. El obligatorio es de cuatro metros, pero en el recorrido hay algunos opcionales de hasta doce.

—Todavía no entiendo por qué me he dejado convencer. Lo mío es el baile, no el barranquismo. Me dan miedo las alturas.

—El río será precioso, ya lo verás.

—Tirarme desde cuatro metros me asusta un montón. —Se suelta de mi abrazo para salir de la cama y pasar por el baño—. Podríamos haber ido solo a las Kawasan Falls y pasar del *cayoning*... Llevamos varios días de inactividad física para estar dos horas recorriendo un río.

La acompaño en el baño y le dedico una mirada pícara.

—Eso no se le cree nadie. —Le guiño un ojo mientras contemplo cómo se arregla el pelo y se moja la cara con un poco de agua fría—. No hemos parado de hacer ejercicio... Y cuando quieras, volvemos a empezar.

—Si he de tirarme por un barranco al agua mejor vamos a tomar un buen desayuno. Los nervios me dan hambre.

—¿Crepes o huevos? —Levanto las cejas acercándome a ella por la espalda—. Eres golosa, quizás el chocolate es una buena opción hoy.

—*Síp*. —La abrazo por la cintura colocándome a su espalda y le beso el cuello desnudo—. Unas cuantas creps de chocolate, tostaditas, zumo... ¡Vamos! No veo el momento de hincarle el diente a la comida acompañada por un tazón inmenso de ese café aguado de aquí.

Nos vestimos con rapidez sin pasar por la ducha con unas cuantas prendas impermeables que hemos comprado en una tienda de submarinismo de un pueblo cercano. No es que haya demasiada oferta, Jenny optó por un bañador de hombre a falta de shorts que se puedan mojar y va a dejarse el bikini en la parte de arriba.

Elegimos una de las últimas mesas para no perdernos la vista del mar.

Está nerviosa, lo noto en las cejas fruncidas y en cómo mueve los dedos

sobre la mesa, repiqueteando mientras espera la llegada del desayuno. No le gustan las alturas, pero voy a lograr hacer esta escapada memorable.

—Mañana podríamos ir a ver los tiburones ballena a Oslob —propongo para distraerla un poco—. Es un tute de viaje, pero la opción de bucear entre esos bichos me atrae un montón.

—No sé si es una buena idea. —Niega con la cabeza—. Óscar me explicó cómo tratan a los pobres animales, los tienen encerrados sin pararse a pensar en su seguridad. Las barcas los hieren, cada día van miles de turistas y los tratan como si fueran monos de feria. Me da muchísimo coraje ver ese tipo de comportamiento y no quiero contribuir a él.

—Tienes razón. —Entiendo sin dificultad la parte oculta de su discurso. Jesús le dio un trato parecido y le asquea comprobar cómo se somete a cualquier clase de persona o animal—. Es mejor llamar al centro de buceo para preparar un par de inmersiones. ¿Te apetece más?

—Lo prefiero. —Sonríe con una mueca juguetona—. Bucear me encantó la última vez y contigo siempre me gusta repetir.

—¡Y a mí!

Le lanzo un beso.

Pasamos unos minutos comiendo en silencio. Jenny vuelve a fruncir el ceño y su expresión angustiada regresa.

—¿Estás nerviosa por el último sueño? —pregunto cogiéndole la mano sobre la mesa—. Es fuerte que Diego les esté buscando y que se enteren por Andrés Bonifacio, pero de momento están a salvo.

—Lo es. —Suspira y me mira un segundo con ansiedad—. Hace casi un mes y medio que me fui. Jesús está en la cárcel y he borrado bien mi rastro, pero me aterra la posibilidad de que tenga un golpe de suerte. Si ha contratado a alguien para buscarme y me encuentra...

—Mírame. —Ha bajado la vista al plato, pero ante mi petición la sube hasta centrarla en mis ojos—. Estoy aquí contigo, no dejaré que te pase nada.

—¿Y cuándo te vayas? Tarde o temprano regresarás a tu casa. Los federales detendrán a tu madrastra con ayuda de tu hermana y nada impedirá que vuelvas a dirigir tu compañía, a dormir en tu cama, a navegar ven tu yate. En cambio yo...

—Falta mucho para eso. —Sonríe sin mostrar cómo me afectan sus palabras—. De momento no tengo noticias de Sídney, estoy bastante incomunicado aquí y nos quedan varios meses hasta mi vuelta. Ya veremos qué pasa después.

—Vale. —Suelta un suspiro ansioso y vuelve a centrarse en su plato.

Regresamos a la habitación en completo silencio. Entiendo su miedo a quedarse sola, tarde o temprano deberá enfrentarse al futuro. El dinero se le acabará y deberá encontrar un trabajo, asentarse en algún lugar, definir una rutina.

La idea de separarme de ella algún día me molesta, me he acostumbrado a tenerla a mi lado y me resulta impensable dejarla, aunque también es cierto que mi anterior vida me parece lejana, como si ya no me perteneciera.

Nos arreglamos con rapidez antes de dirigirnos al coche que nos ha enviado la empresa que organiza nuestro tour de hoy.

El trayecto dura treinta minutos y los pasamos en silencio. Ella saca su Kindle para avanzar en una nueva novela y yo estoy absorto en mis propios pensamientos.

El tiempo pasa muy rápido, en el mes y medio transcurrido desde mi muerte fingida apenas he tenido noticias de mi familia. Me gustaría saber cómo andan las cosas, si Sam ha avanzado en su cometido, cuánto tardarán en meter a Rachel entre rejas, si podrán desmantelar su organización.

Una de las condiciones de estar lejos de casa era no ponerme en contacto con ellos en ningún momento hasta recibir comunicación por parte de los federales.

Encontrar a Jenny me ha alejado de la necesidad de conocer cómo van las cosas, pero a veces me asalta de nuevo llenándome de dudas. Fingir mi muerte para ayudar a Sam ya no me parece tan buena idea como entonces...

Llegamos al pueblo de Alegria, donde el conductor aparca en el coche en un lado de la carretera. Me indica qué debemos hacer para prepararnos y un chico se ocupa de acompañarnos a la caseta donde nos colocan unas pulseras con localizador y nos dan el material necesario para la actividad.

Acompañando al chico cruzamos al otro lado de la carretera para buscar entre varios pares de calzado impermeable unas zapatillas de nuestro número.

Con el chaleco salvavidas atado y el casco en la cabeza nos indican que debemos subirnos los dos a una moto, detrás del conductor. Es una semiautomática que inicia su recorrido por un camino asfaltado que se interna en la selva. El paisaje es sobrecogedor, la naturaleza se convierte en más densa a medida que avanzamos.

Bajamos en una explanada frente a una edificación de juncos parecida a una carpa. Nos sentamos en las sillas de plástico junto a una familia de cuatro personas y escuchamos una charla sobre seguridad y prohibiciones durante el

barranquismo.

—Estos chicos parecen majos. —Jenny se agarra a mi mano con nerviosismo cuando seguimos a los dos guías hacia el río—. Espero que sepan lo que se hacen.

—¡Lo han hecho mil veces! —La abrazo para calmarla un poco—. Ya verás como una vez superado el primer salto valdrá la pena.

—Eso espero.

Caminamos tras ellos unos segundos después hasta llegar al punto de inicio de la actividad, a varios metros sobre el agua.

La vista desde las rocas es preciosa. El río discurre entre ellas con su majestuosa calma. El sol impacta en sus aguas de un azul intenso para darnos la bienvenida y el sonido del silencio nos envuelve al situarnos a lo alto del acantilado desde el que nos debemos tirar.

Primero saltan los de la familia de españoles que nos acompaña. Los chicos, un par de adolescentes alocados, se hacen fotos y gritan de emoción. La madre está reticente al principio, pero termina lanzándose al vacío acompañada de una exhalación ruidosa. El padre se queda el último para lanzar miles de instantáneas.

Es mi turno. A mí no me dan miedo las alturas y disfruto mucho el momento. Me tapo la nariz, cojo impulso y lanzo mi cuerpo hacia el vacío para impactar en el agua con un gritito. Al sacar la cabeza del agua, río con emoción.

Jenny está en lo alto con una especie de ataque de ansiedad. Se encarama y niega con la cabeza mientras dice claramente *no me voy a tirar*. El guía, que se ha quedado arriba con ella, la anima, pero ella no atiende a razones. Al final la convence para tirarse los dos a la vez y la veo superar el pánico y decidirse a tirarse.

Durante las dos horas siguientes pasamos por gargantas muy profundas, nadamos, hacemos algún rappel, bajamos por pequeñas cascadas de agua, caminamos por las rocas de la ribera, realizamos un par de saltos más y terminamos exhaustos.

—¿En serio? —Jenny mira las escaleras que suben empinadas hacia la montaña cuando finalmente salimos del agua—. Ha dicho doscientos treinta peldaños y flipo con cómo son. ¡Estoy agotada! ¡Y míralos! Empinados, resbaladizos, altos... No lo lograré.

—No seas quejica y sube. —Le dedico una sonrisa torcida—. Ha valido la pena llegar hasta aquí, ahora solo te falta un esfuerzo más.

—Me ha encantado el paisaje, lo admito. Pero creo que mañana no seré capaz de levantarme de la cama. ¡Me duele todo!

Subimos por la montaña. Ella tiene razón, hay una empinada cuesta llena de escalones irregulares y resbaladizos en algunos lugares.

Cuando al fin llegamos de nuevo a la edificación de juncos desde donde hemos salido mi respiración está un poco acelerada. El calor pegajoso de la selva no ayuda a la hora de rebajar el cansancio.

Los chicos de las motos nos recogen para devolvernos al coche.

Nos quitamos el material prestado para retornarlo y nos cambiamos de ropa antes de emprender el trayecto hacia las Kawasan falls. Lo hacemos en silencio, descansando un poco de la última experiencia.

La observo con unos fuertes martillazos en el pecho. Está apoyada en la ventanilla dormitando un poco. Es preciosa, tiene un aura que me atrapa, como si tuviera algo especial y no fuera capaz de resistirme a ello.

Nunca había sentido esa clase de conexión con una mujer, es como si la conociera desde siempre y cada momento a su lado fuera único. El sexo con ella también es diferente, me trasporta a un lugar místico donde mi placer se incrementa hasta el infinito.

Mis ojos descienden por su cuerpo descubriendo el contorno perfecto de sus pechos bajo la camiseta, su vientre plano, esas piernas largas y bronceadas que son la perdición de cualquier hombre. Me golpea la visión de ella sobre una barra bailando con varios tíos babeando a su alrededor y me invade el deseo de machacarlos. Ese tal Jesús es escoria.

Busco mi móvil en el pantalón y decido mandarle un mensaje al agente Mauger. Quiero conseguir su ayuda para descubrir algo más acerca del hombre que la obligó a prostituirse durante años convirtiéndola en una mujer manchada y llena de traumas.

Admiro su capacidad de hacer frente a las adversidades pisando fuerte, encarando sus miedos y consiguiendo vencerlos gracias a su afán de superación.

El conductor aparca en un parking cercano al camino que nos conducirá a la catarata. La despierto con suavidad. Ella abre los ojos, parpadea, se los frota y me sonrío. Es la sonrisa más tierna que he visto en mi vida.

—Ya estamos. —La invito a salir—. ¿Tienes hambre?

—¡Estoy famélica! —Se muerde el labio y asiente—. Después del ejercicio me merezco una comilona en toda regla.

Caminamos detrás del guía por un camino bordeando el río hasta llegar a

una cabaña de juncos en medio de una explanada alfombrada con musgo. Le preguntamos al conductor si hemos de pedir algo especial ya que la comida está incluida en el precio de la excursión y como niega con la cabeza nos regalamos un festín.

Al terminar nos enfrentamos a la cuenta con incredulidad. El conductor intenta que la paguemos, pero por suerte tenemos un e-mail donde su jefe explica las condiciones de contratación y acaba por aceptar la situación.

Nos acompaña por un nuevo sendero hasta la cascada y no nos parece nada del otro mundo. Hay un millar de chinos haciéndose fotos en la zona destinada a la catarata de agua. Alrededor hay un bar con muchas sillas y gente amontonándose.

Decidimos bañarnos en las cristalinas aguas durante el tiempo suficiente para sacar las fotos de rigor y damos por concluida la excursión. La idea de pasar el resto de la tarde envuelto en el calor de Jenny preside mis deseos de regresar cuanto antes.

Tres días después partimos hacia Siquijor. Tenemos un largo camino por delante, ya que hay unas siete horas cogiendo diferentes transportes para llegar a la isla.

Empezamos el día guardando nuestras cosas en la maleta. Me molesta la obligación de salir unos instantes de la habitación para permitirle a Jenny guardar el dinero de la caja fuerte en su bolsa. Ya me pasó cuando se mudó. Debe ser una cantidad considerable si me la esconde así.

El abono de la cuenta del hotel decidimos realizarlo a medias tras una breve discusión. Ella no quiere depender de mí y aunque no estoy del todo de acuerdo, acabo aceptando el trato. Aunque me apunto mentalmente la necesidad de preguntarle al respecto en nuestro próximo destino.

El mismo señor que nos trajo hace un par de semanas desde Maya Port nos espera en un coche para llevarnos hasta el puerto de Santander, donde embarcamos en un ferry rumbo a la isla de Negros. Pisar el lugar donde posiblemente se encontraba La Carolina hace más de un siglo me hace removerme en el asiento. Pero sé que todavía no es el momento de explorar la isla en busca de mi antepasado. Es una certeza difícil de explicar.

Llegamos al puerto de Siluban, un lugar nada destacable. Bajamos las maletas y nos dedicamos a buscar un triciclo para poner rumbo al puerto de Dumagete.

—Si es cierto que vivieron aquí estamos muy cerca de ellos —susurra Jenny a mi oído una vez montados en el triciclo—. Algún día deberíamos

buscarlos.

—Todavía no. —Niego con la cabeza—. Quizás al regresar de Siquijor.

—Puede que entonces sea el momento.

No hablamos demasiado de Daniel y Eugenia, es como si nos diera miedo ahondar en ellos.

El puerto de Dumagete se alza tras pasar un mercado muy típico del sudeste asiático. Nadie nos avisa de que debemos comprar los billetes antes de caminar por una callejuela tapada por un techo y con tiendas a ambos lados donde el calor es insportable y nos toca darnos la vuelta para regresar a por los tickets.

Los billetes son carísimos. ¡Están locos! ¡Parece el precio de una avión! Nos ofrecen primera clase, pero compramos turista ya que la *business* es prohibitivo.

Regresamos al puerto donde esperamos en la terminal a la salida del barco.

Hay varias tiendas de comida en el interior y el hambre aprieta, así que decidimos hacernos con un par de manjares de comida rápida para llenarnos el estómago.

—He reservado en un hotelito con muy buena pinta —le explico una vez entramos en el barco—. Se llama Kawayan Holiday Resort. Me gustó cuando lo miré por Internet, por eso cogí un par de habitaciones durante quince días.

—Te lo tenías muy callado. —El aire acondicionado está muy fuerte y ella está helada, por eso se arrebujaba contra mi pecho—. ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

—Quería darte una sorpresa.

Al llegar a puerto decidimos regatear con el conductor de un triciclo para que nos lleve al hotel. Hace seis horas que hemos salido de Malboal y parece que todavía nos queda otra hora larga para llegar a nuestro destino.

La isla es bonita. La naturaleza se extiende a ambos lados de la carretera llena de subidas y bajadas. La incomodidad del triciclo es más patente a medida que pasan los minutos y cuando el conductor empieza a preguntar tras deambular un rato por caminos secundarios me acojono un poco.

—Estamos en el culo del mundo —le dijo a Jenny cuando nos toca bajar para rebajar el peso y que el vehículo logre ascender por una empinada cuesta—. Me dejé deslumbrar por las fotos del hotel. Espero que valga la pena porque estamos muy aislados.

—A veces está bien dormir lejos del ruido y la gente.

En medio de un camino de arena lleno de baches llegamos a una alta puerta hecha con juncos donde leo con claridad el nombre del hotel. Suspiro aliviado. ¡Hace más de una hora y veinte que hemos salido del puerto!

Nos recibe un matrimonio bastante antipático de alemanes. Él es un tipo prepotente, con una mirada de esas que detesto y ella, a pesar de ser más dulce, tampoco acaba de caerme bien.

Rellenamos los papeles necesarios para el registro y nos acompañan a una cabaña preciosa con una cama de matrimonio y un original baño en el exterior.

Tras dejar nuestras cosas en la habitación vamos a explorar el lugar.

Caminamos por el sendero de arena hasta llegar a una zona pavimentada donde se encuentra el bar y una piscina ibicenca. Las dos camareras son muy amables, enseguida nos explican que tenemos derecho a agua gratis durante la estancia. Nos ofrecen unas cantimploras térmicas para rellenarlas de agua fresquita cada vez que lo necesitemos y nos explican un poco el funcionamiento del hotel.

—Tengo un hambre voraz. —Jenny señala una de las mesas mirándome con coqueteo—. Podríamos comer alguna cosa y después seguir explorando el hotel. ¿Alguna idea para hacer estos días? Estoy de acuerdo con quedarnos horas aquí, pero también me gustará conocer el lugar.

—Hay un millón de cosas interesantes para hacer en Siquijor. Podemos bucear, ir a Apo Island a ver tortugas, coger una moto para recorrer la isla, buscar una playa perdida para pasar el día...

—La única pega es lo alejado que está el hotel de cualquier lado. —Nos sentamos y la camarera no tarda en traernos la carta del almuerzo—. Necesitamos un transporte.

—Me he fijado en el precio de las motos aquí. —Niego con la cabeza—. Desde luego el dueño se aprovecha del aislamiento. ¡Valen doscientos pesos cuatro horas! He visto en varias webs que si las alquilamos en San Juan nos costará trescientos al día.

—Deberíamos pagar lo que vale una moto aquí esta noche para encontrar otra más barata en San Juan. Me parecen un abuso estos precios.

—El dueño me ha parecido un dictador. Cuando nos ha preguntado por lo del buceo no tenía ninguna simpatía. Y su forma de hablarnos... Es una pena que un sitio tan bonito como este lo lleve alguien así. El cliente siempre es lo más importante en cualquier negocio.

—Hay gente para todo. —Asiente con una sonrisa—. Vamos a olvidarnos

del alemán y a pasarlo bien. ¿Qué te apetece comer?

Tras una lectura rápida de la carta optamos por un poco de pollo frito, un sándwich y una hamburguesa. De beber elegimos un par de cervezas alemanas para pasar el calor de esta parte del trópico.

Nuestra conversación es distendida, como siempre. Logramos conectar con las anécdotas divertidas que compartimos, reírnos en algunos instantes y no dejar de pasarlo bien con esa emoción extraña que me recorre al estar a su lado.

Al terminar paseamos por el hotel. Es realmente bonito. Hay una explanada de césped frente al bar con algunas tumbonas y una vista espectacular. Estamos muy altos, a bastantes metros sobre el agua. Nos asomamos un poco a la alambrada que hay al final del césped para observar las escaleras que bajan desde el lado izquierdo hasta un embarcadero desde donde salen las barcas de buceo.

La abrazo por la cintura desde la espalda, apoyo mi cabeza en su hombro y la beso en la mejilla. El estremecimiento de mi cuerpo cada vez que la tengo así me llena de calor. Con Jenny siempre siento en estéreo.

Capítulo 29

Eugenia

Isla de Luzón, noviembre 1896 – enero 1897

Los últimos meses han sido convulsos y llenos de instantes difíciles de asumir. El estallido de la guerra ha propiciado una división en el Katipunan y hay enfrentamientos internos entre una facción liderada por Mariano Álvarez, seguidor de Andrés, y Emilio Aguinaldo, el alcalde de Kawit o Cavite Viejo.

No les conozco ni tampoco Daniel, pero Aguinaldo parece un líder indiscutible y puede fracturar la organización de forma irremediable.

A veces me sorprende dándole vueltas a la capacidad de los hombres para pelearnos entre nosotros por el poder y la necesidad de conseguir alcanzar nuevos retos.

Aguinaldo ha conseguido hacerse con Cavite Viejo y otros pueblos cercanos. Cuenta con más de seis mil seguidores y sus gritos por lograr la independencia filipina cada vez consiguen llegar a más gente.

Tanto Daniel como yo estamos a la expectativa. Nuestra amistad con Andrés se remonta atrás en el tiempo, le apoyamos, es uno de los mejores luchadores que he conocido, pero la popularidad de su competidor aumenta a marchas forzadas y no tenemos claro qué va a suceder.

Ambos convenimos apoyar a nuestro aliado más antiguo durante el tiempo que nos conceda la providencia. Daniel y él tienen una larguísima relación, es un hombre carismático, su lucha es nuestra lucha y a pesar de los enfrentamientos que se intuyen en el futuro, nuestro lugar está a su lado de forma indiscutible, aunque la vida puede girar de forma sorpresiva.

Durante los meses pasados Aguinaldo logró varias victorias frente al ejército español y sus seguidores le nombraron General.

Sus dos manifiestos, proclamados el treinta y uno de octubre, abren

todavía más la brecha ente Andrés y él, cosa que me hace temer que pronto llegaremos a una situación irreversible. En el primero queda claro que el único motivo de la revolución es conseguir la independencia de los españoles. *Filipinas presencia hoy un hecho sin ejemplo en su historia, la conquista de su libertad y su independencia, el más noble y elevado de sus derechos...* El segundo habla acerca de la organización interna del Katipunan y es el principio del fin, ya que no tardo en notar la tirantez de Andrés hacia sus palabras. *Un Comité Central Revolucionario, compuesto de seis miembros, con su Presidente, se encargará de la continuación de la guerra, organizará un ejercito de treinta mil hombres, con fusiles y cañones para la defensa de los pueblos y provincias que se adhieran al Nuevo Gobierno Republicano destinado a establecer el orden a medida que la revolución continúe propagándose por todas las Islas Filipinas. La forma de Gobierno será semejante a la de Estados Unidos de América, basada esencialmente en los principios más estrictos de Libertad, Fraternidad e Igualdad.*

Dejamos la plantación en el mes de agosto y todavía no hemos regresado. Temo por el estado de nuestros hijos, por la distancia, por ese alejamiento necesario de nuestra familia.

Diego nos busca y no podemos dejarnos ver ni darle ningún argumento para llegar a nosotros. Andrés descubrió sus intenciones gracias a uno de sus hombres y a las preguntas de mi marido en Manila.

Además, queremos participar en la revolución de forma activa, ser parte de las tropas comandadas por nuestro amigo y no vamos a poner a los chicos en peligro.

Nos hemos retirado a Balara tras ser derrotados por los españoles al intentar tomar a su destacamento en San Mateo y Montalbán. Estamos juntos, pero ha habido bajas y eso siempre duele.

Entiendo la necesidad de tomar las armas, incluso llevo un tiempo preparándome para entrar en combate, aprender el arte de la lucha me parece importante en un momento como este, pero ver cómo caen víctimas de ambos bandos me parte el corazón.

Por suerte Daniel está a mi lado. Él es la razón por la que al abrir los ojos cada mañana deseo levantarme con una sonrisa porque tras tantos años amándonos en la distancia tenerlo en mi cama cada noche es una bendición del Señor.

Hace unas horas hemos recibido una invitación del Consejo de Magdiwang para refugiarnos en Cavite. Andrés se lo está pensando. En Cavite

han aparecido dos bandos enfrentados, nuestros pretendidos anfitriones, comandados por Mariano Álvarez, y el Magdaló, presidido por Baldomero Aguinaldo, el primo de Emilio. Sus constantes desacuerdos ponen en peligro la estabilidad del Katimpunan y si Andrés toma partido público por Álvarez es posible que la organización se fragmente todavía más.

Salgo al jardín de la casa que ocupamos en Balara. No puedo dormir, hay demasiados pensamientos atormentados en mi cabeza, echo en falta a Itziar, a Jaime, a la serenidad de los días en una plantación.

—¿Estás bien? —Daniel me abraza por la cintura, sobresaltándome. Su aliento en mi cuello me despierta cosquillas en el cuerpo, estremeciéndome—. Llevas unos días muy inquieta.

—Diego, la revolución, nuestro destino. ¿Te has parado a pensar en qué nos depara el mañana? Si mi marido nos encuentra acabaremos bajo tierra. Si la guerra concluye con la aniquilación del Katipunan terminará también con nosotros. Hay demasiado en juego.

—Han sido años difíciles y cuando al fin podemos estar juntos la vida nos pone en una disyuntiva. —Me besa en el cuello bajándome el tirante de mi combinación para dormir—. Decidimos vivir con emoción lo que nos ofrezca el destino. Somos felices. No deberías darle vueltas a lo que puede suceder, solo contentarte con lo que tenemos.

—Prométeme que cuando todo termine volveremos a vivir tranquilos con nuestros hijos. —Me giro despacio para besarle con dulzura—. Nos merecemos una vida juntos.

—Lo haremos, viviremos nuestro sueño.

—¿Y si no es nuestro momento? —Le pongo palabras a las ansiedades que me asaltan últimamente—. ¿Y si cuando todo termine nos damos cuenta de que no podemos disfrutar todavía de nuestro amor en libertad?

—Vamos a tener nuestra vida soñada en una Filipinas libre. Lo sé.

—Si pudiera tener tu confianza...

—Te he visto pintado tu cuadro —musita sin apartar sus labios de los míos—. Cada día es más nítido. Llevas años diciendo que debías esperar al momento oportuno para terminarlo. ¿Tus miedos tienen que ver con él?

—No lo sé. Llevo un tiempo necesitando continuarlo con lentitud, sin acabar de definir los dos rostros reflejados en el cristal ni las siluetas que están de espaldas al espectador, mirándose al espejo. Y mientras lo pinto los presentimientos me asaltan. Son funestos, Daniel. Demasiado oscuros para ponerles palabras.

—Vamos a ser capaces de encontrar la felicidad cada día, de querernos, de hallar el camino para unir nuestras almas por toda la eternidad.

—Podrías ser poeta. —Sonrío deshaciéndome de mis aciagos pensamientos—. Cuando me hablas con el corazón en la mano soy capaz de descubrir cada uno de tus sentimientos. Y a veces me dices cosas tan bonitas que me derrito entre tus brazos.

—Es el efecto que causas en mí, me conviertes en un adorador de las palabras románticas.

—Te amo, Daniel. Nunca dejaré de hacerlo.

—Yo te amaré para siempre.

—Por toda la eternidad.

Sus labios me despojan de voz, arrasan con mi cordura y no tardan en el elevarme en una espiral de caliente deseo. Hacer el amor con él esconde un mundo de sensaciones mágicas, es como si me transportara a un paraíso donde nuestro placer es el altar de un amor sin medida.

Le desnudo de camino a la alcoba, deseando tocar su piel mientras sus manos expertas recorren los contornos de mi cuerpo con una capacidad insana de encenderlo.

Pensé que tras los abusos sufridos a manos de Diego jamás podría gozar con un hombre, pero las llamas que me devoran cuando Daniel me toca muestran mi equivocación. Él consigue desprenderme del dolor, de la devastación causada por mi marido, de sus marcas invisibles en mi piel.

Daniel es mi salvavidas, mi faro en la oscuridad, mi amor eterno.

No tardamos demasiado en despojarnos de nuestros ropajes y caer desnudos sobre el colchón para amarnos como solo nuestros cuerpos son capaces.

Llegamos al clímax por separado, gritando el nombre del otro y uniendo nuestros corazones más allá del mundo conocido.

Por la mañana Andrés nos anuncia que ha aceptado la propuesta de Marino Álvarez. Pronto partiremos hacia Cavite para unir nuestras fuerzas con las tropas del Magdiwang. Solo espero que esa decisión no sea la causa del declive de nuestro amigo. Su intención no es otra que mediar entre ambos bandos y es muy posible que no lo logre.

Pasamos una semana preparándonos para emprender el viaje para no dejar nada al azar. Movernos por la selva a pie es sinónimo de estar

protegidos de los españoles, pero en nuestra situación cualquier precaución es poca.

Cuando al fin iniciamos el viaje, acompañados por algunas calesas, presiento que es una mala decisión. Durante mis noches ahora intercalo sueños de Geni con otros dolorosos. En ellos casi siempre veo mi cuadro y sé que significa algo importante, aunque no sea capaz de vislumbrarlo ahora.

El Magdaló y el Magdiwang nos dan una calurosa bienvenida al llegar. Tanto Mariano Álvarez como Baldomero Aguinaldo nos reciben con una sonrisa y no tardan en mostrarnos nuestros alojamientos.

Tenemos una alcoba en casa de un miembro del Katipunan. No es demasiado lujosa ni está fresca, pero es nuestro hogar durante los días que pasemos en Cavite y la Providencia nos ha regalado la suficiente intimidad para gozar de nuestros cuerpos amparados en la oscuridad del ocaso.

Soy una mujer creyente, jamás renegaré de Dios Nuestro Señor. Pero me cuesta aceptar que hacer el amor con la persona amada esté mal porque es el acto más puro de nuestro mundo. Escapar de las garras de un depravado como Diego para acabar en brazos de Daniel tampoco puede responder al pecado del adulterio porque mi marido me sometía con los más viles actos, en cambio Daniel me colma de amor en cada instante compartido.

He hablado de estas realidades con un sacerdote que nos acompaña en secreto de confesión. El padre Ramón no lo ve desde mi punto de vista, para él me debo a mi marido por los votos pronunciados ante Dios, pero tras explicarle algunas de las vejaciones sufridas en sus manos durante nuestra vida en común he conseguido ablandarlo en su postura.

Si me encuentran me ahorcarán por adúltera. Sé por Andrés que pesa una denuncia contra mi persona interpuesta por Diego, mi carcelero, el único hombre capaz de arrebatarme la felicidad de vivir al lado de Daniel.

La noche del diecisiete al dieciocho de diciembre nos trasladan a la casa de Juan Castañeda en Imus. Nos acompaña Emilio Aguinaldo, Candido Tirona y Edilberto Evangelista. Quieren ver a Andrés para que reciba la visita del grupo Magdaló.

Nuestro amigo y líder escucha los argumentos de Baldomero Aguinaldo y decide intentar una conciliación entre ambos grupos para llegar a un acuerdo. Las hostilidades entre ellos deben cesar para continuar con la lucha común.

Durante la cena con Andrés escuchamos cómo le disgusta la fractura

entre los miembros de la organización. Él aboga por la unidad, por lograr sus objetivos con un Katipunan fusionado. Nuestra causa es justa y la idea de liderarla sin la sincronía de un grupo cohesionado le enfurece.

La ejecución de José Rizal el treinta de diciembre en Manila agita los ánimos. Los españoles le han acusado de sedición y lo han fusilado para darnos una lección. Es duro conocer el destino de un pacifista como Pepe.

El último día de 1896 se inician las negociaciones en la finca de Imus, presididas por Andrés, quien escucha los argumentos de ambos bandos.

El líder del Mgdaló, Baldomero Aguinaldo, propone la formación de un gobierno revolucionario en Cavite ya que desde el descubrimiento por parte de los españoles de la existencia del Katipunan no tiene sentido seguir con la organización secreta. Tras sus palabras el alboroto sacude el lugar, las voces se alzan a favor y en contra, mostrándome las posturas alejadas de ambos grupos.

El Magdiwang argumenta que nuestra organización se puede transformar con facilidad en una estructura de gobierno y exige que Andrés sea considerado nuestro líder supremo, pero los hombres del Mangaló se oponen con firmeza requiriendo una votación para decidir quién gobernará el futuro del Katipunan.

Durante media hora veo cómo la discordia aumenta y fragmenta todavía más a los dos bandos haciéndome presagiar un infausto desenlace.

Por suerte acaban decidiendo un aplazamiento de la discusión para una futura reunión. Ambos bandos sienten lo mismo que yo y mis compañeros, esa semilla de la discrepancia que promete una ruptura total.

Esa noche cenamos con Andrés. Está preocupado, su rostro es una máscara clara de cuánto le afectan los últimos sucesos y apenas habla demasiado.

Siento lo mismo que él. Es como si el presentimiento del fin de una era me acompañara desde la reunión y no tengo claro cuál será la resolución de la contienda.

Intentamos mantener una conversación trivial para animarle, le contamos algunas anécdotas de la plantación, de los cañaverales, de nuestros hijos, pero Andrés se muestra abatido y apenas sigue nuestras historias.

Esa noche Daniel y yo hablamos durante horas. Ambos estamos convencidos de que se avecinan malos momentos para nuestra estabilidad, pero seguimos creyendo en nuestros ideales. La idea de conseguir un archipiélago independiente nos obliga a agarrarnos al triunfo de nuestra causa

porque pensar lo contrario sería negarnos la posibilidad de legar el país soñado a nuestros hijos.

—Necesito verlos —musito abrazándole—. Es importante asegurarnos de que están bien. Daniel, la idea de permanecer más tiempo alejada de ellos me duele demasiado. Tomémonos un descanso para pasar un tiempo en familia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que salimos de la plantación de mi padre. —Me besa con suavidad—. Me parece bien viajar para una visita. Mañana hablaré con Andrés, estoy convencido de que lo entenderá.

—Es un mal momento para él. Después de años luchando por liderar un movimiento contra los opresores, Aguinaldo parece decidido a deponer su autoridad.

—La naturaleza humana es depravada y está siempre presidida por el afán de poder de unos pocos. —Chasquea la lengua—. Quizás estamos ante el final del Katipunan que conocemos.

—Todo es posible... Pero pase lo que pase seguiremos luchando.

—Mientras estemos juntos lo demás no importa.

Por la mañana recibimos la aprobación de Andrés para un viaje a la plantación.

Sabemos que Diego todavía no ha encontrado nuestro rastro y estamos convencidos de que no nos encontrará.

Varias de las milicias lideradas por Emilio Aguinaldo siguen luchando, igual que las comandadas por nuestro amigo.

No me gusta dejarlos por un tiempo, pero los meses han sumado alejados de nuestro hogar y la necesidad de abrazar a Itziar y a Jaime nos motiva para llegar con rapidez.

Cuando divisamos la casa al final del camino mi corazón se acelera. El verde de la selva nos rodea, sentimos la suave brisa que apenas consigue refrescarnos del calor sofocante y estamos agotados por el largo trayecto, pero la emoción nos acompaña en nuestro último tramo.

No hemos avisado de la visita y nadie nos espera.

Entramos en la casa desierta a esta hora. Un aroma familiar nos recibe trayéndonos recuerdos de nuestro preciado tiempo morando entre esas paredes repletas de ilusiones.

—Está perfecta —musito mirando los cambios—. Jaime ha hecho un gran trabajo.

—Hay muebles nuevos y la ha reparado por completo. Ha convertido esta casa en un hogar confortable.

—Y ha dejado atrás lo sucedido con tu padre.

—Ese hombre se dedicó a herirme durante demasiado tiempo y ahora me parece justo ocupar su legado. Ha de ser la herencia para nuestros hijos.

Subimos las escaleras admirando los cambios en la casa. No son demasiados, pero sí significativos.

Nuestra alcoba huele a limpio, igual que el resto de la casa. Apenas hay mejoras en ella, nosotros la dejamos perfecta al partir y nuestros hijos la han conservado igual.

Tras ordenar nuestro exiguo equipaje decidimos dar un paseo hasta el cañaveral.

—Itziar ya tiene trece años —digo de pronto, al darme cuenta de que me he perdido su cumpleaños—. Ya es casi una mujer.

—Por eso la casa está vacía, tu hija debe estar trabajando. Ya tiene la edad suficiente para aprenderlo todo del cultivo y la producción del azúcar.

—Jaime es un gran maestro, seguro.

Sonrío ante mi comentario.

Cuando partimos para formar parte activa del Katipunán me quedó clara la devoción del hijo de Daniel por Itziar. Se conocen desde muy temprana edad y se han tenido el uno al otro siempre. Entre ellos existe un vínculo indestructible.

Llegamos al cañaveral sudados y agotados, pero felices. Los trabajadores no están ahí, la cosecha ya ha sido segada.

Nuestra mirada se pierde en el edificio donde tenemos el molino.

—Deben estar ahí —afirma Daniel señalándolo—. También es importante aprender la parte de la producción. Itziar se convertirá en una experta, estoy convencido.

—Cuando regresemos para siempre deberías enseñarme. No voy a volver a ejercer de mujer sin oficio. Quiero ser parte de todo tu mundo.

Entramos en la edificación y escuchamos enseguida el ruido del trabajo.

Daniel me cuenta el proceso.

Las cañas se desmenuzan con machetes antes de molerlas. Me fijo en cómo los brazos de los hombres que realizan la tarea se tensan mostrando sus músculos y me percató enseguida de la gran resistencia física necesaria para realizar estas tareas.

El molino está a plena potencia. Se utiliza agua en contracorriente para mejorar la extracción del azúcar, que suele ser del 95%. El remanente se guarda y se utiliza como combustible en las calderas.

Hay cinco ruedas para pasar las cañas de unas a otras y así extraer la sacarosa.

Daniel señala el jugo verdoso que queda al final del proceso. Es ácido y turbio. Para convertirlo en un líquido transparente se utiliza cal.

Después se debe evaporar el agua contenida en el jugo y clarificarlo añadiendo cal y ácido fólico. Y se airea.

Con la última evaporación del agua restante la meladura cristaliza ofreciéndonos el azúcar en forma de cristales de sacarosa. Solo queda centrifugarlos para obtener azúcar y miel.

Tras la última palabra de Daniel mis ojos abandonan el molino para posarse en mi hija. Está más alta, un poco más robusta y muestra una sonrisa de felicidad que me llega al alma.

Doy los pasos necesarios para llegar hasta ella, envolverla entre mis brazos y estrecharla mucho hacia mi cuerpo.

—¡Estás guapísima! —musito entre lágrimas de emoción.

—Madre —repite varias veces—. Ha pasado mucho tiempo.

—Ahora tenemos unas semanas para ponernos al corriente de los últimos sucesos. —Le acaricio el pelo tras darle un sonoro beso en la mejilla—. Nuestra lucha continua, pero hemos decidido dar un alto para visitaros. Os echaba en falta.

—Nosotros también.

Saludo a Jaime, a la madre de Daniel, a José y a mi querida Naiara, quien está colaborando en las tareas del molino.

Regresamos juntos a la casa tras ayudarles a realizar las últimas labores del día y nos ponemos al corriente de lo más relevante acaecido durante los meses de separación.

Mi hija está muy cambiada, es como si hubiera madurado de repente y de la chiquilla que dejé al partir con Daniel para formar parte de la lucha armada del Katipunan hubiera emergido una jovencita con mil sentimientos y responsabilidades.

No me pasan desapercibidas las miradas entre ella y Jaime durante la cena. Son más intensas que nunca, como si la relación entre ellos hubiera cambiado convirtiéndose en más íntima. Se sonroja con facilidad cuando él la observa, le sonríe con coquetería y es incapaz de dejar de levantar la vista hacia él cada pocos segundos.

Una vez nos retiramos a dormir la intercepto para mantener una conversación madre-hija. No voy a prohibirle ser feliz ni la voy a apartar de

la persona que más ha influido en su vida, sin embargo, necesito conocer los detalles de su relación.

La llevo al exterior y ocupamos los escalones que llevan hasta la puerta. Está nerviosa, se retuerce el cabello en un dedo y repiquetea con la pierna en el suelo.

—Le amo —dice de repente—. Siempre le he amado y saber que él siente lo mismo...

—No voy a impedir lo vuestro. —Su mirada aliviada me muestra cuánto necesita mi aprobación—. Después de vivir tantos años apartada de Daniel sé lo que significa. Pero debes prometerme que irás con cuidado. Todavía eres muy joven para dar según qué pasos y Jaime te lleva seis años.

—Hemos hablado de eso. —Se sonroja al pronunciar esas palabras—. De momento no vamos a correr, queremos ir despacio. Pero no quiero separarme de él, madre. Le conozco desde muy niña, es mi media mitad y sin él no podría vivir.

—Te has convertido en una jovencita excepcional. —Le sonrío acariciándole la mejilla—. Prométeme que serás feliz.

—Lo haré. —Asiente con una sonrisa—. Te lo prometo.

Descubro el titubeo en su mirada con rapidez. Hay algo más, algo que la angustia.

—Madre —musita mirándome sin dejar de retorcer las manos en su falda—. ¿Crees que sería posible ver a padre alguna vez? Conozco lo sucedido y sé que fue cruel contigo, pero conmigo siempre fue tierno y le echo en falta.

—Si nos encuentra mi vida se acabará. —Le cojo las manos sobre el regazo—. Eres libre de hacer lo que quieras con la tuya, pero si vas en busca de tu padre quizás no puedas regresar. Es un hombre cruel, empleará todo su ingenio para que le cuentes mi paradero y no tengo claro si te dejaría libre después.

—Está bien. —Asiente con tristeza en los ojos—. Quizás algún día las cosas cambien.

Le paso un brazo por los hombros y ella reposa su cabeza en mi pecho.

—Todo puede ser.

Capítulo 30

Daniel

Isla de Luzón, enero 1897 – agosto 1897

Los días en la plantación pasan con rapidez envueltos en la felicidad de estar unidos a nuestra familia. Durante los meses de separación no fui capaz de entender hasta qué punto echaba de menos la serenidad de vivir aquí, rodeado de personas importantes para mí, sin otra responsabilidad que amar, trabajar en la producción del azúcar y pasar los días junto a mi amada.

Pronto nos tocará regresar al campo de batalla. Las tensiones entre los dos bandos definidos del Katipunan aumentan con el paso de los días y tarde o temprano deberemos enfrentarnos a las consecuencias de esas grietas profundas que nos dividen.

Pero mis deseos son los de quedarme aquí y no regresar jamás porque en este lugar consigo tocar la felicidad plena.

Mi hijo está muy cambiado. Los años le han convertido en un hombre responsable con unos sentimientos bien definidos hacia Itziar. Siempre supe que la quería y vislumbré su destino unidos y ahora que por fin lo han alcanzado solo puedo desearles la mayor de las felicidades. Tanto Eugenia como yo les hemos dado nuestra bendición, aunque la juventud de Itziar les obligue a ir despacio.

He hablado mucho con Jaime desde mi llegada, conozco su intención de contraer matrimonio con ella en cuanto sea posible para estar unidos ante Dios. Pero todavía es pronto, Itziar es demasiado joven para compartir lecho con un hombre.

Me sorprendo pensando en los designios del Señor demasiado a menudo. Mis lazos con Eugenia han fructificado en los que unen a nuestros hijos más allá de una simple amistad. Espero que puedan disfrutar de su amor para el

resto de sus vidas.

Los días de enero dan paso a un febrero lleno de lluvias torrenciales que nos obligan a refugiarnos en las edificaciones de la finca con demasiada asiduidad. Lo mejor de esos instantes son las risas despreocupadas de los habitantes de nuestra propiedad, las caricias disimuladas de mi hijo a Itziar, las mías a Eugenia, las de madre y José.

Cada mañana observo a Eugenia con la misma devoción del primer día en el que compartimos el lecho. Es una mujer fuerte, cariñosa, llena de luz. A su lado me siento capaz de superar cualquier límite impuesto por la vida y no dejo de dar las gracias a Dios por habernos reunido y habernos concedido la capacidad de compartir estos años de felicidad.

Las risas son nuestra moneda de cambio estos días, es como si cada uno de nosotros celebrara con ilusión el reencuentro y nos negáramos a pensar en la próxima separación.

Una noche de febrero Jaime solicita hablar conmigo a solas. Le noto intranquilo, como si de repente toda la serenidad sentida en los días anteriores hubiera desaparecido.

—Padre, quiero venir con vosotros al marchar —dice sin perder el nerviosismo de su mirada—. Tengo diecinueve años, la edad suficiente para tomar las armas. Y creo en la lucha del Katipunan, quiero una Filipinas libre.

—Necesito que te quedes aquí. —Rechazo de pleno sus intenciones—. Alguien debe cuidar la plantación y velar por sus habitantes. No es una tarea exenta de responsabilidad, hijo.

—Pero mi lugar está en el frente. Quedarme significa no ayudar en la consecución de un país liberado de los españoles.

—Eso no es cierto. Si consigues tirar adelante la producción de azúcar de la plantación colaboras en la revolución aportando un capital muy necesario para seguir adelante.

—Quiero hacer más, padre.

—¿Y dejar a Itziar sola? ¿Sin nadie que la proteja de los peligros? —Niego con la cabeza componiendo una sonrisa—. Tu sitio está a su lado, eres capaz de dirigir la plantación sin necesidad de ayuda, consigues beneficios, tienes barcos fletados para transportar la mercancía y nos mandas capital de forma regular. Te necesito aquí.

—Ella me quiere. —Sus labios se arquean hacia arriba llenándole de una luz especial—. Y yo la amo desde siempre. Cuando era niño no lo entendía cómo ahora, pero mis sentimientos siempre han estado ahí.

—Pues no hagas como yo y aprovecha cada segundo a su lado, nunca se sabe lo que el destino nos reserva.

—Está bien. —Asiente convencido—. Seguiré aquí consiguiendo dinero para financiar la revolución y me ocuparé de proteger a los habitantes de la plantación.

—Tu aportación a la causa es bien recibida, hijo.

A principios de marzo dejamos la plantación. Tanto Eugenia como yo sentimos la pena agarrotando nuestros corazones, como si presintiéramos que tardaremos una eternidad en volver a reunirnos con nuestros seres queridos.

La despedida se llena de lloros, abrazos y promesas.

Mi único consuelo es que por fin Jaime ha aceptado su papel en la finca y está dispuesto a velar por madre, José e Itziar.

Durante la últimas semanas nuestras conversaciones acerca de su intención de seguirme han sido cíclicas y espero haberle convencido del todo.

El camino es largo y fatigoso, tanto Eugenia como yo tenemos el corazón pesado, lleno de dolor y angustia por dejarlos atrás, pero Andrés nos ha mandado llamar para volver a su lado y tras tanto tiempo batallando juntos sentimos la necesidad de seguir sus indicaciones.

Nos dirigimos a Malabon, donde se ha convocado una reunión para el veintidós de este mes.

Al encontrarnos de nuevo con Andrés no tardo en descubrir los síntomas de inquietud en mi amigo. Una conversación a dos bandas me muestra la realidad de la fractura de la organización y la posibilidad de asistir en directo a una nueva ruptura.

En principio la reunión debería tratar el tema de la defensa de Cavite, pero Andrés tiene el presentimiento de que se convertirá en el principio del fin del Katipunán y busca una salida a lo que se avecina sin encontrarla.

Los días en Malabon pasan despacio, preparando la estrategia ante posibles contingencias. Emilio Aguinaldo está combatiendo en Salitran contra los españoles y no acudirá a la Convención de Tejeros, pero su fama crece y se expande entre los katipuneros con una rapidez desesperante. Temo que en unos días nos enfrentaremos a una situación difícil de afrontar.

El día veintidós de marzo los dos bandos comparecemos en la reunión. Eugenia me acompaña en mi posición al lado de mi amigo y siento cómo sus dedos se entrelazan con los míos para darme fuerza. Ambos estamos convencidos de que después de hoy ya no habrá vuelta atrás.

Los gritos confrontan a los dos bandos al empezar la reunión, hay un enfrentamiento abierto que fractura cada vez más la ansiada unidad y al final Andrés suspende esa primera fase de la asamblea donde se ha discutido la necesidad de votar un nuevo gobierno para dirigir la República de Filipinas.

Entiendo los argumentos de ambos lados, necesitamos reconocer nuestra independencia, encontrar una causa justa por la que establecer esa república básica para nuestra liberación completa y votar un gobierno nos dará la potestad de erigirnos en un pueblo independiente, pero la contienda todavía continua fuera de estos muros y no hemos logrado una victoria aplastante contra nuestros opresores.

Los dedos de Eugenia me aprietan la mano llenándome de su calor. Ese simple gesto muestra cómo estamos dispuestos a superar cualquier adversidad juntos. Y le agradezco tanto su cercanía que contesto con la misma presión en nuestras manos entrelazadas. Pase lo que pase seremos fuertes.

Cuando al fin se reanuda la sesión, con Andrés liderándola, se decide proceder a la votación.

Tengo el corazón en un puño ante la presentación de los candidatos, pero respiro un poco más tranquilo al escuchar el nombre de mi amigo entre ellos. Le oigo hablar, recomendado a los asistentes que se acepte el resultado de la votación, sea cuál sea, y siento una inquietud creciente en mi estómago a medida que avanzan los minutos.

Al enfrentarme al resultado casi me derrumbo. Emilio Aguinaldo, a pesar de su ausencia, es elegido Presidente de la República Filipina con ciento cuarenta y seis votos de los doscientos cincuenta y seis miembros presentes.

Es una victoria aplastante.

Andrés solo ha conseguido el respaldo de ochenta miembros...

Durante unos minutos cuesta restablecer el orden, pero la votación ha de continuar.

Algunos queremos nombrar a mi amigo vicepresidente por haber obtenido el segundo puesto en la votación, pero hay una oposición frontal a esa forma de elegir a los miembros del gobierno y se acaba optando por votar cada posición.

Mi ansiedad aumenta al ver cómo Mariano Trias es elegido vicepresidente, Artemio Ricarte capitán general, aunque renuncia, y Emiliano Riego de Dios director de Guerra. Cada vez que derrotan una candidatura de Andrés siento que estoy ante el final de una era y el rostro conocido de mi amigo muestra cómo sus sentimientos son parejos a los míos.

Al fin Andrés es elegido director de interior, pero un seguidor de Aguinaldo, Daniel Tirona, rechaza el nombramiento porque ese puesto requiere ser abogado.

El rostro de mi amigo sufre un descalabro. Se siente acorralado, como si poco a poco fuera obligado a retirarse de su sitio y no quisiera hacer frente a lo sucedido. Observa con creciente furia la jauría de voces desatadas en el recinto y con un golpe de voz anuncia que como Supremo del Katipunan anula lo acordado y suspende la asamblea.

Pero el mal ya está hecho.

Durante las horas siguientes Eugenia y yo continuamos al lado de Andrés a pesar de las tensiones internas a las que ha de enfrentarse. Muchos de nuestros compañeros no reconocen su autoridad y abandonan los campamentos donde pasamos la mayor parte del tiempo entre enfrentamientos con los españoles.

La presencia de Eugenia en mi vida es una fuente inagotable de fortaleza, pero a medida que avanza el tiempo la inestabilidad del Katipunan me arrastra a una espiral de sensaciones contradictorias. Llevo demasiado tiempo al lado de Andrés, soy uno de sus firmes aliados y si él cae quizás también sea mi debacle.

Hay instantes en los que solo me reconforta la cercanía de mi amada. Ella llena los espacios oscuros de mi alma con besos y caricias, me regala su cuerpo cada noche al amparo de las estrellas y consigue hacerme rozar el cielo con las manos. Mientras la poseo nada parece tener importancia más allá de nosotros y es liberador perderme en su interior.

Al día siguiente acudo a la reunión de los seguidores de Andrés en Tejeros para apoyar el Acta de repudia a los acuerdos de ayer en la asamblea, pero ese hecho solo consigue aumentar la tensión y dividir todavía más a los katipuneros.

Mi amigo ayer decidió acatar el resultado de la votación, pero ante los acontecimientos intenta aferrarse al poder y ese acto le puede costar muy caro.

Le acompaño en los minutos posteriores. Eugenia se ha quedado en el campamento y la hecho de menos en estos momentos tan importantes para nuestro futuro. Todo por lo que hemos luchado está a punto de desmoronarse y mi lealtad a Andrés es firme.

Durante las semanas siguientes apenas contamos con un momento de serenidad. Andrés expide una proclama en Naic en la que nombra el gobierno que para él es legítimo y reclama la lealtad de los miembros de nuestra

organización.

La oposición a estos designios es la muerte.

La proclama no tiene el efecto deseado, más compañeros desertan para ponerse al lado de Aguinaldo y nuestro precario equilibrio parece a punto de romperse.

En una conversación con Eugenia debo darle la razón. Apoyamos a Andrés, pero es difícil entender su forma de comportarse. En una organización democrática se debe acatar el deseo de la mayoría y a pesar de perder el poder, él también estaba dispuesto a aceptarla antes de ser reglado a quedarse sin ningún cargo en el nuevo gobierno.

Paso unas semanas dividido entre mi lealtad y la realidad que poco a poco se abre paso ante mis ojos. La furia de Andrés le nubla el juicio y se aferra a sus decisiones sin darse cuenta de que cada día pierde más adeptos.

Cuando el veintisiete de abril Emilio Aguinaldo envía al Coronel Agapito Bonzón a Insag para intentar convencer a Andrés de que recapacite, su negación frontal ante el hecho estalla convirtiendo los posteriores acontecimientos en el fin anunciado de Andrés al frente del Katipunán.

El Coronel cerca el lugar donde estamos para obligar a Andrés a recapitular, pero él sigue empeñado en mantener su postura.

Durante la noche apenas soy capaz de dormir. Eugenia está agitada, dice que ha sentido un aciago presentimiento y ambos acabamos convencidos de que nuestro amigo está perdido.

Intento razonar con él para hacerle recapitular en sus decisiones. No me gusta la idea de que pierda su liderazgo, pero en realidad ya no lo tiene porque cada vez somos menos los que le apoyamos y es mejor aceptarlo antes de caer en el despropósito de luchar contra la parte más fuerte de la contienda.

Sin embargo, nada consigue hacerle cambiar de opinión.

A primera hora del día siguiente sucede lo temido. El Coronel Agapito Bonzón asalta nuestro campamento armado hasta los dientes.

Mi primer instinto es proteger a Eugenia, ella es la única razón por la que merece la pena vivir y de repente me percato de algo importante. No vale la pena luchar ni defender mis ideales si ella no continúa a mi lado. Su presencia en mi vida es lo único trascendental.

La escondo sin salir a atacar a los hombres de Aguinaldo, protejo nuestro futuro, la mantengo cerca con la necesidad de no perderla nunca.

—Cuando estemos a salvo te llevaré de vuelta a casa —prometo abrazándola—. Se terminó la lucha armada, ser unos nómadas en busca de un

mañana mejor. Tú eres mi mañana y nunca podría ser mejor que vivirlo a tu lado.

—Es el fin de Andrés —musita estrechándome mucho hacia su pecho—. Pero no el nuestro. Vamos a superarlo juntos y a no olvidar nuestro propósito de conseguir una Filipinas libre. Pase lo que pase vamos a luchar por nuestro futuro.

—Si Andrés cae volveremos a casa. Ya hemos dado demasiado por una contienda perdida.

—Quizás ha llegado la hora de retomar nuestras vidas. Seguiremos luchando por la libertad con el espíritu mientras contribuimos al bien rendimiento de la plantación.

El sonido de la batalla que se libra fuera de la tienda es cada vez más cruento. Nos apretamos mucho el uno contra el otro, ciñendo nuestro abrazo mientras escuchamos cómo el asalto parece alzar como ganador al bando contrario.

Salgo al exterior para llevarla junto a las mujeres y los niños. Por suerte nuestros contrincantes les respetan y están a salvo. Me armo con mi bolo para participar en la disputa y me quedo parado de golpe al ver cómo Ciriaco, uno de los hermanos de Andrés, cae muerto. Su grito de dolor atraviesa el lugar como la punta de un látigo.

Casi todos deponemos las armas y vemos con impotencia cómo se llevan a Andrés y a su hermano Propicio presos.

Las horas siguientes son una sucesión de ansiedades. Mantengo a Eugenia cerca de mí mientras enterramos a nuestros muertos sin dejar de pensar en las consecuencias del asalto. Con Andrés arrestado el final de nuestro grupo es claro.

Al día siguiente Aguinaldo ordena la apertura de un Consejo de Guerra en contra los hermanos Bonifacio.

Tanto Eugenia como yo decidimos dejar a un lado nuestra necesidad de sentirnos a salvo para acompañar a nuestro amigo en este trago tan difícil. Asistimos al juicio, escuchamos los argumentos a favor y en contra y sentimos cómo nuestro corazón se desintegra al enfrentarnos a la sentencia pronunciada el cuatro de mayo, cuando se encuentra a los acusados culpables de traición y sedición.

La condena a muerte de ambos es un jarrón de agua fría para nosotros porque significa el final de una era llena de buenos propósitos.

El diez de mayo durante la mañana Andrés y su hermano son fusilados en

el Monte Tala. Mi amigo intenta escapar, pero una bala le impide la huida y en el instante en el que dan sepultura a los cuerpos en el mismo lugar de su ejecución tomo la decisión inamovible de dejar atrás la revolución para regresar al amparo de mi hogar.

Se terminó la lucha, apoyar a las personas que han acabado con la vida de quien consiguió darle voz a la independencia y nos ha conducido hasta aquí.

Las palabras de Andrés resuenan en mi mente mientras comparto con Eugenia mi decisión inamovible.

Cuando estas enseñanzas se propaguen y luzca radiante el sol de la Libertad en este desdichado Archipiélago, y esparza sus más hermosos rayos sobre los hijos de una misma raza y hermanos envueltos en una felicidad infinita, las vidas de los que fueron, las penas y fatigas pasadas quedarán bien recompensadas.

Ha llegado el momento de emprender nuestro viaje de regreso para reiniciar una vida llena de otras prioridades.

Eugenia entiende cada uno de mis argumentos y me apoya en mi deseo de dejar atrás el Katipunan para siempre porque sin Andrés para nosotros ya no tiene sentido seguir aquí.

Antes de emprender nuestro viaje para alejarnos de la contienda nos despedimos de nuestros compañeros y amigos de los últimos tiempos. Los abrazos y las muestras de afecto se suceden sin remedio y terminan llenándonos de tristeza.

Caminamos por la selva durante días cargando con nuestras pertenencias y cada uno de nuestros sueños rotos. Muchas noches dormimos al raso y permitimos que la unión de nuestros cuerpos disipe la sensación de derrota y la tristeza de la pérdida.

A mediados de mayo llegamos por fin a nuestra finca donde nos recibe la familia al completo, quien escucha los últimos sucesos con el corazón encogido.

Los meses siguientes iniciamos una nueva rutina alejados de la lucha armada. El dolor por la falta de Andrés nos sacude a ambos. A pesar de su forma de actuar al final de su vida le apreciábamos y nos duele demasiado.

Eugenia decide aprender todo lo relacionado con la plantación y la producción de azúcar. Dedicarme a enseñarla me devuelve la ilusión día a día porque al fin vamos a establecer nuestra morada en esta casa y a apartarnos de cualquier interferencia.

Ha vuelto a pintar. Durante mucho tiempo se ha mantenido alejada de los lienzos, pero desde nuestra llegada a la plantación la necesidad de plasmar sus vivencias la lleva a pasar algunas horas diarias en el exterior, frente a su caballete, como antaño.

La visión de ella en el jardín pintando me colma de felicidad. Los recuerdos de su estudio en La Carolina son pequeñas luces en mi universo particular. Dejó allí una parte importante de sus cuadros pensando que quizás algún día podría regresar a por ellos.

Estamos a mediados de agosto. Apenas tenemos noticias de cómo va la lucha por la independencia. Mis únicas informaciones son que Aguinaldo intenta legalizar su gobierno, pero no es reconocido por nadie.

Me asomo a la ventana y la veo en medio del jardín. Camino hacia ella con una sonrisa, observando el cuadro que está pintando. Es el inacabado que poco a poco va llenándose de detalles. Tiene luz y las dos figuras que me dan la espalda se distinguen con muchísima claridad, solo falta detallar a los dos rostros del espejo.

—Estás a punto de terminarlo. —La abrazo por la cintura apoyando mi barbilla en su hombro para contemplar la obra en todo su esplendor—. Está quedando precioso.

—Llevo varios años preparándome para acabarlo y algo me induce a creer que cuando lo haga cerraremos un ciclo. —Gira la cabeza para mirarme con sus ojos llenos de tristeza—. Me siento con muchos deseos de pintarlo, de darle vida a esos rostros del espejo. Pero en el fondo no sé si quiero dar el último brochazo. Me da miedo porque significa nuestro final.

—Estamos juntos, Eugenia. Eso es lo más importante. A pesar de los sucesos en nuestra contra, de años de luchar por conseguir esta vida, la tenemos. Adoro estar contigo, tenerte por las noches en mi cama, gozar de tu compañía y pasar los días en este lugar. Has conseguido erradicar de esta plantación los recuerdos de mi padre para llenarla con los nuestros.

—Todavía quedan peligros a los que hacer frente. —Deja el pincel y se da la vuelta despacio, sin desprenderse de mi abrazo—. Diego no dejará nunca de buscarnos, si algún día nos encuentra sabes lo que sería capaz de hacernos.

—Vamos a dejar de pensar en él, en el final de Andrés o en cualquier cosa que pueda hacernos sufrir. Quiero dedicarme a ti en cuerpo y alma, a quererte, a adorarte, a ser tu hombre. No podemos estar dándole vueltas a lo

malo que nos podría suceder. Debemos disfrutar de lo que tenemos.

—Gracias por aparecer en mi vida, por esperarme, por entenderme durante años. —Apoya sus labios en los míos—. Por darme una felicidad imposible de imaginar sin ti a mi lado. Te amo, Daniel, y te amaré hasta el fin de mis días.

—Por toda la eternidad.

Capítulo 31

Geni

Siquijor, septiembre 2017

Nuestra visita de ayer por la noche a San Juan consiguió solucionar el tema del vehículo, en unos minutos nos van a traer una moto para los días que necesitemos a un precio muy razonable.

Desayunamos en el bar del hotel acompañados de la preciosa serenidad del lugar. La simpatía de las camareras contrasta con el carácter rudo del dueño y nos aporta el equilibrio necesario para sentirnos a gusto.

Mis ojos se desvían con demasiada asiduidad a los suyos mientras hablamos de todo y de nada con esa conexión que nos llena de sonrisas y temas de lo más variados.

La vida con Jesús me parece lejana, como si la separaran siglos de mi ahora. Poco a poco supero las marcas que todavía laceran mi alma y, aunque todavía quedan cicatrices, sé que la presencia de Dan es un bálsamo para las heridas. Me hace reír, me llena de paz, me calma, me comprende, me apoya. Jamás pensé en encontrar a alguien capaz de aceptar mi pasado sin reprochármelo.

—Estás muy pensativa. —Me acaricia la mano con un dedo—. Te doy un beso por cada uno de tus pensamientos.

—Es muy tentador... —Sonrío—. Solo le daba vueltas a algunas tonterías.

—Ahora ya no te vas a escapar de hablar sobre ellas porque me muero de curiosidad.

—A veces me cuesta mirar atrás —admito decidiendo compartir con él parte de mis ansiedades—. Antes de Jesús me encantaba bailar y últimamente cada vez que pienso en hacerlo recuerdo el club. Me estás ayudando a

superarlo todo, pero siento que debo enfrentarme a ello de otra manera. Necesito ser capaz de hacer un *striptease* sin sentirme asquerosa.

—Actuaste coaccionada, Jenny. No puedes pasarte la vida sintiéndote sucia por eso. El único culpable de la situación es Jesús, él te obligó a convertirte en esa mujer que por fin has dejado atrás.

—Lo sé, pero saberlo no me ayuda a sentirme mejor. —Aprieto los labios—. Me gustaría superarlo del todo, ser capaz de bailar para ti desnudándome sin que me acosen los recuerdos.

—No hace falta...

—Para mí es importante. Siento que cuando lo logre conseguiré seguir adelante y no volver a pensar en lo sucedido.

—Lo conseguirás. Eres una de las mujeres más valientes que conozco.

Continúo con el desayuno en silencio.

Al terminar me tumbo en una de las hamacas con mi Kindle a esperar a Dan, quien se ha ido con el hombre que nos va a alquilar la moto a buscarla.

Una sonrisa curva mis labios. A su lado me creo capaz de construir una mejor versión de mí. El miedo se va evaporando con lentitud, junto con el asco y el desprecio por mí misma, consigo vivir sin odiar cada paso que doy y soy feliz con mis elecciones. Pero todavía me queda superar algunos obstáculos.

Me sumerjo en otra de las historias que atesora mi libro electrónico. Leer es apasionante, me ofrece un sinfín de emociones y enriquece mis vivencias al sentir las de los personajes como propias. Es como si a través de las palabras viviera una aventura sin levantarme de la hamaca.

Cuando Dan regresa decidimos ir a conocer la isla en la moto. Es un plan perfecto, pasar las horas abrazada a su cintura viajando sin rumbo fijo, solo siguiendo una carretera y parándonos donde nos lleve el camino es una gran idea.

Ayer por la noche apenas aprecié el maravilloso paisaje que rodea el hotel.

Dan conduce por unos caminos de arena llenos de baches que se adentran en el interior para mostrar cómo viven los lugareños. Encontramos a una mujer lavando la ropa en un barreño, hojas enormes apostadas a un lado donde secan el arroz, algunas casas con animales y llegamos a un pueblo con una charca donde hay un grupo de personas aseándose.

Al salir del camino para enfilarse por la carretera principal hacemos una foto a la casa de enfrente para encontrarlo al volver. En Siquijor no hay una

sola indicación en los caminos asfaltados y perdernos de vuelta sería muy fácil.

Nuestra primera parada es en un árbol milenario. A sus pies hay una charca llena de los pececitos que se comen la piel seca del cuerpo. Hace un calor húmedo y pegajoso, hay un par de paraditas llenas de objetos turísticos y un grupo de chinos haciendo fotos.

Un señor se acerca a nosotros para pedirnos el pago por aparcar la moto y entrar al recinto. Nos parece un abuso el precio por una visita turística y decidimos darnos la vuelta para seguir conociendo la isla.

Pasamos por un letrero que anuncia unas cataratas llamadas Lagan Falls.

—¿Vamos? —Lo señalo con una sonrisa—. Me apetece cantidad darme un baño.

—Me gusta la idea y estoy asqueado de calor.

Nos metemos por un camino de arena que se interna en la selva hasta llegar a un claro donde hay un pequeño parking de motos bajo un tejado de juncos. Dejar ahí el vehículo cuesta un dinero que uno de los cuatro chicos que esperan bajo el sol nos piden, junto al abono de la visita.

Estamos solos, no hay más motos y eso nos curva los labios en una sonrisa de felicidad. Siquijor es un pequeño paraíso sin casi turismo.

Caminamos siguiendo a un par de chicos por un sendero que se adentra en la naturaleza. Es desigual, con socavones, raíces, fango... Mis sandalias no son para nada adecuadas para esa caminata y en algunos momentos estoy a punto de resbalar.

El tramo final es un suplicio, son unos escalones de piedra natural que patinan un montón por la humedad. La catarata se escucha a poca distancia y la tierra que recubre las piedras está empapada.

La humedad llena el aire y me arranca gotas de sudor en todo el cuerpo.

Una vez llegamos abajo me quedo absorta contemplando el paisaje. Hay una mesa de madera donde Dan deja la mochila provista con un par de toallas y ropa de recambio. Estamos a lo alto de la catarata, el río discurre por un lado y llega a un acantilado de rocas para precipitarse al vacío y caer con fiereza sobre una laguna.

Los brazos de Dan me rodean por la cintura desde la espalda.

—Es precioso —musita a mi oído—. Y lo tenemos para nosotros solos.

—Me parece increíble que no haya gente. Este lugar es alucinante y compartirlo contigo es lo mejor. Llámame cursi si quieres, pero no dejaré nunca de dar las gracias por haberte conocido.

—¡Estás muy profunda!

Tiene razón, no debería darle voz a esos pensamientos porque pueden abrumarle. Pero cada segundo a su lado me doy más cuenta de cómo mis sentimientos se arremolinan en mi corazón para subir día a día de intensidad.

—Vamos al agua —propongo para romper el hilo de mis cavilaciones—. Tengo un calor...

Bajamos a la laguna acompañados de uno de los chicos. Hay una cuerda colgada de un árbol para balancearse sobre el agua y dejarse caer. El guía nos enseña cómo se hace lanzándose el primero. Dan le sigue y me río a carcajadas cuando se agarra a la cuerda, se da un poco de impulso y salta con un grito de guerra. Al caer al agua se tapa la nariz con una mueca divertida.

Le sigo con emoción y siento un vuelco en el estómago cuando doy tres pasos atrás y me lanzo de lleno a volar sobre el agua.

Pasamos media hora en este paradisíaco lugar sin más compañía que los dos guías. Nos lanzamos desde lo alto de la catarata, nos balanceamos en la cuerda muchísimas veces y reímos como dos chiquillos.

El regreso a la moto se llena de una conversación entre Dan y los chicos. Mi falta de dominio del inglés no ayuda a entenderlos, pero sí capto algunas palabras sueltas al azar y no me cuesta seguir el ritmo del *Despacito* cuando uno de los guías la tararea.

Nuestro siguiente destino es una iglesia perdida en medio de la nada. Está llena de lugareños sentados en un muro y mientras recorremos el recinto andado sus miradas me intimidan, ya que no se pierden ni uno de nuestros movimientos.

—En Bantayan me reí un montón —digo para intentar romper mi inquietud—. Encontré varias iglesias donde ponía Iglesia ni Cristo. —Suelto una carcajada—. ¡Supongo que estaban vacías!

Me guiña un ojo y suelta un par de risas flojas.

—El ni quiere decir de, seguro.

—Ya lo capté, pero no deja de tener gracia.

—Eres una mujer llena de sorpresas. —Tira de mi brazo para colocarme a pocos centímetros de su boca—. Y me encanta descubrirlas.

Cuando sus labios se posan en los míos la mirada de los curiosos se funde en la nada y solo me importa sentir su calor, sus manos estrecharme con fuerza, su boca reclamando hasta la última brizna de aire de mis pulmones.

Rompe el beso sin perder la sonrisa y me coge de la mano para volver a subirnos a la moto. Los labios me hormigean mientras retomamos nuestro

camino.

Enfilamos por una carretera que asciende en una montaña. El cielo empieza a cubrirse un poco de nubes y la lluvia amenaza por aparecer pronto. Me abrazo a su cintura apoyando la cabeza en su espalda hasta que se detiene frente a una entrada en una roca.

—Hay un santuario de mariposas allí. —Señala un cartel medio descolorido—. Vamos a verlo, puede ser bonito.

La abertura en la roca nos lleva al jardín de una casa. Una mujer sale a nuestro encuentro, nos cobra la entrada y nos lleva a un invernadero lleno de los preciosos insectos voladores. Dan dispara miles de fotos en las que salgo feliz de estar aquí con él.

Mis tripas crujen al salir, hace horas que no hemos comido nada y tengo hambre. Su risa ante el sonido me arranca un par de carcajadas. Me rodea con sus brazos para besarme y dejar una caricia en mi mejilla.

—Deberíamos buscar un sitio para comer —propone subiéndose de nuevo a la moto—. Pero me parece que estamos en el culo del mundo y tardaremos en encontrarlo.

Las primeras gotas de lluvia repiquetean en el asfalto en nuestro descenso. Cuando llegamos a la mitad del camino arrecian hasta convertirse en un aguacero que nos empapa por completo. En cualquier otro instante de mi vida esta situación me hubiera molestado, pero junto a Dan me parece hasta divertido.

—Deberíamos pasar por el hotel a cambiarnos —propone—. No podemos aparecer así en un restaurante.

—¿Y si nos quedamos a comer allí? Podríamos pasar el resto del día en la habitación.

—Acabas de dar con un plan perfecto.

La tarde se despeja de repente tras la comida en el restaurante del hotel y aprovechamos el rato para darnos un baño, descansar un poco en las tumbonas y acabar en la cama.

Con Dan el deseo es constante, devorar su cuerpo se convierte en una necesidad en todo momento. Cuando me toca vibro, es como si sus manos consiguieran llenar de llamas mi piel con facilidad.

Salimos a cenar a uno de los restaurantes que ha buscado en Internet y repetimos al llegar a nuestra habitación.

Los dos días siguientes exploramos otros rincones de la isla, visitamos otras cataratas y pasamos bastantes horas encerrados en la habitación saciándonos. Solo salimos para ir al Coco Grove beach resort para reservar en la excursión a Apo Island y al centro de buceo Sea Pearl Dives para contratar unas cuantas inmersiones.

El día de la salida a la isla de las tortugas nos despertamos muy pronto para llegar a tiempo al hotel desde donde sale la expedición. Apo Island solo es accesible desde Siquijor con el barco del resort.

Estoy ansiosa por ver muchísimas tortugas. He encontrado varias en mis inmersiones, pero la idea de observarlas en su hábitat me hace ilusión.

Paso la hora de travesía desde el puerto hasta la isla charlando alegremente con Dan. Sus muestras de afecto en público son constantes. Al principio me incomodaban un poco, pero a medida que pasa el tiempo las disfruto muchísimo.

Me gusta dale la mano mientras hablamos, sentir cómo me acaricia en momentos puntuales o sus labios sobre los míos cuando no pude aguantar sin besarme.

Hemos decidido ver las tortugas haciendo snorkel cerca de la orilla. Dudamos un poco si queríamos hacer submarinismo, pero al final decidimos hacerlo a la vieja usanza.

Nos asignan a un guía, ya que estamos en un lugar protegido y debemos seguir las normas. Es un joven nativo muy agradable que nos acompaña en un recorrido cerca de la orilla. Me maravilla la cantidad de distintas tortugas que viven allí. Me parece increíble cómo estos animales permanecen en el fondo, cerca de la arena, comiendo algas.

En algunos instantes casi me parecen vacas en pastando en el prado.

Gracias a la cámara submarina de Dan conseguimos varias fotos bajando a pulmón hasta el fondo. Está prohibido tocarlas y, aunque me muero de ganas de sentir un caparazón en mis dedos, me contengo.

Comemos en la otra parte de la isla, en una playa paradisíaca donde aprovecho para darme un baño junto a Dan. Sus brazos me ciñen por la cintura al salir, acercándose mucho a él para besarme con esa pasión desbordante que me envuelve en un intenso remolino de emociones.

Durante la tarde paramos en un enclave de mar bastante alejado de la orilla para nadar tras uno de los guías y descubrir las miles de tortugas que viven allí.

De regreso a la orilla nos espera un jeepney turístico muy largo de color

amarillo. Subirme a él me parece el colofón perfecto a este día lleno de momentos mágicos.

Por la noche, tras una cena en un restaurante de San Juan, decido dar el paso que decisivo para olvidar el pasado. Llevo unos días pensando en intentarlo. El tiempo avanza y necesito dejar de sentirme sucia por mis acciones, aceptar que por fin me he librado de Jesús.

Estoy nerviosa cuando salgo del baño dándole vueltas a mi decisión. ¿Y si no logro vencer los recuerdos? ¿Y si me acabo sintiéndome patética?

Dan está estirado en la cama navegando por Internet en su iPad. En este hotel no hay una gran cobertura, pero sí la suficiente para cargar algunas páginas.

Me he puesto un conjunto de ropa interior sugerente, una camisa y una falda.

Voy descalza.

Siento cómo los nervios me agarrotan los músculos a medida que avanzo hacia el centro de la habitación. Él todavía no ha levantado la vista de la tableta y eso me ayuda a encontrar el coraje perdido.

Voy a hacerlo.

Y será mi exorcismo al pasado.

Busco una canción en el móvil con los dedos un poco temblorosos. Al escuchar las primeras notas Dan me mira y yo le sonrío con rigidez.

—Solo para tus ojos —musito empezando a contenerme de forma sensual.

Borro de mi mente las caras de los clientes del club donde hacía esto de forma profesional para llenarme solo de la mirada de Dan. Está expectante y un poco preocupado, como si no acabara de estar seguro de que sea una buena idea.

—¿Estás segura? —pregunta.

Asiento con un contundente golpe de cabeza. Si no soy capaz de bailar desnudándome delante de él nunca lo superaré. Es una certeza que lleva unos días incordiándome. Y necesito desprenderme de ese estigma, danzar de nuevo sin sentir el peso de lo sucedido.

—Disfruta del espectáculo.

Al principio me muevo con indecisión, las manos me tiemblan mientras desabrocho la camisa sin dejar de incitarlo con las ondas sexys de mi cuerpo. Pero a medida que avanza la canción me voy sintiendo más segura, más capaz

de seguir adelante, más preparada para dejar atrás el asco y la repulsión.

Los ojos de Dan se llenan de una mezcla de excitación y prudencia. Me observa sin perderse detalle, le gusta ver cómo bailo quitándome la ropa.

Sé que soy buena, tengo mucha práctica.

Pero en él no leo esa lascivia sucia de los clientes del bar ni la asquerosa sonrisa torcida de los borrachos que parecía anunciar con luces de neón su deseo de arrancarme la poca ropa que me quedaba.

La mirada de Dan es limpia, real, tierna y llena de sentimiento.

Sin embargo, hay un momento en el que me invaden los recuerdos arrollándome con un dolor sordo en el corazón. Me siento sucia, indigna de él, incapaz de continuar adelante. Y detengo mi movimiento con las lágrimas surcando mis mejillas.

Dan se levanta de la cama balanceando su cuerpo hasta llegar a mí. Se quita la camiseta despacio, con un guiño en sus ojos. Es como si quisiera ayudarme a sentirme libre prestándose a lo mismo que yo.

Sus manos bajan hasta la bragueta de sus bermudas sin dejar de seguir el ritmo con su cuerpo. A pesar de su intento de resultar sensual no lo consigue, pero eso no quita que su gesto me dé el coraje necesario para reanudar mi baile.

Nos desnudamos el uno frente al otro sin detener la danza. Es reconfortante su compañía, su apoyo, la forma en la que me comprende sin necesidad de palabras. Y esa realidad me da la fortaleza necesaria para no decaer en mi empeño.

Cuando la última prenda forma cae al suelo me rodea con sus brazos, me acerca mucho a él y me besa. Me rindo a sus labios, a sus caricias, al fuego que enciende en cada rincón de mi cuerpo. Con él soy realmente capaz de superar el pasado.

Hacemos el amor despacio, sintiéndonos, permitiendo que nuestros cuerpos se convirtieran en uno solo. Le ofrezco cada pedacito de mi alma al dejarle entrar en mí y mientras sus embestidas llenan de excitación mis fibras nerviosas me percato de la fuerza de mis sentimientos por él. Es como si de repente fuera consciente que me he enamorado de él y por un momento me asusta esa intensidad de sentimientos porque no sé si voy a poder lidiar con ellos.

Capítulo 32

Dan

Siquijor, septiembre 2017 – Bohol, septiembre 2017

El día se levanta lluvioso y no podemos plantearnos la posibilidad de ir hasta el centro de buceo en moto o llegaremos completamente empapados. Hemos contratado dos inmersiones y me apetece muchísimo la actividad, aunque Jenny parece bastante agobiada con la lluvia.

Una llamada al Sea Perl Divers la tranquiliza. En San Juan no hay casi tormenta y Valerie, la dive master que nos va a llevar en nuestra salida, se ofrece a venir a buscarnos en el jeep del centro en media hora.

Desayunamos observando las gotas repiquetear sobre el exterior. Mis ojos se desvían con demasiada frecuencia hacia ella y apenas soy capaz de aceptar el remolino de sentimientos que me invaden. Hace dos noches, mientras bailaba para mí para deshacerse del pasado fui demasiado consciente de ellos y me percaté de cuán hondo ha calado Jenny en mi corazón.

Me llevo el tazón de café con leche a los labios y levanto los ojos para mirarla una vez más. Por muy difícil que se me haga aceptarlo, lo sé. Me he enamorado de ella. Apenas soy capaz de darme una explicación de cómo ha sucedido porque me cuesta entenderme, pero es una realidad que cada día toma más cuerpo en mi mente.

Hace unos días hablé con el agente Mauger acerca de mi petición para investigar a Jesús, pero me informó de que no puede hacerlo, está fuera de su jurisdicción. También comentamos la situación de su investigación sobre la organización responsable del asesinato de mi padre y me aseguró que Sam estaba a punto de desenmascararlos.

Quizás mi vuelta a Sídney sea antes de lo previsto.

La idea de dejarla no me parece aceptable. Deseo regresar a casa,

retomar las riendas de mi vida y volver a trabajar en la compañía, pero no quiero hacerlo sin Jenny.

—¿Es peligroso bucear con lluvia? —pregunta todavía un poco inquieta—. No sé si me apetece demasiado probarlo.

—Bajo el agua da igual, las gotas se quedan en la superficie.

—Pero debe estar más oscuro, ¿no? O sea, cuanta más claridad en el exterior más visibilidad hay en el mundo submarino.

—La suficiente. —Sonrío tranquilizándola—. Te va a gustar, ya lo verás.

—Vale, te tomo la palabra.

Se mete un trozo de huevo en la boca y lo mastica con tanta sensualidad que no resisto la tentación de acercarme a ella para darle un beso.

Es preciosa, tiene ese aura que se apodera de mi corazón hasta llenarlo por completo.

Me separo de sus labios curvando los míos en una sonrisa.

Quizás no es el momento, nos falta un espacio romántico, una preparación, intimidad. Sin embargo, necesito susurrarle dos palabras que me queman dentro.

Ensancho mi sonrisa, vuelvo a acercarme a ella, poso mis labios en los suyos y le acaricio la mejilla con mucha delicadeza.

—Te quiero —musito.

Sus ojos se abren con sorpresa.

Por unos segundos contengo la respiración, hasta descubrir cómo su expresión se vuelve emocionada. De sus ojos refluyen sentimientos parejos a los míos, brillan con una ilusión que me alcanza como si fuera una onda expansiva.

—Yo también te quiero. —Abre los labios para sellar la declaración con un beso.

La levanto de la silla, la siento en mi regazo y profundizo en el beso sin dejar de estrecharla contra mi cuerpo.

—El destino es muy curioso. —Rompe el beso mirándome con un brillo especial en su sonrisa—. Cuando menos te lo esperas te ofrece un regalo especial.

—Me alegro de haberte encontrado y quiero darle un beso a ese destino porque me ha llevado a ti.

Suelta una carcajada, me rodea el cuello con sus brazos y vuelve a besarme.

Cuando nos recoge el jeep la tormenta empieza a amainar y un tímido sol

se asoma al cielo. Caminamos abrazados, felices por nuestra declaración de amor. En mi vida ha habido varias mujeres, pero ninguna me ha tocado el alma como Jenny.

Al llegar a San Juan el sol parece decidido a vencer a ratos las nubes para regalarnos sus rayos llenos de luz y calor.

Valerie resulta una chica joven muy agradable.

Nos vestimos con el neopreno y caminamos por la orilla hasta una barca no muy grande acompañados de otro lugareño, quien al llegar al punto de inmersión se ocupa de ayudar a Jenny a colocarse el equipo y a levantarse cuando llega el momento de tirarse al agua.

Bajo el agua me sumerjo en el mundo submarino con la ilusión de siempre al descubrir la fauna y la flora que lo pueblan. Disfruto de cada paisaje sin dejar de contemplarla a ratos. Jenny parece feliz, mantiene los ojos muy abiertos y no dejar de observar a su alrededor sin perderse detalle.

Los días transcurren con una cadencia perfecta.

Volvemos a bucear un par de veces, recorremos otras partes de la isla, nos perdemos en playas paradisíacas y nos paramos cada atardecer a descubrir los colores anaranjados que tiñen el cielo durante el ocaso.

Por las noches nuestros sueños se vuelven oscuros, como si el presagio de que algo va a acaecer creciera con el paso de los días. Tanto Jenny como yo intentamos deshacernos de esa extraña sensación durante el día, pero muchas madrugadas nos despertamos sudando, con ansiedad e imágenes desgarradoras que no llegan a tomar consistencia en nuestra mente, solo son sombras oscuras, como si amenazaran con destrozar a nuestros antepasados.

Eugenia casi ha terminado el cuadro.

Cada vez que intentamos descubrirlo en su totalidad aparece velado, como si una niebla espesa lo cubriera con su manto. Hay dos personas que se miran en un espejo y el reflejo de sus caras se desdibuja en la nada.

Intentamos no darle demasiadas vueltas a la situación, pero en nuestros ratos libres nos dedicamos a buscar información en la red, a rastrear el pasado en busca de una constatación de que son nuestros antepasados.

Aunque ambos tenemos la certeza de que así es.

Tras diez días en Siquijor decidimos movernos. En la ruta que Jenny diseñó solo nos falta visitar la isla de Bohol.

Nuestros sueños siguen acercándonos a Daniel y a Eugenia. Desde su

regreso a la plantación han decidido dejar atrás sus días de luchar por la independencia, a pesar de que el clima político de Filipinas era muy convulso en esos días.

En mí crece el afán cada vez más intenso de seguirles el rastro. A medida que el cuadro de Eugenia se llena de matices siento una necesidad mayor de rastrear el pasado en su busca, pero algo en mi interior me indica que todavía no es el momento.

Para viajar hasta Bohol hemos comprado el pasaje en un barco. Cerramos las maletas con un poco de nostalgia de abandonar esta isla.

—No sé si me acaba de convencer el hotel que hemos reservado. — Jenny se detiene un segundo a repasar la habitación para asegurarse de que no nos hemos dejado nada—. Parece un poco macro complejo, ¿no?

—Sobre el papel tiene buena pinta. Es grande, pero tiene dos zonas de piscinas y es lujoso. ¡Nos merecemos un poco de lujo en nuestras vidas!

Se le escapa una de sus carcajadas, se acerca a mí y me rodea el cuello con sus brazos.

—Con estar juntos tengo suficiente. —Me da un beso suave—. No me dejes nunca, Dan. No lo resistiría.

—No lo haré.

Caminamos con las maletas hasta recepción, donde hemos contratado un vehículo para que nos lleve hasta el puerto a precio de oro.

La dueña nos espera con la cuenta. La repaso y me quedo atónito al comprobar el cargo por gasolina de la moto del único día que la alquilamos en el hotel.

—¿Dos cientos pesos? —pregunto en un tono amistoso—. Es mucho.

—Ustedes no llenaron el depósito y firmaron los papeles al cogerla. Ya sabían que íbamos a cobrarles esta cantidad.

—Me parece mucho. Llenarla no vale más de cuarenta y cinco pesos... Además, lo siento, pero no me leí el papel.

—Pues lo ponía.

El alemán aparece justo en ese instante con su prepotencia. Se sitúa frente a mí con una mueca nada conciliadora y me fulmina con la mirada.

—¿Acaso piensa que debemos pagarle la gasolina? —suelta en un tono bastante rudo—. ¡Haber llenado el depósito! ¿Qué se cree? ¿Que puede coger mi moto y devolvérmela sin gasolina?

—Solo decía que doscientos pesos es abusivo... De aquí a San Juan no gastamos ni un cuarto de depósito.

—¡Pues haberlo pensado antes! —Sigue hablándome con suficiencia—. Nosotros no tenemos por qué financiarle.

—Debería cobrarme un depósito, eso es lo justo. —Ante su desfachatez me yergo.

Me cuesta entender su actitud, un dueño de un hotel ha de velar por llegar a un entendimiento de una forma civilizada.

—Lo ponía en los papeles que firmó. Otra vez llene el depósito antes de devolver el vehículo. ¡Hacer lo contrario es inaceptable!

—Vale, paguemos y vayámonos de aquí. —Jenny saca los fajos de billetes del bolso con rabia contenida—. Con personas así no se puede razonar.

—¡Claro que pagarás! —El alemán la fulmina con la mirada—. Me lo debes.

Se da la vuelta y regresa al despacho dejando la puerta abierta.

Estoy furioso, me parece inaceptable el trato recibido y me da mucha pena porque este hotel es precioso. Es triste que lo lleve un hombre así.

—Te están cobrando los cortados del desayuno —masculla Jenny enfadada—. Son unos gitanos, de verdad. ¡Así no se puede llevar un hotel!

Repaso la cuenta y me enciendo todavía más.

—¿No estaba incluido el desayuno? —pregunto a la mujer con desafío en la mirada.

—Con el *brewed coffee*. Si pide un cortado se le cobra aparte.

—¡Pero yo prefiero el café!

—Y yo, no te jode —escucho con claridad el exabrupto que lanza el alemán desde su despacho—. Pero si lo pido lo pago.

Me tenso muchísimo cuando reaparece frente a mí con esa superioridad desafiante que exuda provocación.

Jenny me agarra del brazo al ver mi intención de seguir discutiendo.

—No vale la pena —susurra—. Este tío es un imbécil. Paga y vámonos, ya se lo encontrará.

Cojo los billetes, los tiro de cualquier manera sobre el mostrador y asiento con una mueca airada.

—A veces no es importante tener razón sino defenderla de una forma que el cliente se quede convencido —digo en el tono más neutro que soy capaz de componer—. No es el dinero lo que me deja con mal sabor de boca, es su actitud. Si quiere llevar un establecimiento cara al público debería aprender modales. Las formas le pierden.

Le agarro la mano a Jenny, me doy la vuelta e ignoro los comentarios subidos de tono con los que contesta.

El conductor de la furgoneta que nos va a llevar al puerto ya ha cargado las maletas. Nos subimos en su interior y cierro la puerta aislándome de la perorata del alemán, quien sigue hablándome con malas maneras.

Tardo un rato largo en calmarme. Jenny también está alterada, aunque no ha entendido el cien por cien de la conversación.

—Nunca me habían tratado así en un hotel. —Soplo para deshacerme de la rabia—. Ese tío es un jodido dictador.

—Me ha parecido un gilipollas. —Me aprieta la mano rebajando un poco el tono para serenarme—. Así no se puede tratar a los clientes. Pero vamos a olvidarnos de él y a centrarnos en pasárnoslo bien. No le permitamos que nos amargue el viaje.

Asiento sin mucha convicción, necesito un rato largo para acabar de serenarme.

Paso el resto del trayecto mirando por la ventanilla y cuando llegamos al puerto ya he dejado atrás la rabia para volver a sentir la fuerza arrolladora de estar acompañado de Jenny.

El barco que nos lleva hasta Bohol tiene el aire acondicionado demasiado alto, parece que acabemos de entrar en el círculo polar. Me abrigo con un jersey y abrazo a Jenny. Está temblando, tiene la piel de las piernas erizada y los dientes le castañetean.

—¡Prefiero el calor! —Se acurruca contra mí para calentarse un poco.

La travesía es larga, dura cerca de tres horas.

Antes de salir del puerto de Larena hemos comprado provisiones en un supermercado para no morirnos de hambre, el único barco sale diariamente a las 13:30.

Comemos algunas patatas fritas, junto a galletas saladas para matar el hambre.

En la pantalla proyectan una película en inglés. Jenny intenta seguirla durante un rato, pero enseguida me deja mirarla a mí para coger su libro electrónico. No entiende suficiente mi idioma.

Cuando al fin llegamos a Tagbilaran estamos cansados y congelados.

Las maletas están facturadas, es una obligación en este tipo de trayectos. Los ferrys en Filipinas funcionan como si fueran aviones. Esperamos en la terminal a que desembarquen el equipaje pensando cómo iremos hasta el Henann Resort de Alona Beach. Tenemos unos cuarenta minutos en triciclo y

un poco menos en coche.

—Tengo muchísimas ganas de llegar. —Jenny se cuelga de mi hombro arrastrando la maleta con una mano—. Cuando estemos instalados podríamos darnos un baño. Hoy me parece un día perdido.

—Vamos. —Escucho las ofertas de los conductores que van parándome al avanzar—. Un coche me parece la mejor opción.

El regateo es rápido. Cierro el precio para que nos dejen en el hotel y nos subimos la vehículo.

No tardamos más de una hora en quedar instalados en la habitación. El establecimiento es demasiado grande para mi gusto y está lleno de gente, pero las piscinas son espectaculares.

Pasamos dos días sin hacer otra cosa que descansar.

Tomamos el sol en las tumbonas de la piscina o de la playa, comemos en alguno de los mil restaurantes que hay a lo largo de Alona Beach, hacemos el amor en la lujosa habitación y disfrutamos de nuestra compañía.

Hoy hemos contratado una barca privada para ir a bucear a Balicasag, una isla cercana, y después visitar Virgin Island.

La noche sigue llena de extrañas pesadillas. Cada día que pasa la ansiedad aumenta y ambos estamos convencidos de que se avecina una desgracia, pero intentamos continuar con nuestra vida con la alegría necesaria para superar los extraños presagios nocturnos.

Nos despertamos muy pronto para aprovechar al máximo las horas de luz. Tras un opulento desayuno en el buffet del hotel caminamos por la arena hasta la barca que nos espera. Es una de las típicas filipinas, no muy grande y con dos marineros. Uno debe ir en la proa para controlar los fondos.

Al llegar a Balicasag empiezan a caer gotas de lluvia. La playa no es espectacular, pero tiene su encanto al estar cerca de un poblado. Observo a los niños bañarse divertidos cerca de una barca y les saco varias fotografías.

El buceo que contratamos resulta ser de extraperlo. Los equipos que nos dan están muy anticuados, pero tras una comprobación de mis ojos expertos evaluó su buen estado. Los cargamos en la espalda y caminamos por la arena siguiendo a un nativo que nos hará de guía. Cierra la comitiva otro chico.

—¿Es seguro? —pregunta Jenny un poco agobiada.

—Mucho. Tenemos a dos guías para nosotros y se conocen este fondo mejor que nadie. Viven aquí.

—Espero que los equipos estén bien.

—Los he revisado, está todo en orden.

La inmersión es preciosa. Vemos muchos peces multicolores, coral alucinante, alguna tortuga marina y unas especies de pez que nunca antes había contemplado. Nuestros guías resultan muy agradables y nos llevan por una zona poblada de vida.

Nuestra siguiente parada me parece un lugar alucinante. Tras devolver los equipos nos subimos a la barca y tardamos un poquito en llegar a una zona donde el fondo está a pocos centímetros. Uno de los marineros va de pie en la proa con un palo para medir la distancia y no encallar.

—¡Mira! —Jenny señala entusiasmada una estrella de mar—. Hay muchísimas y tienen colores distintos.

—Estamos tan cerca del fondo que podemos verlas.

—Es precioso. —Se acurruca junto a mí mirando por la borda para no perderse ningún detalle.

Virgin Island resulta una lengua de arena blanca en medio de un mar apenas cubierto. Las barcas se extienden a varios metros de distancia. Debe de haber una docena.

Bajamos al agua que nos cubre hasta los tobillos y caminamos durante un buen rato observando el precioso fondo. Al llegar a la arena descubrimos un manglar diminuto a unos metros enfrente y un árbol solitario al lado.

Sobre la isla hay unos pescadores con unas brasas donde cocinan pescado para venderlo a los turistas. No hay demasiada gente, así que decidimos acercarnos a probar un poco de esa exquisitez. Está buenísimo.

No dejo de disparar mi cámara. El lugar exuda belleza y paz.

Abrazo a Jenny frente al árbol solitario para besarla con la emoción de compartir estas pequeñas maravillas. Con ella siento que las visitas son mejores, como si llenara mi vida de una luz especial.

Pasamos el resto del día en la playa frente al hotel.

Al día siguiente tenemos contratada una excursión en coche con conductor privado para visitar las Chocolat Hills, unas formaciones naturales muy conocidas.

Hay más de una hora de trayecto que nos pasamos comentando nuestro viaje. Nos apetece revivir cada instante abrazados, sintiéndonos, con la emoción de estar juntos.

El conductor intenta que cojamos una excursión con cuatro por cuatro por abajo para ver las formaciones desde unos caminos, pero nosotros solo

deseamos subir a una de las colinas en coche, la única habilitada para ello.

Las Chocolat Hills son unas colinas no demasiado grandes que salpican una gran extensión de tierra. La hierba que alfombra su superficie tiene tonos verdes mezclados con marrón, por eso se las llama colinas de chocolate.

El coche nos deja debajo de una empinadas escaleras por las que accedemos a la cima de una colina.

Frente a nuestra mirada se extienden decenas de colinas de diferentes tamaños. Desde una plataforma preparada para ello nos deleitamos con el magnífico espectáculo.

Durante el regreso se desata una tormenta y empezamos a sentirnos agitados, como si la lluvia escondiera un funesto final.

Cenamos casi en silencio, sin deseos de compartir palabras ansiosas, con una extraña sensación en el cuerpo.

Le hago el amor despacio al llegar a la habitación, con deseos de disfrutar de cada instante y mientras mis manos recorren su cuerpo y mis labios la besan siento cómo Daniel se apodera de mi interior. Es extraño porque la conexión es fuerte, como si formara parte de mí y de alguna manera pudiera ser parte de este amor que me quema en las entrañas.

—¿Lo sientes? —musita ella pegada a mis labios—. Eugenia está aquí.

—Y Daniel también.

—Es como si fuera parte de mí, como si poseyera una parte de mi alma. Y presiento que es una despedida. Algo está a punto de pasar en nuestros sueños, Dan. Están en peligro.

—Yo lo siento igual que tú, un peligro les acecha.

Entro en ella acompañado de Daniel. Lo escucho jadear feliz, como si llevara largo tiempo esperando este contacto. Siento cómo sus sentimientos se expanden ocupando hasta el último resquicio de mi cuerpo. Y bombeo más fuerte, con más ímpetu, sin detener el placentero movimiento que me une a Jenny.

Nos dormimos abrazados, sintiendo cómo crece la conexión y nos adentramos en sueños convulsos.

A media noche nos despertamos los dos de golpe, con una realidad angustiada recorriéndonos las entrañas. Me incorporo en la cama y abro la luz. Jenny me observa sentada, con una aceleración visible de su respiración.

—No puede ser. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. No me lo creo.

—Ha llegado la hora de ir a Negros en busca de La Carolina —afirmo con convicción—. Y a Luzón en busca de su rastro.

Capítulo 33

Eugenia

Luzón, diciembre de 1898

A finales de diciembre del año pasado Fernando Primo de Rivera, el general que comanda a los españoles, y nuestro antiguo grupo rebelde firmaron el Pacto de Biak-na-Bató tras la recuperación de Cavite por parte de mis compatriotas.

La deseada independencia se nos escapó de las manos, igual que muchos de nuestros ideales y a pesar de haber decidido abandonar la lucha armada tras la muerte de Andrés la tristeza me invade.

Emilio Aguinaldo y su cúpula se refugiaron en Hong Kong y el general Primo de Rivera solo ha cumplido una parte de los acuerdos firmados.

La amenaza de los españoles de no poder regresar a Filipinas si no querían acabar bajo tierra no impidió que Aguinaldo regresara en mayo dispuesto a reanudar su lucha contando con la ayuda de Estados Unidos, potencia que estaba en guerra con mi país de origen para conseguir Cuba.

Tras unos meses de enfrentamiento hace pocos días se firmó el Tratado de París y Estados Unidos compró Filipinas a España por veinte millones de dólares.

No tengo claro cuál va a ser el destino de las islas ni si queda algo de ese espíritu independentista que nos llevó a Daniel y a mí a batallar al lado de nuestro viejo amigo.

Me gustaría pensar que vamos a lograr un país libre, que bajo el yugo de los norteamericanos conseguiremos vivir en paz, pero ya no me parece tan importante como antes.

En el tiempo transcurrido desde que llegamos de nuevo a nuestra plantación mi vida se ha llenado de emociones.

He aprendido a ser útil en la producción de azúcar mientras mi rutina al lado de las personas a las que amo con intensidad me aparta de unos ideales que en el pasado me parecían importantes y ahora se desdibujan en pro de una realidad más tangible.

Es mejor buscar la felicidad en las pequeñas cosas.

Tengo el cuadro terminado en mi habitación. Hace cuatro días le di el último brochazo antes de darlo por concluido y descubrí sin dificultad cada uno de los presagios escondidos en él.

Durante años lo he mantenido inacabado, solo le daba algunos retoques cuando sentía la necesidad de hacerlo, pero temía delinear a las dos personas que miraban desde el espejo.

Desde que preside nuestra habitación Daniel me pregunta muchas veces por esas dos caras reflejadas en el cristal. Yo me limito a sonreír y decirle que son las adecuadas, sin explicarle mis pensamientos ni los aciagos presagios que me invaden desde hace un tiempo.

Salgo al exterior para dirigirme al molino, donde los trabajadores están en pleno proceso de extracción del azúcar. Unas cuantas nubes surcan el cielo amenazando con deshacerse sobre nosotros.

Levanto la mirada un segundo y la respiración se me acelera.

Ha llegado la hora.

Cuando las primeras gotas descienden con demasiada fuerza oteo un caballo a lo lejos. Sobre él se recorta una figura irreconocible, pero en lo más profundo de mi corazón sé de quien se trata y acepto sin dificultad mi destino.

Camino hacia el molino y me paso la jornada trabajando sin pensar demasiado en lo que se avecina. Prefiero disfrutar de cada instante con esa fuerza arrolladora que la cercanía de mis personas queridas me otorga.

La oscuridad cae acompañada de una tormenta intensa.

Las gotas nos escoltan en nuestra cena familiar de cada noche.

Itziar continua al lado de Jaime, son felices y siguen esperando el momento propicio para casarse.

Mi suegra y José sellaron su unión ante Dios hace unos meses con la familia y los trabajadores de la finca como testigo.

Daniel me sonríe con fuerza en su mirada. La felicidad es fácil a su lado. Tardé un tiempo en dejar atrás los días duros al lado de la bestia de Diego, a veces todavía pesa su sombra, pero mi amor por Daniel es tan vivo que consigue superar cada pensamiento infausto.

Subimos a la habitación acompañados del estruendo de la tormenta en el

exterior. Mientras me desvisto siento un temblor recorrerme el cuerpo y durante un segundo me rindo a la desesperación, pero no dura demasiado, solo un instante fugaz en el que el dolor se ensaña con mi alma.

Observo el cuadro un segundo. Daniel se sitúa a mi espalda, me rodea la cintura con sus brazos y me besa en el cuello.

—Es precioso —musita—. Como tú.

—Te quiero, Daniel. —Ciño más sus manos en mi cintura—. Ahora y siempre.

—Por toda la eternidad.

Siento cómo sus labios desatan fuego en mi piel, cómo sus manos me desnudan con lentitud, cómo el deseo de entregarme a él esta noche me devora.

Acepto lo que está por venir y quiero tomar hasta la última migaja de Daniel antes de enfrentarme al destino.

Hacemos el amor despacio, sin dejar de darnos placer, con besos que me saben a felicidad.

Las velas ya no titilan en la casa, no hay ni un resquicio de luz en el interior cuando escucho unas pisadas caminar de forma sigilosa en nuestra dirección. Hay varias y parecen difíciles de ignorar.

El dolor me agarrota las entrañas.

—Daniel —susurro—. Despierta.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien en la casa.

Se levanta de la cama y camina en busca del bolo para protegernos, pero yo sé que es inútil. Llevo meses soñando con este final, le he dado mil vueltas, he buscado mil opciones para verlo diferente, he rezado por no protagonizarlo, pero nada puede protegerme.

Diego irrumpe de golpe en la habitación armado con un revolver y acompañado de un grupo de mercenarios.

Son hombres fieros y desalmados.

—¡Maldita furcia! —grita permitiendo que la vela que sostiene le ilumine la cara—. Me separaste de mi hija para meterte en la cama con él. Ahora vais a pagar. Y después me llevaré a Itziar a España para criarla como corresponde a una señorita de su clase.

Su expresión cruel me hiela la sangre.

Daniel intenta caminar hacia él blandiendo su arma, pero Diego le dispara en la pierna para detener su avance.

—¿Te crees que puedes quitarme a mi mujer y salir indemne? —escupe mi marido—. Vas a sufrir para siempre, me aseguraré de romperte para que nunca más vuelvas a recomponerte.

Le veo caer al suelo con una mueca de dolor.

—Dios te castigará.

—¿Te crees que me importa? —Suelta unas carcajadas llenas de frialdad—. Eugenia es mía y vas a presenciar cómo lo demuestro. Y después te dejaré vivir para que te pases el resto de tus días recordando cómo acabé con ella. —Mira a sus hombres—. ¡Sujetadlo!

Ellos obedecen mientras Diego avanza hacia la cama con ese brillo cruel en su mirada.

Los gritos desesperados de Daniel no consiguen detenerlo.

Nadie viene en nuestra ayuda porque el resto de hombres contratados por Diego han cerrado las puertas de las habitaciones e impiden que sus huéspedes salgan.

Cuando llega a la cama me asesta una sonora bofetada y me arranca la sábana para desnudarme con violencia. Cierro los ojos para no derrumbarme.

Ha dejado la pistola sobre la mesilla de noche, quizás pueda impedirle que me fuerce otra vez alcanzándola.

Lo intento, pero solo consigo más golpes.

Me fuerza frente a sus hombres, acompañado de los gritos desesperados de Daniel, hiriéndome con la brutalidad de sus movimientos, golpeándome una y otra vez, lacerándome el cuerpo, llenándome de nuevas heridas.

Lleva un cuchillo con el que me corta la piel mientras bombea su miembro en mi interior. Escucho cómo Daniel se desespera, los gritos lejanos de Itziar, de mi suegra y de Jaime. Pero son como un eco lejano porque no tardo en descubrir cómo la punta del puñal se ha hundido en mi vientre para desangrarme lentamente.

Cuando todo termina Diego vuelve a golpearme en la cabeza y me deja sin sentido.

Escucho ruidos, gritos, refriegas, pero no dejo de nadar en la inconsciencia.

Y me dejo ir, entro en ese duermevela que marca el final de mi vida, me dejo llevar, sucumbo a mi destino.

Me gustaría tener más tiempo para vivir junto a Daniel, pero acepto mi destino con estoicidad. Por eso me obligo a luchar para verle una vez más.

Necesito despedirme.

Abro los ojos con dificultad. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo inconsciente, pero parece el suficiente para que no haya rastro de Diego en la habitación.

—Se ha llevado a Itziar —musita Daniel al descubrir mi mirada—. Y pronto te irás tú.

—Volveremos a estar juntos, amor mío.

—Me gustaría creer en tus palabras. ¿Cuándo crees que estaremos juntos, Eugenia? ¿Cuándo si estás a punto de morirte y llevarte los últimos resquicios de mi felicidad?

—Cuando el destino nos encuentre.

Epílogo

Geni

Isla de Luzón, octubre 2017

Hace un mes que soñé con la muerte de Eugenia y todavía no me he repuesto de la impresión. Ahora, durante las noches, comparto con Dan las desventuras que acaecieron después y no acabo de entender cómo pudo terminar así.

Al alba de aquel aciago día llegó un destacamento de la guardia para arrestar a Daniel. Le acusaron del asesinato de Eugenia e informaron al resto de los habitantes del lugar que debían abandonarlo.

Diego había sobornado a alguien porque es la única explicación para haber conseguido cambiar la escritura de propiedad de la finca a su nombre.

Mientras su padre pasaba los días en una prisión infame, Jaime intentó encontrar la manera de viajar a España para recuperar a Itziar, pero no podía dejar a Daniel solo y acabó quedándose en Manila y participando más tarde en la guerra que acabó en un genocidio de épicas proporciones, con más de veinte mil bajas.

El cuatro de julio de 1946, al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos concedió la independencia nominal a Filipinas, pero para aquel entonces Daniel había muerto en prisión muchos años antes y Jaime, tras viajar a España con la intención de recuperar a su amor y encontrarla casada con otro hombre, se marchó a Inglaterra, donde acabó alistado en el ejército.

Este último mes Dan y yo hemos consultado muchísimas hemerotecas, hemos recorrido la red en busca de datos y hemos logrado rehacer un poco los hechos.

Aunque tenemos poca constancia de la existencia de los Tate tenemos claro que de alguna manera Jaime llegó a Australia y que Dan es descendiente

suyo.

Estoy convencida de que yo lo soy de Itziar.

Las últimas palabras de Eugenia me acompañan siempre.

Tras pronunciar esa frase tan significativa para mí su vida se apagó dejando a Daniel sumido en el dolor.

Hace una semana visitamos La Carolina. La fina sigue cosechando azúcar. La encontramos sin demasiada dificultad tras consultar algunos registros de la propiedad.

Caminar por el mismo lugar donde mi antepasada fue tan desdichada y encontró el amor me pareció fruto de la irrealidad.

Fue como sumergirme en el pasado.

Su estudio se conserva y en él todavía hay muchos de sus cuadros.

La finca perteneció a los Urzúa hasta finales de 1980, fecha en la que se vendió a los actuales propietarios.

Es tan parecida a la casa de nuestros sueños...

Fue como si esa visita pudiera acabar de demostrar ese nexo que nos ha unido más allá del tiempo y el espacio porque los sentí acompañarme.

Dan aparca el coche en la entrada de una *gesthouse* en la que se ha reconvertido la hacienda del padre de Daniel. En estas últimas semanas ha habido muchos cambios en su vida. Por fin Rachel y sus compinches están entre rejas y él puede regresar a presidir una compañía limpia de amenazas.

Lo haremos, juntos. Hemos decidido instalarnos en su casa de Australia una vez hayamos rastrado a nuestros antepasados y dejar que el tiempo decida nuestro destino.

La casa conserva la misma apariencia exterior de nuestros sueños, con las columnas, la magnificencia y los recuerdos contenidos en cada recodo.

Bajamos el equipaje sin hablar, cada uno perdido en sus ensoñaciones.

Es como si Eugenia viviera en mí, como si pudiera tocar su alma con las manos y su espíritu me susurrara recuerdos en el oído.

Un millar de emociones me zarandean al caminar hacia la recepción. Hemos reservado una habitación durante una semana para estar cerca de ellos.

Nos recibe una joven filipina muy agradable.

Mis ojos recorren el interior de la casa en busca de algún parecido con el pasado, pero está remodelada y apenas conserva la estructura interior. Pero al cerrar los ojos puedo recrearla, incluso descubrir a Eugenia y a Daniel abrazados frente a una ventana.

La recepcionista nos acompaña al primer piso hablándonos de algunos detalles del funcionamiento del establecimiento. Apenas soy capaz de escuchar porque me siento abrumada con la diminuta raya que separa presente y pasado. Es como si Eugenia siguiera susurrándome instantes evocados en cada recodo.

Dan tiene la misma expresión, como si a él le sucediera lo mismo con Daniel.

Ya sentimos esa extraña conexión en La Carolina, pero ahora se ha intensificado hasta el infinito.

Si entrecierro los ojos me desplazo al pasado y puedo caminar dentro del cuerpo de Eugenia.

Entramos en una habitación decorada con muebles lugareños y antiguos. Las cañas son la base de ellos y los colores neutros llenan las paredes.

Cuando nos quedamos a solas mis ojos se evaden al único cuadro que decora esas paredes.

—No puede ser. —Lo señalo con el corazón cabalgando a mil por hora—. Es imposible.

—¡Somos nosotros! —Dan se acerca a la pared, descuelga el lienzo que Eugenia se pasó años delineando y acaricia nuestros rostros reflejados en el dibujo—. Y los que se miran en el espejo son Daniel y Eugenia.

—Presente y pasado unidos en un cuadro. Nosotros podremos vivir su amor sin problemas.

—No lo entiendo. —Niega con la cabeza—. ¿Por qué están de espaldas contemplándose en un espejo donde salimos nosotros? No tiene sentido.

—Cuando el destino nos encuentre. —Leeola frase escrita en el dorso de la pintura.

—¿Qué significa para ti?

—Que el destino nos ha encontrado.

Agradecimientos

Hay historias que cuestan de hilar y otras que de repente aparecen en el horizonte de mi mente como una brillante estrella capaz de eclipsarlo todo con su brillo.

Suelo viajar con mi familia en verano. Siempre elegimos destinos exóticos, lejanos y donde la vida transcurre en otra velocidad, como si el trópico pudiera ralentizar de alguna forma el ritmo de sus habitantes.

El sudeste asiático es uno de nuestros lugares preferidos. Es cálido, barato, está lleno de naturaleza, islas paradisíacas, gente maravillosa...

Mi marido llevaba unos años deseando ir a Filipinas, pero no acabábamos de decidirnos hasta un día que nos sentamos frente al ordenador y compramos los billetes para pasar tres largas semanas en ese país.

No me arrepiento para nada, fue un viaje memorable, de esos que jamás olvidas y el primer día se me ocurrió una idea de cómo escribir una nueva y excitante historia, una donde se mezclara presente y pasado, donde pudiera estudiar la Filipinas ocupada por los españoles y a la vez pudiera relatar mi viaje.

Fue cuando nos embarcamos en un *ferry* rumbo a la isla de Bantayan, nuestro primer destino en Filipinas. Nos sentamos en unas sillas frente a un chico australiano que llevaba una camiseta de una ong de ayuda a los niños. Cuando empezó a hablar con los holandeses que tenía al lado una bombilla se encendió en mi mente.

Daniel, así se llamaba el rubio australiano, les explicó muchas cosas de la vida de la isla y les animó a visitar otros parajes de Filipinas.

Así nació *Cuando el destino nos encuentre*, en un barco rumbo a Bantayan, escuchando a ese chico hablar en inglés, emocionado por las mil aventuras vividas en el lugar.

Mi primer agradecimiento es sin lugar a dudas para ese Daniel anónimo.

Quizás nunca más lo encuentre ni él llegue a conocer cómo un trayecto de una hora y pico trastocó mi mente hasta el punto de pasarme el resto del viaje recopilando datos e ideas para desarrollar esta novela.

Son esas pequeñas cosas que para mí hacen grandes las historias, un encuentro casual, una conversación cazada al azar, un sitio diferente...

Sin la presencia de mi familia en mi vida nada sería igual. A ellos les agradezco esos múltiples viajes compartidos, los cuatro juntos con instantes muy mágicos, las horas dedicadas a recorrer el mundo con esa ilusión de siempre y la emoción de descubrir nuevos destinos.

Gracias por estar ahí, por acompañarme en todas mis facetas de la vida, por ser como sois.

Durante el viaje coincidimos con David, un chico vasco que nos relató un poco la historia de su familia, quien poseía una hacienda en la isla de Negros hace muchos años. Él y su mujer habían emprendido el viaje a Filipinas para visitar lo que quedaba de ella. Gracias a ese encuentro casual nació la idea de La Carolina. En la finca de su familia también cultivaban azúcar y ese dato me dio la pista para investigar en esa dirección.

¡Gracias David! Al llegar a Barcelona me mandaste algo de información y me ayudaste mucho.

No quiero dejar de mencionar las mil páginas de internet donde se puede consultar el pasado de Filipinas, aunque en la parte de documentación me encontré con muchísimas contradicciones que me hicieron dudar de algunos pasajes de lo realmente acontecido en esa Filipinas de finales del siglo XIX. Igualmente agradezco a quien ha colgado las entradas ese torrente de información.

Mis lectoras beta para esta novela han sido muy poquitas. Nieves, del blog *Aprovecha la vida cada día*, quien me dio algunos apuntes de cómo mejorar la historia, sobre todo del presente. Mabel, entusiasmada de la parte histórica y que llegó a decirme: *no cambies ni una coma*. Mercè, quien disfrutó muchísimo de esta novela. Y Carmen, del blog *Libros escondidos*, quien también me señaló algunos pasajes que necesitaban una corrección.

Quiero agradecerles su entusiasmo, su cercanía siempre y esa capacidad que tienen para hacerme sonreír. También a Senda y a Mara.

Sin la presencia de una editorial que siempre confía en mí no existiría el libro. Así que Red Apple Ediciones, ¡sois los mejores!

Y a ti lector. Gracias por elegir este libro, por leerlo y por llegar hasta el verdadero punto y final. ¡Sin ti no existirían las historias!



©Pat Casalà

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com